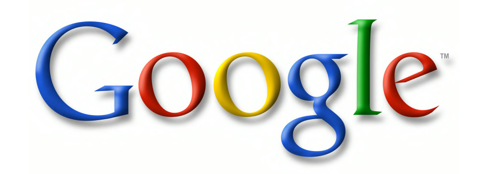
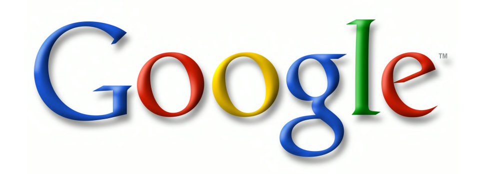
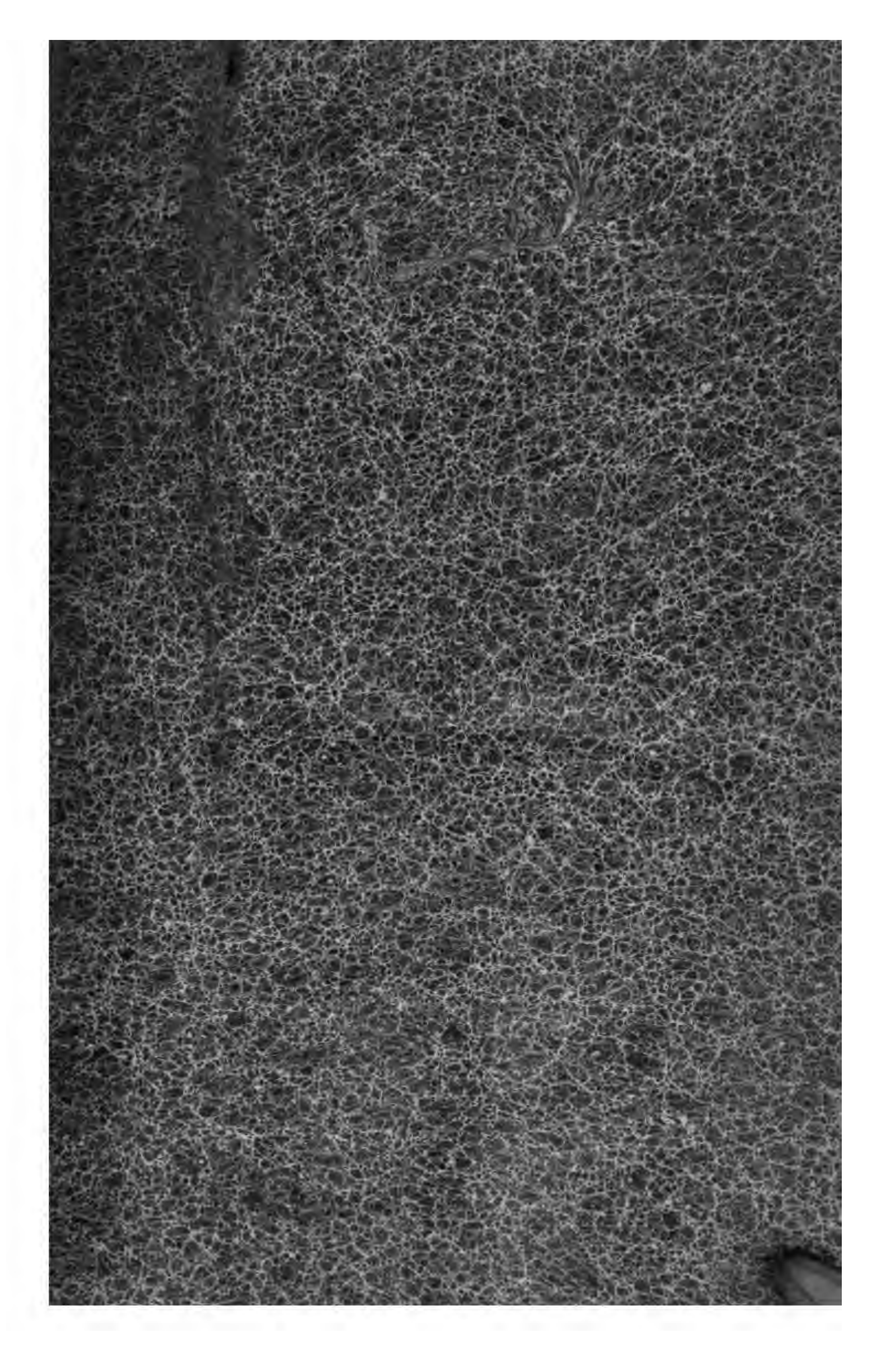






HISTORIA
DE FELIPE II.

HISTORIA DE FELIPE II.



Carlos V, Emperador de Alemania y rey de España.

HISTORIA DE FELIPE II.



FELIPE II REY DE ESPAÑA.

HISTORIA

DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

POR

D. EVARISTO SAN MIGUEL. y Valledor



MADRID:
D. IGNACIO BOIX, EDITOR,
CALLE DE CARRETAS,
NUMERO 8.
1844.

PROLOGO.

De todos los ramos del saber y la literatura cultivados desde el principio de las sociedades hasta los tiempos que alcanzamos, ninguno cuenta mas escritores ni lectores que la historia. Natural es en efecto, que llame la atencion del hombre este gran cuadro de su vida, donde entra lo presente y lo pasado; lo grande, lo magnífico, lo sublime, al par de lo pequeño, de lo feo, de lo horrible; donde su especie aparece bajo formas tan diversas; donde se presentan todas las fases de su condicion, segun la diferencia de los tiempos, de los climas, del grado de civilizacion, de las preocupaciones, de los hábitos. Aun despojando á la historia de su carácter de moralidad, como fuente inagotable de lecciones prácticas, le quedaria una grandísima importancia considerada como un simple objeto de curiosidad, como un simple espejo en que el hombre contempla su figura. Todas son en efecto dignas de ser vistas; mas no pueden excitar el mismo grado de interés en cuantos las observan. La diferencia de gustos, de índole, de educacion y hábitos, influyen en esta clase de predilecciones. Anteponen unos la historia antigua á la moderna, y al contrario.

Busca el uno guerras; el otro transacciones mas pacíficas: sigue éste con interés los progresos de las ciencias y las artes, mientras se deleita exclusivamente aquel con todo lo extraño y anticuado que ofrezca los menos rasgos posibles de conformidad con lo que existe. En esta inmensa galería, todos buscan, todos hallan sus colores, sus actitudes, sus personajes y grupos favoritos.

Mas cualquiera que sea este carácter ó índole particular, casi todos estarán de acuerdo en que de las épocas de la historia moderna, ninguna merece preferencia al siglo XVI, ora se atienda á las cosas, ora á las personas; ya á la importancia y copia de los acontecimientos, ya á su influencia en los destinos de la especie humana; siglo verdaderamente grande y magnífico bajo cuantos aspectos se le considere; siglo en que renacieron las artes, algunas de las que adquirieron un brillo y esplendor que no gozaron desde entonces: siglo en que se desenrollaron las ciencias; en que se descubrió el nuevo mundo; en que se agitaron tantas contiendas políticas y religiosas; en que desplegaron su genio, y por distintos caminos se inmortalizaron tantos hombres; donde el taller del artista, el gabinete del sábio, y la arena de las controversias religiosas, ofrecian tantos títulos de renombre y gloria como los mismos campos de batalla.

La historia de nuestra nacion se halla tan enlazada con todos los acontecimientos importantes de aquel siglo, que es imposible escribirla sin entrar mas ó menos en la de los demas pueblos de la Europa. Ocuparon sucesivamente el trono español durante casi todo este periodo dos monarcas que, dominando á mas de este pais en otros muchos, debieron por precision de tomar parte en cuantos negocios importantes ocurrieron durante su reinado: dos monarcas famosos por la actividad de su carácter, por su espíritu ambicioso, por su basto poderío, por la habilidad que desplegaron en el gobierno y administracion de sus estados. Fueron ambos y son en la actualidad casi igual-

mente célebres, mas no del mismo modo: los dos figuran en primer término, mas no con un mismo colorido: ambos fueron objeto de rivalidades y de odios, mas con diferentes grados de encarnizamiento: los dos tuvieron sus historiadores, mas no los hallaron igualmente fieles y hábiles. Bajo ambos conceptos fué mas afortunado Cárlos que Felipe. Pocos hombres han sido efectivamente mas que este último, blancos de parcialidad, de prevencion, de mala fé por parte de sus historiadores. Para unos es poco menos que un Dios: para otros un demonio: aquí se pone en las nubes su piedad, su celo religioso: allí se le pinta como un mónstruo de supersticion y fanatismo: lo que para los primeros fué justicia, fué prudencia, fué política, lo califican los segundos de crueldad, de falsedad y de perfidia. Nada prueba tanto la lucha encarnizada de intereses, opiniones y principios que, encendida durante su existencia, comunicó su furor á las generaciones sucesivas.

Al emprender la vida y hechos de Felipe II, rey de España, no desconocemos la clase de nuestra tarea ya atendiendo á lo vasto de las indigaciones, ya al modo de presentar su resultado. Si la historia es en todas ocasiones un estudio serio y grave, ninguna debe de merecer mas este carácter que la de un personaje tan grave y tan severo en todas las situaciones de la vida, de un monarca tan importante en nuestros anales, tan enlazado con el nombre y las grandezas españolas, y sobre todo cuya memoria excita tan diversos sentimientos. Por mas que se imponga un historiador el deber de indagar los hechos con toda diligencia, de exponerlos con imparcialidad y exactitud, es imposible que no choque muchas veces con sentimientos favoritos, con opiniones dominantes, con las preocupaciones que se adquieren por necesidad, segun el círculo en que se vive, el partido político á que se pertenece, etc. Teniendo pues presentes estas consideraciones, y convencidos de la imposibilidad de contentar á todos, dirémos de Felipe II la verdad, ó lo

que mas probable nos parezca, despues de comparados los datos en las diversas autoridades que consulte, ora amigos, ora contrarios, pues la justicia exige que se oiga á entrambas partes. Ningun interés tenemos en hermosear, ni menos en cargar el cuadro de tintas demasiado oscuras. Como españoles debemos de propender á lo primero. Y ¿qué persona que lleve este nombre puede prescindir de un movimiento de amor propio al recorrer una época en que su Nacion era considerada, respetada y colocada por su poder, si no la primera, al menos al par de las primeras de la Europa? Mas harémos por desprendernos de estas ilusiones que tantas veces extravian el entendimiento. El mejor modo de evitar los escollos á que lleva la parcialidad, es presentar los hechos con exactitud y ser parco en reflexiones; escribir para narrar, no para probar; ser lógico en presentar datos, dejando al cuidado del lector el deducir las consecuencias.

La historia de Felipe II, que comprende la segunda mitad del siglo XVI, no abraza sucesos menos importantes que la de su padre, relativa á la primera. Si algunas figuras del primer cuadro son de mas relieve que sus análogas en el segundo, se ofrecen otras en este que en aquel se buscarian muy en vano. Ni España, ni Italia presentan á la verdad los acontecimientos que llaman tan poderosamente la atencion, pero en cambio Francia, Inglaterra, Escocia y sobre todo los Paises-Bajos, son de un interés á que no llegan en el primero de los dos periodos. Si han desaparecido de la escena los Leyvas, los Pescaras, los Condestables de Borbon, etc., no aparecen menos importantes los Farnesios, los Duques de Alba, los Guisas, los Príncipes de Orange. Son tan grandes personajes en Inglaterra las Reinas María é Isabel, como su Padre: la de Escocia, María Stuarda, es ella sola una novela, un drama que excede en lances peregrinos á cuanto se pudiera inventar en este género; y sin salir de nuestra propia casa, el espectáculo de un Rey que del fondo de su gabinete agita el mundo con

los resortes poderosos de su ambicion y habilidad en materia de gobierno, casi llama tan poderosamente la atencion como el que pasó su vida en una peregrinacion contínua, imprimiendo en los negocios la actividad que no podian menos de recibir de su presencia.

Bajo cuantos aspectos se considere el reinado de Felipe II es un período de grandísima importancia en nuestra historia. En él adquirió España entre las naciones de Europa un nombre y una importancia que no tuvo nunca, pues durante el de su padre fué el *Emperador*, no el *Rey*, quien representó el primer papel en su teatro. Al lado de la política lucieron las artes, las ciencias hasta donde entonces alcanzaban, y sobre todo la literatura que considera aquel tiempo como su edad de oro. Las guerras no siempre felices en que nos vimos empeñados, abrieron un campo de fama á esclarecidos caudillos: y las costas de Africa como la Italia, la Francia como los Paises-Bajos, el mar como la tierra firme, fueron teatro de nuestras glorias militares. Fué este reinado el apogeo de España, considerada como una potencia: desde entonces no hicimos mas que decaer y perder poco á poco nuestra importancia en el mapa político de Europa. ¿No es digna, pues, de grande exámen esta época? ¿no merece este gran cuadro que se le observe, se le estudie y con toda imparcialidad se le analice? Culpa será del escritor, no del asunto, si la tarea que va á emprender no coresponde á su grandeza.

De todos modos está el reinado del hijo tan enlazado con el de su padre, que se puede llamar su série, su continuacion y complemento. Si todo trozo histórico va siempre precedido de una reseña de aquellos sucesos que de mas cerca prepararon é influyeron en los que se van á referir, el prólogo natural de la historia de Felipe II es Cárlos V. Por este se empezará pues, no para referir su historia, pues en este caso se harian dos en lugar de una, sino para entresacar de ella aquellos objetos de mas bulto que están enlazados con muchos é importantes de

la de Felipe. Se dirá de Cárlos V lo que baste para comprenderle. Se le examinará bajo el aspecto de rey, de estadista, de capitan, de hombre adicto mas ó menos á los dictámenes de su ambicion, á sus principios políticos, á sus creencias religiosas. Se hablará con la misma rapidez de los principales personajes de su tiempo, de las guerras que encendieron la Europa, del estado de las ciencias, de las artes, de la literatura, de las contiendas religiosas, figuras tan importantes de este cuadro. Se enlazará, en fin, de tal manera esta especie de introduccion al cuerpo de la obra, que del todo resulte una exposicion de cuanto el siglo XVI produjo de importante, de grande, de influyente en los destinos de los hombres, con la diferencia de que en la segunda de Felipe II se entrará en particularidades que por precision tienen que faltar en la primera.

Tal es nuestro plan objeto de un estudio grave, detenido y meditado. Sobre su ejecucion nada tenemos que decir al público que va á juzgarla. Cualquiera falta de fuerza que se advierta en ella se echará de ver al menos que no somos sistemáticos ni exclusivos, que no pertenecemos propiamente á ninguna de las cuales en que se dividen los que por escrito ó de otro modo dan al público sus pensamientos. Hombres de hechos, solo en su sencilla, clara y lógica exposicion se cifrará nuestra tarea. No vamos á escribir la sátira ni hacer el apoteosis de Felipe II, rey de España; aspiramos solo á presentar de este monarca y de su tiempo un retrato fiel hasta el punto á donde alcancen nuestras fuerzas.

HISTORIA

DE

FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

CAPITULO I.

Estado de la Europa al principio del siglo XVI.-España. Inglaterra y Alemania, -Italia. - Portugal. - Imperio Otomano.-Fuerzas permanentes.-Poder absoluto.

Anunciaban los últimos años del siglo XV que iba á abrir el XVI una nueva época, para casi todas las naciones de la Europa. Los cambios en política y demas, que ordinariamente siguen las leyes de una marcha lenta y progresiva, tuvieron el carácter de aquellas transiciones rápidas, que se deben á la mano de las revoluciones. En todos los estados se experimentaron mudanzas considerables, nacidas, con corta diferencia, de las mismas causas. Mas á ninguno se puede aplicar esta observacion con mas exactitud que á nuestra España. Dividido este pais en tantos estados independientes muy pocos años antes, estaba en vísperas de componer una sola y compacta monarquía. Habia unido un matrimonio feliz las coronas de Castilla y Aragon, y dado la conquista á los reyes católicos el único reino de dominacion sarracena que restaba en la Península. Igual suerte aguardaba á Navarra, cuya posesion, disputada por las casas de Foix

y de Castilla, iba á ser adjudicada á los derechos del mas fuerte. Por uno de estos caprichos tan comunes del destino, el pais, que despues de tantos sacrificios, tan porfiadas guerras durante muchos siglos, habia llegado al estado de unidad política, debia de hacer parte de un mas vasto Estado, pasando á manos de un príncipe extranjero, dueño ya de muy ricas posesiones; perspectiva grande á los ojos de los que confunden tal vez la felicidad de un pais con la grandeza de sus reyes; mas que turbaba sin duda la quietud de cuantos contemplaban los azares que correria su pais en un cambio nuevo de política.

Fueron sin duda los reyes católicos los monarcas de mas prudencia, sagacidad y dotes de gobierno, que contaba España en sus anales. Con diferencias tan marcadas en índole y carácter contribuyeron ambos, sin poderse asegurar de qué parte con mas saber y habilidad, á componer de tantas provincias un grande poderío. Ni Fernando dominaba á Isabel, ni al rey de Aragon obedecia la Soberana de Castilla. Eran ambos como dos compañeros de fortuna, que poniendo casi un mismo capital, trabajaban con la misma actividad por sus aumentos, de que ambos participaban igualmente. Ningunos fueron mas adelante en los proyectos que entonces animaban á los principales monarcas de Europa de ensanchar los límites de su poder, enfrenando los bríos de la aristocracia. Se sabe con cuánto celo se aplicaron á restablecer el órden y tranquilidad en sus estados, á promover los intereses materiales del pueblo, á establecer fuerzas permanentes, que dependiendo en un todo de la corona, le diesen toda la autoridad que tanto ambicionaban. Con la incorporacion en ella de los maestrazgos de las órdenes militares, perdieron éstas su poder, y dejaron de brillar con el lustre que antes en los campos de batalla. En todo se sintió la mano activa y vigorosa de estos reyes. Los grandes que poseian antes tantos medios de turbarles su reposo, no fueron desde entonces mas que

meros instrumentos de su autoridad, que cifraban su prez y su esplendor en contribuir á su grandeza.

La conquista de Nápoles ocurrida á principios de aquel siglo, contribuyó asimismo al brillo de un reinado, que sin duda atraia poderosamente las miradas de la Europa. Fue una gran felicidad para las armas españolas, que el jefe puesto á su cabeza hubiese merecido por su habilidad el título de gran Capitan, conferido por amigos y enemigos, sin que nunca la posteridad haya pensado en disputarle un renombre, de que sin duda se mostró muy digno. Otros caudillos le alcanzaron en aquella lucha célebre, y esparcieron en la Europa el brillo militar de una nacion probada en tantas guerras. La infantería española adquirió desde entonces una primacía, que conserva casi por espacio de dos siglos. El gran Capitan formó una escuela de famosos capitanes, cuyos nombres son citados con estimacion, y cuyas glorias no se han oscurecido todavía.

Para hacer mas singular, para coronar las prosperidades de un reinado tan famoso, les deparó la fortuna y el genio de un grande hombre la adquisicion de un nuevo mundo, que iba á causar una revolucion en los destinos de la especie humana. Sin Colon, no hubiese contemplado Europa este descubrimiento portentoso; mas sin el buen sentido de la reina Isabel, que acogió á Colon despues de haber sido desechado por los mas poderosos príncipes de la cristiandad, hubiese pasado por uno de estos hombres visionarios que creen en sus sueños, y bajado al sepulcro con su genio y su saber, sin quedar de él ni el sonido de su nombre. Los descubridores del nuevo continente fueron los reyes católicos de España. A ellos se les debe, sin que la envidia haya podido oscurecer una verdad tan gloriosa para nuestra historia.

Y para decirlo todo, ó mas bien no omitir nada de lo mas importante que á dichos reyes católicos concierne, no pasaremos en silencio el establecimiento del tribunal de la Inquisicion, ó mas bien su reglamento bajo bases

nuevas, y con atribuciones que hicieron de él una institucion tan formidable. No eran tal vez mas intolerantes los reyes católicos que los demas príncipes de Europa, como aparece de la historia. No hay que olvidar que las primeras hogueras no se encendieron en España; pues en todos los siglos que se llaman la edad media, no se usaba otro método de castigar á los judíos, á los herejes, á los hechiceros, á los que pasaban por enemigos de Dios, ó de la religion, ó de la iglesia. Era la jurisprudencia, el derecho público de entonces. Mas cualesquiera que hubiesen sido los verdaderos motivos que á dichos dos reyes animaron, no hay duda de que el establecimiento de este tribunal, dedicado exclusivamente á castigar delitos contra la fe, revestido de tan grandes facultades, y con un código de procedimientos tan extraordinario, ha influido demasiado en los destinos de esta nacion, para que no se le cite como uno de los rasgos mas característicos de nuestra historia (1).

¿Cuál hubiera sido el destino de España á no haber muerto sin sucesion el príncipe don Juan, único heredero de todas sus coronas, á no haber pasado estas á las manos de un príncipe extranjero? Dificil es conjeturarlo. Mas en la suerte de los hombres como de los pueblos influyen combinaciones, accidentes fortuitos, que no es dado ni preveer ni alterar á la prudencia humana. Quizá algunos de los españoles de aquel tiempo miraron con aprension y descontento la salida de su corona fuera del pais; quizá otros se entusiasmaron con la perspectiva de un aumento aparente de grandeza. En la historia de los reinados sucesivos se encuentra la solucion de lo que sin duda era un problema para todos.

No se diferencia mucho el estado de la política de Francia del de España en el principio del siglo á que se alude; mas los esfuerzos para aumentar el poder de la

---

(1) Véase la nota A al fin del tomo.

corona, y disminuir el de los grandes, fechaba de mas lejos. Cárlos VII, que habia visto la mitad de sus estados en poder de fuerzas extranjeras, y conquistado, por decirlo así, la herencia de sus padres, se aplicó igualmente á tomar cuantas medidas le parecieren propias para impedir la renovacion de aquellas turbulencias. El establecimiento de las fuerzas armadas permanentes se debe sin duda á estas precauciones, á la ambicion del rey, á su genio belicoso. Su sucesor Luis XI, tan diferente en muchas cosas de su padre, heredó en esta parte su política. Con mas sagacidad, con mas astucia, con toda la fuerza de carácter que supera obstáculos, sin ningun escrúpulo de emplear cualesquiera medios que llevasen á sus fines, ningun rey fue mas temido sobre el trono, ninguno abatió y humilló mas la frente de la aristocracia, ninguno derramó mas sangre de sus súbditos, ninguno trabajó mas eficazmente por los intereses de sus pueblos, en cuanto esto no estaba en contradiccion con los suyos propios, y le servian de instrumento para humillar á la nobleza. El despotismo político, el poder real de los reyes de Francia, acabó de arraigarse en su reinado. Hasta las guerras civiles que ocurrieron un siglo despues, y esto por causas que no pudo preveer aquel monarca, no rebulló ningun grande, ninguno de los príncipes feudatarios que contaba entonces la corona. No se hizo conocer su hijo Cárlos VIII en los pocos años que ocupó el trono, mas que en su expedicion en Nápoles, que por todos fue graduada de insensata, sin duda por su funesto resultado. Entonces fue cuando las armas españolas se midieron por primera vez con las francesas, y con tanta gloria para las primeras. Luis XII, contemporáneo tambien de nuestros reyes católicos, fue un príncipe de capacidad y no menos ambicion, aunque muy poco feliz en las empresas. Tambien guerreó contra nosotros en Nápoles, y con el mismo fruto que su antecesor; mas reparó la mala fortuna de sus armas en la brillante jornada de Rávena,

Luis XII de Francia pasa por un buen rey; obtuvo y mereció sin duda el nombre de Padre del pueblo; mas en la conservacion de todas las prerogativas y preponderancia modernamente adquiridas, no se mostró menos celoso que sus predecesores.

En Inglaterra, Enrique VII, primer príncipe de la casa de Tudor, habia subido al trono despues de una de las guerras civiles mas sangrientas que habian despedazado aquel pais tan famoso por sus convulsiones. Horror inspira la pintura de las luchas encarnizadas, de las venganzas particulares, de los actos terribles de crueldad, de las innumerables víctimas en los cadalsos, que produjo aquella contienda entre las casas de Lancaster y de York, conocida con el nombre de la guerra de las Rosas. Los derechos al trono de Enrique VII, que decia el heredero y representante de la primera de aquellas dos familias, eran muy equívocos. Debió los mas legítimos á la victoria, habiendo derrotado y dejado muerto en el campo de batalla á Ricardo III, que se habia hecho tan célebre y temido por sus atrocidades. El nuevo rey era sagaz y previsor: conocia demasiado la índole de aquellos acontecimientos para no atacar en su gérmen las causas que los habian producido. Con mano firme emprendió y trabajó en su obra. Pocos reyes tuvo mas enemigos el orgullo y la ambicion de los barones. Atento á refrenarlos, se aplicó con mucho zelo á buscar un apoyo en el aumento de los derechos y bienestar del pueblo. Enrique VII fue un rey temido, respetado y poderoso, tan resuelto en el gabinete como lo habia sido en el campo de batalla. Sus leyes son citadas con elogio, y su despotismo no fue perdido para los Tudores.

El imperio de Alemania adolecia siempre de los vicios de su institucion; un cuerpo de muchas cabezas con una nominal; una confederacion de vínculos, tan flojos que entre sus miembros tan heterogéneos se introducia á cada momento la discordia. El cetro imperial se halla-

ba entonces en la casa de Austria. Maximiliano que le ocupaba no era considerado y temido como un monarca poderoso. Dueño por su matrimonio con la heredera de la casa de Borgoña de sus vastos estados en los Paises-Bajos, no parecia que habian aumentado mucho su verdadero poderío. En nada fué objeto particular de nombradía este monarca. Su mayor título á la fama es haber sido abuelo y antecesor de Cárlos V.

Hablaré muy poco de Italia, cuyos estados diferentes no tenian entonces, lo mismo que sucede ahora, mas conexiones que el nombre de italianos, y hablar sobre poco mas ó menos una misma lengua. Era Nápoles teatro de contienda entre la casa de Aragon y Francia despues que se habian coligado para despojar de él á sus antiguos dueños. La república de Venecia continuaba su estado de prosperidad, y se hallaba en vísperas de ser blanco de una liga que amenazaba su existencia. Era el Milanesado el grande objeto de la ambicion de Luis XII que reclamaba este pais, como heredero de la casa de Visconti, asi como en representacion de los derechos de la de Anjou, la posesion de Nápoles. No fué sin embargo tan desgraciado en aquella empresa como en esta; y por algun tiempo se llamó duque de Milán de hecho como de derecho. Se hallaba la Toscana en un estado floreciente á pesar de sus disturbios, bajo la dominacion indirecta de los Médicis, pues no llevaban todavía el título de duques. El poder de los papas iba muy en decadencia, mas si bajo el aspecto solo de pontífices, no representaban tan gran papel como en tiempos anteriores, se mezclaban como príncipes en todas las contiendas que dividian á los de su tiempo. Poco ó nada diremos de Alejandro VI que al principio del siglo XVI ocupaba la silla de San Pedro. Tampoco entraremos en pormenores de la ambicion, las violencias y las atrocidades de su hijo Cesar Borja que fué el terror de los pequeños príncipes, á cuyos estados reclamaba la sede pontificia algun derecho, y que despojaba en virtud del derecho del mas fuerte.

Los que iban á ser sucesores de Alejandro, no fueron menos célebres, á lo menos por su ambicion y sus intrigas. Julio II, no solo tomó parte en las guerras, sino que fué general de sus ejércitos. El sentimiento general que entonces como ahora dominaba en Italia, era el odio al yugo de los extranjeros; y *arrojad á los bárbaros* **de Italia**, fué el dicho favorito del último papa que citamos (1).

Entre los estados de Europa, no olvidaremos á Portugal que no era seguramente el último, bajo cuantos aspectos se le considere. El reinado de Juan II que llegó hasta fines del siglo XV, fué feliz y próspero. En gran manera participó este príncipe de las máximas de política que animaron á los reyes católicos, y á todos los monarcas de su tiempo. Tambien refundió en su persona los maestrazgos de las órdenes militares de Cristo y Avís, de la misma preponderancia en su pais, que el de las nuestras en Castilla. En el reinado siguiente se abrió con el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza para Portugal un nuevo campo de grandeza, y se echaron los cimientos de su grande imperio en las costas de Africa y de Asia. El rey D. Manuel fué uno de los monarcas mas poderosos del siglo, y las alianzas de familia de Portugal con España que entonces comenzaron, dieron con el tiempo orígen á sucesos muy considerables.

Cerrára la lista de los estados europeos de aquel tiempo el de los Turcos Otomanos, que despues de haber invadido y conquistado todos los Estados de Asia del imperio del Oriente, habian pasado y llevado á los de Europa sus medias lunas victoriosas. Hacia solo medio siglo que á los esfuerzos terribles de Mahoma II, habia dado el imperio romano su postrer suspiro en los muros de Constantinopla. Fronterizos de la Hungría, cuyas fuerzas habian derrotado en dos batallas, amenazaban al im-

(1) Véase la nota B al fin del tomo.

perio de la cristiandad entera. Habian sido pisadas ya las costas de Italia por sus armas victoriosas. Estaba en vísperas Selim de añadir el Egipto á sus conquistas, cuya continuacion fue encomendada á su sucesor Soliman el Magnífico, que mereció mejor el nombre de terrible por la sed de su ambicion, y la ferocidad con que llevó adelante sus empresas. Ofrecia entonces el imperio Otomano el brillante espectáculo de todo lo que crece, y con ràpidez se desenrolla por la fuerza de las armas. Con muy raras excepciones, todos los sultanes de aquella nueva raza, se habian mostrado ambiciosos, valientes, diestros y afortunados capitanes.

Así se abrió el siglo XVI para la mayor parte de los pueblos de la Europa. Una revolucion en política se manifestaba en las ideas, en las máximas de gobierno, que animaban á casi todos sus monarcas. Por todas partes se echaban los cimientos del despotismo de los tronos, abatiendo el orgullo de los grandes feudatarios de la corona, alistando fuerzas permanentes. Por todas partes comenzaba la guerra á ser considerada como una profesion y como un arte. Si grandes capitanes se cubrieron de laureles en el medio y fines de aquel siglo, no fueron menos esclarecidos los que florecieron en sus primeros años. En ellos, y en los últimos del anterior, principia con algunas excepciones lo que se llama la época del renacimiento de las ciencias y las artes, de que se hablará á su tiempo.

Los resultados de los descubrimientos de Colon y de Vasco de Gama, no podian ser mas que prodigiosos: así lo fueron en efecto. El siglo XVI abrió, pues, una nueva época para las naciones del orbe civilizado, trazándose por sí misma la línea de separacion que de los demas le distinguia.

CAPITULO II.

Advenimiento de la casa de Austria al trono de España.—Felipe el Hermoso.—Celos y rivalidades.—Muerte de Felipe.—Regencia de Fernando el Católico.—Del cardenal Jimenez Cisneros.—Venida de Cárlos I.

A la muerte de doña Isabel, pasaron los reinos de Castilla á su hija doña Juana, conocida con el sobrenombre de la Loca; y por el matrimonio de ésta con don Felipe de Austria, hijo del emperador Maximiliano I, á dicha casa extranjera, que tanto ascendiente iba á tomar con esta herencia en los negocios de la Europa.

Habia heredado Felipe de su madre María de Borgoña todos los estados de esta casa, á excepcion del ducado de su nombre, que habia sido incorporado en la corona de Francia por Luis XI. Aun con esta rebaja tan considerable, podia considerarse como un príncipe de la primera gerarquía. Dueño ya de las ricas posesiones de los Paises Bajos, heredero de los Estados de la casa de Austria, traia en su enlace con la princesa española casi tanto como recibia. Así iba á ser España una fraccion sola de un mas vasto Estado, compuesto de partes heterogéneas, que no podian tener unos mismos intereses; situacion particular que abria para ella nueva época.

Habia mostrado el príncipe en todas ocasiones poca aficion á España y á su esposa. Aclamado rey de Castilla, no hubiese venido á tomar posesion de su corona, á no ser llamado por los enemigos personales, ó los que estaban cansados del dominio de Fernando. Tambien éste interpuso sus ruegos, despechado sin duda de las frialdades de una corte, deseosa de ver al señor nuevo. Con entusiasmo fué recibido Felipe por sus súbditos, á quienes se mostró afable, agradecido y franco. Cortés, reservada y fria fué la entrevista entre suegro y yerno, tan diferentes en edad y en genio. Pasó en seguida el rey de Castilla á participar de los festejos de la corte; se resti-

tuyó el de Aragon á sus estados, engolfado como siempre en su política. Con el nuevo matrimonio de este rey con Germana de Foix, se vieron en peligro de otra separacion las dos coronas: sin duda lo deseaba el de Aragon, para que no pasasen sus estados á una casa extraña: mas no fue dichoso en el empeño.

Felipe el Hermoso no hizo mas que presentarse sobre el trono español, sin dejar en él mas memoria que la de una rivalidad entre nativos y extranjeros, que nos fué con el tiempo muy funesta. Le arrebató la muerte en lo mas florido de la edad, dejando el trono de Castilla á un niño de siete años que fué despues el famoso Cárlos V. A mas de este príncipe, tuvo de la reina Doña Juana el infante D. Fernando que fué con el tiempo emperador, y á las infantas Doña Leonor, Doña Isabel, Doña María y Doña Catalina que todas fueron reinas (1). La viuda Doña Juana que era la propietaria de Castilla no figuraba para nada, á causa de su incapacidad mental tenida por demencia. Asi á la muerte de Felipe, fué aclamado por rey de Castilla Cárlos I en compañía de su madre. El pais necesitaba un regente, y por mucha antipatía que en algunos grandes excitase Fernando de Aragon, el bien del estado pudo mas que individuales sentimientos. Fué la regencia de este príncipe en Castilla, una continuacion de su reinado antecedente. La misma política, la misma tendencia á fomentar los intereses de la autoridad real, la misma índole de moverse de un punto á otro siempre por la línea curva. Se presentaron triunfantes sus armas en Nápoles, y aquel rico pais se hallaba definitivamente incorporado á su corona. Por la patriótica munificencia del cardenal Cisneros, tremolaban los pendones castellanos en Orán, en Mazalquivir,

(1) Se casó la primera con el rey D. Manuel de Portugal, viudo de dos hijas de los reyes católicos, y por consiguiente tias de Doña Leonor; la segunda con el rey de Dinamarca, Cristierno III; la tercera con Luis de Hungría; la cuarta con el rey D. Juan III de Portugal, hijo y sucesor de D. Manuel.

en Bujía y en otros varios puntos de Africa. La brillante victoria obtenida en Rávena por las armas de Luis XII rey de Francia, trastornó los planes del réy Católico; mas el reino de Navarra quedó asegurado por la fuerza de las armas á la corona de Castilla, á pesar de la invasion proyectada por aquel monarca (1).

A la muerte de Fernando el Católico, contaba ya 16 años de edad el rey D. Cárlos de Austria. En el año que medió hasta su venida á España, quiso su buena suerte que la regencia estuviese encomendada al cardenal Jimenez Cisneros, hombre verdaderamente insigne por su piedad, por la elevacion de sus sentimientos, por su gran corazon y sobre todo por la energía que desplegó en el gobierno de estos reinos. Se le habia dado como socio y compañero al cardenal Adriano; mas sino en el nombre, fué en realidad Cisneros el único regente. Protector de las ciencias y las buenas letras, fundador de la universidad de Alcalá, la dotó de cuanto podia contribuir á difundir las luces de aquel siglo, dejando en la publicacion de la Biblia Complutense uno de los mas grandes monumentos de su ilustracion y su munificencia. Sentimos que la naturaleza de este trabajo, no nos permita mas pormenores sobre un personaje que bajo el hábito de S. Francisco, y con toda la austeridad que esta regla prescribia, se mostró sabio, hábil estadista, gobernante duro y despótico, general de ejército, y hasta orador militar, pues arengó á los soldados en las playas de Africa. Casi todos los historiadores de aquel periodo están consignados los principales hechos de su vida (2).

En setiembre de 1517 desembarcó en España Cárlos, hijo primogénito de Felipe el Hermoso, que inmediatamente tomó las riendas del estado. Le felicitó por escrito el cardenal, mas no se presentó en la córte de

---

(1) Véase la nota C al fin del tomo.

(2) Véase entre otros à Alvarus Gomecius, de rebus gestis Francisci Ximenii.

donde le alejó una carta fria del monarca, dándole las gracias por sus servicios y deseándole descanso. Muy poco tiempo gozó el prelado de su retiro, oprimido con el peso de los años, y tal vez no poco de una conducta que con el sello de ingrata se mostraba. El cardenal Jimenez de Cisneros dejó sin duda un nombre esclarecido, de los que engrandecen nuestra historia.

CAPITULO III. (1)

Gobierno de Cárlos V.--Considerado este príncipe como monarca, como capitan.--Su poder.--Su política.--Sus guerras contra Francia.--Con el papa.--Con el turco.--Expedicion en Túnez.

Se veia por la muerte de Fernando el Católico, 1516 y 1535, un príncipe de 16 años dueño de unos estados y con un poderío de que no habia ejemplo en Europa desde Cárlo-Magno. Heredaba en virtud de este último fallecimiento las coronas de Aragon, Nápoles y Sicilia; por la de su abuela materna, las de Castilla, Leon y de Navarra: por la de su padre los Paises-Bajos, el Franco-condado y todo cuanto poseia la antigua casa de Borgoña, á excepcion del ducado de este nombre. Bien pronto iba á entrar en posesion de los estados de Austria á la muerte de su abuelo paterno el emperador Maximiliano; pudiendo lisonjearse de que le sucederia igualmente en la dignidad de jefe del imperio. Lo que aquel famoso fundador habia debido á treinta años de guerras y conquistas, lo poseia este príncipe en la flor de su existencia. Era la sucesion inmensa, magnífica y brillante; mas los hombres

(1) Son tan pocos y considerables los hechos de que hacemos mencion, tanto en este capítulo como en el siguiente, que casi son inútiles las citas. Los consignan ó á lo menos no los niegan los historiadores de la época, tanto nacionales como extraños: Sandoval, Ferreras, Ulloa, Vera y Figueroa Zenocaro, Gucchiardini, Paulo Jovio, Robertson, Meseray, Anquetil, Daniel, etc.

que juzgan detenidamente sin dejar llevarse de la primera impresion, no podian menos de reflexionar, que tan grandioso poderío, tenia mas de aparente que de real, y que de ningun modo guardaba proporcion con tan vastas posesiones. Se hallaban estas esparcidas en la Europa, separadas unas de otras, no solo por distancias considerables de terreno, sino por hábitos, costumbres y organizacion política. En nada se parecian los castellanos á los flamencos, ni estos á los italianos. El poder que el nuevo soberano ejercia en todos sus estados, se diferenciaba tambien en razon de la diversidad de la índole de sus instituciones. Cuerpos políticos compuestos de elementos tan heterogéneos no tienen las condiciones requeridas para ser robustos. Ninguno puede considerarse como individuo de una gran familia, y si todos contribuyen al brillo y renombre del Señor comun, muy pocos ó casi ninguno en realidad prospera y se engrandece. La historia de Cárlos V y de su hijo, confirma de un modo palpable esta verdad que no dejaba de sentirse entonces, sobre todo de los españoles.

1519. A los tres años de la muerte de Fernando vacó en efecto la corona imperial, y el jóven Cárlos la obtuvo sin grande oposicion antes de cumplir 20 años. Bajo esta cualidad de emperador se conoce con el nombre de Cárlos V, el que no fué mas que Cárlos I en nuestra España. Singular destino suyo, que despues de ser una sola y vasta monarquía, al fin de siete siglos de luchas tan encarnizadas, se halló como absorbida en un estado cuyo centro se hallaba fuera de su territorio.

Y mientras el nuevo emperador tomaba posesion de su excelsa dignidad, le conquistaba Hernan Cortés el vasto imperio mejicano con un puñado de valientes. Tremolaban sus banderas en las costas del mar del Sur, y bien pronto le iba á someter Pizarro el imperio de los Incas. Estaba próximo á embarcarse el famoso Magallanes, descubridor del estrecho de su nombre, entre cuyos navíos se contaba el que tuvo la gloria de trazar

el primero la circunferencia de la tierra. Así merced á unos pocos aventureros, sin nombre antes conocido, gigantes en valor, en audacia, en cuantas pasiones fuertes fermentan en el corazon del hombre, se veia Cárlos V en lo mas florido de sus años, dueño mas allá de los mares, de mas vastas, y sin comparacion mas ricas posesiones que las que acataban su nombre en nuestro continente. Tan inmenso poderío no puede menos de imponer á la imaginacion, y muy pocos españoles dejarán de recordarle sin un movimiento de amor propio satisfecho, aunque se hallen de dicha época á distancia de tres siglos.

¿Y qué uso iba á hacer Cárlos V de este imperio gigantesco? ¿Cómo se iba á mostrar en el trono el señor de tantos pueblos? Su abuelo Maximiliano habia sido un príncipe de bastante ambicion, mas no de gran capacidad, y mucho menos de fortuna. Habia muerto en la flor de sus años su padre Felipe el Hermoso, con la fama de indolente. Se hallaba su madre doña Juana en un estado de imbecilidad, que le valió el nombre de Loca, con que es conocida en las historias. La habian dejado sus abuelos maternos D. Fernando y doña Isabel, grandes ejemplos que imitar; mas sus primeros años no daban indicios de brillar en el trono por sus cualidades personales. Esta opinion no pudo menos de variar á su presentacion en la escena política del mundo. Como se dijo en el prólogo de esta obra, no es la vida de Cárlos V la que se va á escribir, sino bosquejar los rasgos mas principales y salientes de un gran cuadro, para comprender mejor el que vamos á trazar del hijo.

La instruccion de Cárlos era escasa. Educado como la mayor parte de los príncipes, tenia en política las ideas dominantes de su siglo, las que mas podian adular el amor propio de un monarca. Mas dotado, como lo hizo ver, de un buen entendimiento, aprendió en el trato de los hombres, en el manejo práctico de los negocios, lo que no le habian enseñado sus maestros. Sin duda tuvo consejeros, y hasta favoritos y privados; mas desde sus

primeros años tomó una parte activa, y hasta la principal en el gobierno de sus vastas posesiones. Desde los principios mostró sagacidad, tino, circunspeccion, y cuanta habilidad podia esperarse de un hombre de su inexperiencia. Conforme crecia en años, desplegó mas y mas el don de mando y de gobierno. Muy pronto vió Europa que el señor de tantos dominios no iba á dormirse sobre el trono, y entregar las riendas á manos de sus favoritos. Era ya mucho en un hombre de su condicion, mostrarse digno de tan alto puesto.

Estaba, cuando subió al trono, ocupado el de las principales regiones de Europa, por hombres distinguidos, si no pueden merecer el título de grandes. Reinaba en Francia Francisco I, príncipe de unos pocos mas años, y que se mostró su rival por todo el tiempo que duró su vida. Habia sucedido á Enrique VII de Inglaterra su hijo Enrique VIII, inferior en talentos á su padre; pero mas despótico, mas violento, con mas deseos de figurar en el teatro político de Europa, donde se hizo verdaderamente célebre y famoso, por un estilo que él mismo no se imaginaba. Ocupaba la silla de S. Pedro Leon X, magnífico como príncipe, protector de las artes y las letras, que iba á revestir de nuevo lustre á su familia de los Médicis. Venecia comenzaba la época de su decadencia. Génova entraba en un nuevo estado de esplendor, por la capacidad y servicios eminentes de un grande hombre. Milan continuaba siendo teatro de hostilidades entre las armas de Francia por un lado, y por el otro de Italia y del Imperio. Estaba próximo á descender al sepulcro el famoso D. Manuel de Portugal, que habia llevado el nombre de su pais al apogeo de su grandeza y gloria. Reinaba en Polonia Segismundo I, y en Dinamarca y Suecia Cristierno III, cuñado de Cárlos. En la silla del imperio Otomano estaba sentado Soliman, que amenaza al de Alemania.

Cárlos, que á la muerte de Fernando el Católico se hallaba en Flandes, no se descuidó en venir á España á

recoger una herencia tan magnífica. Se mostró en ella afable, deseoso de congraciarse el aprecio de sus nuevos súbditos. De las oposiciones y dificultades que encontró en las córtes de sus reinos, hablaremos á su tiempo. Ahora solo queremos dar alguna idea de los principales rasgos de la vida del monarca en la parte política y guerrera. A poco tiempo de su permanencia en España, tuvo aviso de su eleccion de jefe del imperio, é inmediatamente se ocupó de la idea de ir personalmente á recibir la nueva corona que le deparaba la fortuna, á pesar de que España se hallaba entonces en agitacion, y ningun tiempo podia ser menos oportuno para su salida. Mas la urgencia era grande, y por ningun motivo podia diferirla. Se embarcó, pues, para los Paises-Bajos, y pasar de aquí á Alemania; mas sumamente previsor, y como hombre atento á cuanto á sus intereses concernia, tuvo cuidado de avistarse en camino con el rey de Inglaterra, y ponerse de su parte en la gran lucha que tan cercana imaginaba.

Mientras recibia en Aquisgran la corona imperial con toda la pompa y magnificencia propia de tan alta investidura, mientras asistia en Worms á la dieta, que será siempre célebre por la presentacion en ella, y propalacion de las doctrinas de Lutero, ardia España en las contiendas y guerra civil promovidas por las famosas comunidades de Castilla. Aunque vencidas, y por el pronto sujetadas, fue precisa la vuelta del emperador á España para la consolidacion de la quietud del reino. Y no se descuidó Cárlos de hacer este viaje, que á los 22 años de su edad era el tercero que emprendia. Habiendo ocurrido por este tiempo la muerte del papa Leon X, tuvo el emperador bastante crédito y poder para que se eligiese por sucesor á su ayo ó maestro el cardenal Adriano de Utrech, que reinó con el nombre de Adriano VI.

Tres grandes negocios ocuparon casi exclusivamente la vida y el reinado de este príncipe; las guerras con

Francia; la preservacion de Alemania contra las invasiones de los turcos: los altercados con los electores protestantes del imperio. En muchas ocasiones se vió con estos tres embarazos á la vez; en ningun tiempo dejó alguna de ellas de ser objeto de sus inquietudes.

Las disensiones con Francia fechaban de mas lejos. Habian luchado en Nápoles las armas del rey Católico con las de Cárlos VIII y Luis XII, quedando estas vencidas, y el gran capitan dueño á nombre de su rey del reino disputado. Habia guerreado asimismo Francia contra el emperador en el Milanesado, otro objeto de grande ambicion para este príncipe. Al reino de Navarra, recientemente incorporado en la corona de Castilla, pretendia tener derechos legítimos la casa de Albert ó Labrit, enlazada y protegida por el rey de Francia. A estas animosidades de nacion se mezclaban pretensiones y rivalidades personales. Francisco I, preciado de ser el primer caballero de su reino, se habia ya ilustrado como militar en Italia, y dado insignes pruebas de su valentía. Rival de Cárlos en las pretensiones al imperio, intentaba suavizar la mortificacion del desaire recibido con la superioridad que le daba en su opinion la suerte de las armas. Antes de la elevacion de Cárlos al imperio, habian ajustado los dos monarcas paces en Noyon; mas la nueva dignidad encendió una nueva guerra. En tres teatros se ofreció á Francisco la ocasion de lidiar con su enemigo en Navarra, en los Paises-Bajos, en Italia. En los tres se presentó en efecto; mas en ninguno con ventaja.

1520.—1521. La expedicion de Navarra duró poco: penetraron los franceses fácilmente por aquel pais: sin grande oposicion se apoderaron de Pamplona y llegaron hasta el Ebro; mas las armas españolas acudieron pronto á la defensa del pais que estaba descubierto. Delante de los muros de Logroño se eclipsó la buena estrella de Francisco, mientras llegaban los refuerzos de Castilla. Levantaron el sitio los franceses: fué su retirada precipitada

y desastrosa: mas de 6,000 quedaron entre muertos y prisioneros en la batalla que aceptaron durante su marcha. En vano Francisco envió refuerzos y un nuevo general: la misma suerte tuvo la segunda expedicion que la primera, y aunque se apoderaron de Fuenterabía, les duró poco esta conquista.

Igualmente fueron desgraciadas las armas de los franceses en la frontera de los Paises-Bajos. Era conocido entonces con este nombre un territorio mas vasto que el designado hoy con el de Bélgica y de Holanda. La Flandes francesa, hoy departamento del Norte, el Artois ó departamento del paso de Calais, parte de la Picardía, de la Champaña y la Lorena, entraban entonces en el patrimonio de la casa de Borgoña. Asi era el rio Somme la frontera por aquella parte. Por una de las singularidades de la suerte, Cárlos V como heredero de la casa de Borgoña y señor de los Paises-Bajos, era vasallo de Francisco. Mas ni contra el rival, ni contra el vasallo pudieron nada sus armas en aquella parte.

1522.-1526. Donde lució mas la fortuna del emperador fué en Italia, donde tan profundas raices habia echado la ambicion del rey de Francia. En tres campañas sucesivas perdió el Milanesado, y si algunas veces le sonreia la fortuna, no era mas que para hacer mas sensibles los desaires. A pesar de los padecidos por los imperiales en el sitio de Marsella y su retirada en Provenza, se mostraron los capitanes de Cárlos superiores á los de Francisco. Los Pescaras, los Leivas, los Vastos, los Colonnas adquirieron un lustre á que no llegaron los Lautrech, los Ronnivets, los Brissac, los Moutlues. La mala política de la corte de Francia, se enajenó entonces de un grande hombre de guerra, que tan fatal le fue en lo sucesivo. Cada uno dará el nombre que mas le cuadre á la conducta del duque de Borbon; mas todos alabarán la política de Cárlos V, en aprovecharse de la falta cometida por Francisco. La bajada de éste á Italia, creyendo reparar con esto las faltas de sus generales, no hizo mas que proporcionarle un ter-

rible desengaño. «Todo se ha perdido, menos el honor,» escribió este príncipe á su madre, despues que se vió prisionero en los campos de Pavía. Pocas veces se han visto, en efecto, descalabros mas completos.

Sin duda influye mucho la suerte en los lances de la guerra; mas no se le puede siempre atribuir el éxito de las batallas. Tambien pende éste del mayor valor, de la mejor disposicion, de la superior habilidad de los que mandan. Cuando en el discurso de una guerra se ven siempre campañas favorables á una de ambas partes, aquí se debe suponer que está el mayor saber, la mayor capacidad del capitan; pues en cuanto á valor no podian alegar superioridad los imperiales sobre los de Francia En el número tampoco habia notable diferencia. En cuanto á la homogeneidad de las tropas, estaban las ventajas del lado de Francisco, componiéndose las del emperador de naciones tan diversas. Consistia, pues, el buen éxito en la mejor direccion, en la mayor capacidad de los generales que servian al emperador, en que eran mas hombres de guerra sin disputa. La presencia de Francisco podia hacer mucho en un sentido; mas sus disposiciones ser al mismo tiempo de poca utilidad; pues aquel monarca con tantos títulos para ser tenido por un valiente y bizarro caballero, no alcanzó nunca los de entendido capitan, que entonces le hacian mas al caso.

De todos modos se veia Cárlos victorioso, sin sacar la espada, sin haberse movido de España, de un rival tan poderoso y tan temible, dueño de su persona, árbitro de hacer la paz bajo las condiciones que fuesen de su agrado. No podia mostrársele mas favorable y risueña la fortuna: era muy natural que no se descuidase el emperador en aprovecharse del buen viento. Quiso verle en España el monarca prisionero, sin duda para sacar mayor partido de su mala posicion: no le debia de pesar á Cárlos ver uno de los trofeos mas gloriosos de su triunfo. Vino á Madrid Francisco sin que se le negasen en el tránsito ninguno de los obsequios y honores debidos á tan

gran monarca; mas haciéndole ver que era prisionero. Negoció el emperador con su cautivo, y la contemplacion de su desgracia no le hizo aflojar un punto las pretensiones que en su opinion le daba el derecho de la espada. No podia menos de resentirse el tratado de Madrid de esta desigualdad de condiciones. Pedia el uno porque especulaba con la posicion de su rival; otorgaba el otro por verse libre de su cautiverio. En este asunto no se mostró Cárlos generoso, ni aun político, á menos de abrigar segundas intenciones, pues no podia menos de prever que este tratado de Madrid, firmado y como arrancado por la fuerza, seria gérmen de una nueva guerra (1): asi lo fue en efecto.

El año siguiente de 1527, se ligó Francisco con el papa Clemente VII, sucesor de Adriano, alianza que proporcionó á Cárlos V un triunfo parecido al de Pavía. El Condestable Borbon mandaba su ejército en Italia. Exhausto de medios, y viéndose en peligro de ser abandonado de sus tropas que carecian de pagas, no encontró mejor recurso que el saco de Roma, de que no se hallaba muy distante. Con la perspectiva de un botin tan pingüe, no abandonaron las tropas sus banderas, que Borbon dirigió con pasos rápidos hasta sus muros, sin que pudiesen impedírselo los aliados del jefe de la iglesia. Con furor fue atacada la capital del orbe cristiano, y la muerte de Borbon al subir por una escala, en lugar de abatir, llenó de nueva furia el ánimo de los soldados. Por quinta vez sufrió Roma los horrores de un sitio, y las calamidades de un saqueo. Están de acuerdo los historiadores en que no se mostraron menos feroces

(1) Era uno de sus artículos el matrimonio de D. Francisco con doña Leonor, hermana de Cárlos, y viuda de D. Manuel de Portugal; otro la devolucion de la Borgoña, incorporada cincuenta años antes á la Francia; otro un perdon y completo olvido para el Condestable de Borbon, y sus parciales; otro la entrega de los hijos de Francisco en rehenes del tratado. Una de las piezas diplomáticas de mas extension que pueden figurar en cualquier época.

los soldádos del emperador que los godos y los vándalos. Siete meses duraron en Roma los horrores de la ocupacion, las calamidades de la guerra. Fue el pontífice uno de los primeros en ponerse en salvo; mas quedó prisionero, habiendo entregado el castillo de Saint Angelo que le servia de asilo.

Llegó la noticia á Valladolid, donde se hallaba el emperador celebrando fiestas por el nacimiento de don Felipe, objeto de esta historia. Mandó inmediatamente que se suspendiesen, y hacer rogativas á todas las iglesias por la libertad del pontífice que tenia él mismo prisionero. ¿Era esto una pura hipocresía? ¿Pudo considerarse como escarnio, cuando estaba en su poder terminar este duelo de los fieles, enviando una simple órden á los que tenian cautivo al jefe de la iglesia? Es imposible conocer bastante el espíritu de aquellos tiempos de que estamos tan remotos, para conjeturar la impresion que pudo hacer en los ánimos de los católicos de España aquel mandato tan extraordinario. De los sentimientos católicos del emperador en todas las épocas de su vida, hay demasiadas pruebas, para suponer que se permitiese semejante burla, y en España sobre todo. Que reconocia en Clemente VII el jefe y cabeza de la iglesia, no puede estar sujeto al menor género de duda. ¿Cómo debe traducirse, pues, la órden para semejante rogativa? Cómo deben traducirse muchas acciones en que los hombres obran con sentimientos encontrados. Respetaba Cárlos V al *Pontífice*, veia un enemigo en la persona de *Clemente*. Tal vez estaba escandalizado él mismo del resultado de su victoria: tal vez lo que queria dar á entender era que se pidiese á Dios moviese el ánimo del *Monarca* de modo que accediese á las condiciones que pudiesen allanar las puertas de la prision para el *Pontífice*. Así fué en efecto. No fué sordo Clemente á la voz de la necesidad: por medio de un rescate logró salir de la prision; con un tratado de paz, ventajosa para Cárlos, volvió á términos de buena amistad con este príncipe, y la

iglesia pudo dar gracias á Dios de haber oido sus plegarias.

1527.—1528. En cuanto al rey Francisco tan mala suerte le cupo en esta campaña como en las anteriores. Pusieron sus tropas sitio á Nápoles, que estrecharon por tierra y por mar; pero cuando mas seguras se creian del triunfo, se pasó Andres Doria, general de las galeras, al servicio de Cárlos, y de asediador de la plaza, se convirtió en su amigo. Respiró con esto Nápoles. Para mayor alivió suyo, se declaró la peste en el campo de los enemigos, y fue entonces cuando por primera vez comenzaron á sentirse los estragos de la enfermedad traida por los descubridores del nuevo mundo á Europa, y que se llamó mal *francés* ó gálico por esta circunstancia. Se contó entre sus víctimas al mismo general en jefe Lautrech, mas célebre por sus derrotas que por sus victorias. El ejército francés, privado de su jefe, levantó el campo; y viéndose hóstigado por los enemigos, tuvo que abandonar el reino de Nápoles, operacion que practicaba por tercera vez en aquel siglo.

En esta retirada de los franceses de Nápoles ocurrió la particularidad de que entre los prisioneros hechos por los imperiales se hallaba el famoso Pedro Navarro, inventor de las minas, compañero del gran Capitan en las guerras de Nápoles, y general de la expedicion de Orán, mandada en persona por el cardenal Cisneros. Habiendo caido prisionero en la batalla de Rávena, pasó al servicio de Francia por no haber querido pagar, segun dicen, su rescate el rey Católico, aunque en esta determinacion pudieron influir mas causas. A su nuevo señor hizo muchos servicios de importancia en todas estas campañas de Italia, y ya muy avanzado en años, vino á morir confinado en su prision en Nápoles.

Por lo que hace á lo demas de esta nueva guerra en Italia, basta decir que el rey de Francia tuvo que ajustar un nuevo tratado de paz con su rival en Cambray á principios del año siguiente 1729. Por uno de sus artí-

culos se puso en libertad á los hijos de Francisco, pagando por ella dos millones de escudos. En lo demas se ratificaron casi todos los artículos del tratado de Madrid, insistiéndose sobre el matrimonio del rey de Francia con la reina viuda doña Leonor.

1529. Se podia considerar Cárlos V á los veinte y nueve años de edad como un gran favorito de la suerte. Reconocia en él la Europa el mas grande y poderoso de sus soberanos, y la capacidad y genio de sus capitanes le habian hecho triunfar de su rival mas poderoso. Con la sumision de Clemente VII se podia llamar el árbitro de Italia. Y el victorioso emperador no habia visto la guerra todavía. Mas pronto manifestó por sus cualidades personales, puestas á mayor luz, que no era indigno de su gran fortuna.

Cualquiera que observe con alguna atencion esta y las demas épocas de la vida del emperador, observará que España, aunque parte sola de una vasta monarquía, figuraba, y no podia menos de figurar, como la principal, como la de mas preponderancia. Conocia demasiado Cárlos V la importancia de esta posesion para no darle toda la consideracion de que era digna. Su larga residencia en ella despues de haber recibido la corona del imperio, manifiesta el interés que tomaba en sus negocios, y cuánto se aplicaba á conocer la índole de sus habitantes. A España vino prisionero el rey Francisco: á España vinieron en rehenes del cumplimiento del tratado de Madrid los hijos de este príncipe: españoles eran un gran número de capitanes que se distinguieron á la cabeza de las armas imperiales, y las tropas de esta nacion no alcanzaban ménos fama que sus jefes. Sin duda se llamó España á la parte de las grandezas de su rey, aunque extendia su cetro á mas regiones, y tal vez esta grandeza y esta gloria no contribuyeron poco á amortiguar, sino á extinguir los resentimientos que habia producido la venida de una casa extraña, con otros disgustos de un órden político de que hablaremos á su tiempo. Ningu-

nos síntomas de disgusto público se manifestaban: la nacion parecia tranquila y satisfecha identificada con las glorias de su rey; y esta circunstancia era motivo mas, para que el monarça tratase de trasladarse á otros puntos donde era mas necesaria su presencia. Todos los acontecimientos considerables ulteriores de su largo reinado tuvieron lugar fuera de España. Asi la historia de este pais, por lo que está enlazado con la persona de su príncipe, se puede hasta cierto punto llamar la de la Europa.

1529. En Italia se anunció como vencedor, como emperador de los romanos, como el primer personaje de su siglo, como el monarca preponderante entre los príncipes de Europa. Desde Cárlo-Magno, era el primer emperador de Alemania que se presentaba en Italia con todo el brillo de su alta dignidad, sin oposicion por parte de sus varios estados, ni mucho menos del pontífice que acababa de sacar del cautiverio. En medio de tantos estímulos de orgullo, se mostró sin embargo bastante mesurado. Coronado en Bolonia como emperador de los romanos, afectó la mayor afabilidad con los diferentes príncipes del pais, de quienes se mostró verdaderamente soberano. Con el papa tuvo conferencias de un carácter sério y grave. Colocado al frente de casi todos los grandes negocios políticos del tiempo, no podia menos de ponerse á cada momento en evidencia y mostrar gran sagacidad entre grandes intereses que mútuamente se rechazaban y excluian (1).

(1) Ocurrió por aquel tiempo la guerra de Florencia. No podia Cárlos V dar mayores pruebas de su buena amistad hácia el pontífice, que ayudándole á sujetar aquella república al yugo de un príncipe de su familia (los Médicis). Ejercian antes los jefes de esta casa una especie de protectorado ó magistratura popular en el país por sus grandes riquezas é influencia que les daba su habilidad ó su política. Mas de una vez habian sido blanco del furor popular, y expelidos de su territorio. Lo estaban en aquel momento La guerra que se encendió entre la república y las armas coligadas de Cárlos y Clemente, fue muy obstinada y muy sangrienta. Más vencieron al fin las últimas, y los Médicis desterrados subieron como al trono del pais con el título de duques de Florencia. Alejandro, que fue el primero, se casó poco tiempo despues con Margarita de Austria, hija natural de Cárlos V.

La conducta de los electores y príncipes protestantes del imperio era entonces, y fue en lo sucesivo, el negocio mas embarazoso para Cárlos V, la verdadera corona de espinas que en las diversas que ceñian sus sienes se encontraba. Que aborrecia sus doctrinas bajo el aspecto religioso, lo prueba toda su historia; que consideraba sus pretensiones como un desacato á su elevada autoridad, lo puede suponer cualquiera que conozca el corazon del hombre. Mas le era preciso contemporizar con estos príncipes, cuyas fuerzas necesitaba para contrarestar las del turco, que se mostraba cada vez mas formidable. Acababa Soliman de invadir la Hungría y de destruir su ejército, quedando el rey Luis muerto en el campo de batalla. Se avanzaba el vencedor sobre los estados de Austria, y amenazaba á Viena. No podia Cárlos V mostrarse demasiado conciliador con los príncipes luteranos que ya pensaban en organizar una liga contra su preponderancia. Por esta vez tuvo la destreza de conjurar la tempestad, expidiendo un decreto de tolerancia mientras no fuesen dirimidas las disputas religiosas en el próximo concilio. Satisfechos por su parte los príncipes protestantes prometieron y pusieron en campaña un ejército contra el de Soliman que á grandes marchas avanzaba.

1532. Tuvo Cárlos V la gloria de hacer su aprendizaje militar, poniéndose á la cabeza de las fuerzas del imperio en busca del azote y espanto de la Cristiandad entera. Sea que los negocios de Soliman le llamasen á Constantinopla, sea que recelase habérselas con un ejército tan respetable, retrocedió delante del emperador, declarándose vencido sin combate. La gloria personal que adquirió Cárlos V en esta ocasion no podia menos de humillar al rey de Francia. Así intrigó de nuevo para hacerse con aliados, mas la ocasion no le era por entonces favorable.

No ignorante Cárlos V de estas disposiciones de su competidor, ponia de su parte todos los medios posi-

bles para no estar desprevenido. En Italia, á donde se dirigió de regreso de su expedicion, formó una liga de sus príncipes, de la que se declaró jefe, y dejando allí un ejército bajo las órdenes del español Antonio de Leyva, se puso en camino para España.

A muy poco tiempo de su regreso á este pais meditó y llevó á efecto Cárlos V una expedicion que forma una de las figuras mas brillantes de su vida pública, y hace ver que habia nacido para cosas grandes.

1535. Acababa un pirata, tan sagaz como atrevido, de apoderarse de Argel, y por medios de la traicion mas alevosa, despojar de sus estados al dey de Túnez. Protegido y alentado con el favor de Soliman, cuyo vasallo se reconocia, se habia erigido en una potencia formidable, y hecho del nombre de Barbaroja un objeto de terror para las costas y navegantes del Mediterráneo. Imploró el dey desposeidó el favor de Cárlos V, en cuyos oidos resonaban á cada momento los gritos de las familias que tenian cautivos en Argel y en Túnez. Preparó el emperador un armamento formidable para destruir un nido de piratas, y siempre animado de sentimientos elevados, quiso tener la gloria de mandarle.

Se embarcó el emperador en Barcelona, para Cagliari en Cerdeña, donde la expedicion se reunia. Treinta mil hombres de todas clases se embarcaron en quinientas velas. Acudió con sus galeras el famoso Doria. Arribó felizmente la expedicion á las costas de Túnez, á donde iba dirigida. A pesar de la feroz resistencia de los de Barbaroja, se apoderaron del fuerte de la Goleta, á la boca del puerto y que cubria la plaza de Túnez. Con mas dificultades, y haciendo mas esfuerzos de valor, se apoderaron de esta ciudad entrando en ella por asalto. Cumplió el emperador con los deberes de capitan, dando ejemplos de denuedo y de constancia; y la cristiandad entera celebró con entusiasmo este triunfo sobre los infieles. Los veinte mil cautivos que salieron de las maz-

morras donde los tenia encerrados Barbaroja, por todas partes celebraron la gloria de su gran libertador, y el nombre de Cárlos V resonó con aplauso en todos los ángulos de Europa.

CAPITULO IV.

Continuacion del reinado de Cárlos V. Expedicion sobre Marsella.—Sobre Argel.—Nuevas guerras.—Con Francia.—Con los príncipes luteranos de Alemania.—Victorias y desastres.—Sitio de Metz.

Se puede considerar la victoria del emperador Cárlos V sobre Túnez como el punto culminante de su grandeza y gloria. Los diez y nueve años que llevaba de reinado habian sido señalados todos por prosperidades y ventura. Ningun revés habian sufrido sus armas en los diversos teatros donde habian figurado. La grandeza y poderío de sus mayores heredados, habian adquirido nuevo lustre por sus cualidades personales. Habia sido humillado el rey de Francia, forzado á reconocerle como amigo el jefe de la iglesia, retrocedido delante de sus armas el terrible Soliman, y mantenídose hasta entonces en los límites de su dependencia y homenaje los príncipes luteranos del imperio. Completaba la victoria sobre Barbaroja esta aureola de gloria que parecia haber puesto el clavo en la rueda de su gran fortuna. Mas no se pára ni se fija nunca esta deidad tan veleidosa, y Cárlos V no fué eximido de la ley comun que mezcla con tantos disgustos sus favores. Descendió varias veces de su altura, despues de dicha gloriosa expedicion, y no porque dejase de ser siempre el gran emperador, el primer monarca de su siglo; sino porque comenzó desde entonces á ver destruidas con reveses y sérios desengaños, las ilusiones que no pueden menos de fascinar á los hombres de su clase. Estaban vencidos unos, y otros en suspension de hostilidades: mas ninguno destruido, ni sin esperanzas de

renovarlas cuando se ofreciese coyuntura favorable. Tenia el rey de Francia siempre presente sus humillaciones, y aguijoneado del deseo de abatir á toda costa la gloria de un rival afortunado, se preparaba á todas horas á probar de nuevo la fortuna de las armas. Habia vuelto á renovar su liga con Clemente, casando á un hijo suyo con una sobrina del pontífice: entraba en negociaciones con los príncipes protestantes de Alemania, y aunque estos no confiaban en la buena fé de un rey que hacia quemar á los nuevos sectarios en París, por precision tenian que aceptar auxilios tan necesarios en su oposicion á Cárlos V. ¿Era el Francisco indiferente á las controversias religiosas y obraba en estas tan solamente por política? No es creible. Ni la incredulidad ni el esceptismo eran cosas de aquel tiempo; mas los hombres no obran en todos casos con arreglo á sus principios. Era el rey cristianísimo tan ambicioso como Cárlos, y el deseo de hacerle daño, una de sus pasiones dominantes. Si su conducta no era muy católica, tampoco faltarian en su córte, como en todas, diestros casuistas que saben halagar las pasiones, al mismo tiempo que acallar la conciencia de los poderosos.

Confiado el rey de Francia en los sentimientos hostiles de los luteranos del imperio, se atrevió en fin á declarar la guerra á su rival, haciendo dirigir su ejército á Italia que la invadió por el Piamonte.

No manifestó la conducta de Cárlos en estas circunstancias el mismo carácter de moderacion que le habia distinguido en otras ocasiones. Entró triunfante en Roma, y se hizo coronar como emperador con toda pompa. En un consistorio celebrado por su órden, pronunció un discurso de quejas contra la conducta de Francisco, pintándola como artificiosa y pérfida, al mismo tiempo que hacia un elogio de la suya propia. Allí le declaró la guerra del modo mas solemne y le desafió á un combate personal, si preferia este modo de hostilidad por ser mas pronto y expedito. Fué el discurso del emperador una especie de amenaza á todos los que presumiesen habérselas con

un soberano de su clase y poderío. No omitiremos la circunstancia de que fué pronunciado este discurso en español, por ser lengua mas grave, (expresiones de un historiador extranjero), (1) lo que manifiesta la preferencia que daba á esta nacion y el papel que entonces representábamos en el teatro de la Europa.

Así, no solo se hacian estos dos príncipes la guerra por los medios ordinarios, sino que se amenazaban, se echaban bravatas, se decian que mentian por la gola y por medio de reyes de armas, y del modo mas solemne se enviaban un cartel de desafío. Habia dado el ejemplo el rey de Francia, despues de salir de su prision, llamando á Cárlos por medio de una solemne embajada á un combate singular; mas semejante lid, tantas veces anunciada, jamás llegó á verificarse. Alistó el emperador en Italia un poderoso ejército que se dirigió hácia las fronteras de la Francia. Entre los famosos capitanes que le dirigian, se hallaban el Marqués del Vasto y el que fué con el tiempo tan famoso duque de Alba. Al frente del todo estaba el español Antonio de Leyva que en todas aquellas guerras se habia adquirido tan grande nombradía.

1536. Penetraron los imperiales sin dificultad por la Provenza; mas al querer hacerse dueños de Marsella, experimentaron los mismos reveses que en el sitio anterior puesto por Pescara. Fué su retirada igualmente desastrosa, y no figura poco en ella la muerte del famoso Antonio de Leyva, que mandaba en jefe. Abochornado el emperador del desaire de sus armas, despues de tan pomposa declaracion de hostilidades, dejó su ejército para rehacerse en Italia, y regresó á España. Fué este el primer revés de su fortuna, y fruto de una grandísima imprudencia; si alguna vez formó el proyecto que muchos le suponen, y que no es creible de establecer en Europa una monarquía universal, debió entonces de convencerse de lo quimérico de sus ilusiones.

(1) Leti vita di Carlo V.

Hemos visto el modo solemne é inusitado que tuvo Cárlos de declarar la guerra á su rival; el de la contestacion de Francisco fue mucho mas extraordinario. Despues de la evacuacion de la Provenza por los imperiales, celebró el rey de Francia en el parlamento de París, lo que entonces se llamaba un lecho de justicia. Llamó allí á su tribunal á Cárlos de Austria su vasallo, como señor de los Paises-Bajos, por haber faltado al pleito homenaje, que como á su superior se le debia, dándole un cierto tiempo para responder de su conducta. A este homenaje habia renunciado el rey de Francia por el tratado de París; mas justamente la infraccion de este tratado habia renovado las hostilidades en 1527, y provocado aquella nueva guerra. El resultado de la notificacion no podia ser otro, que poner en campaña un ejército de treinta mil hombres, al frente del cual marchó Francisco á la frontera de los Paises-Bajos. ¿Impuso algo la farsa de aquel paso extraordinario? Pongámosle en paralelo con el discurso imponente, pronunciado en el consistorio de Roma delante del papa y los cardenales, por un monarca victorioso. Si se podia mirar este por un rasgo de orgullo poco disculpable, no debió pasar el otro sino como el despique de una vanidad pueril que en nada se apoyaba. Cárlos V declaraba la guerra á un enemigo: declaraba Francisco I rebelde á un monarca superior suyo, bajo mas de un título. Y lo que hizo esta farsa mas ridícula es, que no produjo efecto para el soberano, que intentaba el despojo del vasallo. La campaña de los Paises-Bajos fué un tejido de vicisitudes varias, sin ventaja para ninguna de ambas partes. El primer ímpetu de los franceses los hizo gananciosos al principio: despues se retiraron, abandonando el terreno conquistado. La guerra del Piamonte continuaba igualmente sin definitivo resultado. ¿Cuál fue, pues, el de una contienda que se presentaba tan reñida? ¿En qué vinieron á parar tanta animosidad, tanto denuesto público, tanto desafio? En que el papa, el rey de Francia y el emperador, tuvieron una

conferencia en Niza (1538) donde no pudieron convenirse. En que el emperador, á regreso á su España desde Italia por mar, tuvo en la playa de Aguas-Muertas otra con Francisco, que en aquellos puntos le aguardaba; que allí conferenciaron, se dieron mil satisfacciones, y ajustaron treguas, tan poco cordiales y duraderas, como las paces anteriores.

¿Qué papel representaba el rey de Inglaterra en estas luchas? Ya hemos indicado que Enrique VIII era casi de la misma edad que Cárlos y Francisco, ambicioso como ellos, igualmente despótico en su carácter, obstinado, inflexible y cruel, menos por temperamento, que por no poder sufrir ninguna oposicion á sus caprichos. Poseido de su grande importancia, si no como actor principal, á lo menos en clase de auxiliar, habia adoptado la divisa de, *cui adhereo præst*; *prevalece aquel á quien me adhiero*, pronto siempre á unirse con cualquiera de las dos partes que le proporcionase mas ventajas. Así los dos monarcas le hacian en cierto modo la corte, y trataban de ganársele. Le vió Cárlos dos veces en Inglaterra, trabajando mucho para poner en sus intereses al cardenal Wolsey, que era entonces su primer ministro. Francisco tuvo con él la primera entrevista, en el campo llamado del Paño de oro, por el lujo y magnificencia que en las fiestas á que dió lugar, se desplegaron. Mas el rey de Inglaterra, á pesar de su divisa, influyó muy poco en el resultado de las contiendas de los dos rivales. Al principio se inclinaba á Cárlos; propendió despues hácia Francisco; sea por sus proyectos de repudio de su mujer Catalina de Aragon, tia de Cárlos, sea porque le instigase á ello el cardenal Wolsey, irritado porque el emperador le habia faltado á su palabra, de apoyarle en sus pretensiones á la silla pontificia. Con el tiempo, habiendo sobrevenido la muerte de aquella reina, se acercó mas á Cárlos; mas al momento de esta tregua de que hablamos entre este príncipe y Francisco, habia permanecido casi en completa actividad el rey de Inglaterra,

sea por falta de medios, sea que la ostentacion de poder le halagase mas que su ejercicio.

El negocio de los príncipes protestantes se presentaba cada vez mas espinoso para Cárlos V.

Hemos de ver que por mil razones debia de sentirse inclinado á extirpar para siempre lo que como católico le escandalizaba, y como emperador le deprimia. Mas sus medios no correspondian á sus intenciones, y su situacion era sumamente embarazosa como la del que quiere conciliar extremos que se contradicen y se excluyen. Por una parte se quejan los luteranos de su intolerancia; por otra le acusaba el papa de contemporizar con ellos y de favorecer secretamente sus doctrinas: por la otra el rey de Francia buscaba siempre la alianza de estos príncipes que se mostraban cada vez mas exígentes consolidando la liga que se conocia con el nombre de Smalcáldica. Para contrarestarla Cárlos, formó otra con los príncipes católicos, medida que intimidó á los protestantes. Quizá se hubiese aprovechado el emperador de tan favorable coyuntura; mas por una parte la insurreccion de las tropas en Italia por falta de pagas, por la otra la de Gante, le hicieron ver lo precario de su autoridad, y lo poco que la solidez en el poder correspondia con la vasta extension de sus dominios.

1540. Las tropas de Italia volvieron pronto á su deber; mas se presentó el asunto de Gante tan sério, que exigia nada menos que la presencia del emperador que se hallaba entonces en España. Hasta aquella ocasion habia hecho siempre su viaje á los Paises-Bajos, Italia y Alemania, sin tocar en Francia; mas ahora, sea por lo avanzado de la estacion ó por falta de preparativos, pidió Cárlos permiso á Francisco para pasar por sus dominios. Si pareció la peticion extraordinaria, se tuvo por sumamente generosa la condescendencia del de Francia. ¿De qué parte estuvo la mayor grandeza de alma? ¿De Cárlos que se puso en brazos de su rival, ó del rival que le daba un hospedaje tan magnífico? En

el primero hubo sin duda mas valor, pero tal vez una gran falta de prudencia. Es probable que en algunos momentos se arrepintiese de haber dado este paso, aun en medio de tanto festejo y regocijo. Que no faltaron por una parte temores, y por la otra muy fuertes tentaciones, es histórico. Francisco pidió á Cárlos en París la investidura del Milanesado, y la facilidad con que la otorgó el emperador, daba á entender que cuidados mas fuertes le ocupaban. En fin, salió salvo de Francia con las mismas muestras de amor y de respeto que á la entrada, y pudo acudir á sofocar la insurreccion de que hablaremos con mas extension en la historia de su hijo.

Cuando se hallaba el emperador en Alemania de vuelta de esta expedicion negociando asuntos de imposible arreglo con los protestantes del imperio, bajó Soliman por segunda vez á Hungría. Jamás se habia visto tan comprometido ni tan pronto á una invasion el territorio del imperio. Todos aguardaban que el emperador allegase fuerzas para imponer á un adversario tan terrible; por lo mismo causó asombro el verle hacer preparativos sérios para una expedicion sobre Argel, y que él mismo se iba á poner á su cabeza.

¿Habia concebido este proyecto Cárlos V por no medirse frente á frente con el turco? ¿Le llevaba la idea de distraer las fuerzas de éste para socorrer al dey? No le pareció bastante séria la invasion de Soliman para distraerle de un proyecto concebido de antemano? De todos modos parece que la expedicion fue reprobada por su consejo; mas no por esto dejó de llevarse á cabo por fuerzas de mar y tierra formidables. Mas de veinte mil infantes y dos mil caballos se embarcaron en Génova con el emperador á la cabeza en las galeras de Doria, sin tener en cuenta las instancias de este veterano, para que no saliese al mar en una estacion desfavorable.

1541. Pocas expediciones mas desastrosas que las de Argel por Cárlos V nos refiere la historia. En la travesía experimentaron una fuerte tempestad; despues de

desembarcados con grandes trabajos y mayor exposicion, padecieron en el campamento y discurso de la noche un tremendo aguacero qne los dejó como en medio de un pantano. Un huracan dispersó la escuadra, haciendo estrellar una gran parte de los buques contra las rocas de la costa. Sin poder combatir, sin poder embarcarse, expuestos á perecer de hambre y de miseria en aquellos campos anegados, tuvo la expedicion que retirarse por tierra para embarcarse en seguida en algun punto mas retirado de la costa, lo cual verificó al fin despues de mil desastres. El emperador, que en la primera expedicion de Túnez habia dado á todos ejemplos de valor, se mostró en esta un modelo de sufrimiento, de magnanimidad y de constancia. Participó de todas las privaciones, de todos los peligros, y la historia le debe la justicia de que no abandonó la tierra firme de la costa hasta que vió á los suyos todos embarcados.

No deberemos omitir, hablándose de esta expedicion de Argel, que se halló en ella de voluntario el famoso Hernan Cortés, sin que el conquistador de un vasto y rico imperio para la corona de Castilla fuese consultado para nada, ni llamado á los consejos. Al retirarse la expedicion, propuso que se le dejase al frente de algunas tropas, con las que prometió hacerse dueño del pais, mas no fue escuchado.

Natural era que de este desastre del emperador se aprovechase su rival, enojado de nuevo, porque aquel no le habia cumplido la palabra de la investidura del Milanesado, y en quien todos sus amigos motejaban de credulidad y falta de prevision por dejarse engañar de su enemigo. Un pretexto necesitaba para hacer la guerra; mas cuando hay buena voluntad se encuentran pronto. Las fuerzas que en esta nueva guerra presentó en campaña fueron formidables. Cinco ejércitos se alistaron para atacar las fronteras de los estados del emperador, que aunque menos preparado, no se descuidó en tan grave coyuntura. Por esta vez se alió con el rey de In-

glaterra, mientras el de Francia no tuvo reparo en hacerlo con los turcos. Esta monstruosa liga con los enemigos tan terribles de la cristiandad, fué mirada entonces con horror, y es una mancha verdadera en la memoria de Francisco. El famoso Barbaroja se presentó en Marsella, y se trató hasta de edificar en aquel puerto una mezquita para el uso de los mahometanos. Mas el rey de Francia los despidió de sus estados, cediendo á los clamores de amigos y enemigos.

1543. Los habia elevado contra él en una dieta Cárlos V, acusándole de enemigo de la cristiandad, y halagando por entonces á los electores, aumentó sus fuerzas, y se proporcionó dineros para hacer la guerra. ¿y qué resultados produjo este nuevo rompimiento de hostilidades que tan tremendo parecia? Ninguno positivo y de importancia. Lidiaron los ejércitos con fortuna varia por una y otra parte. Consiguieron los franceses ventajas en la frontera de España, y que perdieron: sufrieron desastres en la campaña de Italia, que repararon con la victoria obtenida en Cerisola. Consiguió ventajas muy importantes Cárlos V, que mandó en persona el ejército de los Paises-Bajos. Entró en Champaña; se apoderó de Saint Dizier y otras plazas; llegó á dos leguas de París, mas por falta de víveres se vió en la precision de retirarse. En cuanto á los ingleses, se apoderaron de Boloña y no pasaron adelante. A fuerza de cansancio, y cuando ya no podian mantener sus fuerzas en campaña, se terminó la guerra con la paz de Crespi, en la que no salió gananciosa ninguna de ambas partes.

1545.—1547. Fué esta la última guerra que hizo el rey Francisco. Cuando se hallaba sériamente ocupado en nuevas alianzas con los protestantes del imperio, le cogió la muerte, sin ser viejo todavía. Gran papel hizo este príncipe, y un nombre distinguido ocupa en la historia de su tiempo. Mas valiente caballero, que entendido capitan, dotado de mas brillo que de solidez, tan ambicioso ó quizá mas que Cárlos V, se quedó muy inferior á su rival en pruden-

cia, en habilidad, en aplicacion á los negocios, en conocimiento de los hombres, en cuantas prendas constituyen á un rey de accion y de consejo. Obraba por arranques de impetuosidad, por llamaradas de pasion que se apagaban pronto; en lugar que en el otro habia un cálculo de accion, un pensamiento fijo que predominaba en sus acciones. Con muchos menos estados que los de Cárlos V, pudo hombrear con él de igual á igual; porque los suyos eran compactos, y formaban un todo sin intermision, en lugar que los del otro estaban tan esparcidos, y eran tan heterogéneos. Así como excedia á Cárlos V en brillantes cualidades personales, tenia la desventaja de ser mas disipado, mas amigo de placeres y de vicios. En cuanto á sus principios religiosos, quemaba y hacia perecer con otros suplicios á los protestantes, en París y otras partes, mientras se asociaba con los protestantes de Alemania y con los turcos. Mas ya hemos hecho ver que hay casuistas hábiles que saben conciliarlo todo, y acallar la voz de las conciencias.

Con su muerte no se extinguió en Francia el espíritu belicoso que la animaba contra Cárlos. Su sucesor Henrique II heredó igualmente su ambicion; mas no se declaró al momento, dejando tiempo al emperador para entender en los negocios graves, relativos á los príncipes luteranos del imperio.

Analizar todas las negociaciones, controversias y disputas que estos asuntos motivaron, no es de este momento. En mas detalles entraremos, cuando nos ocupemos de las disputas religiosas que hacen tan gran papel en este siglo. Como las de los príncipes con el emperador eran de un doble carácter, nos ocuparemos tan solo del político. Los príncipes protestantes eran fuertes por la union, y como tales se mostraban exigentes. A conservarse en esta actitud cuando llegaron á declararse en lucha abierta contra el jefe del imperio, hubiesen dado la la ley; mas esta falanje duró poco. Ya hemos visto que en los grandes conflictos del emperador, le au-

xiliaban con sus fuerzas, pudiendo sin duda mas en ellos el sentimiento de alemanes, que el de sus intereses y controversias religiosas. Por otra parte reinaban entre ellos las rivalidades que son frecuentes, y abren tanto campo á los que saben explotarlas. El príncipe Mauricio de Sajonia que ambicionaba los Estados de su primo el elector se aprovechó de la ocasion y tuvo la habilidad de dividirlos. Cuando debian entrar en accion, se habia disipado ya la liga, quedando el elector y el landgrave de Hesse como solos en la arena. El emperador, que á fuerza de mostrarse inflexible contra sus pretensiones habia desarmado á los demas, cayó sobre estos príncipes, y los derrotó completamente en la batalla de Muhlberg, quedando prisionero el elector, á quien privó de sus estados, quedando dueño de ellos el príncipe Mauricio.

Fue el elector de Sajonia tratado con la mayor dureza, y hasta condenado á muerte, por resistirse su mujer á entregar á Magdeburgo, sitiado por los imperiales; mas no llegó á ejecutarse la sentencia. El Landgrave que se sometió asimismo al emperador, fue recibido con todas las muestras de rigor, precisado á pedir de rodillas su perdon, quedando al fin cautivo como el de Sajonia. A donde quiera que se movia el emperador, le seguian estos dos príncipes en estrecha prision, sin que los ruegos de los principales personajes del imperio pudiesen aplacarle. Severo entonces, en proporcion de lo conciliador y flexible que se habia mostrado en otros tiempos, se conducia como un dictador con amigos y enemigos. Lo quiso ser hasta en materias de conciencia, estableciendo en Augsburgo (1548), un formulario de doctrina ínterin el concilio no dirimiese completamente todas estas diferencias protestantes; pero no por esto se mostró con ellos menos inflexible. Con la misma energía se mostró protector del concilio de Trento contra el cual la Francia misma protestaba; mas mientras el emperador fascinado acaso con su prosperidad, se creia omnipotente en Alemania,

se aglomeraba sobre su cabeza una tempestad, que disipó del modo mas cruel sus ilusiones.

1551. El príncipe Mauricio que se le habia mostrado tan adicto y tan sumiso, que con sus intrigas le habia contribuido tanto á su triunfo de Mulhberg, alimentaba contra él una enemiga tanto mas terrible, cuanto la habia cubierto siempre con el velo del respeto mas profundo. Satisfecha su ambicion con los despojos de su pariente el elector, aspiró á la gloria de ser campeon de la causa que habia anteriormente abandonado. Ningun medio omitió de ocultar sus intenciones al emperador, mientras intrigaba en secreto con los protestantes, y entraba en alianza con el rey de Francia. Por complacer á Cárlos, adoptó sin ninguna repugnancia el *interim*, y envió un representante al concilio. Cuando tuvo maduros ya sus planes, se atrevió á pedir al emperador la libertad del Landgrave, tomando asimismo el nombre de los otros príncipes. Eludió Cárlos la súplica, y aunque este paso fué objeto de alguna suspicacia, supo Mauricio disiparla, redoblando sus obsequios y protestas. No solo engañó al emperador, sino hasta sus avisados consejeros, y entre ellos al obispo de Arras, tan conocido despues con el nombre de cardenal Granvela. Seguro ya de sus aliados y del rey de Francia, se declaró Mauricio jefe de la liga protestante, y aquel monarca en guerra contra Cárlos. Se hallaba entonces éste sin ejército, y consternado con una novedad que tan cruelmente habia burlado á su prudencia, retrocedió delante de un rival muy superior en fuerzas. Mientras éste le perseguia sobre Inspruch, avanzaba Enrique con su ejército, y se apoderaba de las plazas de Metz, Toul y Verdun en la Lorena. Jamás se habia visto en un conflicto mas cruel un monarca, que hacia pocos dias se consideraba omnipotente. No hubo mas remedio que ceder á la ley de la necesidad, ó verse prisionero en manos de Mauricio. Dió libertad al elector de Sajonia, y al Landgrave; y por el tratado de Passau, que ajustó con los príncipes protestantes, se les concedió el libre ejercicio

de su culto. Los luteranos no llevaron mas allá sus exigencias, y prometieron sus auvilios contra el turco. El rey de Francia no fue incluso en el tratado; pues Mauricio, satisfecho ya su objeto, no cuidó mucho de los intereses de su nuevo amigo, que tal miraba con diversos sentimientos.

1552. Se preparó, pues, Cárlos para esta nueva guerra, y entró en campaña con fuerzas formidables. Al frente de cincuenta mil hombres, segun dicen los historiadores, emprendió en persona el sitio de Metz, uno de los hechos de armas mas célebres del tiempo. Mandaba la plaza el duque de Guisa, y las tropas sitiadoras bajo las órdenes del emperador, el duque de Alba, que habia ganado la batalla de Muhlberg. Se estrechó el cerco con vigor: ademas de la gloria personal de Cárlos, estaba en juego la de dos grandes capitanes, el uno ya muy célebre, y el otro que aspiraba á serlo por este cerco tan reñido. Pudo mas la obstinacion, el valor, y si se quiere la superior habilidad de los de dentro, que la impetuosidad de los de fuera. Se declararon enfermedades en el campo del emperador; la inclemencia de la estacion hizo de mas difícil reparo la falta de víveres; y al fin se vió Cárlos reducido á levantar el sitio, con la mortificacion que puede suponerse. Con este motivo se le atribuye el dicho: «Bien se conoce que la fortuna, como dama cortesana, favorece á los mozos, y se cansa de los viejos.» Fué tan desastrosa la retirada, como la de hacia doce años, delante de Marsella.

Y con ese hecho de armas concluirán los apuntes sobre el reinado de Cárlos V, que creimos necesarios, para entrar en el del hijo. Despues de este sitio tan famoso se hizo otra campaña en los Paises-Bajos, en que los imperiales se apoderaron de las plazas de Terouanne y de Hesdin y de la de Renty, los franceses. La guerra terminó por entonces con una tregua, último tratado que hizo Cárlos V; mas la renovacion de las hostilidades pertenece al reinado de Felipe. En él referiremos estos últimos acon-

tecimientos; lo que pasaba entonces en Italia y la abdicacion de Cárlos V, digno desenlace de uno de los dramas mas célebres en los anales de la especie humana.

Por lo poco que vá dicho, se vé que Cárlos V por su actividad, por su aplicacion á los negocios, por sus otras cualidades personales no fué indigno del alto puesto á que le habia elevado la fortuna. Se puede decir que nació, vivió y dejó de reinar, siendo el primero de los monarcas de su tiempo. Que no aspiró nunca como algunos lo suponen á la monarquía universal, se puede creer de su buen juicio, de su experiencia, del conocimiento de las cosas y los hombres. Señor de tantos estados diversos, tan separados por la naturaleza, como por su índole, supo hacerlos á todos instrumentos de grandeza. Sus frecuentes viajes manifiestan la gran atencion que daba á los negocios, y su conviccion de lo que la presencia de un príncipe entendido vale en ciertas circunstancias. Sin merecer el nombre de gran capitan, figuraba con dignidad y como correspondia á su alta clase al frente de sus tropas. El tino con que sabia elegir sus generales, honrarlos, animarlos y premiarlos, muestra su gran habilidad y conocimiento de los hombres. Igual tacto manifestó siempre en la designacion de los demas grandes funcionarios del estado. Ninguno de sus servidores le fué infiel, y solo tuvo la habilidad, que se puede llamar perfidia, de engañarle el príncipe Mauricio. La segunda mitad de su reinado no fué tan próspera como la primera; mas no puede tampoco llamarse absolutamente desgraciada. Acostumbrado á tantos halagos de la suerte, precisamente sintió mucho sus rigores. La desastrosa expedicion de Argél, la retirada de Marsella, la huida delante del príncipe Mauricio, y el desaire de sus armas en el sitio de Metz, debieron de ser para él disgustos muy amargos; mas supo conservar grandeza de alma en sus desgracias. Lo que perdió, supo repararlo, y ningun tratado de paz le fué desventajoso. Para otro lugar reservamos mas pormenores sobre el carácter de este príncipe, comparado con su siglo: por ahora nos

contentaremos con indicar que la magnífica herencia de sus mayores heredada, la trasmitió toda y aun con mejoras á sus descendientes.

Despues de haber examinado los principales rasgos de la vida militar y política de este monarca, entraremos en algunos pormenores sobre la índole del tiempo en que vivia; sobre el estado político, sobre las artes, las ciencias, la literatura, los establecimientos militares, el modo de hacer la guerra, concluyendo con un bosquejo de las disputas religiosas que hicieron un papel tan distinguido en dicha época.

CAPITULO V.

Estado político.—Córtes.—Descontento.—Guerra de las comunidades.—Rentas del Estado.—Recursos y apuros.—Disminucion de la influencia de las Córtes.

La historia de monarcas españoles escribimos; á España deben de dirigirse con preferencia nuestras observaciones sobre la situacion política de todas las clases de la sociedad en aquel siglo. Hablaremos de sus Córtes. Esta voz con que se designan sus asambleas políticas en toda la edad media, no envuelve un pensamiento fijo, porque no en todos los tiempos ha tenido igual significado. No se pueden designar con este nombre los antiguos concilios de Toledo en tiempo de los reyes visigodos. En aquellas asambleas se reunian con el rey los magnates, los prelados, todos los que desempeñaban los primeros cargos públicos. Era como un gran consejo de estado en que se debatian los graves asuntos de política y gobierno, y cuyas decisiones se consideraban como leyes. Lo que se llama pueblo, ó clases populares, no eran contadas para nada en aquellas grandes deliberaciones, y en rigor no formaban parte del cuerpo político del estado que se consideraba como de conquista. Con el tiempo fueron estas clases adquiriendo la importancia,

fruto natural de la riqueza producida por la industria. Los reyes á quienes importaba poner un contrapeso á la preponderancia de sus grandes vasallos que se creian sus iguales, emanciparon cuanto les fué posible estas clases industriosas que poco á poco fueron formando corporaciones populares con sus cartas, privilegios y fueros que les otorgaba la corona. No eran estos iguales, pues no podian serlo las circunstancias y los motivos que los promovieron. Así, cada pueblo, cada villa y cada jurisdiccion, tenia los suyos que se consideraban no precisamente como derechos propios, sino favores, en virtud de grandes servicios que le habian prestado. Las grandes asambleas políticas que en tiempo de los reyes visigodos no se componian mas que de magnates, tanto eclesiásticos como civiles, comenzaron á admitir en su seno diputados ó representantes de estos lugares ó corporaciones populares. Desde entonces data lo que se conoce con el nombre de Córtes, dividida por lo regular en brazos ó estamentos; á saber: prelados, barones y diputados por las clases populares. Ni el período de las reuniones de estas Córtes, ni sus prerogativas, ni deberes, estaban consignadas en alguna ley escrita; todo se hacia por uso y por costumbre, que por necesidad debian de alterarse por el trascurso de los tiempos. Por lo regular, era el rey quien las convocaba y disolvia, segun sus necesidades propias ó las del Estado. Se juntaban algunas veces los tres brazos; á veces dos, y otras uno solo. Las clases altas se representaban á sí mismas. Los del tercer brazo, ó sea popular, no se consideraban ni eran en rigor mas que simples delegados de las villas y ciudades que á las Córtes los enviaban con poderes para ello, con instrucciones por escrito de lo que debian decir, otorgar ó suplicar, pues por lo ordinario pedian y se creian con derecho de obtener en proporcion de lo que daban. Estos poderes eran tan estrictos, que en casos extraordinarios, no atreviéndose los procuradores á decidir por sí puntos que no estaban previstos en sus

instrucciones, aguardaban para obrar á que se las enviasen. Las comunidades que daban los poderes los quitaban igualmente. Sin embargo, á pesar de esta absoluta dependencia, eran los cargos de procurador considerados como muy importantes y honoríficos. No los obtenian sino los de mas influencia por su riqueza ó capacidad en los pueblos y ciudades, y muy buen cuidado tenian las corporaciones de no enviar á las Córtes hombres que no supiesen ó no quisiesen representar con habilidad y lealtad sus intereses.

Así se pueden considerar las Córtes como unas asambleas que se reunian cerca de la persona del rey, ó para aconsejarle ó para arreglar con él algunos negocios importantes del Estado, ó para otorgarle subsidios ó para dar sancion mas solemne á sus actos políticos ó administrativos. Por lo regular juraban al heredero de la corona, le proclamaban á su subida al trono, mandando levantar pendones en acatamiento de su suprema autoridad, y nombraban las regencias cuando no estaban designadas. Entendian hasta en los testamentos de los reyes, alterándolos á veces cuando los creian contrarios al bien público. En vista de tan sencillo enunciado, cualquiera comprenderá que la influencia y preponderancia de estas Córtes debia ser mayor ó menor, segun el carácter del monarca, segun su mayor ó menor habilidad, segun las mas ó menos graves circunstancias que ocurrian; y este mayor ó menor grado de influencia que ejercian las Córtes, consideradas colectivamente, se puede aplicar asímismo á cada uno de los estamentos de que se componian respécto de los otros. Así habia ocasiones en que se presentaban los tres, y otros en que solo se veian en la escena los procuradores de los pueblos. En minorías, en sucesiones disputadas, en tiempos de revueltas y facciones en que todos buscaban su apoyo, se consideraban como el cuerpo preponderante del Estado. Las buscó y halagó muchísimo D. Sancho IV el Bravo, cuando se alzó contra su padre, y des-

pues disputó la sucesion de la corona: se echó en sus brazos su viuda doña María de Molina, declarada tutora de su hijo D. Fernando el Emplazado; y la misma observó la viuda en la menoría de su hijo Alfonso XI. Debieron tambien de hacer un gran papel en las revueltas y mortales disensiones entre D. Pedro y su hermano don Enrique, que le sucedió por fin en la corona. En los reinados, sobre todo de Juan II y Enrique IV, que, como se sabe, fueron tiempos de revueltas y anarquía, ejercieron las Córtes su gran preponderancia. Los poderes de que estaban revestidas eran de hecho: constan de sus actas, por ninguna ley escrita: dimanaban de las circunstancias, de la fuerza de las cosas, del carácter, ó mas ó menos habilidad de las personas; y si se examinan con imparcialidad la mayor parte de las transacciones de los hombres, apenas les descubriremos otro orígen.

Los reyes católicos que sucedieron á estos tiempos de revueltas, eran demasiado firmes para no poner á raya el humor turbulento de los grandes y los chicos, demasiado sagaces para no tratar de cortar los males en su orígen. Ya hemos indicado el gran celo con que se aplicaron á robustecer el trono, á expensas del poderío de la aristocrácia. Eran mas objeto de sus celos los privilegíos y las fuerzas de que disponian estos grandes feudatarios, que las cartas ó fueros otorgados por sus antecesores á las comunidades. Estaba al contrario en su política fomentar el bienestar y prosperídades de estas, para contar con un apoyo mas, contra los que trataban de reducir á mas humilde esfera. Se sabe cuántas disposiciónes tomaron estos reyes, cuántas pragmáticas promulgaron para afianzar el órden público, para conservar el respeto á las propiedades, para poner un freno perpétuo á la licencia. Tambien se juntaron varias veces las Córtes durante su reinado; mas sus transacciones, como no pasaron naturalmente de una escala, carecieron del derecho de ser célebres.

El espíritu de faccion, ó de revuelta, ó de privilegio

exclusivo de carta, ó si se quiere tambien de libertades, estaba muy amortiguado cuando el advenimiento de la casa de Austria; pero entonces un motivo, y hasta cierto punto muy justo, vino á excitar el descontento de los pueblos, inevitable siempre cuando recayendo la corona en hembra, tiene que pasar por enlaces á familia extraña. El príncipe que viene de fuera á unir su suerte con la reina, no puede presentarse solo á tomar posesion de su alto puesto. Precisamente le acompañan sus amigos, los que hacen parte de su córte, siendo esta brillante y numerosa, á proporcion de su poder ó medios. Por precision han de recaer sobre estos individuos gracias y favores, y otra cosa no puede ser por poco que se estudie el corazon humano. Tambien es imposible que deje de ser objeto de disgusto y envidia para los de casa. Estuvo muy lejos de ser la venida de Felipe el Hermoso una excepcion de aquesta regla. Fueron los flamencos que le rodeaban objeto exclusivo de sus confianzas y favores. Se acusaba á estos extranjeros de codicia, hasta de rapacidad, y los que se mostraron en un principio mas entusiasmados con la subida al trono de un príncipe jóven y afable, que al parecer ponia su estudio en hacerse popular, fueron los primeros en cambiar su adhesion por otros muy diversos sentimientos. Sucedió la misma cosa á la venida de D. Cárlos: la misma rivalidad, el mismo descontento se manifestó hácia los cortesanos extranjeros que tuvieron una parte casi exclusiva en los favores del monarca. El principal de ellos Xievres ó Chievres, que era su privado y pasaba por director y consejero, tenia la reputacion de juntar á costa del estado riquezas muy considerables. No solo se les acusaba de estafas y rapiñas, sino que se los veia promovidos á los primeros cargos del Estado. Sucedió al cardenal Cisneros en la silla de Toledo, un sobrino de Xievres, y se sentó en la de Tortosa el cardenal Adriano, antiguo ayo ó preceptor de este monarca. Este sentimiento de desafeccion ó desvío hácia los cortesanos que rodeaban al que fué despues empera-

dor, se desenrolló en lo sucesivo de un modo muy fatal á la tranquilidad y reposo de estos pueblos.

Para comprender mejor lo que fueron las córtes de España durante la dominacion de Cárlos V harémos un análisis por órden de sus principales reuniones, comenzando desde el principio de aquel siglo. (1)

En 1505 al fallecimiento de la reina Católica, se juntaron en Toro para reconocer por reina á doña Juana, y por príncipe heredero á su hijo Cárlos.

En 1510 se juntaron en Monzon las de Aragon por el rey Católico.

En 1511 se juntaron las de Castilla en Búrgos, y entre varios capítulos de menos importancia se estableció que el reino se mantuviese encabezado hasta que se pudiese poner puja al arriendo de las rentas.

A la venida de don Cárlos á España se suscitaron en Castilla controversias y disputas sobre cuál habia de ser el título bajo el que debia dirigir las riendas del Estado. Sostenian los enemigos de la córte que no podia ser el de rey, mientras viviese su madre, que era la reina propietaria. Alegaban sus contrarios la absoluta incapacidad moral en que se hallaba esta princesa de entrar á la parte del gobierno de estos reinos. En esta oposicion de sentimientos que dió un gran desarrollo al espíritu popular, se reunieron las Córtes en Valladolid en 1518.

Fueron estas Córtes célebres no solo por el espíritu de oposicion, sino por la importancia de los asuntos que allí fueron debatidos. Como en las de antes, ejerció la parte principal el estamento de procuradores. Comenzaron por manifestar que en caso de que se reconociese á Cárlos por rey, no le prestarian juramento hasta que lo hiciese él, reconociendo lo que en las Córtes de Búrgos se habia determinado. Tambien se mostraron ofendidos de que se hubiese dado entrada en sus sesiones á extranjeros. Si se reflexiona que el rey se hallaba en-

(1) Véase á Sandoval.

tonces en Valladolid, y estaba acaso oyéndolos, hay que admirar mas su espíritu de libertad é independencia.

Adquirió entonces un nombre célebre el doctor Zumel, procurador por Búrgos, que habia llevado la voz principal en aquellas exigencias. En vano trataron de ganarle con promesas y amenazas los partidarios de la córte; el procurador se mostró firme, y siempre intrépido. Se conciben bien las animosidades á que esta desavenencia dió lugar entre los cortesanos y la oposicion, pues con tal nombre podemos designarla. Por último, cedieron los primeros. Entró el rey en las sesiones, y le prestaron juramento el doctor Zumel y los procuradores. Juró el rey por su parte los privilegios de las ciudades y la observancia de las leyes. Insistió el doctor en que jurase tambien lo relativo á la exclusion de los extranjeros de aquel sitio, á lo que accedió Cárlos, no sin muestras de grande repugnancia.

Para algunos no fué este último juramento del rey bastante explícito. Con este motivo se volvieron á suscitar los antiguos altercados, distinguiéndose en la misma oposicion el procurador por Búrgos. Algunos procuradores no juraron al principio. Por fin se allanaron las dificultades, y Cárlos fué jurado solemnemente en San Pablo de Valladolid por rey, juntamente con su madre, poniéndose ambos nombres en el órden de la naturaleza al frente de los actos públicos.

En las mismas Córtes se presentaron á la aceptacion del rey nada menos que 74 artículos. Indicaremos los principales, que nos manifestarán mejor los sentimientos que los animaban, y la índole de aquellos tiempos. Que la reina doña Juana fuese tratada y servida como señora de estos reinos. Que el rey se casase. Que no saliese del reino el infante don Fernando (hermano de Cárlos). Que se conservasen las leyes, pragmáticas y privilegios, sin imponer contribuciones. Que en lo sucesivo no se diese nada á los extranjeros. Que el nuevo

arzobispo de Toledo viniese á España á disfrutar aqui sus rentas. Que los embajadores de estos reinos fuesen naturales. Que se admitiesen españoles en la casa del rey. *Que hablase castellano.* Que no enajenase nada de la corona. Que no se diesen sobrevivencias de empleos. Que mandase visitar los tribunales. Que los inquisidores fuesen hombres de buena fama y de conciencia. Que nó vagasen pobres por el reino. Que se cobrasen las alcabalas por las justicias ordinarias y nó por comisionados. Que no se obligase á nadie á tomar bula. Que testasen los clérigos. Que se guardasen los privilegios de los monteros de Espinosa. Que no se legasen mas bienes raices á iglesias, monasterios, hospitales y cofradías, etc. A todos los artículos accedió el rey, haciendo sobre algunos las advertencias que le parecieron convenientes.

Las mismas dificultades se ofrecieron en las Córtes de Aragon, convocadas en Zaragoza aquel mismo año sobre la jura del monarca, poniéndose siempre el mismo obstáculo de estar su madre viva. La animosidad fué mayor, y de altercados se pasó á hechos. Entre la parcialidad del duque de Zaragoza y el de Aranda, hubo riñas en las calles, que hicieron verter sangre. Por último, le reconocieron y juraron los mismo que en Castilla. En Barcelona se encresparon tanto los ánimos, que Cárlos envió en lugar suyo al cardenal Adriano; mas tuvo que ir en persona como condicion indispensable.

En 1519, siendo ya el rey emperador, trató de convocar las Córtes para el servicio que en su próximo viaje á Alemania le era indispensable. Las mandó reunirse en la Coruña, donde era su intencion el embarcarse. Desagradó muchísimo en Castilla esta determinacion, y se comenzó á ver con odio que se emplease el dinero del reino en gastos extraños, que no iban á producirle la menor ventaja. La convocacion en la Coruña dió márgen á extrañas conjeturas y sospechas. Se atribuyó el proyecto á Xevres, que sintiéndose objeto de odio que-

ria acercarse á la costa para ponerse, en caso de una sedicion, mas prontamente en salvo.

Hallándose el rey en Tordesillas en su viaje á Galicia, se le presentaron los procuradores de Toledo, rogándole que no saliese del reino, y que en caso contrario no les pidiese algun servicio. Se enojó Cárlos con la peticion, y los despidió con aspereza, continuando su camino. Otros procuradores imitaron la conducta de los de Toledo, y protestaron contra la convocacion de las Córtes en Galicia. El rey llegó á Santiago, y á pesar de tanta oposicion, hizo llevar adelante su proyecto. Pocos negocios se condujeron con menos tino, con menos conocimiento del estado de las cosas, con resultados mas funestos para la paz de la nacion, que estas Córtes de Santiago. El odio á los extranjeros crecia de punto, y de poco á poco cundió la especie que era la mayor calamidad para la nacion, que el rey saliese á recibir la corona del imperio. Llegaron los grandes á aconsejarle que se precaviese del privado Xevres; tal era el estado de irritacion en que los ánimos se hallaban. Mas Cárlos, preocupado solo de la idea de ir cuanto mas antes á recibir la corona imperial, cerró el oido á todas las advertencias y consejos que estaban en oposicion con su deseo dominante.

Las Córtes se reunieron al principio en Santiago, y los procuradores por Toledo declararon nulo cuanto en ellas se hiciese, por el número de procuradores que faltaban, y entre ellos los de Salamanca. Enojado el rey, mandó prenderlos, y al fin se contentó con que saliesen desterrados. Al saberse en Toledo la ocurrencia, se alborotaron, se pusieron en resistencia abierta con el rey, echando al corregidor, y estableciendo su junta de gobierno. Era imposible un estado de mas efervescencia, de mas desconfianza y mas sospechas. Las Córtes se trasladaron á la Coruña, y allí concluyeron como se pudo sus sesiones, negando el servicio los de Leon, Murcia, Madrid, Toro, Córdoba, Toledo y Salamanca. Y hallándose los ánimos

en esta situacion, sin haberse apaciguado los disturbios en Toledo, se hizo á la mar el nuevo emperador; tal era su impaciencia, ó tal vez la de Xevres, temeroso de ser víctima de sediciones populares. Quedó de gobernador del reino el cardenal Adriano, hombre de poca energía, y menor capacidad en materias de gobierno.

A muy poco tiempo de la ausencia del emperador, estalló la famosa guerra de las Comunidades, episodio demasiado importante en nuestra historia y la del siglo, para que dejemos dar de él algunos pormenores, aunque de un modo muy sucinto (1).

Ha desfigurado mucho el espíritu de partido la índole de aquella guerra. Era imposible que los historiadores contemporáneos españoles, y aun los que escribieron en los siglos sucesivos, dejasen de pintar como rebeldes y merecedores de mayor castigo, á hombres que se alzaron armados contra la potestad real, y que trataban de poner un coto á sus prerogativas. Era objeto de celos y odios en España, la codicia y preponderancia de los extranjeros. Veian un jóven rey, extraño á sus usos y á su lengua, entregado á la política de estos extranjeros: hé aquí los principales resortes de este movimiento. Ya hemos visto la poca política de la corte en estas ocurrencias; con qué altivez y desprecio fueron tratados los procuradores por Toledo y otras partes. El reino estaba revuelto, en gran fermentacion; y en muchas partes hubo tumultos y desórdenes muy sérios. A no haber sido tanta la impaciencia de Cárlos de embarcarse, tal vez se hubiesen tranquilizado poco á poco los ánimos; mas su marcha

(1) Tomamos principalmente por guia en este trozo á Sandoval, uno de los mejores, y segun algunos, el mejor historiador de Cárlos V, sobre todo el mas copioso. Habiendo escrito á últimos del siglo XVI ó principio del siguiente, no podia menos de mostrarse contrario á las comunidades. Mas tal es la sencillez con que expone los hechos, la minuciosidad con que los refiere, y la copia de los documentos con que los acompaña, que satisfacen á todo lector imparcial, y le llevan mucho mas lejos de lo que el narrador acaso deseaba. La relacion que de estas guerras hace el P. Maldonado, autor contemporáneo, en nada altera lo que refiere el primer historiador.

precipitada los irritó de nuevo, inspirando aliento á los mas osados. El cardenal Adriano debia por otra parte de imponerles poquísimo respeto.

Toledo, que se reputaba por la primera ciudad del reino, que se hallaba mas agraviada en la persona de sus procuradores, fue la primera en declararse. Siguió Segovia, donde hubo tumultos sérios y hasta muertes violentas de algunos que se suponian habian abusado y recibido favores del monarca. Se siguieron Valladolid, Búrgos, Cuenca, Jaen, Badajoz, Ubeda, Baeza, Avila, Soria, Toro, Leon, Madrid, Murcia, Ciudad-Rodrigo, Sevilla y otras varias. Son famosas las cartas que con este motivo todas estas ciudades se escribieron. A esta circunstancia y á la de ser el movimiento enteramente popular, debe esta contienda el nombre de guerra de las Comunidades. Trató la córte, ó los que en nombre de Cárlos gobernaban, de sujetar con armas estos alzamientos. Contra Segovia, donde tuvo un carácter tan sangriento y tan feroz, se enviaron tropas, que llegaron hasta las mismas puertas de la ciudad; y bloqueándola, la pusieron en muy grande apuro. Toledo que lo supo envió á su socorro dos mil hombres armados, con artillería, á las órdenes de Juan de Padilla, que se hizo tan célebre en la historia. Se puso en marcha este jefe, y fué objeto de grandes aclamaciones en todos los pueblos de su tránsito. El alcalde Ronquillo, hombre tambien muy conocido entre nosotros, que era el sitiador de Segovia en nombre de la autoridad real, levantó al aproximarse las tropas de Toledo.

Por otra parte, las tropas reales que se acercaron á Medina para recoger la artillería que en aquella plaza se encerraba, fueron rechazadas por los vecinos que se negaron á entregársela. A esto se siguió un sitio, de cuyas resultas fué la ciudad presa de las llamas.

Todo esto contribuyó á encender la de la insurreccion que cada dia tomaba mayor cuerpo. Era ya un alzamiento, una rebelion, una guerra civil en toda re-

gla. Para dar mayor solemnidad al alzamiento y atender á sus comunes intereses, enviaron las ciudades sublevadas sus representantes á la ciudad de Avila, como pueblo mas central, para celebrar allí una especie de asamblea ó de congreso. Con efecto, allí se reunieron, y sobre los Santos Evangelios juraron servir al rey y á los intereses, prometiéndose mútuamente auxilios, y no dejar las armas de la mano hasta ver satisfechos sus agravios. A su junta dieron el título de Santa.

¿Qué eran estos famosos comuneros? ¿Qué querian? ¿Bajo qué aspecto debe considerarse su alzamiento? ¿Aspiraban á sacudir el yugo de la autoridad real? No entraba esta idea en sus cabezas. ¿Trataban de establecer nuevas leyes? No lo dijeron ni entró este asunto en los capítulos de sus peticiones. Todas estas eran personales y de circunstancias. Que volviese pronto el rey: que no diese su confianza á privados extranjeros: que no les confiriese ningun cargo: que los alejase de su lado: que reformase el gasto de su casa y mesa: que celebrase Córtes; que respetase sus usos y privilegios. Tales eran los principales artículos de sus pretensiones, todas justas, todas populares, en que convienen sus mismos enemigos. Mas no eran bastantes elementos de lo que se llama una insurreccion en toda regla. Estaban las comunidades descontentas: no agitadas de espíritu de rebeldía. Era una llamarada de revolucion que daba muestra de apagarse pronto por falta de alimento. No presentaban por otra parte las ciudades sublevadas un cuerpo sólido y compacto. No hubo desde los principios un jefe reconocido en todas ellas como director de la empresa ni en lo militar ni en lo político. Las ciudades mismas no estaban muy de acuerdo. Muchos de los que se declararon al príncipe, abandonaron á los que habian tal vez inflamado con su ejemplo. Juan de Padilla, despues de haber hecho levantar el cerco de Segovia, pasó á Medina, cuyos vecinos le salieron á recibir con banderas de luto y todas las muestras de afliccion que sus desgracias pa-

sadas hacian tan naturales en aquellas circunstancias.

Inmediatamente tomó el camino de Tordesillas, residencia de la reina doña Juana, madre del emperador, propietaria de las coronas de Aragon y de Castilla. Se hallaba esta princesa en el estado habitual de entendimiento que le valió el nombre de loca con que le designan las historias. No sabia lo que pasaba en España, ni la misma muerte de su padre, que llevaba de fecha cuatro años. Cuando le habló Padilla de estas novedades, dió grandes muestras de estrañeza y aun de pesadumbre. No fué dificil al capitan de Toledo consolarla y persuadirla á que depositase en él y en los suyos toda su confianza, y los considerase como deshacedores de los agravios que á su nacion y á ella les hacian. Desde entonces obraron Juan de Padilla y los suyos en nombre de la reina, y para dar toda la fuerza posible á esta circunstancia trasladaron la junta á Tordesillas.

Fué un rasgo de habilidad en los comuneros el haberse apoderado de la reina doña Juana, que era la propietaria y cabeza de partido para los descontentos con el emperador, á quien no querian conceder el título de rey en vida de su madre.

Se instaló, pues, la junta en Tordesillas, y comenzó á obrar en nombre de la reina. El paso sucesivo parecia no reconocer con título de rey al hijo; y puesto que habian alzado la bandera de la insurreccion, seguir adelante con la empresa. Mas los comuneros, ó no tenian designios fijos, ó se detuvieron á mitad de la carrera. No fueron osados cuando la ocasion lo requeria, y se vieron víctimas ó de su moderacion, ó de su pusilanimidad, ó de su falta de prudencia; pues muchas veces la prudencia está en la audacia. Las mismas ciudades levantadas no tenian unos mismos designios: algunos de ellos estaban pesarosos de haberse adelantado tanto. Padilla mismo tenia muchos enemigos, y otra cosa no podia ser en aquellas confusiones y revueltas, donde

todos querian levantar la voz, donde no habia verdaderamente un hombre grande que á todos impusiese.

Aconsejaba la prudencia á los comuneros enviar inmediatamente tropas á Valladolid, para apoderarse de la junta de regencia y tomar posesion de una villa que hacia un papel tan importante. Despues de haber enviado con esta comision á un fraile, que fué víctima de su atrevimiento, marchó Juan de Padilla á Valladolid con trescientas lanzas y ochocientos piqueros y escopeteros. Inmediatamente puso presos, y llevó consigo, á los del Consejo que no habian huido, volviéndose luego al punto á Tordesillas. Fué una falta en él no haber permanecido en Valladolid, para asegurarse de los ánimos de los habitantes, y sobre todo no haberse apoderado del cardenal Adriano, que aunque incapaz para el gobierno del reino, era un personaje de importancia.

Trató este prelado de marcharse de Valladolid, donde no se tenia por seguro; mas al salir de las puertas fue detenido por una inmensa muchedumbre, que no le permitió pasar mas adelante, obligándole á volver á su habitacion, aunque con todas las demostraciones de respeto debido á su persona. El cardenal viéndose imposibilitado de salir en público, verificó su fuga de allí á pocos dias en secreto.

Se veia la junta de Tordesillas en grandes embarazos. Valladolid estaba dividida y muy remisa. Búrgos, que habia expelido de sus muros al Condestable de Castilla, habia vuelto á entrar en la obediencia. En esta coyuntura envió comisionados al emperador con una carta en que manifestaba los agravios de la nacion, y presentaban sus capítulos como condiciones de su vuelta á la obediencia. Era un paso inútil que acaso no sirvió mas que de hacer ver al rey tenian miedo.

Recibió muy mal Cárlos á los embajadores. Ya habia tomado sus medidas para sujetar la insurreccion por la fuerza de las armas. Habia revestido al Consejo de Castilla de nuevos poderes para obrar con energía en

estas circunstancias, y asociado al cardenal, al condestable y al almirante de Castilla. Ya sabia que la nobleza y los grandes del reino no tomaban parte con los comuneros. En efecto, inmediatamente que se supo que el cardenal Adriano habia salido de Valladolid y retirádose á Medina de Rioseco, fueron á reunirse con él muchos caballeros y hombres de distincion con todas las fuerzas que pudieron.

Así estaban de un lado el rey y la nobleza, y del otro los representantes de las clases populares. ¿Cometieron una falta los grandes en unirse á la corona que la habia cercenado tantos privilegios, que habia tratado de disminuir, como disminuyó en efecto, su grande poderío? No es fácil decidirlo. Las comunidades habian manifestado demasiadas pretensiones para que la nobleza no temiese quizá mas de su victoria que de la del monarca. Por otra parte, hubo muchos nobles y ricos hombres del reino que se mantuvieron neutrales sin declararse por ningun partido.

La junta de Tordesillas escribió al rey de Portugal una especie de manifiesto de su conducta y ulteriores intenciones; otro paso tan inútil como el de la embajada á Cárlos.

Lo mas importante para la junta era hacerse fuerte, y en esto se mostró activa. Decretó levas en todas las ciudades que reconocian su obediencia. Por todas partes hacian armas. De la tierra de Salamanca enviaron doscientas lanzas y seiscientos infantes.

La junta cometió entonces la falta de nombrar por general en jefe de sus armas á don Pedro Giron, que pertenecia á la grandeza, y que estaba despechado con el emperador por no haberse hecho justicia á sus derechos al ducado de Medina Sidonia. Se creyó que tal vez este resentimiento seria un estímulo para conducirse bien con las comunidades; mas era fácil que se le ganase á un partido donde hallaba sus amigos, sus deudos, y sobre todo que la concesion de la gracia que pedia pusiese fin á sus resentimientos.

Otro grande inconveniente de semejante nombramiento fué el grande enojo que con ello remitió Padilla, quien se retiró á Toledo de allí á pocos dias con su gente. Entró Giron en Tordesillas con ochenta lanzas, y comenzó á dar disposiciones para el definitivo arreglo del ejército. Una porcion de los jefes y capitánes de las tropas eran individuos de la misma junta. Allí se presentó por primera vez el famoso obispo de Zamora Acuña, que habia sublevado todo el pais en el sentido de las comunidades. Tambien se presentó Francisco Maldonado capitaneando cien infantes.

Fué reconocido el almirante de Castilla por general de las armas del emperador: en Medina de Rioseco se reunieron á su bandera los principales personajes de la nobleza española, que venian con la gente que cada uno pudo allegar para hacer este servicio.

Así la guerra iba á estallar, y las tropas de una y otra parte estaban próximas á entrar en el campo del combate.

La junta de Tordesillas tenia á la sazon reunido un número de fuerzas considerables, que inmediatamente salieron en busca de sus enemigos, dejando de guarnicion en Tordesillas cuatrocientos clérigos, que servian bajo la bandera del obispo de Zamora, animados todos del mismo espíritu que su prelado.

Parecia natural que el ejército de los comuneros avanzase con denuedo, y tratase de acabar en Medina de Rioseco con un ejército muy inferior, ó de adquirir la superioridad moral de la campaña, apoderándose á todo trance de este pueblo. Mas se contentaron con presentar una batalla, que sus enemigos no aceptaron. En Torre de Humos hicieron un alarde de sus fuerzas. Mandaba las gentes de armas, ó la caballería pesada de la vanguardia, don Pedro Laso de la Vega, uno de los caballeros de Toledo, y la infantería de la misma, los dos hermanos Francisco y Pedro Maldonado. Al frente del cuerpo del ejército se hallaba el generalísimo D. Pedro Giron, y el obispo de Zamora.

Era interés de los caballeros que se hallaban en Medina de Rioseco, atenerse á la defensiva, mientras llegaba el conde de Haro, hijo del Condestable, con refuerzos considerables; es decir, las tropas que acababan de batir á los franceses en Navarra. Le importaba mucho ganar tiempo, introducir la division en las filas de los comuneros, aprovechándose del poco acuerdo que reinaba entre ellos, haciendo tratos particulares con algunos, aunque no fuese mas que con la intencion de que los otros sospechasen. Debian, pues, por lo mismo estos últimos moverse, dar golpes atrevidos, comprometer mas y mas á los que estaban pronunciados, no darles tiempo de pensar y echar sus cuentas; legitimar, en fin, sus procederes con el favor de la fortuna: mas acreditaron que no tenian este tino, ó manifestaron que carecian de resolucion, única cosa que podia salvarlos. Se contentaron con retar á sus contrarios, con presentarles batallas que no aceptaron como mas prudentes. Crecia poco á poco el ejército real; tampoco se descuidaban los comuneros de llamar gente á sus banderas; mas estaba abierto su campo á todo género de seducciones. Diferentes emisarios, unos con buenas, otros con malas ideas, venian á proponer convenios, lamentándose de las calamidades que iban á llover sobre España con aquel azote de la guerra. Es preciso considerar en estos casos lo que puede el nombre de la autoridad legítima, que está en el hábito de ser objeto de obediencia y de respeto; y lo que arredra á un hombre que no sea de fuerte corazon, la idea de hallarse con esta autoridad en rebeldía. Cuanto mas tiempo se pasaba en retos infructuosos, cuanto mas duraba la inaccion, mas terreno perdia la causa de las comunidades.

Por último, se separaron éstas de los muros de Medina de Rioseco, retirándose á Villalpando, sin que pueda señalarse el motivo de este movimiento, como no fuese la mala disposicion de los ánimos de los caudillos.

Se aprovecharon inmediatamente los caballeros de es-

ta falta, cayendo inopinadamente sobre Tordesillas. Se defendió valerosamente la guarnicion, compuesta, como hemos dicho, de cuatrocientos clérigos. Mas de doscientos cincuenta hombres, por parte de los caballeros, quedaron muertos al mismo pie de sus murallas. Tuvo por fin el conde de Haro que recurrir al expediente de batirlas con artillería; y de este modo pudieron apoderarse de la plaza, que entraron á saco, no sin grande mortandad por ambas partes.

Los caballeros se hicieron así dueños de la persona de la reina doña Juana, pérdida muy grande para las comunidades, que argüia tanta imprudencia y falta de tino de su ejército, y que se atribuyó naturalmente á traicion por parte de sus jefes.

Quedó D. Pedro Giron completamente desconceptuado entre los suyos, y objeto de una grande suspicacia. El obispo Acuña trató por otra parte de sincerarse con los de su parcialidad, alegando ignorancia absoluta del movimiento de los caballeros.

Don Pedro Giron y el obispo, se acercaron y entraron en Valladolid, que fué desde entonces el asiento de las juntas de los comuneros.

Juan de Padilla que, como hemos dicho, se habia retirado á Toledo, cuando fué revestido D. Pedro Giron del mando del ejército, volvió á Valladolid, capitaneando de dos á tres mil hombres, que fueron un recurso muy precioso para su partido, donde era muy bien quista su persona.

Don Pedro Giron dejó desde entonces de ser jefe del ejército, y se retiró á sus posesiones, aguardando coyuntura de sacar partido de sus circunstancias. Quedó de este modo el ejército sin cabeza, y era preciso nombrar una. Se inclinaba Padilla por D. Pedro Laso de la Vega, sea con buena intencion, sea con objeto de ser desaprobado, y de que la eleccion cayese sobre el mismo. De todos modos la eleccion de D. Pedro Laso causó mucho descontento, y hasta tumulto, que no pudo sosegar el

mismo Padilla cuando quiso arengar á la muchedumbre. Todos los gritos, todas las aclamaciones, fueron para que Padilla se revistiese de las funciones de general en jefe. Y á pesar de la oposicion franca ó simulada de éste, quedó, en fin, nombrado capitan de las armas de las comunidades de Castilla.

Permanecia el ejército real en Tordesillas, y extendia su dominacion hasta Simancas. La guerra se redujo desde entonces á escaramuzas y correrías de una y otra parte. Hizo algunas hácia Simancas el nuevo general; tomó á Cigales y Ampudía, habiéndose posesionado del castillo. Los caballeros allí encerrados, pidieron treguas por diez dias; mas no quiso concedérselas Padilla.

Acudian varias tropas á Valladolid que enviaban las comunidades. Tampoco dejaba de reforzarse el ejército de sus adversarios. Permanecia, mientras, el campo abierto á las intrigas. Era la política de los caudillos del ejército real enviar emisarios á los principales de los comuneros para sondar sus intenciones, y en caso de ganarlos, dar lugar á la reflexion, y hacer que decayese su ardimiento. El D. Pedro Laso de la Vega, de quien hemos hablado, llegó hasta entrar en ajustes con los caballeros. Los emisarios de una y otra parte eran frailes por lo regular; y lo mismo se vió en todo el curso de la guerra. No hay duda de que algunos de estos obraban con el único deseo de atajar aquel azote, que iba produciendo tantos males: mas es un hecho que con esta inaccion y semejantes pasos, se iba quebrantando el ánimo en el ejército de los comuneros.

Se aumentaban las quejas y desconfianzas mútuas que sus jefes se inspiraban. Crecian los apuros de dinero. Era el clamor general, que de un modo ó de otro se acabase pronto con la guerra, y la junta de los comuneros exigia por su parte que se viniese pronto á una batalla decisiva.

Salió Juan de Padilla de Valladolid con siete mil infantes y quinientas lanzas, y cayó sobre el pueblo de Tor-

relobaton, de cuyo arrabal se hizo dueño, pasando despues á expugnar la fortaleza. Era un punto de importancia, y las tropas que se hallaban en Tordesillas, se pusieron en movimiento para levantar el sitio. Mas despues de medio camino se volvieron. Y fué tanto mas reparable esta falta, cuanto Padilla, viéndose incapaz de tomar el pueblo con las solas tropas que habia sacado de Valladolid, envió por refuerzo para conseguirlo. Así vino al logro de su empresa, sin ser molestado por sus enemigos.

La toma de Torrelobaton dió importancia moral al ejército de las comunidades. Era de su interés el que Padilla saliese inmediatamente para hacer otras conquistas, y extender asi poco á poco su causa que contaba ya con pocos partidarios. Mas sea que Padilla se dejase llevar del aura popular, sea que obstáculos verdaderos le impidiesen poner en movimiento, cometió la falta de permanecer inactivo en Torrelobaton, cuyas murallas trató de reparar como si hubiese de ser aquel pueblo el punto de su residencia.

En faltas semejantes incurrieron muy frecuentemente las comunidades de Castilla. Se puede decir en general, que se mostraron poco activos, poco audaces, poco previsores. Sin duda ignoraban que es la puerta de todas las insurrecciones de esta clase no imponer al enemigo con rasgos de osadía, dar con la inaccion tiempo para que se enfrien los ánimos, para que cada uno haga sus cálculos consigo mismo, para que obre el espíritu de seduccion manejada por emisarios hábiles que hablan en nombre de la humanidad, prometen perdon, cuando su fin no es otro que sembrar la desconfianza y la discordia.

Los caballeros por su parte, aunque adolecian de la misma poca actividad, tuvieron sin embargo la bastante para aprovecharse de las faltas de Padilla. Cuando le vieron á éste tanto tiempo encerrado en Torrelobaton, salieron de Tordesillas con objeto de presentarle una batalla. Dejaron para esto en dicha villa á la reina y al cardenal, encargados á la custodia del marqués de Denia,

y enviaron al mismo tiempo el conde de Oñate á Simancas con bastante fuerza, para impedir que Valladolid enviase socorros á las tropas de las comunidades. El 21 de abril de 1521, salió de Tordesillas el conde de Haro, general de las tropas reales, en busca de Padilla. A medio camino hizo alarde de su gente, que se componia de seis mil infantes, dos mil cuatrocientos caballos, entre los que se contaban mil quinientos hombres de armas.

Viendo el de Haro que Padilla no salia, trató de acercarse á Torrelobaton, con objeto de cercarla. Mas Padilla que no se sentia bastante fuerte para salir en busca del enemigo, no quiso aguardarle dentro de sus muros.

Trató entonces de reparar la imprudencia que habia cometido; pero era demasiado tarde. Aunque en fuerza numérica era superior á sus contrarios, no podia considerarse como igual, tratándose de la calidad de tropas. No le quedaban mas recursos que marchar en retirada, saliendo de Torrelobaton antes de amanecer del 23, tomando la direccion de Toro, donde pensaba reunirse con los refuerzos que le enviaban de Zamora, de Leon y Salamanca.

Emprendió la columna su marcha con buen órden. Iba adelante la artillería: seguia la infantería formada en dos escuadrones (1). Cubria la retirada la caballería, á las órdenes inmediatas de Juan de Padilla, que se condujo en aquella jornada como buen capitan y buen soldado. Mas por mucha que hubiese sido la anticipacion con que emprendieron la marcha, no pudieron impedir que fuese sentida por los enemigos, que se hallaban á las inmediaciones.

Fué atacada la columna de Juan de Padilla á las inmediaciones de Villalar por la retaguardia y por los flancos á las cuatro horas de haberse puesto en marcha. Aun dudaban los enemigos si acometerian, pareciéndo-

(1) Era entonces la voz propia, como haremos ver mas adelante.

les bastante ventaja haber obligado á los comuneros á emprender la retirada; mas prevaleció el consejo de otros menos circunspectos que conocieron todas las ventajas de una retirada repentina.

No podian en efecto las circunstancias ser mas felices para las tropas reales. Las de Padilla eran bisoñas, y en caballería inferiores á sus adversarios. Al verse acometidas por la de estos, se desordenaron. Estaba el terreno fangoso por la lluvia que habia caido el dia antes, y seguia cayendo todavía. Los soldados de á pie apenas podian moverse con el lodo hasta las rodillas. La artillería no pudo jugar por esta misma causa, mientras la de los enemigos, hábilmente colocada, hizo destrozos en las filas de los comuneros. Se concibe bien con qué facilidad debieron de desordenarse aquellas tropas bisoñas mal mandadas, aterradas con lo crítico de la situacion, y que se veian acuchilladas por todas partes. Fué la derrota completa y decisiva. Quedó destruido el ejército de los comuneros en Villalar, á pesar de los esfuerzos que hicieron los capitanes y los principales caballeros para restablecer el órden y dar ejemplo de valor á las tropas desmayadas.

En cuanto á Padilla, despues de haberse conducido como capitan y como soldado, arengando á los suyos para que muriesen al menos como valientes, viendo perdida la batalla, y las cosas sin remedio, se metió con cinco de seis escuderos por los escuadrones enemigos; y habiendo sido conocido por lo apuesto de su persona y rico de sus armas, fue acometido, hecho prisionero y desarmado. Igual suerte tuvieron entre otros Juan Bravo y los hermanos Pedro y Francisco Maldonado.

Los prisioneros fueron conducidos al pueblo de Villalba, que se hallaba inmediato; mas hubo órden de enviarlos inmediatamente á Villalar, donde reconocidas sus personas, y sin formarles causa, se los condenó á morir como traidores.

Los tres castellanos, pues Pedro Maldonado no fué

incluso en la sentencia, dieron muestras de valor y de entereza en aquellas circunstancias. Como hombres resignados á su dura situacion, se prepararon á la muerte, y con la misma serenidad y constancia marcharon al suplicio. Cómo iba delante de ellos el pregonero anunciando en alta voz que morian por traidores, «mientes» dijo Juan Bravo: «por traidores no: mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino.» Entonces Padilla volviéndose á él le dijo con tono grave: «señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballero; hoy de morir como cristiano.»

Fueron inmediatamente degollados los tres jefes en la plaza pública. Sus nombres han pasado á la posteridad, y vivirán tanto como los anales de España y aun los de Europa, pues son históricos y de todo el mundo conocidos. El de Padilla se presenta sobre todo rodeado de aquel esplendor que da la fama al hombre valiente y desgraciado que perece en obsequio de la buena causa. Sus mismos enemigos le describen como hombre de prendas distinguidas, como un soldado leal y valeroso, como un buen caballero digno de este nombre en los tiempos que el nombre de caballero tenia un gran significado. La carta que escribió á su mujer pocos momentos antes de espirar es uno de los curiosos documentos de la historia, el mayor que nos pudo quedar de la lealtad, valor y fortaleza de alma de Padilla (1).

A los expuestos se reducen los hechos principales de la famosa guerra de las comunidades de Castilla. Ellos solos bastan para explicar su índole, sus motivos, de qué parte estaba la razon, y qué es lo que unos y otros iban á perder ó á ganar en su definitivo desenlace. Los historiadores de aquel tiempo no fueron favorables ni podian serlo á la causa de los comuneros; mas muchas veces pueden mas los mismos hechos que las ideas y opiniones del que los refiere. Es imposible leer al que

(1) Véase la nota D al fin del tomo.

hemos ya citado, sin formarlas muy diversas de las suyas propias ó que como tales presentaba.

Al mismo tiempo que las turbulencias de Castilla, otras del mismo género, aunque acompañadas de mas desórdenes, estallaban en el reino. El nombre de germanías ó hermandades con que se designaban los promotores de los alzamientos, corresponde bastante bien al de las comunidades de Castilla. Los movimientos de Valencia no alcanzaron la celebridad de los primeros, ni la fama trasmitió con tanto aplauso los nombres de sus jefes. De todos modos quedaron sofocados aquellos alzamientos por los mismos medios; y como el vencimiento es en tales sinónimos de la rebeldía, con este nombre fueron distinguidos por los vencedores. La autoridad real adquirió sin duda nuevos apoyos, mas no quedó por esto todavía del todo sofocado el espíritu de independencia en el seno de las Córtes, como se verá mas adelante.

Ya hemos visto que las turbulencias de Castilla tuvieron lugar durante la ausencia del emperador en Alemania, y que allí llegaron con cartas emisarios de las comunidades. Se puede suponer el desabrimiento con que serian recibidos, sobre todo no ignorando Cárlos el estado en que se hallaban los negocios. Un príncipe jóven educado en las máximas del absolutismo real, ya predominantes en su tiempo, rodeado del fausto y la grandeza inherente á la dignidad del primer personaje de la Europa, vió sin duda con secreta indignacion la audacia de unos plebeyos que asi le arrostrában y dictaban leyes. Circunspecto sin embargo, y con mas conocimiento de los hombres y las cosas, que podian esperárse de sus verdes años, disimuló cuanto pudo, incierto como se hallaba todavía de la solucion del problema encomendado al fallo de las armas. Sin embargo, cuando supo que la fortuna se habia decidido á su favor, no se mostró resentido, ni jactancioso, ni arrogante. Usó de su fortuna con moderacion: llevó su indulgencia mas allá de lo que todos esperaban: fué muy parco en los castigos, y se mos-

tró con muchos hasta generoso. Sin duda respetó en esto la opinion pública que no podia menos de simpatizar con la causa de las comunidades. Satisfecho Cárlos de haber humillado el orgullo de las clases populares, parece que se empeñaba él mismo en condenar al olvido un acontecimiento que empañaba en cierto modo el brillo de una autoridad de que se mostraba tan celoso.

Tomaremos el hilo interrumpido de los procedimientos de las Córtes durante su reinado.

En 1522 se volvieron á reunir en Palencia, y decretaron un servicio de cuatrocientos mil ducados para los gastos de la guerra. Se decretó tambien que á excepcion de los siervos, todos pudiesen traer espadas. Se prohibió en ellas el uso de las máscaras.

En 1527 se volvieron á reunir en Valladolid por clases, brazos ó estamentos de prelados, caballeros y procuradores. Hubo en ellas disputas sobre los asientos. Se trató de un servicio extraordinario para las necesidades de la guerra. Dijeron los caballeros que no darian para ella, si el emperador no salia á campaña, y en este caso no pagarian nada por via de tributo. Dijeron los eclesiásticos que le servirian, mas no por imposicion ni por servicio decretado en Córtes. Los procuradores hicieron ver que estaban los pueblos muy cargados. No se manifestó, sin embargo, resentido el emperador de semejante negativa.

Las principales disposiciones de las Córtes siguientes reunidas en Madrid 1534, fueron de que no se usasen mulas de silla, y que los caballeros fuesen todos á caballo.

Las Córtes siguientes reunidas en Toledo en 1538, fueron muy notables por los grandes debates y espíritu de independencia desplegado en ellas. Se trataba de un servicio muy considerable, necesario en los apuros en que se hallaba el emperador para atender á los gastos de la guerra.

Se reunieron en una sala muchos señores y caballe-

ros, presididos por el Condestable de Castilla. En otra se hallaban los eclesiásticos, presididos por el arzobispo de Toledo. En otra se reunieron los procuradores.

Acudieron y se presentaron en estas Córtes algunos personajes extranjeros; el cardenal Farnesio, legado á *latere*, Federico conde palatino del Rhin, el elector duque de Babiera, con su esposa, sobrina del emperador, y otros.

Hizo en estas Córtes el emperador una manifestacion de sus necesidades entrando en pormenores de las causas. Alegó sus guerras emprendidas por bien de su religion y defensa de estos reinos. Concluyó suplicando á las Córtes que proveyesen el remedio, dándole recursos para ello, pagando las deudas grandes que sobre la corona gravitaban.

Los del estado eclesiástico respondieron que por su parte estaban prontos á cuanto pudiesen en alivio del emperador, mas que no pudiendo hacer desembolsos sin permiso de Su Santidad, tratase aquel de negociarlo.

Por los caballeros, respondió el Condestable, que estaban prontos á socorrer al emperador en todas sus necesidades; que si no bastaban los socorros ordinarios, dispusiesen los procuradores que disminuyesen de los censos ó réditos, conocidos con el nombre de juros, lo que fuese necesario para sacar á la corona de su ahogo, haciéndose con preferencia dicha rebaja en lo que se hubiese vendido á menos precio, suplicando él mismo nada se vendiese ni enajenase de las coronas de Castilla. Al mismo tiempo pidieron á S. M. hiciese que los procuradores conferenciasen con ellos las veces que fuese necesario. Y que en cuanto á la sisa, que era lo que pedia el emperador, no podia otorgarla, como un gravámen que dejaba la puerta abierta á tanto abuso, y hasta escándalo en perjuicio de los pueblos.

El emperador respondió, que la sisa era el recurso que se presentaba mas fácil y mucho mas á mano; y que

en cuanto á la reunion de los procuradores, no le parecia necesaria.

No estaban acordes los ánimos del emperador y el brazo de los caballeros. El único recurso que queria el primero repugnaba á los segundos. Nombraron estos una comision de doce que los representase á todos, y volvieron á insistir en que se les reuniesen los procuradores; mas el emperador volvió á negarlo.

Por su parte propuso éste al brazo popular que sostuviesen el estado y buena conservacion de sus reinos, y que para esto contribuiria S. M. con el servicio ordinario de ayuda: que seria de cargo de ellos sostener las galeras de España, y las de Andrés Doria, y la casa de S. M., consejos, chancillerías, guardias, fronteras y lugares de Africa; mientras S. M. con sus rentas ordinarias de Castilla, y lo que viniese de las islas é Indias, se desempeñaria de los grandes intereses que pagaba.

Mientras tanto temporizaban los grandes por no conceder la sisa, en que Cárlos formaba tanto empeño. Obstinado en sostener que era el mejor medio y mas fácil de todos recursos, mandó, con objeto de evitar confabulaciones, que cada uno emitiese en público su voto.

Con este motivo pronunció el Condestable un discurso en la junta, condenando la sisa, no solo por gravosa, sino porque recayendo sobre todos, haria pecheros á los hijos-dalgo que no debian pagar contribuciones, y sí ayudar al emperador en sus guerras, con sus haciendas, sus personas y sus vidas. Que él cien veces negaria la sisa si fuese necesario. Que era mucho mejor que el emperador reformase gastos y se buscasen otros medios. Habló el Condestable con dignidad y energía; mas con mucha moderacion y compostura.

El resultado de esta conferencia, fué que los grandes firmaron una cédula negando la sisa; y al mismo tiempo enviaron al emperador un escrito suplicándole se dejase de guerras, residiese en España y reformase los gastos en su casa. Estaba este papel redactado con mode-

racion y dignidad, y de letra del conde de Ureña D. Juan Tellez Giron, notario mayor de Castilla.

Lo llevaron á palacio tres grandes con el Condestable á la cabeza. Recibió el emperador el escrito y los despidió sin dar respuesta. Poco rato despues se presentó en la junta el cardenal arzobispo de Toledo, y dijo en nombre del emperador, que habia visto lo que los tres señores le dijeron, y que traia la respuesta por escrito. Estaba esta concebida en muy pocas palabras y tono seco, diciéndoles que tratasen de la sisa, y pronto.

Sucedió todo esto á últimos de 1538. El año se concluyó sin que terminase este asunto tan desagradable, en que por una y otra parte se iban agriando los ánimos sobremanera. A principios de 1539 nombraron los grandes otros diez de su seno para entender en el negocio. Pidieron otra vez que se les reuniesen los procuradores, y otra vez los negó Cárlos. Le volvieron á suplicar que hiciese las paces y no saliese de España. Respondió el emperador que pedia ayuda y no consejos.

Los grandes insistieron en su negativa de la sisa. El emperador los despidió al fin, viendo que ningun partido podia sacar de ellos.

Quedó Cárlos muy mortificado y despechado con estas ocurrencias. Hubo muy serias contestaciones con algunos grandes. Autores contemporáneos aseguran que amenazó de echar por un balcon al Condestable, y que este respondió con sangre fria: «señor, soy chico, pero peso mucho.»

El resultado de estas Córtes tan aparatosas fué que solo las ciudades se prestaron con algun servicio.

Se vé por estas Córtes últimas que el emperador convocó en España, que habia bastante libertad y espíritu de independencia cuando se trataba de pedir dinero; y que aunque los españoles se asociaban á las glorias de su emperador, se resentian de los gastos que les acarreaba su grandeza.

Las rentas de la corona en tiempo de este monarca

no eran pingües, á lo menos no arregladas á sus necesidades. Costaba la guerra mucho á los reyes de aquella época, y el sistema tributario no podia estar todavía en consonancia con el de mantener tantas fuerzas permanentes. Los antiguos reyes de Castilla tenian este embarazo menos, pues las tropas que entraban en campaña eran los contingentes con que los grandes señores y feudatarios contribuian, como condicion del feudo. Asi las guerras costaba muy poco en realidad á la corona. Con las propiedades de esta que se consideraban como patrimonio suyo: con impuestos locales como pago y retribucion de los privilegios que á los pueblos concedian: con los derechos de portazgo, barcaje y pontazgo como indemnizacion de lo que costaba la proteccion de los caminos; con los impuestos por cabeza sobre los judíos y moros que permanecian en el pais que se iba conquistando: con otras contribuciones igualmente directas que se pagaban por cada vecino, bajo el título de moneda forera, martiniega, y martazga, yantar del rey, chapin de la reina, etc.: con las multas y penas pecuniarias que por ciertos crímenes y en su espiacion se recogian; con otras contribuciones de un órden igualmente precario, vivian y sostenian su casa y Córte aquellos príncipes. Poco á poco fueron viniendo los diezmos, contribucion ordinaria de los moros, que pasó con la dominacion de sus pueblos á los príncipes cristianos; la contribucion de la cruzada para hacer la guerra á los infieles: las tercias reales, ó sea el tercio del diezmo eclesiástico: la renta de las aduanas, la famosa alcabala cuyo nombre indica bien su origen árabe, contribucion directa sobre todo lo que pasaba de una mano á otra por via de venta, y que al pricipio ascendia á nada menos que la décima parte de su importe; por fin el monopolio de todas las salinas del reino á favor de la corona; el almojarifazgo, décima parte de las mercancías que entraban en España procedentes de paises extranjeros, que se extendió despues á Indias; pagándose un vigésimo de lo que se embarcaba en los puertos de Andalucía,

y otro de lo que desembarcaba en América; el tributo de puertos secos, por el que se pagaba la décima parte de las mercancías que de Navarra, Aragon y Valencia salian para el interior de España, y vice-versa; el tributo de lana, por el que se pagaban dos ducados por la salida del reino de cada saca (diez arrobas), si era propiedad de español, y cuatro si de extranjero; el señoreazgo de moneda, por el que de cada marco de plata, valor de seis ducados, se daba al rey un real; el ejercicio, ó sea la contribucion anual que pagaban las provincias de España por los esclavos y galeras; el impuesto sobre las barajas que venian del extranjero, exigiéndose medio real por cada una; el de los paños florentinos, cuya introduccion en España era de seis ducados; la contribucion de millones, por la que todos los años pagaban los pueblos de España dos millones de ducados; la de la Almadraba, sobre la pesca de atun; el subsidio eclesiastico; el producto de las minas de Almaden, Guadalcanal y Sierra Morena.

Sobre todas estas rentas gravitaba el pago de los réditos ó intereses por la deuda del Estado, llamados *juros*, porque como propiedad reconocida y jurada, se trasmitia por via hereditaria ó de otro modo. Estos pagos eran muy crecidos, en atencion á lo que valia entonces el dinero, y la frecuencia con que la corona se hallaba precisada á contraer empréstitos. Así se vé que en las Córtes de 1538 se propuso como un arbitrio, el que se disminuyesen estos pagos ó réditos, en atencion á lo baratos que se habian vendido.

Las rentas de la corona se administraban por arrendadores, que pagaban por ellas una suma fija, entendiéndose ellos mismos con los contribuyentes. Abria este sistema la puerta á mil injusticias, arbitrariedades precedidas de desigualdades de reparto, y al método vejatorio y opresivo con que los impuestos se levantaban y exigian. Tampoco era muy beneficioso á la corona, pues muchas veces no la pagaban los arrendadores, alegando que no

en cuanto á la reunion de los procuradores, no le parecia necesaria.

No estaban acordes los ánimos del emperador y el brazo de los caballeros. El único recurso que queria el primero repugnaba á los segundos. Nombraron estos una comision de doce que los representase á todos, y volvieron á insistir en que se les reuniesen los procuradores; mas el emperador volvió á negarlo.

Por su parte propuso éste al brazo popular que sostuviesen el estado y buena conservacion de sus reinos, y que para esto contribuiria S. M. con el servicio ordinario de ayuda: que seria de cargo de ellos sostener las galeras de España, y las de Andrés Doria, y la casa de S. M., consejos, chancillerías, guardias, fronteras y lugares de Africa; mientras S. M. con sus rentas ordinarias de Castilla, y lo que viniese de las islas é Indias, se desempeñaria de los grandes intereses que pagaba.

Mientras tanto temporizaban los grandes por no conceder la sisa, en que Cárlos formaba tanto empeño. Obstinado en sostener que era el mejor medio y mas fácil de todos recursos, mandó, con objeto de evitar confabulaciones, que cada uno emitiese en público su voto.

Con este motivo pronunció el Condestable un discurso en la junta, condenando la sisa, no solo por gravosa, sino porque recayendo sobre todos, haria pecheros á los hijos-dalgo que no debian pagar contribuciones, y sí ayudar al emperador en sus guerras, con sus haciendas, sus personas y sus vidas. Que él cien veces negaria la sisa si fuese necesario. Que era mucho mejor que el emperador reformase gastos y se buscasen otros medios. Habló el Condestable con dignidad y energía; mas con mucha moderacion y compostura.

El resultado de esta conferencia, fué que los grandes firmaron una cédula negando la sisa; y al mismo tiempo enviaron al emperador un escrito suplicándole se dejase de guerras, residiese en España y reformase los gastos en su casa. Estaba este papel redactado con mode-

litares con alcabalas y propiedades en el reino de Granada.

El 1546 obtuvo una bula de Paulo III para desmembrar de las iglesias y monasterios, pueblos, castillos y jurisdicciones, mediante su ulterior reintegro, lo necesario para una renta anual de quinientos mil ducados. Se trataba entonces de la guerra que hemos mencionado contra los príncipes luteranos del imperio, y para cuyo fomento se comprometió el papa á mantener seis meses doce mil infantes y quinientos caballos. Ademas otorgó al emperador la mitad de las rentas eclesiásticas durante un año, y le dió facultad para enajenar fincas de iglesias y monasterios. Mas fué tal la oposicion de las corporaciones eclesiásticas á esta medida del emperador, que alarmaron su conciencia y le hicieron desistir de este designio.

En el reinado de Felipe II hablaremos de un negocio de esta clase mucho mas ruidoso y complicado en que entendió este príncipe (1553), hallándose entonces de regente del reino con plenos poderes de su padre.

Las Córtes otorgaron á este monarca por via de servicio extraordinario:

En 1517 ciento cincuenta millones de reales cobrados en tres años.

En 1520 trescientos millones de reales cobrados en tres años.

En 1523 cuatrocientos millones de reales cobrados en tres años.

En 1525 concedieron para gastos de la boda cuatrocientos mil ducados.

Con el mismo objeto ofrecieron los abades monacales la plata de sus iglesias.

Los comendadores de las órdenes militares cedieron la quinta parte de sus rentas.

En 1527 le dieron los abades de San Benito doce mil doblones.

Ademas de todos estos arbitrios se suspendieron los

eran ellos pagados por los pueblos. Fué, pues, bajo este doble aspecto objeto de clamores, pidiendo los pueblos que se cambiase por el de encabezamiento, comprometiéndose á pagar sin coacciones ni violencias. Así lo hemos visto propuesto en 1511 en las Córtes de Burgos, pidiendo el encabezamiento los procuradores hasta que se pudiese poner puja; prueba de que las licitaciones no se hacian á pública subasta.

Para cubrirse el déficit que estas rentas y contribuciones dejaban, sobre todo en lances extraordinarios, era preciso que las Córtes decretasen lo que se llamaba el servicio, que era mas ó menos extraordinario, mas ó menos cuantioso, pagadero á mayor ó menor plazo. Hé aquí lo que daba á las Córtes tanta importancia en la balanza del Estado; lo que las puso en ocasiones de muy mal humor durante la época de Cárlos V; lo que las hacia alzar tantos gritos sobre sus guerras continuas; lo que en último análisis produjo el alzamiento de las comunidades de Castilla. El emperador pedia mucho, y ellas no estaban siempre de humor de ser condescendientes. El arbitrio de la sisa propuesto por la corona en las de 1538, fué, como hemos visto, rechazado, y con mas viveza, por parte de los caballeros, que de los procuradores. Esta contribucion indirecta, que tenia por base una disminucion en el peso ó medida, pagando el género, como si no existiese tal rebaja, se presentó como campo abierto á los mayores desórdenes y estafas. Así fué absolutamente negado, y Cárlos V tuvo que pasar por ello, viéndose en precision de apelar este emperador á varios arbitrios, en atencion á lo mal que sus rentas cubrian sus necesidades. En 1529 obtuvo bula del papa Clemente VII, para desmembrar de los bienes pertenecientes á las órdenes militares, iglesias y monacales, los suficientes para formar una renta de cuarenta mil ducados anuales. En 1538 se extendió la misma concesion á los patronatos de legos y primiciales que se hallaban mezclados con las encomiendas, obligándose el rey á indemnizar las órdenes mi-

litares con alcabalas y propiedades en el reino de Granada.

El 1546 obtuvo una bula de Paulo III para desmembrar de las iglesias y monasterios, pueblos, castillos y jurisdicciones, mediante su ulterior reintegro, lo necesario para una renta anual de quinientos mil ducados. Se trataba entonces de la guerra que hemos mencionado contra los príncipes luteranos del imperio, y para cuyo fomento se comprometió el papa á mantener seis meses doce mil infantes y quinientos caballos. Ademas otorgó al emperador la mitad de las rentas eclesiásticas durante un año, y le dió facultad para enajenar fincas de iglesias y monasterios. Mas fué tal la oposicion de las corporaciones eclesiásticas á esta medida del emperador, que alarmaron su conciencia y le hicieron desistir de este designio.

En el reinado de Felipe II hablaremos de un negocio de esta clase mucho mas ruidoso y complicado en que entendió este príncipe (1553), hallándose entonces de regente del reino con plenos poderes de su padre.

Las Córtes otorgaron á este monarca por via de servicio extraordinario:

En 1517 ciento cincuenta millones de reales cobrados en tres años.

En 1520 trescientos millones de reales cobrados en tres años.

En 1523 cuatrocientos millones de reales cobrados en tres años.

En 1525 concedieron para gastos de la boda cuatrocientos mil ducados.

Con el mismo objeto ofrecieron los abades monacales la plata de sus iglesias.

Los comendadores de las órdenes militares cedieron la quinta parte de sus rentas.

En 1527 le dieron los abades de San Benito doce mil doblones.

Ademas de todos estos arbitrios se suspendieron los

acostamientos, ó sea pensiones dadas sobre rentas; se reintegraron muchas alcabalas que estaban enajenadas á la corona; se vendieron nuevos juros sobre rentas, se vendieron asimismo bienes y jurisdicciones de monasterios; se desmembraron cuatrocientos mil ducados de renta de los bienes de las órdenes militares; y quinientos mil ducados de oro, de los monasterios monacales.

A todos estos recursos hay que añadir lo que este emperador recibió de América, que aunque no ascendió á muy crecidas cantidades por lo poco regularizado de las rentas é impuestos de aquellas posesiones, siempre serian muy considerables. Los historiadores no andan bien esplícitos sobre su importe, ni están de acuerdo, ó por mejor decir, apenas mencionan el total á que ascendieron sus rentas en España. No hay que perder de vista que á los gastos del emperador acudian tambien Nápoles, Sicilia, el estado de Milan, sobre todo los de Flandes, tierra rica, industriosa, comerciante, de grandísimos recursos. Sin embargo, el emperador Cárlos V rara vez salió de ahogos, y murió con deudas.

En el reinado de su hijo entraremos en pormenores mas extensos sobre las rentas del Estado, cuyo importe se fué aumentando poco á poco, con lo cual, y el mejor arreglo en su administracion, la corona se fué emancipando poco á poco de las Córtes. Humillada, pues, la aristocracia, reducida á casi nada la importancia de los procuradores de los pueblos, con tropas permanentes, con rentas fijas y cuantiosas que eran dueños de aumentar por medio de decretos ó pragmáticas meramente administrativas, los reyes de España se hicieron absolutos de hecho.

El rey de Francia era mas despótico en su pais, y disponia con mas desembarazo de los recursos del Estado. Las asambleas, llamadas allí estados generales, se convocaban muy rara vez, y solo en circunstancias muy extraordinarias. Con unos estados mucho menos considerables, pudieron Francisco I y Enrique II hombrear á

la par con Cárlos V. El primero puso en su última guerra contra el emperador cinco ejércitos en campaña al mismo tiempo (1). Y como esta fuerza al mismo tiempo que instrumento de ambicion de los príncipes en sus contiendas fuera, lo eran á la vez del poder absoluto que ejercian dentro, pasaremos á dar alguna idea de los establecimientos militares en aquella época.

CAPITULO VI.

Fuerzas militares en tiempo de Cárlos V.—Organizacion.—Armas.—Equipo.—Táctica.—Artillería y Fortificaciones.—Sitio de Rodas.

Hemos hablado al principio de esta obra del celo con que la mayor parte de los reyes de la Europa se aplicaron á fines del siglo XVI al establecimiento y organizacion de una fuerza armada permanente. Prescindiendo de toda consideracion política, abrió esta importante innovacion una nueva época para el arte de la guerra. Lo que nos dicen de él los historiadores de la edad media, es muy oscuro, tratándose de la parte material, tan diferente de la que vemos en el dia. Variaron, en efecto, el modo de alistarse los ejércitos, la organizacion de sus diversos cuerpos, las armas del combate, lo que se llama táctica en los diversos movimientos, maniobras y demas operaciones de la guerra. Varió todo, y nosotros no podremos familiarizarnos, con lo que sobre este particular estaba vigente en aquel tiempo, no explicándolo bien los historiadores coetáneos, ó escritores dedicados exclusivamente á la parte técnica del arte. Pero extraños estos á la profesion, no pensaron que serian sus escritos objeto de muchas investigaciones infructuosas. Cuanto se sabe

(1) De los parlamentos de Inglaterra y Escocia, que tanta influencia tenian en los subsidios de la corona, hablaremos á su debido tiempo; lo mismo que de los Paises-Bajos, donde la autoridad del príncipe, sobre todo en este ramo, se hallaba bastante coartada.

en esta parte, es solo por conjeturas, por inducciones, por monumentos materiales que nos han quedado, por el conocimiento que tenemos del estado social de aquella época; por reglamentos, leyes, cartas, llamamientos á la guerra, por la relacion de algunas expediciones militares. Sabemos, pues, que cuando convocaba el rey á sus grandes feudatarios, se presentaban estos con sus vasallos en mayor ó menor número, segun sus posibles ó condiciones del feudo; y que con estos contingentes, ó sea tributo de hombres, se formaban entonces los ejércitos, que no estaban sobre las armas sino por el tiempo de la guerra. Sabemos cómo eran las armas ofensivas y defensivas que usaban, pues casi existen en el dia; el poco aprecio que entonces se hacia de la infantería, y el estado de rudeza en que se hallaba. Nadie ignora que el nervio de la guerra era la caballería, y que por el número de lanzas se comenzaba á calcular la fuerza de un ejército. La importancia que se daba á la caballería, se deja ver bien por la institucion de la órden ó asociacion, con este nombre conocida, por las pruebas porque tenia que pasar un hombre para ser armado *caballero*, y por las solemnes ceremonias con que iba este acto acompañado. El brillo, la grandeza de esta institucion, es para nosotros los españoles de una evidencia positiva y práctica, por ir todavía la voz de *caballero* entre nosotros, enlazada con la idea de buena educacion, de honradez y nobleza en las acciones. Hé aquí lo que se sabe de positivo; lo demas es asunto de mucha controversia. Hasta las opiniones varían sobre la introduccion en el arte de la guerra de un agente nuevo y poderoso, á saber, el de la pólvora; sobre el modo de usarla, sobre la introduccion de la artillería, es decir, de las bocas de fuego; pues la voz *artillería* tenia entonces un significado mucho mas extenso. Todos estos puntos históricos han dado lugar á mil sistemas diferentes, y el número de críticos ó comentadores ha sido mayor que el de los autores comentados.

Abrió, pues, la introduccion de las fuerzas armadas permanentes, una nueva época en la historia del arte de la guerra, no solo por la consistencia, la regularidad que se dió á estos establecimientos, sino porque participó el arte de las ventajas de una época de luces. El mismo gusto, la misma aplicacion, contraidos á los demas ramos del saber, se dedicaron á la ciencia de la guerra. Hubo escritores militares, como teólogos y jurisconsultos, y si sobre algunos puntos nos dejaron en la oscuridad, pues escribian para sus contemporáneos, nos ofrecen siempre mayor grado de instruccion que sus predecesores.

La guerra comenzó á ser una profesion, ejercida bajo los auspicios de los que alistaban y pagaban los ejércitos. Aquellas bandas de Condottieri, que en los siglos XIV y XV vagaban de una parte á otra con sus tropas para venderlas á quien mas pagaba, adquirieron mayor regularidad, hicieron un servicio mas estable y permanente. La guerra llegó á ser una industria casi general, y los ejércitos se hicieron poco á poco mercenarios. Aquella órden de caballería que hizo un papel tan distinguido en la edad media, fué desapareciendo poco á poco. Las ceremonias de ser armado caballero, fueron ya muy raras, y las mas veces, meras fiestas de aparato. Ya se presentaban los ginetes vestidos de todas armas sin este requisito. Se hicieron los hombres mas positivos, mas calculadores; y el espíritu de investigacion penetró en todas las clases del Estado.

Para comenzar por España, desde la última mitad del siglo XV se hicieron los primeros ensayos de la fuerza permanente. Se puede asignar este principio á la creacion de las famosas hermandades formadas en 1464 por los pueblos de Avila, Arévalo, Segovia y Talavera, para repeler las contínuas correrías y violencias que en los caminos eran tan frecuentes. Aprobadas por Enrique IV fueron regularizadas en 1476, extendidas á varios pueblos de Castilla, pasando á Toledo, y en seguida á An-

dalucía. Por cada cien vecinos se echó una contribucion de diez y ocho mil maravedises, para mantener un hombre de á caballo. Hé aqui el primer orígen de las hermandades.

Fueron estos soldados divididos en compañías á cargo de sus respectivos capitanes. Tenian ademas alcaldes civiles que entendian en su organizacion, en sus leyes interiores, y ademas juntas de gobierno para lo económico y administrativo.

Tenian las hermandades ciertos fueros y privilegios, y entendian privativamente en cierta clase de delitos. Todos los cometidos en caminos públicos, en despoblados; los homicidios, las heridas, los robos, los allanamientos de casas, violencias á mujeres, presos escapados; en fin, toda infraccion de ley cometida á viva fuerza, entraba en su competencia, y era avocada á su tribunal, cuyas atribuciones eran, como se vé, muy extensivas é importantes.

Se pueden comparar los servicios de las hermandades, si prescindimos de su jurisdiccion, con las de la actual gendarmería francesa.

Las hermandades estuvieron en todo su vigor en todo el curso del siglo XV; fueron constantemente tropas de á caballo, y entraban muchas veces á formar parte del ejército. Desde el principio del siglo decayeron algo, pero subsistieron.

Se comenzaba, pues, á hacer ensayos de fuerzas permanentes en el año 1493. Despues de la conquista de Granada se instituyeron cuerpos de caballería. Se prohibió á los que habian servido en esta arma la venta de las suyas; se dió órden para que las personas, segun su rango, su condicion y su fortuna, estuviesen siempre provistas de armas para cuando lo exigiesen las necesidapes del ejército. Se hizo un alistamiento general, y se mandó que cada doce vecinos se alistase y armase á su costa un soldado de á pie para cuando se le llamase á la andera. Se concedieron privilegios, se les asignaron

sueldos para cuando entrasen en campaña. Mas aunque se deseaba mucho tener estos cuerpos permanentes, no se podia por su excesivo gasto.

Conocian demasiado los reyes Católicos la importancia de tener tropas á su disposicion para que no fomentasen con ahinco su alistamiento, su organizacion y su enseñanza. Hubo en su reinado campos de instruccion para este objeto, que prosperaron poco, habiéndose tenido que abandonar el establecimiento; tal era el hábito del desórden, la carencia de la táctica, y la escasez de fondos para mantener sobre las armas tanta gente.

Fernando el Católico fué el primer rey de España que tuvo una guardia de á pie armada de picas, espadas y alabardas. Llevaban una especie de uniforme á que daban el nombre de librea.

En medio de ensayos tan imperfectos, se pueden considerar los reyes Católicos como fundadores del ejército español. A pesar de mil obstáculos, la infantería llegó á formarse y merecer aquella fama que tuvo constantemente en toda Europa. Echaron los cimientos de la obra; las diferentes mejoras que hubo despues, partieron todas de este orígen.

En la guerra de Granada aparecen ya este órden y uniformidad que distinguen las épocas modernas. Fué una guerra metódica, bien comenzada, bien dirigida, llevada con tino y con valor á su definitivo resultado. Hubo en ella un conjunto de marchas, expediciones, sitios y tomas de plazas que la hacen objeto digno de estudio para los inteligentes. Las tropas, los aprestos, el material de todo género, las máquinas de batir, todo se presenta allí bajo un aspecto formidable.

Se empleaban en dicha expedicion todas las clases de piezas de artillería que se usaban en aquella época. Se hace mencion de lombardas, ribadoquines, cerbatanas, pasavolantes, buzanos, etc. El número se ignora, mas consta que en el sitio de Loja habia de lombardas mas de veinte.

Comenzaba la artillería á hacer un gran papel en las guerras de aquel tiempo y aun de tiempos anteriores. En las memorias de don Juan II se hace mencion de las piezas empleadas en el sitio de Septenil al principio de aquel siglo. Se habla allí de una lombarda, de otra de Gijon, de otra de la Banda, de otras dos de Fuslera con cureñas, de diez mantas (defensas de madera para los asaltos), con sus pertrechos, de útiles, de minas, de alquitran, de pólvora, de arcas de los pasadores (saetas), de nueve fraguas de herreros, de cincuenta quintales de hierro de toda clase de ferramientas, de muelas para afilar, de tacos de lombardas, de truenos (tiros) de carbon, de gente para cortar madera, para cuidar de los carpinteros, labrar piedras para las lombardas, conducir los que han de labrar con hachas, adobar carretas, conducir escalas en acémilas. Para todos estos objetos se designan los bueyes que los conducian, las gentes de armas que los escoltaban, etc.

El ejército que hizo la guerra de Granada, segun el cronista de los reyes Católicos Hernan Perez del Pulgar, presentó en el alarde que se hizo de las tropas despues del sitio de Baza, cuarenta mil hombres de á pie y trece mil de á caballo. El autor da el nombre de *batallas* á los diferentes trozos ó divisiones de que se componia. Así habla de la primera batalla, de la segunda, de la tercera, etc., de batalla *real*, es decir, de las tropas que rodeaban de mas cerca la persona del monarca.

Despues de la *batalla real* iba otro trozo para separarla del *fardaje* que venia en seguida y estaba protegido por el último trozo que cerraba la columna.

El autor á quien aludimos inserta todos los nombres de los diferentes jefes que mandaban las subdivisiones de estos trozos ó batallas. Unos las conducian como jefes naturales, otros como subordinados y sustitutos de sus señores respectivos. Era una mezcla del antiguo feudalismo con las instituciones modernas que planteaban los dos reyes. No se vén por toda esta reseña mas que trozos

desiguales y sin armonía; unos con infantería y caballería; otros sin esta arma, otros sin la primera. La sexta por ejemplo se componia de trescientas cincuenta lanzas solamente: la sétima de cuatrocientas veinte lanzas y doscientos peones. Nada hace ver mejor lo escaso de las tropas regulares y los pocos progresos que se habian hecho todavía en este ramo de ejército estable y permanente.

Mas el plan se llevaba adelante, y debia de producir sus resultados. La escuela de la formacion é instruccion de los ejércitos permanentes, no podia ser mas eficaz y mas activa. Las tropas conquistadoras de Granada se embarcaban para Nápoles; se aprestaban expediciones á la costa de Africa, y el reino de Navarra estaba muy próximo á ser presa de las armas castellanas.

El cardenal Jimenez de Cisneros continuó la obra de los reyes Católicos en el establecimiento de tropas permanentes. Fué uno de los primeros cuidados de su administracion, mandar que se hiciesen alistamientos de infantería y caballería en todos los pueblos, segun sus posibles, y el número de sus vecinos. Los Grandes se mostraron enemigos de esta providencia, así como ya lo eran de la autoridad del cardenal, cuyo derecho á la regencia disputaban. Era muy grande la complacencia que tenia el prelado en humillarlos. Abatió, en efecto, la arrogancia de aquellos magnates un fraile franciscano, sin mas armas que el ascendiente de su genio. Un dia que le preguntaron en virtud de qué derecho ejercia una regencia que el rey Católico no podia haberle delegado, los llevó á una plazuela que caia á espaldas de su casa, y enseñándoles algunas piezas montadas de artillería: aquí están mis derechos, respondió el cardenal; dejándolos reducidos al silencio. Nada muestra mas hasta qué punto habian descendido los Grandes de Castilla, lo bien que habian trabajado los reyes Católicos en consolidar su nueva autoridad á expensas de la de ellos. Encontró, sin embargo, grandes obstáculos la órden que dió el cardenal

de alistamiento. En algunas partes fué desobedecido abiertamente. En Valladolid, en Segovia, acudieron á las armas, y llegaron á reunir treinta mil hombres, por las sugestiones de los Grandes.

Quedó el cardenal muy desairado en esta empresa, y murió sin haber visto consolidada la obra del alistamiento. Mas la presentacion de Cárlos V sobre la escena política, anunciaba claramente que se llevaria adelante la idea de consolidar la fuerza permanente en lugar de abandonar lo ya emprendido y comenzado. El siglo XVI que se habia abierto con guerras en Nápoles, en Africa, en Navarra, en el Norte de Italia, continuó siendo tan célebre por su espíritu marcial, como por sus artes, sus ciencias, sus descubrimientos y controversias religiosas. No pudo menos de sentir la influencia de reformas y mejoras el arte militar, á quien los príncipes daban una altísima importancia.

Era ya la carrera de las armas, como hemos dicho, una profesion particular separada de las otras, un ramo de industria que proporcionaba mas ó menos ventajas pecuniarias segun la fortuna de las armas, el valor, la capacidad ó el favor de que disfrutaba un individuo. Los alistamientos eran voluntarios, y las tropas iban adquiriendo un carácter tal de mercenarios que despojaban casi de nacionalidad unas contiendas, mas bien de príncipe á príncipe, que de pueblo á pueblo. No pasaron nunca de 6,000 á 7,000 los españoles que combatieron en Italia en las filas del emperador en las campañas de 1521, 1522, 1523, 1524 y demas que concluyeron con la brillante victoria de Pavía. A pesar de la predileccion que tuvo Cárlos V por los de esta nacion, no era español el general en jefe Próspero Colonna, ni su sucesor Cárlos Lannoy, virey de Nápoles, ni aun en rigor el marqués de Pescara Fernando de Abalos, aunque de españoles descendia. No eran verdaderamente todos estos jefes mas que soldados de fortuna. Eran la mayor parte de sus tropas, italianos, suizos, alemanes que se reclutaban con

mucho costo, y no podian retenerse en las banderas sin pagas muy crecidas.

En Suiza y Alemania se celebraban con particularidad estas ferias ó mercados de hombres. Allí acudian indistintamente, tanto los emisarios de Cárlos V como los del rey de Francia. No se desdeñaban los hombres mas eminentes de desempeñar la comision del alistamiento de estos mercenarios. Cuando el ejército imperial se retiró de sobre los muros de Parma, estaba esperando un gran refuerzo de suizos que habia ido á buscar el cardenal de Sion, á nombre del pontífice. Cuando marchó Francisco I á poner el sitio de Pavía, estaba ausente del ejército imperial el condestable de Borbon en busca de otro cuerpo de estos mercenarios. Habia de este modo suizos, alemanes é italianos en los dos ejércitos que combatieron en esta batalla memorable.

Para estos aventureros que abrazaban la carrera de las armas como un mero ramo de industria, no habia mas alicientes que la paga y el botin nada escaso, ni poco frecuente en dichos tiempos. Cuando faltaba la primera, lo que no era raro, se abandonaban á excesos de indisciplina, que ponian en crueles embarazos á los generales, obligándolos á dar batallas para proporcionarles los recursos que faltaban en las cajas militares. Ya hemos visto que el asalto y saco de Roma no tuvo por objeto principal sino acallar á los alemanes que estaban en completa sedicion por falta de socorros. Lantrech se vió obligado á dar la batalla de la Bicoca, amenazado por sus suizos de que abandonarian sus filas si no los pagaba ó llevaba al enemigo.

Habia entonces otro ramo de industria militar, ya desconocido en nuestros dias; á saber, el rescate de los prisioneros. Los soldados ó individuos de las clases inferiores que los cogian los vendian por lo regular á los capitanes y jefes del mas alto rango, quienes los mantenian de su cuenta, y se entendian sobre el precio del rescate con ellos ó con sus familias. Despues de la ba-

talla de Pavía compró el marqués de Pescara por muy poco precio á Enrique de Abret, que se intitulaba rey de Navarra, uno de los prisioneros que se hicieron en aquel encuentro; y como el emperador se le quisiese reclamar en atencion á su carácter de soberano, declaró el marqués que no lo soltaria por menos de cien mil escudos de oro, entrega que no tuvo efecto por haberse escapado el prisionero.

Como la guerra era una profesion, y los pagaban tanto mas cuanto mayor era su pericia en el manejo de las armas, se dedicaban mucho á la adquisicion de los conocimientos que los hacian tan recomendables. Concluida una campaña, ó tal vez mientras pasaban al servicio del ejército enemigo, sin que se extrañase que los hombres se vendiesen al que mas pagaba. Los soldados asi constituidos se economizaban cuanto mas podian; y no siendo por la codicia del botin, no podian correr gustosos á un peligro del cual no podian redundarles ventajas materiales. Sea por esta causa, sea por la poca eficacia que hubiese adquirido la infantería, sea por lo cubiertos de hierro que iban los caballos, eran poco mortíferas entonces las batallas.

La guerra costaba mas entonces (guardando la proporcion de los hombres empleados), en atencion á lo caro de los alistamientos y lo alto de las pagas, teniendo siempre en cuenta el precio del dinero. Y como estos desembolsos eran por lo regular superiores á las rentas de los príncipes, tenian que ser poco numerosos los ejércitos, que licenciaban en gran parte á la conclusion de una campaña. El mayor ejército que tuvo Cárlos V fué el que llevó sobre Metz de cincuenta mil hombres, que entonces pasó por formidable.

En cuanto á los españoles nunca fueron mercenarios, es decir, en el sentido de vender su sangre á potencias extranjeras. Si hacian la guerra en muchos paises de Europa, fuera de su patrio suelo, era siguiendo las banderas de sus reyes. En todas partes acreditaban su

valor, su disciplina, su instruccion en el arte militar, su carácter sufrido en medio de las privaciones. A ellos se debieron principalmente los triunfos adquiridos en Pavía.

No se conocian en aquella época lo que llamamos divisas militares. En rigor no habia gran uniformidad ni en armas, ni en vestuarios, de que cada cual se surtia segun su esfera ó sus posibles. Era muy brillante, muy lujoso y muy marcial el traje militar de aquellos tiempoc. Las armas eran riquísimas por lo regular; y en su fabricacion esmerada se distinguian los artífices de aquellos tiempos. Casi todos los jefes principales iban armados de corazas, y llevaban por lo regular encima sayos ó sobrevestas de terciopelo forrado de armiños ó telas ricas. Como se maniobraba poco durante una accion, los mismos generales peleaban á veces en persona (1).

A pesar de que las tropas eran mercenarias, ó quizás porque lo eran, y la milicia una profesion, eran visibles los proyectos del arte, y comenzaba á considerarse como un ramo del saber humano sujeto á observaciones, á reglas y preceptos.

El paso mas importante que se dió en la línea de las reformas de consideracion fué restituir á la infantería la importancia que le habian dado los griegos, y solo los romanos, y de que le habian despojado los siglos que se llaman de edad media. No gozaba de ninguna consideracion durante esta época una arma que antes se habia reputado como el verdadero fundamento de un ejército. Estaba entonces mal vestida, mal armada, con poca instruccion, compuesta de las clases mas ínfimas de la sociedad, sin que apenas su mas ó menos número fuese de gran cuenta. La base principal de los ejércitos, lo que en la opinion comunmente recibida constituia su fuerza, era la caballería, sobre todo la pesada, cuyos individuos recibian la denominacion de gentes de armas, é iban cu-

---

(1) Véase la nota E al fin del tomo.

biertos de hierro, extendiéndose la misma defensa á sus caballos. Cada uno de estas gentes de armas, llevaba á sus inmediaciones tres ó mas, mas ligeramente armados y montados en guisa de escuderos ó sirvientes, y esta asociacion ó grupo recibia la denominacion de lanza. Asi se contaba el ejército y los trozos de que se componia, por lanzas.

Cuando con el renacimiento de las letras se estudió la antigüedad y resucitaron sus grandes escritores, hizo sin duda impresion la importancia que daban á las tropas de á pie, y hasta qué punto formaban el núcleo y la fuerzá, sobre todo en los ejércitos romanos. Todos los príncipes de Europa se dedicaron casi á un tiempo á la mejora de su infantería, siendo de notar que la base de las reformas fué una imitacion mas ó menos perfecta de la legion romana, con las diferencias indispensables en la de las armas; comenzándose á introducir poco á poco en la infantería las de fuego. Los pasos que sobre esto se dieron en España, en Francia, en Italia, en Alemania parecen simultáneos. La infantería salió de su abyeccion, y desde entonces fué el servicio en sus filas honorífico, digno de las mayores distinciones.

La infantería española comenzó muy pronto á distinguirse, y á adquirir un renombre que no perdió ni en aquel ni en el siguiente siglo. Se hizo objeto de respeto y admiracion en Nápoles, bajo el mando del gran capitan, y este brillo lo conservó en los ejércitos de Cárlos V. Cuando describamos las guerras de su hijo, se la verá representar un papel igualmente distinguido.

Los trozos primitivos de esta infantería, que corresponden sobre poco mas ó menos á nuestros batallones, se llamaban *Tercios*, y compuestos de mas ó menos compañías segun las circunstancias del alistamiento. La clase inmediata á la de soldado raso era la de caporal, que corresponde á nuestro cabo. Habia cuatro caporales en cada compañía. Despues seguia la de sargento, nombre bien conocido entre nosotros. Cada compañía tenia su

bandera. Era el capítan quien la formaba, alistaba y entretenia. El oficial que llevaba la bandera de la compañía, tenia el título de alférez.

Sobre la clase de capitan habia la de sargento mayor, nombre tambien muy conocido de nosotros. Eran sus funciones parecidas á las que ejercen en el dia los segundos jefes. Entendian en la contabilidad de todo el cuerpo, en los pormenores del servicio, en llevar el alta de las diferentes plazas, en la instruccion y táctica de su tercio respectivo, en todo lo relativo al arreglo de las marchas, al señalamiento y trazado de los campamentos.

El jefe del tercio tenia el nombre de maestre ó mestre de campo, usado tambien por los franceses. Eran sus funciones muy parecidas á las de nuestros coroneles, por lo que no necesitan esplicarse.

La infantería iba armada de picas, y una parte mas ó menos considerable, de arcabuces. Eran los cañones de estos mas largos y de mas calibre que los de nuestros fusiles. Los arcabuceros llevaban una horquilla en que los apoyaban en el momento de hacer fuego, y como las llaves no estaban inventadas todavía, usaban para darles fuego de una mecha.

Algunos piqueros iban armados de rodela. No la llevaban los arcabuceros. Tambien se conocian soldados armados de ballesta; mas esta arma habia comenzado á desaparecer á fines del siglo precedente. Desde que se conoció el alcance y eficacia de las balas, quedaron en desuso los demas géneros de proyectiles. Picas y arcabuces eran conocidas en aquel siglo y aun en el inmediato, hasta su último tercio, que quedaron solo mosquetes ó fusiles.

Con cada dos, tres ó mas tercios, se formaba un escuadron, llamado así por la forma de cuadro que se le daba en órden de batalla. Habia *cuadros de terreno* que equivalian á nuestros cuadros actuales de infantería, y cuadros de hombres que venian á ser la falanje griega ó macedonia. Regularmente tenian 60 hombres de frente

y 20 de fondo y al revés, 20 en el primer sentido, y 60 en el segundo. Suponemos que la primera formacion seria la de batalla, y la segunda la de marcha ó de columna. Cuando se veia un escuadron amenazado por todas partes de caballería, formaba el cuadro verdadero, bien de terreno, bien de hombres, segun las circunstancias. Los piqueros se consideraban como la infantería de línea; los arcabuceros formaban regularmente en los ángulos del escuadron ó en sus filas centrales, haciendo fuego por encima de los primeros que se bajaban un poco en el acto de hacer la puntería y los disparos. Tambien se componian por lo regular de arcabuceros las tropas de vanguardia.

Para saber la poca eficacia de esta arma arrojadiza nos basta leer en Sandoval, que en la batalla de Pavía, hubo soldados que dispararon hasta *diez tiros* durante la batalla. Y no podia ser otra cosa con un arma tan incómoda, tan pesada, que era preciso apoyar sobre una horquilla para hacer bien la puntería, necesitándose ademas la mecha para dispararla. En las relaciones de conduccion del material de guerra, se hace mencion de carros de pólvora y carros de *balas* ó *pelotas* como entonces se llamaban, lo que dá á entender que no se conocian los cartuchos. Los soldados llevaban sin duda por separado entrambas cosas. El mismo historiador en la relacion de la batalla ya citada, nos dice que los arcabuceros españoles para cargar con mas velocidad, habian tomado la precaucion de meterse las balas en la boca.

La caballería se dividia en pesada ú hombres de armas, y ligera. Los primeros iban armados de todas armas, de casco, coraza, espada y lanza. Los segundos usaban por lo regular arcabuces, y si algunos llevaban coraza iban sin rodela. La caballería formaba cuerpos de 400 á 500 hombres.

En cuanto á la artillería, ya se habia conocido su grandísima importancia de mucho mas antiguo. En la construccion de sus piezas, entraba á par que el interés

de la defensiva ó la ofensiva, el amor propio y orgullo de los príncipes. Era la construccion de los cañones objeto de un gran lujo, y los reyes rivalizaban sobre quién los tendria mas largos y de mas calibre. No hay mas que ver las molduras, los adornos con que se han querido engalanar estas máquinas de destruccion, para hacer ver la importancia que se daba entonces á un objeto que hoy parece secundario.

Eran de enorme tamaño y desmesurada carga ciertas piezas que con el nombre de bombardas ó lombardas se emplearon á principios del siglo XV en el sitio de Balaguer y de Setenil, en el reino de Granada. A mediados de aquel siglo, hizo un gran papel en el sitio de Constantinopla un cañon monstruoso que llevaba consigo Mahoma II, como el instrumento mas eficaz de su conquista. Tenia 12 palmos de circunferencia; calzaba una bala de piedra de seis quintales, y era su alcance de una milla. Era tan tremenda su explosion, que para evitar sustos se avisaba antes de ponerle en juego con objeto de probarle. Tiraban de el treinta carros con sesenta bueyes. Iban delante 250 obreros allanando los caminos por donde transitaba, y para andar 150 millas fueron precisos cerca de dos meses. Un cañon mas considerable todavía se conservaba ó se conserva en el castillo de los Dardanelos. Calzaba una bala de quince quintales, y la arrojaba á la distancia de 600 toesas.

En la ciudad de Baza se hallaron 40 piezas abandonadas por el enemigo. La mayor tenia 11 pies y 10 pulgadas de largo y 20 pulgadas de diámetro en la boca. Estaba compuesto el cuerpo, de barras de hierro colado de dos pulgadas de espesor, unidas unas con otras como las duelas de una cuba sujetas con aros ó cercos tambien de hierro que servian para darle consistencia. Las piezas mas largas tenian treinta de estos aros, y diez las de las mas cortas dimensiones.

Se daban á estas piezas nombres diferentes, sacado la mayor parte de ellos, para indicar el terrible efecto de

sus tiros, de ciertos animales mas conocidos por dañinos. Asi habia cañones *basiliscos*, *dragones*, *sierpes*, *culebrinas*, *falconetes*, segun sus dimensiones. Tambien se conocian los nombres de pasavolante, ribadoquin, jeringa, cerbatana, buzano, esmeril, esmerilejo, etc.

El arcabuz fue la última pieza de fuego inventada por aquellos tiempos; es decir, que se fueron achicando tanto los cañones que se hicieron una arma individual; mas el número de las de fuego era entonces sumamente escaso con respecto al de las picas.

La artillería aunque ya usada á últimos del siglo XV y principios del siguiente, como arma de campaña y de batalla, no entraba como dotacion fija y arreglada de un ejercito, segun se practica en los actuales. Se tenia en mas ó menos cantidad, segun los posibles y las circunstancias. La de Cárlos V en las primeras guerras de Italia fué sumamente escasa con respecto á la del rey de Francia. No presentó en la batalla de Pavía mas que cuatro piezas, tomadas desde un principio por los enemigos, mientras las de estos eran treinta, que con todo el resto del material cayeron al fin en nuestras manos. Mas si Cárlos V tenia en Italia tan poca artillería, no sucedia lo mismo en España donde habia un tren de ella formidable. El lector no verá con disgusto copiada aqui la relacion que hace Sandoval de las piezas que seguian al emperador en su entrada en Valladolid, en 1522 á su regreso de Alemania.

« 28 falconetes de á 16 palmos cada uno de largo; 4 de ellos de medio adelante rosqueados y con las coronas imperiales, y los 24 restantes ochavados todos. Por la boca de cada uno cabia un puño grande. Cinco pares de mulas tiraban de cada uno.

« 18 cañones de 17 1|2 palmos de largo y la boca casi de un palmo. Los 12 de estos eran con flores de lis. Tiraban de cada uno ocho pares de mulas.

« 16 serpentinas de 11 palmos de largo y de boca 1 palmo. Tiraban de cada una 22 pares de mulas.

de la defensiva ó la ofensiva, el amor propio y orgullo de los príncipes. Era la construccion de los cañones objeto de un gran lujo, y los reyes rivalizaban sobre quién los tendria mas largos y de mas calibre. No hay mas que ver las molduras, los adornos con que se han querido engalanar estas máquinas de destruccion, para hacer ver la importancia que se daba entonces á un objeto que hoy parece secundario.

Eran de enorme tamaño y desmesurada carga ciertas piezas que con el nombre de bombardas ó lombardas se emplearon á principios del siglo XV en el sitio de Balaguer y de Setenil, en el reino de Granada. A mediados de aquel siglo, hizo un gran papel en el sitio de Constantinopla un cañon monstruoso que llevaba consigo Mahoma II, como el instrumento mas eficaz de su conquista. Tenia 12 palmos de circunferencia; calzaba una bala de piedra de seis quintales, y era su alcance de una milla. Era tan tremenda su explosion, que para evitar sustos se avisaba antes de ponerle en juego con objeto de probarle. Tiraban de el treinta carros con sesenta bueyes. Iban delante 250 obreros allanando los caminos por donde transitaba, y para andar 150 millas fueron precisos cerca de dos meses. Un cañon mas considerable todavía se conservaba ó se conserva en el castillo de los Dardanelos. Calzaba una bala de quince quintales, y la arrojaba á la distancia de 600 toesas.

En la ciudad de Baza se hallaron 40 piezas abandonadas por el enemigo. La mayor tenia 11 pies y 10 pulgadas de largo y 20 pulgadas de diámetro en la boca. Estaba compuesto el cuerpo, de barras de hierro colado de dos pulgadas de espesor, unidas unas con otras como las duelas de una cuba sujetas con aros ó cercos tambien de hierro que servian para darle consistencia. Las piezas mas largas tenian treinta de estos aros, y diez las de las mas cortas dimensiones.

Se daban á estas piezas nombres diferentes, sacado la mayor parte de ellos, para indicar el terrible efecto de

Por entonces ya habia tenido lugar la invencion de las minas que se debe al español Pedro Navarro, y fueron ensayadas por primera vez delante de la isla de Cefalonia sitiada por las armas de Gonzalo de Córdoba. Mas tal vez no hay en esto bastante exactitud, y habrá comenzado en otra parte su uso, aunque siempre fué en las guerras de Nápoles. Pedro Navarro empleó las minas con igual felicidad en los sitios de Castellnuovo y del Vovo, castillos que se rindieron á nuestras armas en la segunda guerra despues de la vuelta de Gonzalo á Nápoles.

Las minas inventadas por Navarro fueron las de pólvora, pues sin ella ya se usaban antes. Se hacian galerías subterráneas que apuntaban con maderos á que se daba fuego, para que la fábrica construida sobre aquel terreno se desmoronase. Mas este proceder debió de ser muy lento y de muy poca eficacia, comparado á la terrible voladura de una mina.

El ramo de ingenieros estaba probablemente unido al de artillería, ó por hablar mas propiamente, no componian los dos mas que uno solo. La voz *engeño*, aplicada á toda máquina grande de batir, lo indica suficientemente.

En cuanto al ramo de los sitios, estaba en aquellos tiempos muy atrasado con respecto á los demas que constituyen el arte de la guerra, por ser sin duda el que exige mas método, mas exactitud, mas órden en las combinaciones. El descubrimiento de la pólvora, que aumentó sin duda los medios de ataque, no produjo desde un principio un cambio sensible en los de la resistencia. Las fortificaciones permanecieron en el mismo estado en que se hallaban en los tiempos anteriores; es decir, que la invencion de aquellas terribles máquinas de batir que arrojaban moles de un empuje irresistible, no hicieron aumentar el espesor de las murallas. Sin duda no correspondia el acierto de los tiros á la fuerza de los proyectiles, y la mayor parte de estas máquinas eran mas aparatosas que eficaces. Los sitios eran lentos, y por muchos

medios que se empleasen tanto en el ataque como en la defensa, lucia mas en ellos el valor y arrojo del soldado, que la habilidad del ingeniero. La mayor parte de las plazas se tomaban por asalto, empleando siempre el medio de las escaladas. Contrayéndonos á las épocas del siglo XV y mitad del XVI, veremos la confirmacion de aquesto mismo. Duraron mucho en proporcion los sitios de Balaguer, Setenil de Baza y otros mas puntos fuertes del reino de Granada, que cayeron á fines del siglo XV en poder de nuestras armas. Granada misma le resistió mas tiempo del que debia esperarse del numeroso ejército que la asediaba. Tuvo que retirarse el ejército francés en su expedicion de Navarra delante de los muros de Logroño, que no pasaba por una plaza fuerte. Ni pudo Próspero Colonna en las guerras de Italia entrar en Parma, ni los franceses apoderarse por medio de un sitio, de Milan, despues que la ocuparon nuestras armas. Entró prisionero en los muros de Pavía el rey Francisco I, que dos dias ántes la asediaba, y un año despues tuvieron los franceses que renunciar á la toma de Nápoles, con que se habia lisonjeado tanto tiempo. El mismo Cárlos V tuvo que retirarse de los muros de Marsella con harta pérdida y trabajos, renovándosele la misma desgracia algunos años despues, delante de Metz, á pesar del ejército formidable que mandaba. Muchos ejemplos mas de aquella época nos harán ver lo superior que era la defensa de las plazas al ataque, y que el arte de usar bien las terribles máquinas que contra los muros se empleaban, no correspondian á su descubrimiento. La artillería estaba casi en mantillas, comparada con el gran desarrollo que recibió en los siglos posteriores y la perfeccion á que ha llegado en nuestros tiempos.

El sitio mas célebre en el reinado de Cárlos V fué el de Rodas, por lo formidable del ataque, por lo heróico de la resistencia, por el carácter de las dos partes contendientes, por los efectos importantes que produjo. El

lector nos permitirá que consagremos unas cuantas páginas á lo que las ha merecido tan brillantes en la historia. Estaban desde el año de 1318 los caballeros de San Juan en posesion de aquella isla, cuya situacion les daba medios de empeñarse en correrías muy felices contra los infieles. Era la órden rica y poderosa, y podia pasar por una potencia marítima, siempre armada y siempre en guerra. Debió pues de ser un objeto de ódio y terror para los turcos que ya comenzaban á dominar en el Mediterráneo. Despues de haberse hecho dueño de Constantinopla, extendió Mahoma II sus armas victoriosas á la Grecia, y se aposesionó de varias islas en el archipiélago. Por los años de 1480 cayó con su armamento formidable sobre Rodas, siendo gran maestre de la órden Pedro de Aubusson que hizo su nombre célebre por esta circunstancia. Fué este uno de los sitios mas obstinados y sangrientos, comparable solo con el que tuvo lugar algunos años despues, y que luego vá á ocuparnos. Eran muy numerosas, muy escogidas las tropas del Sultan, tan inclinado, tan ansioso siempre de presentarse con un formidable tren de artillería, y aunque el mismo Mahoma no acudió personalmente, sabian bien sus generales que era preciso vencer ó perecer en la demanda. Fué grande el empeño de los jefes, el arrojo de las tropas que embistieron. Varias brechas abrieron sus cañones; mas de una vez subieron al asalto hasta llegar á alojarse en una de sus torres; mas fueron superiores á tanto denuedo el valor admirable y la constancia de los caballeros, cuyo gran maestre se condujo en todas ocasiones como gran capitan y gran soldado. Al fin se cansaron los turcos de tan obstinada resistencia. Desmayados con las penalidades de tan largo sitio, con las enfermedades que se manifestaron en el campo, volvieron á embarcarse; mas el gran Señor no pensaba en otra cosa que en salvar el desaire de sus armas cuando le cogió la muerte en sus proyectos. *Era mi designio sujetar á Rodas*, fué una de las pocas cosas que mandó Mahoma se escribiesen sobre su

sepulcro. No se podia hacer del valor de los caballeros de San Juan un elogio mas magnífico.

Los dos sucesores de Mahoma no renovaron las hostilidades en en la isla. Bayaceto II no era un gran guerrero, y el breve reinado de Selim I se empleó particularmente en la conquista de la Siria y del Egipto. Soliman II, sucesor de este último, heredó su carácter ambicioso, y si no fué tan sanguinariamente feroz, estaba dotado de mas inteligencia. Subió este príncipe al trono, con muy corta diferencia, cuando Cárlos V; ya hemos visto cuánto figura por su poder, por sus conquistas, por sus relaciones con los príncipes cristianos entre los principales personajes de la época. Mereció este sultan el nombre de legislador entre los suyos por las reglas que estableció en la administracion, por la observancia de las formas de derecho y de justicia: en la cristiandad se le conoció, como sabemos, con el dictado de magnífico. Era un coloso, como ya hemos observado, el imperio otomano en aquel siglo. En menos de doscientos años habian pasado los sultanes turcos de emires ó simples jefes de una tribu militar á sucesores de los césares de Oriente. Era como la de los romanos la política de los turcos, la conquista. Una série no interrumpida de monarcas guerreros y grandes capitanes habian ensanchado á porfia las fronteras de su imperio. Comenzó Soliman su carrera militar con el sitio y toma de Belgrado, plaza fuerte en la confluencia del Danubio con el Sava, y llave por aquella parte de la Hungría: fué su segunda conquista la de Rodas, y en la que pensaba desde su subida al trono. Varios consejeros quisieron disuadirle de un sitio que con tan infaustos auspicios se habia presentado en tiempo de Mahoma II; mas otros cortesanos trataron de halagar su ambicion, dando elogios á la empresa. Quiso sin embargo proceder por vias de negociacion, exigiendo Soliman de los caballeros de Rodas que se le sometiesen, prometiéndoles seguridad por medio de un tributo; mas tuvo la respuesta, que sin du-

lector nos permitirá que consagremos unas cuantas páginas á lo que las ha merecido tan brillantes en la historia. Estaban desde el año de 1318 los caballeros de San Juan en posesion de aquella isla, cuya situacion les daba medios de empeñarse en correrías muy felices contra los infieles. Era la órden rica y poderosa, y podia pasar por una potencia marítima, siempre armada y siempre en guerra. Debió pues de ser un objeto de ódio y terror para los turcos que ya comenzaban á dominar en el Mediterráneo. Despues de haberse hecho dueño de Constantinopla, extendió Mahoma II sus armas victoriosas á la Grecia, y se aposesionó de varias islas en el archipiélago. Por los años de 1480 cayó con su armamento formidable sobre Rodas, siendo gran maestre de la órden Pedro de Aubusson que hizo su nombre célebre por esta circunstancia. Fué este uno de los sitios mas obstinados y sangrientos, comparable solo con el que tuvo lugar algunos años despues, y que luego vá á ocuparnos. Eran muy numerosas, muy escogidas las tropas del Sultan, tan inclinado, tan ansioso siempre de presentarse con un formidable tren de artillería, y aunque el mismo Mahoma no acudió personalmente, sabian bien sus generales que era preciso vencer ó perecer en la demanda. Fué grande el empeño de los jefes, el arrojo de las tropas que embistieron. Varias brechas abrieron sus cañones; mas de una vez subieron al asalto hasta llegar á alojarse en una de sus torres; mas fueron superiores á tanto denuedo el valor admirable y la constancia de los caballeros, cuyo gran maestre se condujo en todas ocasiones como gran capitan y gran soldado. Al fin se cansaron los turcos de tan obstinada resistencia. Desmayados con las penalidades de tan largo sitio, con las enfermedades que se manifestaron en el campo, volvieron á embarcarse; mas el gran Señor no pensaba en otra cosa que en salvar el desaire de sus armas cuando le cogió la muerte en sus proyectos. *Era mi designio sujetar á Rodas*, fué una de las pocas cosas que mandó Mahoma se escribiesen sobre su

sepulcro. No se podia hacer del valor de los caballeros de San Juan un elogio mas magnífico.

Los dos sucesores de Mahoma no renovaron las hostilidades en en la isla. Bayaceto II no era un gran guerrero, y el breve reinado de Selim I se empleó particularmente en la conquista de la Siria y del Egipto. Soliman II, sucesor de este último, heredó su carácter ambicioso, y si no fué tan sanguinariamente feroz, estaba dotado de mas inteligencia. Subió este príncipe al trono, con muy corta diferencia, cuando Cárlos V; ya hemos visto cuánto figura por su poder, por sus conquistas, por sus relaciones con los príncipes cristianos entre los principales personajes de la época. Mereció este sultan el nombre de legislador entre los suyos por las reglas que estableció en la administracion, por la observancia de las formas de derecho y de justicia: en la cristiandad se le conoció, como sabemos, con el dictado de magnífico. Era un coloso, como ya hemos observado, el imperio otomano en aquel siglo. En menos de doscientos años habian pasado los sultanes turcos de emires ó simples jefes de una tribu militar á sucesores de los césares de Oriente. Era como la de los romanos la política de los turcos, la conquista. Una série no interrumpida de monarcas guerreros y grandes capitanes habian ensanchado á porfía las fronteras de su imperio. Comenzó Soliman su carrera militar con el sitio y toma de Belgrado, plaza fuerte en la confluencia del Danubio con el Sava, y llave por aquella parte de la Hungría: fué su segunda conquista la de Rodas, y en la que pensaba desde su subida al trono. Varios consejeros quisieron disuadirle de un sitio que con tan infaustos auspicios se habia presentado en tiempo de Mahoma II; mas otros cortesanos trataron de halagar su ambicion, dando elogios á la empresa. Quiso sin embargo proceder por vias de negociacion, exigiendo Soliman de los caballeros de Rodas que se le sometiesen, prometiéndoles seguridad por medio de un tributo; mas tuvo la respuesta, que sin du-

da esperaba, como pretexto de una guerra abierta.

Hacia ya tiempo que veia inevitable esta tempestad Villiers de L'Isle Adam, gran maestre de la órden. Con la anticipacion debida, habia tomado todas las medidas necesarias para poner la plaza en estado de defensa, allegando víveres y municiones, aumentando la artillería, reparando las murallas, mandando arruinar todas las casas de los alrededores, removiendo y allanando cuanto á los turcos pudiese servir de algun abrigo. Todos los caballeros de San Juan recibieron órden de presentarse inmediatamente en Rodas. A todos los príncipes de la cristiandad se dirigió el gran maestre pidiendo auxilios para una defensa en que tanto se interesaba la Europa entera; mas ninguno de ellos acudió á tan sentido llamamiento. Estaban demasiado ocupados Cárlos V y Francisco I en sus contiendas particulares, para consagrar una pequeña parte de sus tropas á un objeto tan patriótico y tan santo. El mismo papa Adriano se mostró sordo á las súplicas del gran maestre, y no quiso desprenderse de tres mil hombres que tenia á su disposicion, por no disgustar al emperador, á cuyo servicio estaban destinados.

Pasó el gran maestre de S. Juan revista á sus tropas, que ascendian á seiscientos caballeros y cuatro mil quinientos soldados de la órden. Con tan escasa guarnicion aguardó la llegada de los turcos, que en mayo de 1522, desembarcaron en número de cien mil, segun algunos, y de ciento cincuenta mil, como afirman otros. No hay duda de que en semejantes casos se exagera siempre el número; mas era de todos modos un armamento formidable.

La plaza de Rodas, capital de la isla de este nombre, se hallaba dividida en ciudad alta, donde habia un castillo, residencia del gran maestre, y ciudad baja en la misma playa del mar en forma de media luna, con un puerto á cada extremidad, y en medio de ellos un baluarte. Estaba ceñida de un doble recinto, con dobles torreones y cinco baluartes en las partes mas débiles y expuestas. Para el reparo de las fortificaciones y la cons-

truccion de otras nuevas, habian trabajado todos personalmente, sin distincion, desde el mismo gran maestre hasta el último habitante, inclusas las mujeres. Se sabe hasta qué punto llegan en estos casos el ardor y el entusiasmo, cuando hay un jefe hábil que sabe dar ejemplo. Era ademas aquella, una guerra religiosa en que se trataba de libertar la isla del yugo de los mahometanos.

Desembarcaron los turcos como á unas ocho millas de la plaza que embistieron en seguida; mas fueron sus primeros ataques inutilizados por la artillería de los caballeros. Comenzaron muy pronto á desmayar las tropas turcas por enfermedades, tal vez por recuerdos del sitio anterior donde se habia derramado sin fruto tanta sangre. Quejas y murmuraciones circularon en el campo, y poco á poco degeneró el descontento en abiertos alborotos. Soliman que supo el estado de las cosas, voló á remediarlas, presentándose en el campo. Inmediatamente hizo comparecer ante su persona al ejército sin armas. Despues de arengarle y afear con rostro y acento terrible su conducta, dió órden á los soldados armados que por todas partes los cercasen. Mas tales fueron las muestras de dolor y arrepentimiento de los culpables, que afectó aplacarse el gran Señor y los volvió á su gracia. Desde este momento se restablecieron el órden y la disciplina, pudiendo decirse con rigor que el sitio comenzaba entonces.

Se continuó la trinchera con ardor: la artillería comenzó á jugar de nuevo por una y otra parte. Derribaron los turcos con la suya la torre de la iglesia de San Juan, cuyas campanas servian de señales, y para dominar las fortificaciones de la plaza, construyeron dos caballeros mas altos que los muros.

Referir uno por uno todos los acontecimientos y lances de este sitio, seria prolijo y daria á nuestro trabajo una extension que desde luego no nos propusimos. Todos los choques se parecieron por la furia del atacador, por la admirable constancia, por la obstinacion de la

defensa. Trataron al principio de acometer por varios puntos á la vez; mas fueron repelidos con gran pérdida. Despues reconcentraron sus esfuerzos sobre uno de los torreones llamado de San Nicolás, cuya artillería desmontaron y donde abrieron una brecha muy considerable; mas al marchar al asalto se encontraron con un atrincheramiento que los caballeros habian construido á sus espaldas. Desistieron los turcos del ataque y dirigieron sus baterías contra uno de los baluartes, empleando al mismo tiempo el uso de las minas, por cuyos esfuerzos se abrió una brecha á la que corrieron millares de enemigos. Fueron sin embargo rechazados con notable pérdida. Al dia siguiente renovaron el asalto con fuerzas mas considerables, se apoderaron del baluarte, y ya tremolaba la bandera victoriosa, cuando acudió en persona el gran maestre al frente de unos cuantos caballeros, con cuyo ejemplo se entusiasmaron de nuevo sus soldados é hicieron retroceder á los infieles de lo alto de los muros.

Eran muy frecuentes estos choques en que los turcos salian rechazados con notable pérdida. Ya comenzaba el Sultan á impacientarse, á enfurecerse con tanto revés que comprometia la gloria de sus armas. Ansioso por salir de aquella situacion, convocó un consejo de guerra extraordinario. Fueron algunos de opinion de retirarse; otros, que conocian mejor el carácter del sultan, le aconsejaron que llevase adelante las operaciones. Ordenó Soliman un ataque general, que tuvo efecto el 21 de setiembre. Fué espantoso el choque, general el conflicto entre las tropas de una y otra parte. Presenciaba el combate el Sultan desde una próxima eminencia, y animaba á los suyos con la voz y con el gesto. Peleaba como un soldado el gran maestre, acudiendo con su media pica á donde el mayor peligro reclamaba su presencia. Se presentaron los otomanos en un principio victoriosos; llegaron á verse dueños del baluarte de España; mas experimentaron la misma suerte de otras veces. Repelidos, obligados á retirarse llenos de espanto y de cons-

ternacion, dejaron mas de quince mil muertos al pie y sobre los mismos muros de la plaza.

Basta el simple relato de estos hechos para que aparezca con todo su esplendor el arrojo y valentía que desplegaron los Caballeros de San Juan en aquellos choques memorables. Era un combate á muerte entre rivales de ambicion, de gloria, de creencias religiosas. Combatian los de Rodas por su existencia propia, pues varias veces habia prometido á sus soldados Soliman el saco de la plaza. Por su parte se condujo el gran maestre como jefe digno de estos campeones denodados. Soldado y capitan, á todos daba ejemplo de valor, como de serenidad y constancia. Habiendo sido herido uno de los jefes llamado Martinengo, que dirigia los trabajos de la fortificacion, y estaba encargado de la defensa de un baluarte, se trasladó á su puesto el gran maestre, y allí permaneció noche y dia, mientras aquel estuvo imposibilitado del servicio. Viéndose mas estrechado cada dia, dió órden para que se retirasen á la plaza todos los caballeros que ocupaban los puntos fuertes de la isla y algunos inmediatos; así toda la Orden se hallaba dentro de los muros. Estaba cifrada su esperanza en los refuerzos que aguardaba de varios puntos de la cristiandad; mas sus príncipes no le enviaron nada, y algunos particulares que se embarcaron con socorros, no pudieron llegar á la isla por varios accidentes (1).

No estaba mucho mas tranquilo Soliman en vista de tan obstinada resistencia. Llegó en su furor á mandar que matasen á flechazos al general en jefe de su ejército; y solo se pudo templar á fuerza de las súplicas y prosternaciones de otros jefes. Cambió el ejército de general, y el mismo gran señor dió otro giro á su política. Le inquietaba mucho la idea del socorro próximo que esperaban los cristianos, por lo que pensaba en empeñar cuanto mas antes otro lance decisivo; pero muy escarmen-

(1) Véase la nota F al fin del tomo.

tado de los anteriores, apeló á la via de las negociaciones, haciendo que llegase á oidos de los habitantes de Rodas que el sultan proponia una capitulacion, en que les dejaba sus haciendas y sus vidas. Un gran número de vecinos, ya quebrantados con tantos padeceres, acudieron con lágrimas al gran maestre, para que entrase en una negociacion que los salvaba de la ruina. Cerró al principio sus oidos el jefe á la proposicion, esperando siempre algun refuerzo; mas intercedieron por el pueblo los patriarcas griego y latino, que residian en Rodas; pues el vecindario profesaba por la mayor parte el primero de los ritos. Por otra parte, se hallaban los sitiados en la mayor extremidad; las obras exteriores, los torreones, los baluartes, á excepcion de uno solo, no eran mas que escombros, y la guarnicion estaba reducida á nada. Por fin, se entró en negociaciones. Tres dias de tregua pidieron los enviados del gran maestre. Los negó Soliman, temeroso siempre de la llegada del socorro, y mandó dar asalto el dia siguiente: mas aunque fueron los turcos repelidos por dos veces, tomaron al fin el único baluarte que restaba. Se retiraron los caballeros al interior de la ciudad, resueltos á defender su último atrincheramiento. Estaba consternada la poblacion, y se escuchaba ya la trompeta de la muerte. Cuando volvió á recurrir el pueblo con su clamor al gran maestre. Entonces se decidió este á pedir una capitulacion, cuyos términos prueban hasta qué punto Soliman respetaba todavía un puñado de valientes enterrados entre escombros. Se conservaron por ella las vidas y las haciendas á los habitantes, quedando en el libre ejercicio de su culto; se permitió la salida libre á todos los caballeros de S. Juan, con sus galeras y correspondiente artillería. Todo lo demas debia de quedar en manos de los turcos.

Mientras se ajustaban las condiciones del tratado, se descubrieron unas velas. Los turcos que las vieron los primeros, creyeron que eran los socorros que esperaban los cristianos; mas luego conocieron por los pabellones,

que el refuerzo venia para ellos mismos. Soliman, con medios nuevos de renovar ventajosamente las hostilidades, guardó sin embargo su palabra, y se dió fin al negocio del tratado.

El 24 de diciembre salió de Rodas el gran maestre de l' Isle Adam, al frente de sus caballeros. El dia siguiente entró en la plaza Soliman triunfante; si se podia llamar triunfo tomar posesion de tantas ruinas.

Sabido es que el emperador Cárlos V hizo entonces á los caballeros de S. Juan cesion de la isla de Malta, donde se establecieron en seguida. Ya veremos en el reinado de su hijo, que se volvieron á cubrir de gloria en un sitio tan célebre como el de Rodas, y mucho mas afortunado.

CAPITULO VII.

Artes.—Ciencias y literatura en la época de Cárlos V.

Se designa el principio del siglo XVI con el nombre de *época del renacimiento*; como si dijéramos, de la restauracion de las artes, ciencias, literatura y demas ramos, que en los buenos tiempos de Grecia y Roma, habian asignado al hombre inteligente y creador tan alto puesto. Pudiera aparecer de esta expresion de *renacimiento*, tomada en un sentido rigoroso, que todas las naciones de Europa se hallaban en un mismo grado de rudeza; que nada se habia debido al genio ni al saber en los siglos que llaman la edad media, ó que en la época del renacimiento no se habia hecho mas que restablecer é imitar, sin que los hombres hubiesen pasado á nuevas creaciones. Analicemos, pues, la idea de renacimiento; veamos á qué altura se hallaban las diversas naciones de Europa en dicha época. Comenzando por Italia, sea que ciertos climas se presten mas que otros al vuelo de la inteligencia; sea que el estado de repúblicas en que vivió aquella region desde tiempos tan antiguos, diese mas campo al ta-

lento, que es fruto de la libertad, y se desenrolla muchas veces con el mismo fuego de las divisiones intestinas; sea que el comercio y trato con las naciones del Oriente los hiciese imitadores de su industria y de sus artes; sea que en su suelo hubiesen quedado cenizas mas vivas del fuego de la antigüedad que en otros, es un hecho que Italia, desde el siglo XII, dejó de ser lo que se llama un pais bárbaro, y que en los restantes hasta el llamado del renacimiento, pertenece sin disputa á la clase de naciones cultas. Florecian en su suelo una porcion de repúblicas distinguidas las unas por sus artes y su industria, las otras por su navegacion y su comercio, y todas ellas por un refinamiento en los goces y comodidades de la vida, desconocidas en casi el resto de la Europa. Las mismas guerras mútuas, en que con tanta frecuencia se veian envueltas, aguzaban su ingenio creador, para proporcionarse recursos, y curar las llagas que un estado tan violento producia. Solo al amor del trabajo, al genio de la industria y á los frutos del comercio, se podian deber los armamentos formidables por tierra, y mucho mas por mar, con que se distinguian Estados de un corto territorio, y que en el mapa político apenas hoy figuran. El mismo genio que producia tantos frutos en las artes y en la industria, esplotaba el campo del saber en sus diversos ramos. En medio de tantas guerras y convulsiones políticas, florecian las universidades, y se daba á las ciencias y á las artes el fomento y homenaje que las vivifica. De todo lo que es magnífico y habla á la imaginacion se ofrecian algunos monumentos, y la arquitectura no era la que menos brillaba entre las creaciones del ingenio. De todo esto gozó Italia antes de la época del renacimiento. Muy anteriores á ella fueron los Dantes, los Petrarcas, los Bocacios y otros genios célebres. No necesitaron de ella, entre otros, los inventores del Algebra, ni los descubridores de la aguja náutica (1).

---

(1) Véase la nota G al fin del tomo.

Las otras naciones no estaban, sin duda, tan adelantadas. La España que, en la línea de la inteligencia seguia á Italia, habia debido mucho á la residencia en ella de los árabes. Se sabe lo que florecieron estos en la industria y en las artes; lo magníficos y brillantes que fueron en la arquitectura; lo zelosos en cultivar y difundir los ramos del saber humano, sobre todo, el de la medicina y astronomía; en fundar escuelas cuyo nombre es célebre. Desde el siglo XIII comenzaron á florecer en España las mismas, y á desenrollarse el gusto de las letras. Ya se conocen de aquel siglo composiciones poéticas en lengua castellana (1), rudas si se quiere y desaliñadas en sus formas; porque merecen todavía las miradas de los inteligentes. Las Siete Partidas, prescindiendo de su valor como una compilacion de leyes, son uno de los grandes monumentos literarios de la misma época. De la misma fechan historiadores, que si no pasan por tan eminentes como fueron considerados en su tiempo, merecerán siempre la reputacion de distinguidos. El siglo XIV en nada desdijo del precedente; y el XV, en comparacion de los otros dos, fué un siglo de oro, antes que se hubiese entrado en el renacimiento.

No seguiremos los demas paises de Europa, porque seria prolijo, y para nuestro objeto muy inútil. Verdaderamente lo que se sabia de verdadera ciencia era poco, casi un punto imperceptible en un campo inmenso de inutilidades y de absurdos, hoy sepultados en el polvo. Las artes eran rudas, excepto algunas consignadas á la fabricacion de las armas, á las ricas telas donde entraba la seda, la plata y oro con profusion: y otras relativas al lujo, que era todo de magnificencia. Entre las que se llaman nobles, solo una se cultivaba con grandeza y esplendor, á saber: la arquitectura, de formas y pro-

(1) El poema del Cid, de autor desconocido; las obras poéticas de Gonzalo Berceo; el Alejandro de Juan Lorenzo, son de dicho tiempo. A él pertenecen algunos otros de menos fama, mas cuyos nombres no se hallan olvidados.

porciones muy diferentes de las usadas por los griegos y los romanos; mas de una elegancia, de un atrevimiento, de una aparente ligereza, de un lujo en los adornos que hacen sus monumentos el encanto y asombro de cuantos los contemplan. Con este carácter de magnificencia y de hermosura se erigieron con profusion templos en varias regiones de la cristiandad desde el fin del siglo XI hasta el del XV. Desde entonces ya no se edifica con este gusto; mas hasta ahora nadie se ha atrevido á dar mas mérito al moderno.

No debemos pasar por alto un ramo de literatura muy cultivado en dichos siglos, aun desde los primeros, en que comienza lo que se llama época de las tinieblas; á saber, el de la historia. Pocas naciones han dejado de producir hombres de algun lustre en esta clase, y cuyas obras todavía se consultan. Nosotros los tuvimos desde la época de los reyes visigodos, pudiendo presentar entre otros á San Isidoro, arzobispo de Sevilla, como el primer historiador de aquellos tiempos. Los tuvimos en el siglo VIII (el Pacense); en el IX (Sebastian, obispo de Salamanca); en el X (Vigila, monge de Albelda); en el XI (Sampiro, obispo de Astorga); en el XII (Pelayo, obispo de Oviedo), con otros muchos mas de menor nota. Florecieron en el XIII tres de gran renombre; á saber: don Lucas, obispo de Tuy, llamado el Tudense, el famoso don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, y D. Alfonso el Sábio, quien entre varias obras hizo ó mandó hacer una crónica general de España. Tambien los hubo en el siguiente. En el XV se compusieron las crónicas de los reyes don Pedro el Cruel, don Enrique II, don Juan I y don Enrique III, y en el siguiente las de don Juan II y Enrique IV. Tambien produjeron sus historias los reinos de Portugal y el que se designaba con el de Aragon en aquel tiempo.

Es digno de atencion que en estos siglos que se llaman de oscuridad se hayan hecho descubrimientos é invenciones que ademas del carácter de utilidad que los dis-

tingue, llevan el sello del verdadero genio. Entre otros, se descubrió el arte de la relojería, el de suplir los defectos de la vista por medio de anteojos; en ellos se construyeron los primeros órganos, instrumento músico, desde entonces no superado por ninguno. A la edad media pertenecieron los inventores de la pólvora, los de la aguja náutica, los que pintaron por vez primera sobre el vidrio, los que fundieron y emplearon los primeros tipos de la imprenta. El arte de copiar, iluminar, y adornar de cualquier otro modo los libros antes que dicha invencion los hubiese hecho tan comunes, constituia uno de los grandes ramos de la industria. Eran entonces los libros objetos preciosos de gran lujo, y que solo poseian los hombres opulentos. Habia artista cuya vida se pasaba en copiar, iluminar, dorar, hermosear un solo libro. De las riquezas que en este ramo nos dejó la industria de aquel tiempo, deponen los depósitos de los manuscritos que en las ricas bibliotecas se conservan.

La voz pues de *renacimiento* es de poca exactitud tomada en su generalidad; se puede explicar modificándola. Hay épocas en que se desarrolla singularmente el espíritu de imitacion á vista de modelos impregnados de belleza: hay otras en que por circunstancias naturales, morales ó políticas, abundan mas los verdaderos genios. Una y otra cosa tuvo efecto, sobre todo en Italia, ya desde el siglo XII. Aunque desde aquel tiempo habian puesto las Cruzadas á casi todas las naciones de Europa en contacto con el Oriente, ninguna igualaba en esta parte á Italia, no tanto con dicho motivo, cuanto por los intereses de comercio. Entre las repúblicas de Génova, Pisa y Venecia, las costas de Grecia y escalas de Levante, se habia mantenido una comunicacion no interrumpida en ningun tiempo. De las costas de Italia salian víveres para los cruzados, y aun las escuadras que los conducian. En Venecia y Galeras de Venecia, se embarcaron los que iban á Constantinopla en auxilio de su emperador, y concluyeron con

apoderarse del imperio del Oriente. A Italia vino á implorar auxilios el último emperador latino destronado. A Italia vinieron embajadas de los primeros emperadores griegos que recuperaron su trono de Constantinopla. Cuando la aproximacion de los turcos otomanos desde mediados del siglo XIV inspiró sérias inquietudes á dichos príncipes, fueron mas frecuentes las comunicaciones. Se repitieron las embajadas, y hasta vinieron emperadores mismos á negociar alianzas y socorros. Conforme se acercaba el peligro, llegaban á Italia nuevos personajes; la toma de Constantinopla debió de dar nuevo desarrollo á las emigraciones.

Tan frecuente trato entre el Oriente y el Occidente no podia menos de producir su efecto. Con las embajadas vinieron hombres de importancia y de saber, y entre los mismos emigrados á quienes el temor del peligro al principio, y despues la toma de Constantinopla espulsaban de su hogar, se contaban muchas personas ilustradas. Entonces comenzó á difundirse, comenzando por Italia, el estudio de la lengua griega, tan poco cultivada hasta últimos del siglo XIV, que la ignoraba hasta el Petrarca. Al estudio de la lengua se siguió naturalmente el de sus grandes escritores; y esta nueva aplicacion en lugar de disminuir la de la latinidad, la acrecentó al contrario. El nuevo arte de la imprenta se consagró casi exclusivamente á reproducir y multiplicar los grandes modelos literarios de la antigüedad, cuyo conocimiento se introdujo en las escuelas, y fué un deber entre los sabios. En ellos bebieron como en fuentes de buen gusto los principales escritores, y en su imitacion cifraron sus grandes títulos de fama. Con los escritores, se estudiaron igualmente los artistas; y los escultores, los arquitectos, causaron el mismo entusiasmo que los historiadores y poetas. Todas las cabezas se montaron á la griega y la romana.

La arquitectura mereció sin duda su estudio de predileccion si nos atenemos á los resultados. En los principios de su imitacion se creó un prodigio del arte, la iglesia

de San Pedro en Roma. Este ensayo que sin duda fue de los primeros de la arquitectura greco-romana, se quedó igualmente el primero en mérito y magnificencia sin haber sido desde entonces de ninguno excedido ni igualado. Tambien esto se explica. Los grandes monumentos de arquitectura exigen ademas de genio, enormes gastos. El genio del artífice brilla sin duda en la inmensa mole de la iglesia de San Pedro; de su costo nos quedan, como lo haremos ver luego, monumentos todavía mas durables.

El celo de dos ó tres pontífices que se sucedieron en la silla de San Pedro con una misma idea, las inmensas sumas con que contribuyó la cristiandad, y la imitacion de los grandes modelos de lo antiguo, explican bien la construccion de esta obra gigantesca. Tambien quedaban de aquella edad modelos preciosos de escultura que pudieron inflamar el genio de Miguel Angel, de Celini, de los demas grandes estatuarios de aquel tiempo. ¿Mas suedia lo mismo en la pintura? ¿Fueron en ella tan felices los antiguos como en la arquitectura y la escultura? ¿Nos quedan á lo menos modelos de imitacion como en las dos últimas artes. ¿Cuáles guiaron pues, á Rafael, á Leonardo da Vinci, al Correggio, al Ticiano y sus contemporáneos?

Se puede pues decir que si la arquitectura y la escultura renacieron en cierto modo cuanto se imitaron con esplendor los modelos de la antigüedad, se creó la pintura y, como lo haremos ver mas adelante, no fué la única creacion que atestigua el genio de aquel siglo. Mas las bellas artes en Italia, ni como renacidas, ni como creadas, aparecieron de una vez á ultimos del siglo XV y principios del siguiente. No marcha asi el espíritu humano en ninguna de sus producciones. Todo principia, progresa, y al fin se perfecciona. Desde mediados del siglo XIII fechaba en Italia el cultivo de las bellas artes, y la imitacion mas ó menos aproximada del antiguo. Sin duda de Cimabué hasta Rafael hay una distancia inmensa; mas

entre estos extremos de la progresion, se ven los términos medios que encadenan digámoslo asi la perfeccion del último con la rudeza del primero. Tambien Bramante arquitecto de San Pedro, y el escultor Miguel Angel, tuvieron que echar alguna vez la vista sobre sus predecesores. Mas de sesenta pinturas se cuentan en los dos que hemos mencionado, y cuyas obras se ven todavía con placer, y anuncian lo que iba á ser el arte con el tiempo. El número de los arquitectos es mucho menor, y aun desciende considerablemente de este último, el de los escultores.

Se presentó esta que se llama época de renacimiento brillante y magnífica en extremo. De la grandeza de la iglesia de San Pedro no hubo templo alguno en Grecia y en Roma; y ya llevamos dicho que de todos cuantos monumentos de esta clase se erigieron despues, se quedó el primero en mérito y grandeza como en el órden cronológico: los escultores y pintores de la misma época tambien se quedaron los primeros. Los nombres ya citados, los de Miguel Angel, de Andres del Sarto, del Parmesano, del Torrigiano, del Primaticio, de Benvenuto Celini y otros, por ninguno han sido eclipsados ni igualados. Asi la primera mitad del siglo XVI fué el apogeo de las nobles artes en Italia, donde parece que la naturaleza tuvo á gala agrupar en aquel período sus mas grandes genios, de modo que la segunda mitad del mismo siglo, aunque tambien de brillo, aparece en comparacion desnuda de interés y mérito.

En España tambien cuentan las bellas artes larga fecha, quizá tan alta como la de Italia. Hasta fin del siglo XVI fué mayor el número de los escultores que el de los pintores. Mas de cincuenta se cuentan de los primeros entre entalladores, tanto en piedra y en madera como estatuarios, cuyas obras se admiran todavía. Las estátuas carecen de coreccion y de dibujo; mas en materia de adornos, de sillerías de coro, de lujo y suntuosidad en retablos y sepulcros, nos quedan

del siglo XIV y XV monumentos admirables. La arquitectura era la magnífica que se usaba entonces, y de que tan alta prueba dan nuestras catedrales. En pintura estábamos mas escasos, siendo de notar que este arte floreció mucho menos que el primero tanto en dichos siglos, como en los dos primeros tercios del XVI.

La escuela de nuestros grandes artistas que desde esta época quisieron distinguirse, fué la Italia. Allá corrieron atraidos de la fama de los grandes hombres, bajo cuyo aprendizaje se pusieron; cuyas obras y los grandes modelos del antiguo, eran objeto de su estudio. Sin embargo los artistas, sobre todo pintores de gran fama, que produjo España, no pertenecen al tiempo de Cárlos V. En escultura aprovechamos mas, y entre otros artistas distinguidos floreció Alonso Berruquete, que lució en España las lecciones que recibió en Italia.

Con respecto á la arquitectura restaurada, ó grecoromana, tampoco nada de grande produjo en España durante la misma época. Los grandes monumentos de este género estaban destinados para el reinado de Felipe.

Las demas naciones de la Europa presentan en la primera mitad del siglo XVI incomparablemente mayor escasez que nuestra España. La Francia no produjo en toda esta época un arquitecto, un escultor, un pintor célebre. A últimos del siglo XV se erigió en Inglaterra un grandioso monumento de arquitectura; á saber, la capilla de Enrique VII pegada á la misma iglesia de Westminster; mas fué por el estilo gótico. Por lo demas ningun pintor ni escultor, cuyas obras se celebren con elogio. Los Paises-Bajos produjeron al pintor Lucas de Leyden ó Lucas de Holanda, que raya entre los grandes de su clase. Igual suerte tuvo Alemania con Alberto Durer ó Durevo de Nuremberg, y aun mas brillante la Suiza con Juan de Holbein ó Holpein, natural de Basilea, que retrató á Erasmo, al cardenal Wolsey, al famoso Tomás Moro, y por su gran repu-

tacion fué admitido al servicio del rey Enrique VIII de Inglaterra.

Se puede decir que en la mitad del siglo XVI fué Italia la monopolizadora de las nobles artes. Sus profesores debieron adquirir un nombre célebre y famoso entre los mas esclarecidos. Asi sus obras fueron apetecidas, deseadas con ardor, compradas á los precios mas subidos por los que hacian de su posesion un objeto de lujo y magnificencia. Asi se vieron los artistas mismos objeto de admiracion, de entusiasmo y hasta de respeto, por los primeros personajes de la época. Rafael vivia con toda la riqueza, y hasta el boato y esplendor de un príncipe. Correspondieron las exequias á tanta nombradía, y su cadáver fué acompañado al sepulcro por los hombres mas esclarecidos. En el salon del Vaticano, donde se le puso de cuerpo presente, figuraba como adorno principal su cuadro de la Transfiguracion, que acababa de pintar; el primer monumento de este arte en todo el orbe. No se desdeñó el emperador Cárlos V, hallándose en el taller del Ticiano, de coger del suelo el pincel, que por casualidad se habia caido al artista de la mano. ¿Qué favores y obsequios se podian negar á los que imprimian en el lienzo ó en la tabla con tanta fidelidad y maestría la imágen de los príncipes; á los que dirigian la fábrica de la iglesia de S. Pedro; á los que pintaban sus cúpulas; á los que decoraban los salones del Vaticano; á los que adornaban los templos con monumentos tan magníficos del arte? Sus grandes y eminentes profesores han dado en cierto modo la ley en todos tiempos. ¿Qué no debia suceder, cuando eran á la par de eminentes, tan escasos?

El buen tiempo para las ciencias naturales y exactas no habia venido todavía, ni en Italia, ni en las demas naciones de la Europa. No fué en este sentido aquella primera mitad del siglo XVI, época de renacimiento; lo fué de una invencion grande, magnífica, de la mayor importancia, única en su línea. Mientras Rafael

pintaba, y Miguel Angel esculpia, meditaba un sábio oscuro del Norte de Alemania su sistema solar ó planetario, en que se daba fijedad al sol, y se hacia mover á la tierra como á los demas planetas en derredor de este astro, considerado como centro del sistema. Para algunos no fué Copérnico el inventor; mas siempre será una gloria suya haberle estudiado, modificado y reproducido, sin tener en cuenta la oposicion encarnizada que iba á encontrar en las doctrinas y creencias dominantes. De todos modos, la aparicion de este sistema no hizo gran ruido por entonces. Estaban los papas demasiado ocupados en sus guerras, de sus placeres, de sus artes, y del aspecto religioso que tomaba en Alemania, para dar demasiada importancia á una teoría, que tal vez tomaron como un sueño, como un extravío de la fantasía, como son considerados en un principio todos los inventos. Con el tiempo fueron mas sérias las inquietudes, y mas pesados los disgustos.

El descubrimiento de Copérnico fué el único de su clase en aquella primera mitad del siglo XVI: hasta la segunda no fué verdaderamente estudiado, aplicado y meditado. En ciencias exactas y física natural se daban pocos pasos. No habia venido todavía la época de la experiencia, y en las universidades se continuaba bajo la tutela de Aristóteles. Se cuidaban mas los hombres de la astrología judiciaria, que de verdadera astronomía, y corrian con la misma ansia que en los tiempos anteriores, tras de los misterios y ofertas de la alquimia. En matemáticas puras se hacian los progresos que son tan naturales, hallándose bien sentados los elementos de la ciencia; sobre todo, inventada ya el álgebra, uno de los mas poderosos que la desarrollan. En el arte de la navegacion se hicieron, sin duda, los grandes progresos que eran necesarios, en vista de los mares inmensos que en todos sentidos se cruzaban, y los paises vastos y lejanos que se descubrian. Los adelantos de la navegacion y geografía eran precisamente simultáneos. La historia natural, por

poco que los hombres se mostrasen observadores, no podia menos de seguir sus huellas.

Las ciencias eclesiásticas tambien debieron sin duda de progresar mucho en aquel tiempo, en que la imprenta se consagraba en gran manera á la difusion de la Biblia y de los santos Padres, en que tantas plumas sábias se dedicaban á traducir en latin los de la iglesia griega, á fin de hacer mas fácil su lectura. Las contiendas religiosas que en aquella época se suscitaron, sin duda sirvieron de nuevo estímulo al estudio, en unos por curiosidad, en otros por fortalecer sus creencias, y en no pocos para buscar armas con que presentarse en la batalla. Mas de estas guerras, y del movimiento que en el espíritu de los hombres imprimieron, hablaremos con mas extension en adelante.

En cuanto á las letras puramente humanas, eran visibles los progresos en todos los puntos de Europa, y el nuevo gusto que en sus diversos ramos se iba desplegando. Era, como ya hemos insinuado, favorito y como de moda el de los grandes modelos de la antigüedad, que la imprenta infatigable reproducia en diversas formas, originales los unos, traducidos al latin, y aun á lenguas vulgares otros, satisfaciendo apenas el ansia con que se buscaban (1). Los historiadores y poetas eran los mas apetecidos, y los que se imitaban cuál mas, cuál menos, en todas las composiciones de ambas clases. El arte militar no fué menos objeto de indagaciones que los otros. Con Ciceron y Tucídides, se estudiaba á Polibio, á César, á Vegecio.

Fué suerte de Italia haber florecido en la primera mitad del siglo XVI, tanto en literatura como en artes, hasta el punto de reducir la segunda con pocas excepciones casi á un estado insignificante. Ya desde la última

(1) De los progresos que hacia este arte tipográfico, deponen las hermosas ediciones de aquel tiempo, en Italia, Alemania, en los Paises-Bajos y aun en algunos puntos de España, aunque en escala mucho menor que en dichos paises extranjeros.

mitad del siglo XV en Roma, en Venecia, sobre todo Florencia, en la corte de los Médicis, florecieron ingenios grandes en verso, en prosa; profesores célebres de literatura antigua, que difundian su gusto en toda Italia. Los Policianos, los Poggios, los Pontanos, los Phidelfos eran buscados, protegidos, festejados por los grandes personajes, por los príncipes que tenian á honor el contarlos entre sus primeros cortesanos. A la mesa de Lorenzo de Médicis el Magnífico, padre del papa Leon X, se celebraban y cantaban los poemas de Policiano, el Morgante del Pulci, el Orlando enamorado de Mateo Boyardo. A principios del siguiente, encantó la Italia Ariosto con su magnífico poema, el mas fecundo en bellezas de toda especie que salió de manos de hombre; donde lo maravilloso de la invencion compite con lo ingenioso del tejido; donde se disputan la palma todos los géneros, desde el bufon hasta el sublime; donde se pasea la imaginacion por un laberinto de descripciones que embelesan; donde los personajes son sin número con una variedad de caractéres que sorprende; donde el lector no se pierde en lo enmarañado de tantas aventuras; donde no se cansa ni fatiga con tantas batallas, y sobre todo con tantos duelos de hombre á hombre; donde el poeta supo cantar todas las glorias de las principales familias de su tiempo, y tuvo la admirable habilidad de sostener la atencion, y cautivar la curiosidad durante cuarenta y seis años, cuya circunstancia sola depone de la gran belleza de su poesía. Todo esto se encuentra en el Orlando Furioso, produccion admirada por cuantos hombres aman la literatura, y se precian de buen gusto en todos los paises de la tierra.

En la corte del magnífico Leon X tenian acogida y proteccion cuantos en las letras valian y brillaban. Ningun medio y estímulo se omitia para aunar el ingenio, producir imitaciones y restauraciones de lo antiguo, ó nuevas creaciones. Los cardenales Bibiena, Sadolet y Bembo daban el ejemplo. Delante del pontífice se represen-

taban comedias imitadas de Plauto, dándose al poeta mucha mas libertad y mas ensanche de lo que á los oidos de un vicario de Cristo convenia. Mas dejaremos para su tiempo y lugar semejantes consideraciones. Otro cardenal (el Trissino), publicaba su *Italia liberatta da i Gotti*, que aunque no de un gran mérito, contribuyó al aumento de la riqueza literaria. Al mismo tiempo que tanto se distinguian los poetas, tambien brillaban los prosistas. Guichiardini, Giannone, Paulo Jovio y otros, aspiraban á imitar en sus producciones históricas á los Herodotos y los Tito-Livios, y empezaron la nueva época de los historiadores.

Entre los grandes ingenios de aquel tiempo se debe un lugar distinguido á un hombre célebre por producciones igualmente que por las grandes vicisitudes de su vida pública; un hombre que hizo grandes servicios, y desempeñó comisiones importantes y sumamente delicadas, que estuvo en cárceles y sufrió tormentos; que escribió la historia de su patria, que trabajó comentarios sábios sobre Tito-Livio, aplicados á sus tiempos, que dió lecciones de reinar á príncipes, que escribió lo mejor que se dió á luz en aquel tiempo sobre el arte de la guerra, y entre otras producciones del género festivo, compuso las dos mejores comedias de la época. El nombre Machiavelli ó Maquiavelo, como nosotros le llamamos, es grande y famoso, sin que los tres siglos que le separan de nosotros le hayan hecho perder nada de su mérito, considéresele bajo cualquiera de los conceptos en que ha brillado. Como historiador es profundo; como publicista, sagaz y conocedor de las cosas y los hombres de su tiempo; como ingenio agudo, lleno de sales, nutrido del buen gusto que animaba á los antiguos; como escritor militar, dió á entender que si no mandó ejércitos, no hubiera tal vez figurado mal á su cabeza. Sobre su tratado del Príncipe, que es una escuela de déspotas y tiranos, se formaron en la Europa diversas opiniones. Al principio se creyó de buena fé que los consejos que daba á

los príncipes eran sus propias ideas, lo que imprimió una mancha de infamia en el nombre de Maquiavelo, haciéndole pasar por factor y cómplice de todos los tiranos; con el tiempo se modificó esta opinion, y se quiso ver en el príncipe de Maquiavelo, no consejos dados de buena fé, sino verdaderas advertencias á los pueblos. En el dia tal vez revive la primera opinion, y pasa como cosa recibida que el autor expresó francamente sus ideas, y aconsejó á los príncipes lo que estaba mas en las opiniones y políticas del tiempo. Lo que aparece es que en sus acciones como hombre público se mostró equívoco, y tanto se puede creer que tuviese principios liberales, como los opuestos. Sin embargo, fué hasta cierto punto mártir de la libertad de su pais (Florencia), y uno de los grandes apóstoles de la independencia de la Italia.

A España no habia llegado el tiempo de oro literario en la primera mitad del siglo XVI; tal vez no fuimos menos ricos en la última del XV. El rey don Juan II protegia las letras, y no se mostró mal poeta y trovador, distinguiéndose mas en este género que como rey y gobernante. La tierra que cultivaba con amor llevó sus frutos. Los nombres del marqués de Santillana, del marqués de Villena, de don Jorje Manrique, de don Juan de Mena, de Macías, del Bachiller de Ciudad-Real, etc., figuran todavía con gran esplendor entre nosotros. Mientras estos ingenios brillaban en el campo lozano de la literatura, escribia sobre materias eclesiásticas y civiles el obispo Tostado de Avila el prodigioso número de volúmenes, cuya vista sola agovia la imaginacion bajo el peso de tal fecundidad, quizá única entre todos los escritores antiguos y modernos. En el reinado siguiente, y en el inmediato, florecieron Hernan Perez del Pulgar, sábio coronista de los reyes Católicos, y entre otros el ingenioso autor de la tragicomedia *Amores de Calisto* y *Melibea*, ó sea *La Celestina*. Y mas al siglo XV que al siguiente pertenece Antonio

de Nebrija, célebre humanista historiador, filólogo, gramático, expositor sagrado, poeta, médico, una de nuestras grandes riquezas literarias.

En la primera mitad del siglo XVI descuella un poeta insigne, que fijó á tal punto la lengua de su arte, que aparecen sus obras como si estuviesen escritas de estos dias; poeta que adoptó el endecasílabo italiano como regla; poeta que en sus églogas imitó casi á la letra, é igualó en dulzura varios pasajes de Virgilio, aunque en otros no fué tan feliz, y se mostró sobre todo muy oscuro. Se presentó Garcilaso casi solo en la escena poética del principio de aquella época: no tuvo rivales ni aun participantes de su gloria. Su amigo Boscan, y cuyo nombre va asociado con el suyo, adoptó igualmente, y le sugirió la idea del verso endecasílabo. Mas no alcanzó su fama, aunque las obras de ambos se hayan publicado algunas veces juntas. Al mismo tiempo que la poesía pastoral y lírica comenzaba á florecer, salia de su cuna la dramática. Villalobos, Naharro, Timoneda y Lope de Rueda, presentaban ensayos, ya en versos, ya en prosa, ora imitando y traduciendo á los antiguos, ora imaginando asuntos nuevos; aquí en piezas de carácter y de abierta censura de costumbres, allí creando el género novelesco, á cuya invencion rindieron homenaje, consagrándola como ley, los ingenios que les sucedieron. Mas á pesar de lo mucho que se adelantaba, ni en este género dramático, ni en ninguno de los que constituyen la bella literatura, si hacemos excepcion de Garcilaso, pasó la época de Cárlos V de ser un simple preludio de la de su hijo.

Lo mismo podemos decir de los demas ramos del saber y la literatura, aunque con excepciones importantes. A cerca de cuatrocientos asciende el número de escritores, cuyas obras se publicaron en España desde principios del siglo XVI hasta 1556, fin de la dominacion de Cárlos V. Entre ellos hay algunos que adquirieron el gran lleno de su reputacion, un poco antes ó despues de

dicha época; mas los incluimos, por haber tenido lugar en ella la publicacion de alguna ó la mayor parte de sus producciones. Pertenecen á la primera clase, entre otros, el historiador y cronista Hernando del Pulgar, Rodrigo Cota, ya citados; y sobre todo, la grande gala española literaria, el gran monumento de lo que entonces se sabia; á saber: Antonio de Lebrija, nacido en 1444, y fallecido en 1522. Así como hemos insinuado, pertenece mas al siglo XV que al siguiente.

Entre estos escritores se encuentran cultivados casi todos los ramos del sabér y la literatura en sus diversos géneros. En ellos hay historiadores, médicos, juristas, matemáticos, astrónomos, poetas en latin y en castellano, traductores tanto de italianos como de clásicos, griegos y latinos. Los mas pertenecen á la clase sagrada y religiosa; ya como teólogos dogmáticos, ya como expositores, ya como controversistas, género tan cultivado en aquella época de contiendas religiosas. Dejando á parte esta clase de autores religiosos, se distinguen entre los escritores de aquella época, los nombres de Perez del Pulgar, Rodrigo Cota y Antonio de Lebrija, ya citados; los de Alonso de Ojeda, Francisco de Gomorra y Gonzalo de Oviedo, historiadores y cronistas de las Indias; de Bernal Diaz del Castillo, historiador de la conquista de Méjico, obra preciosa, por haber sido el único testigo ocular narrador de aquella empresa de Florian de Ocampo, que comenzó la crónica general de España, continuada por Morales; de Alfonso de Ulloa (1), historiador de Cárlos V y de su hijo; de Alonso Herrera, sábio escritor de agricultura; de Andrés Laguna, sábio médico, ilustrador de Dioscorides, y autor de muchas obras en su ramo; de Alonso García Matamoros, célebre humanista, què escribió varios tratados sobre la oratoria; de Alfonso de Orozco, que, como excepcion de regla, mencionamos, por la profusion de sus escritos religiosos;

(1) Su nombre pertenece mas al reinado de Felipe II que al de su padre.

de los Argensolas, ya algo conocidos en aquella época (1); de Alvaro Gomez de Castro, biógrafo del cardenal Jimenez de Cisneros; de Alvaro Gomez de Ciudad-Real, historiador y poeta (2); de fray Bartolomé de las Casas, tan conocido por sus obras en favor de los indios; de fray Bartolomé de Carranza, que aunque teólogo, mencionamos, en atencion á lo ruidoso de su nombre en tiempo de Felipe II; de los santos Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, que insertamos por la misma causa; de Diego Cobarruvias y Leiva, insigne jurisconsulto; de Diego Gracian de Alderete, traductor de Jenofonte, Plutarco y Tucídides, historiador, ademas, y autor militar; de Diego Gomez de Ayala, traductor de Sanazzaro, é imitador de Bocacio; de fray Domingo de Soto, teólogo que tambien mencionamos, por haberse hecho célebre en el concilio de Trento; de Feliciano de Silva, escritor de caballería andante; de Fernando de Córdoba, hombre sapientísimo, que escribió de casi *omni scibili*; de Hernan Cortés, que tambien escribió cosas de Indias; de Fernando Magallanes, que nos dejó el diario de su navegacion; de Fernando Nuñez de Guzman, traductor en latin de la griega version de los Setenta; de Francisco de Encinas, traductor del Nuevo Testamento del griego al castellano; de Gerónimo de Chaves, matemático y cosmógrafo; de Gerónimo Sampere, autor de la Carolea, y poeta en verso heróico; de Gerónimo de Zurita, analista de Aragon; de Gerónimo Urrea, historiador humanista, escritor militar, traductor del Ariosto; de Hugo de Urries, traductor de Valerio Máximo; de Juan Strany, expositor de Plinio y Séneca; de Juan Ginés de Sepúlveda, historiador, filósofo, matemático, humanista y jurisconsulto; de Juan Luis Vives, escritor de *omni scibili*; de Juan de Malara, escritor dramático; de Bartolomé de Torres Naharro, Juan de Timoneda y Lope de Rueda, ya cita-

(1) Pertenecen casi esclusivamente á la siguiente.
(2) Pertenece mas al siglo XV.

dos (1); de D. Lorenzo de Padilla, anticuario, historiador, geógrafo; de Martin Cortés, cosmógrafo y navegante; de Miguel de Urrea, traductor de Vitrubio; de San Pedro de Alcántara, de Pedro Ciruelo, lógico, matemático y astrólogo; de Pedro Mejía, historiador y helenista; de fray Francisco de Valverde, historiador de las guerras de América; de Alfonso de Córdoba, doctor en artes y medicina, que publicó tablas astronómicas; de Alfonso de Fuentes, poeta humanista, astrónomo y astrólogo; de Alfonso de Salmeron (2); de fray Antonio Guevara, cronista de Cárlos V; de Antonio de Torquemada, autor del libro de caballería de Olivante de Laura; de Bernardo de Vargas, escritor del mismo género (D. Cirongillo de Tracia); de Francisco Sanchez (Brocense) (3); de Gonzalo Perez, traductor de la Odisea de Homero del griego al castellano (4).

Se vé por esta corta enumeracion á que pudiéramos dar muchísimos ensanches, que dejando á parte la teología y demas ciencias religiosas y eclesiásticas, casi todos los ramos del saber y la literatura se publicaban en España en la época de Cárlos V. (5).

Si pasamos á Francia, encontraremos sobre agricultura mas esterilidad que en nuestra patria. En los siglos XV y XVI fuimos, sin duda, mas ricos que ella, en todas clases de literatura. Sus poetas, sobre todo en la primera mitad del siglo de que hablamos, fueron pocos, y apenas ya leidos, si exceptuamos tal vez á Clemente Marot, del que en otro capítulo hablaremos. Francisco I protegia las letras, aunque probablemente no merece el título de padre suyo, que algunos le rega-

(1) Estos dos últimos pertenecen mas al reinado de Felipe II que al de su padre.

(2) No se imprimieron sus obras hasta en el reinado de Felipe II.

(3) Pertenecen mas al reinado de Felipe II.

(4) Idem.

(5) Véase la biblioteca nueva de D. Nicolás Antonio.—Al fin de esta obra se dará un catálogo por órden alfabético, de los escritores, artistas y mas personas de gran nombre que florecieron en España durante el siglo XVI.

lan. El mismo era poeta, y hacia versos. Entre los prosistas sobresalen Amyot, que tradujo á Plutarco, y las pastorales de Longo; la reina de Navarra, hermana de Francisco, que publicó cuentos aun leidos, y apreciados en el dia con el nombre de los cuentos de la reina de Navarra; y sobre todos, el famoso Rabelais, cura de Meudon, que en estilo original, y bajo el manto de ficciones alegóricas, hizo tanta burla de casi todas las cosas de su siglo. La lengua francesa de aquel tiempo distaba mucho del estado en que la vemos en el dia. Apenas estas obras se comprenden sin glosario explicativo, en lugar de que las nuestras de la misma época, son para nosotros tan claras, á excepcion de alguna que otra voz caida ya en desuso, y de algunos giros de frase tambien condenados al olvido.

En Inglaterra y en Escocia todavía encontraremos mas esterilidad que en Francia. Ni poetas ni prosistas de aquella época tienen hoy un nombre y fama en Europa. De esta regla se puede presentar como excepcion á Tomás Moro, tan conocido en el mundo literario por su Utopia, y en la historia por haber preferido un cadalso á la retractacion de sus ideas religiosas. Tambien Enrique VIII figura en el mundo literario por un libro de controversia mas famoso por el nombre de su autor, que por su mérito, á lo que dicen los inteligentes.

En general los grandes escritores de aquella época tanto en Inglaterra, como en Escocia, como en los Paises-Bajos, como en Alemania, tienen tal conexion con las controversias religiosas que entonces se agitaban, que solo se podrá hablar de ellos cuando se trate esta materia. Tanto dentro de estas como fuera, aunque su carácter fue siempre muy ambiguo, se puede considerar como una gran lumbrera literaria al sábio Erasmo, holandés, autor de muchas obras sagradas y profanas, gran teólogo, gran crítico, grande humanista, helenista distinguido, muy zeloso de la restauracion de los tesoros de la antigüedad, traductor de algu-

nos padres de la iglesia griega, y que por haber escrito casi siempre en latin, y no tener residencia fija en parte alguna, se puede considerar como un hombre sin mas nacionalidad que de europeo.

No terminaremos este artículo relativo al saber de la primera mitad del siglo XVI, sin consagrar algunas líneas á lo que sin duda debió de contribuir al aumento de sus luces; queremos hablar de los descubrimientos, peculiaridad tan gloriosa y distintiva de la época. Increible parece que desde 1492 en que Colon aportó por primera vez á la isla de San Salvador, apenas se pasó medio siglo sin que se hubiesen descubierto, recorrido y conquistado en el nuevo continente mas regiones que lo que abraza el triple de la superficie de la Europa; y no olvidemos que casi al mismo tiempo que conquistaba Cortés el imperio Mejicano, descubria Magallanes el estrecho de su nombre; llegaba á las Indias Orientales por el rumbo del Poniente, tal vez el mismo objeto que Colon se propuso en un principio, y siguiendo siempre la misma direccion, tuvo uno de sus navíos, mandado por el español Sebastian de Elcano, la gloria de ser el primero que recorrió toda la circunferencia de la tierra. Por fabulosas tendríamos aquellas expediciones y conquistas, si no hubiesen sido como de ayer, si los mismos resultados materiales no fuesen pruebas evidentes de los hechos. ¿Qué eran estos otros hombres que tanto osaban y emprendian? mas todo lo explica el corazon humano devorado de pasiones, ardiendo en deseos de fama, devorado de ambicion, sediento de oro, á quien se abria en el nuevo mundo un campo de fortuna, cerrado tal vez por falta de nacimiento ó de favor en el antiguo. Así se comprenden aquellas expediciones gigantescas y osadas, emprendidas con tan escasos medios, aquellas rivalidades de los mismos jefes y caudillos, aquellas guerras civiles que en medio de las mismas conquistas se encendian. Conquistó el imperio Mejicano Hernan Cortés contra la voluntad y en completa rebel-

día contra el gobernador de Cuba; fué ajusticiado Nuñez de Balboa por los mismos suyos, despues de haber descubierto el mar del Sur; y Pizarro y Almagro se hicieron la mas cruda guerra despues de apoderados del vasto y opulento imperio de los Incas. A una de estas escisiones se debió el descubrimiento de todo el pais que media entre la Florida y el Norte del imperio Mejicano. Por otra separacion de las tropas de Pizarro en desidencia el mismo de su jefe principal, descubrió Orellana el rio de las Amazonas; y embarcándose en él sin saber su direccion, descendió mas de ochocientas leguas, abriéndose paso por medio de salvajes, hasta que se vió, con gran sorpresa suya, en las costas del Atlántico. Por un efecto de igual desavenencia se conquistó á Chile. Asi por una mezcla y casual combinacion de valor, de audacia, de rivalidad y de discordia, desde el Misísipi hasta el paralelo de la embocadura del rio de la Plata, todas las regiones á donde habian llevado su planta aquellos impávidos aventureros, estaban ya por los años de 1542 sujetas á la corona de Castilla.

CAPITULO VIII.

Contiendas religiosas en la época de Cárlos V.—Lutero y Alemania.—Dietas.—Protestantes.—Confesion de Augsburgo.—Guerra de los paisanos.—Anabaptistas.—Interim.—Tratado de Passau.—Primer concilio de Trento.

No sin gran recelo entramos en un asunto tan de suyo delicado, donde es difícil acertar por circunspeccion y prudencia que se observen. Es triste para un historiador encontrarse con terrenos resbaladizos, con hechos desagradables, mas de cuya existencia no es posible admitir la menor duda. No tocaríamos esta parte de las contiendas religiosas del siglo XVI, si en sus anales no hiciesen un papel tan distinguido. Mas creeríamos dejar incompleto el bosquejo que tenemos entre manos, si pasá-

semos por alto de acontecimientos importantes que influyeron en los destinos de tantas naciones de Europa y aun fuera de nuestro continente. Cumplirémos pues, aunque á pesar nuestro, con el deber de historiadores, penetrados de nuestra incompetencia para ser otra cosa en la materia, que expositores simples de hechos. Narraremos, no demostrarémos. Hablaremos de controversias, de excisiones, de guerras religiosas como puntos puramente históricos. Como tales, haremos mencion de hombres, que sin pensarlo ellos mismos, sin prepararse á ello, por una casual combinacion de circunstancias, se hicieron célebres en el mundo, alteraron sus creencias, hombrearon, siendo de una condicion obscura, con los mismos reyes, y en ciertos casos triunfaron de su política, del brillo de su magestad, de la fuerza positiva de sus armas.

Inmediatamente que un dogma teológico ó religioso se establece, surgen en derredor explicaciones y comentarios, que si unos se atienen á su espíritu y contribuyen á mantener la unidad en el cuerpo de creyentes, se alejan otros de él, formando bandos ó escisiones que muchas veces sin respeto á la conciencia ajena se aborrecen y combaten mútuamente. Cuanto mas superiores son estos dogmas ó creencias á nuestra comprension, mas campo abren á sutilezas, á sistemas ingeniosos, á la ambicion del amor propio, que tanto gusta de lucir y abrirse un camino que el vulgo no conoce, para captarse despues su admiracion, poniéndose á tanta altura de su limitada inteligencia. No se vé, no se ha visto otra cosa, en cuantos sistemas religiosos aparecieron en varios puntos y en diversas épocas. Todas tienen y tuvieron sus escisiones, sus heregías, sus sectas, que se han mirado mútuamente con mas ó menos espíritu de tolerancia, segun la naturaleza de la disputa y los intereses que promueve. No todos los judíos; ni todos los mahometanos, ni todos los adoradores de Brama, piensan absolutamente las mismas cosas, ni están completa-

mente acordes en materias de creencia. Todas estas religiones tienen sus doctores, sus comentadores, que han explicado sus libros sagrados á su modo, y dividido la masa general en tantas sectas, cuantos son los que se erigen en jefes de doctrina.

Lo mismo debió de haber sucedido, y con efecto sucedió en el cristianismo. Desde los primeros siglos de la iglesia se suscitaron en su seno varias escisiones ó heregías (1), pues con este nombre se conocen. Solo los muy versados en la historia y materias elesiásticas, son capaces de contarlas, definirlas y explicarlas; tal es su número y la diversidad de sus doctrinas. Mientras la iglesia permaneció en su oscuridad, meramente tolerada, cuando no abiertamente perseguida, debieron de ser estos heresiarcas poco conocidos de la gran masa de los fieles. Mas despues que la religion se vió triunfante, y como sentada sobre el trono, comenzaron igualmente á adquirir publicidad las sectas heterogéneas que la dividian. Comenzó el amor de la disputa, el gusto de sutilizar, la ambicion de ser jefe de escuela, el espíritu de intolerancia y las demas pasiones que á las primeras son anejas; comenzaron, decimos, á turbar la paz de la iglesia, en un sentido muy diverso de los emperadores que la habian proscrito. Era un asunto indispensable de que no podia prescindirse, el cortar de raiz esta disidencia en las doctrinas. Para ello fué preciso que los prelados, ó jefes, ó inspectores de las principales iglesias locales, que los presbíteros de mas santidad, mas prestigio y mas ciencia, se reuniesen para explicar, comentar, definir los principales puntos de doctrina, y decidir en cuerpo los que debian admitir y profesar la masa de los fieles. Es lo que hicieron los concilios generales. Cuando al fin de las sesiones de uno, parecia quedar asegurada la concordia de la iglesia, se suscitaba otra nueva tempestad, que hacia

(1) Heregía, hæresis, airesis, eleccion, secta.

indispensable la celebracion de otro, cuyos resultados eran tan precarios como los del precedente. En ninguna época dejaron de ser indispensables estas reuniones ó concilios; en ningun siglo dejaron de aparecer hombres argumentadores, sutiles y díscolos, arrastrados unos de sus ilusiones, y otros por depravacion, que propalaban y sustentaban doctrinas nuevas, ó bien anteriormente reprobadas, ó que provocaban nuevos comentaríos (1). Cuanto mas se argüia y disputaba, mas y mas se agrandaba la arena de la controversia. En estas disputas y conflictos, no solo se excitaban odios y fomentaba la discordia, sino que el espíritu de intolerancia se manifestaba en hechos. Hubo desórdenes, violencias y persecuciones, obispos expulsados de sus sillas, despojados de su dignidad, confinados en destierros y proscritos. Algunos fueron separados del seno de su grey y vueltos á sus brazos á fuer de tumultos populares. Uno de los primeros prelados, y hasta oráculo de su siglo, San Atanasio, fué cuatro veces expelido y restituido otras tantas á su silla patriarcal de Alejandría.

En la iglesia latina no se levantaron tantas heregías como en el seno de la griega. No eran los del Occidente tan sutiles, tan disputadores, quizá tan sábios como los de Oriente. Mas si no se mostraron tan hábiles para argumentar, fueron mas duros en manifestar su intolerancia. Bien conocidos son en la Europa los horrores, la san-

(1) Se cuentan veinte y cuatro concilios en los tres primeros siglos de la iglesia; setenta y dos en el cuarto; setenta en el quinto; cincuenta y seis en el sesto; cincuenta y cuatro en el sétimo; veinte en el octavo; ciento y siete en el noveno; cincuenta en el décimo; noventa y seis en el onceno; cincuenta y cinco en el duodécimo; ochenta y ocho en el décimo tercio; setenta y tres en el décimo cuarto; cuarenta y dos en el décimo quinto; diez y siete hasta el de Trento, inclusive, en el décimo sesto. De tantos concilios, solo diez y nueve son conocidos con el nombre de concilios generales; sea por el gran número de prelados que á ellos concurrieron, sea por la importancia de sus decisiones ó por su aplicacion à todo el cuerpo de la iglesia. Los otros no tuvieron tanta importancia, ó por la naturaleza misma del negocio, ó ser este de un interés local, que no afectàba mas que á una parte de los fieles.

gre y calamidades de todo género, que á principios del siglo XIII acarreó la heregía de los albigenses, llamada así de la ciudad de Alby, en el Mediodia de Francia, donde tuvo su primer asiento. Se mezcló la política mundana en estas controversias, ó por mejor decir, las tomó acaso por pretexto, para fomentar sus intereses. Varios príncipes se declararon en pró; muchos mas en contra. La cosa se presentó tan formal, que le fué preciso al papa Inocencio III predicar una cruzada para la extirpacion de aquella secta. Tuvo esta cruzada efecto, y el pontífice romano fué muy bien obedecido, pocos caudillos ó jefes se podrian encontrar de mas celo, de mas pericia militar, de mas prontitud para perseguir y castigar los enemigos de la iglesia que Simon de Monfort, á quien esta guerra hizo tan célebre. Fueron los albigenses vencidos en mas de una batalla, y aunque obtuvieron algunos triunfos parciales, los pagaron tan caros como su heregía. Quedaron arruinados, y por el pronto despojados los príncipes fautores. Quedaron los campos asolados, muchas poblaciones yermas, mas de la mitad de las plazas fuertes arrasadas. Un monumento mas durable nos resta aun de aquellas convulsiones; á saber: el establecimiento del tribunal de la Inquisicion en Roma, destinado al castigo y extirpacion de los hereges.

Algun tiempo despues, otra llamarada semejante ocurrió en el pais de Vaud al pie de los Alpes, lo que hizo designar aquellos sectarios con el nombre de Valdenses. Aunque se extirpó del mismo modo, no fué de un modo tan terrible, por lo menos activo y extendido del incendio.

Comenzaba á prevalecer por aquellos tiempos una opinion, que sin tener nada de herética en sí misma, servia como de argumento para los que en escision se declaraban con la iglesia. Los grandes prelados, los que se decian sus príncipes, no siempre arreglaban su conducta al ejemplo que les habian dejado los apóstoles. Sus grandes riquezas, su lujo, su fausto, el poder de que mu-

chos de ellos estaban revestidos, parecian á los ojos de muchos desdecir de la simplicidad de las costumbres de la primitiva iglesia. No en todas ocasiones se mostraban los papas, sucesores dignos de S. Pedro. Eran visibles los abusos que hacian en varias ocasiones de su autoridad, sea en beneficio de sus propios intereses, ó de las personas que les eran mas adictas. Estas especies se propagaban, hacian impresion y provocaban la censura en cuantos por pensadores se tenian. No dejaba, pues, de ser comun la opinion y el deseo de introducir reformas, no precisamente en el dogma, sino en la disciplina, en la conducta, en las riquezas de los potentados de la iglesia. Los albigenses y valdenses se preciaban de una moral mas austéra, mas arreglada al evangelio y á las costumbres de la primitiva iglesia que sus perseguidores. Ya veremos reproducida esta profesion, y reforzado el argumento de otro modo mas elocuente, con resultados mas positivos y trascendentales (1).

Todo el resto del siglo XIII se pasó sin novedades de esta especie. A fines del XIV publicó en Inglaterra sus obras Juan Wicleff, en que condenaba los poderes usurpados por la corte de Roma, el abuso que el clero hacia de sus riquezas, con otros mas cargos dirigidos entonces á los altos prelados de la iglesia. Atacaba ademas el dogma de la transubstanciacion, la invocacion de los santos, el purgatorio. Muy pronto condenó Roma estas doctrinas; mas se dejó morir tranquilo al heresiarca, á favor de ciertas explicaciones de lo que en sus escritos se halló mas digno de reparo. Formaron, sin embargo, los discípulos de Wicleff á su muerte una faccion, que con el nombre de Lolards, agitó la Inglaterra durante algunos años, y no pudo ser exterminada hasta ya entrado el siglo XV.

A principios de este mismo siglo se esparcieron por

---

(1) Véase la nota H al fin del tomo.

Bohemia los escritos de Wicleff, y sus doctrinas fueron abrazadas por Juan de Huss, Jerónimo de Praga y Jacobo Messein, teólogos de gran reputacion, y conocidos por la severidad de sus costumbres. Inmediatamente comenzaron á esparcir sus nuevas doctrinas por escrito, y con sermones elocuentes. Fué llamado Juan de Huss á Roma á dar cuenta de sus doctrinas; mas habiéndose á muy poco tiempo despues, convocado el concilio de Constanza, recibió una órden, y un salvo conducto del emperador Segismundo, para presentarse ante los padres.

Se hallaba entonces despedazada la iglesia por un cisma que por su importancia se designa todavía con el nombre de gran Cisma de Occidente. Hacia mas de treinta años que los fieles estaban divididos en la obediencia á dos papas que ambos se decian sucesores de San Pedro. No era pequeño el escándalo que con este motivo se habia introducido en el seno de la cristiandad, ni débiles las armas que se daban á los partidarios de reformas. Para cortar estos desórdenes (1418) se habia convocado el concilio de Constanza, en él fué depuesto el papa Juan XXIII, que habia sido elevado á la silla pontificia por una faccion, comprada materialmente segun la opinion general, y declarado cismático Pedro de Luna, que se hacia llamar papa con el nombre de Benedicto XIII. A la silla pontificia fué exaltado Martino V, varon cuyo mérito y virtudes le granjearon la opinion de que repararia los desórdenes que daban motivo á tanto escándalo.

En cuanto á Juan de Huss de nada le sirvió el salvo conducto. Inmediatamente que llegó á Constanza, se le puso preso. Habiendo comparecido ante los padres, y héchose cargo de las doctrinas de que le acusaban, las sostuvo en pleno concilio contra sus impugnadores, y fué condenado á ser quemado vivo por no querer suscribir la fórmula de retractacion que se le proponia.

Jerónimo de Praga, discípulo de Juan de Huss, arrestado en las inmediaciones de Constanza, firmó la

misma retractacion; mas arrepentido, se desdijo de ella. Presentado ante el mismo concilio, manifestó su pesar por un acto que le habia arrancado un momento de debilidad, persistió en sus doctrinas, y las sostuvo con valor, con mas elocuencia que habia desplegado su maestro, á quien era muy superior en instruccion y en mérito. El destino que le esperaba no podia ser dudoso para nadie. Marchó Jerónimo al suplicio con resignacion; oró al pie del poste, donde le ataron encima de la pira, y en el momento que se levantó su llama, entonó un cántico que se oyó con distincion hasta que exhaló el último suspiro.

Produjo este suplicio de Juan de Huss y Jerónimo de Praga una guerra en Bohemia conocida con el nombre de los husitas, que así se denominaban sus sectarios y discípulos, guerra de venganzas y de sangre; que á pesar de ser terminada al cabo de cerca de treinta años á favor del partido dominante, dejó bajo sus cenizas un fuego oculto pronto á salir de nuevo, como se vió en efecto muy antes de cumplirse un siglo.

Se ocupó el concilio de Constanza en grandes reformas: lo mismo se hizo en los de Basiléa, de Florencia y de Ferrara. Para ningun hombre de buen entendimiento era dudoso que los vicios, que los desórdenes introducidos en la iglesia afectaban en cierto modo las creencias y daban armas á sus detractores. Mas prevalecian las intrigas, los malos hábitos, la corrupcion que se hallaba tan arraigada, y las mas de estas reformas se quedaron en proyectos. Todos los buenos deseos y el celo que á los verdaderos fieles animaban, no pudieron impedir que fuesen exaltados á la silla de San Pedro un Alejandro VI, un Julio II, un Leon X.

Al fin del siglo XV se manifestó en Italia un gran reformador, no de dogmas y doctrinas, sino de los vicios y desórdenes que entonces inundaban á la iglesia. Jerónimo Savonarola, fraile de la órden de Santo Domingo, tronó en los púlpitos contra los vicios de su

tiempo; anunció castigos de Dios, se dió como dotado del don de prediccion, y hasta el de milagros. No solo se mostró enemigo de los desórdenes en lo moral, sino que se mezcló hasta en la política. Establecido en Florencia se declaró enemigo de las usurpaciones de los Médicis, y por su influencia se restablecieron instituciones todas en sentido de la libertad de la república. La influencia que este hombre ejerció en los ánimos de la muchedumbre, fué, como puede suponerse, prodigiosa; mas tambien se comprenden fácilmente las rivalidades y animosidad de que debió de ser objeto. Fué su grande enemigo el papa Alejandro VI, cuyos vicios, cuyos desórdenes, eran por lo regular el tema de todos sus sermones. Fué fácil á éste pontífice condenarle como sedicioso y hasta excomulgarle; mas Savonarola declaraba en el púlpito que no podia privarle de distribuir la palabra de Dios y el pan de vida un pontífice inmoral, incestuoso y simoniaco. Era imposible para este entusiasta luchar por mucho tiempo contra tan formidables enemigos. Instaba Alejandro á que se le hiciese su proceso, como sedicioso, como heresiarca, á un hombre que se jactaba de profeta y del don de hacer milagros. Se le puso preso, se le formó causa, se le dió tormento; y por fin se le condenó á las llamas. Así expió su celo, sus imprudencias, la debilidad, ó tal vez la firme persuasion de que estaba llamado á reformar el mundo.

El terreno estaba, como se vé, bastante preparado, y los ánimos dispuestos, unos á desear simplemente reformas, otros á recibirlas, cuando se manifesiaron en el norte de Alemania á principios del siglo XVI las que nos proponemos bosquejar del modo, como hemos insinuado, mas sucinto y circunspecto.

Se habia proyectado y comenzado á edificar la iglesia de San Pedro en tiempo de Julio II, que manifestó la noble ambicion de erigir un monumento en Roma que superase en grandeza y magnificencia á los antiguos.

El mismo ardor heredó su sucesor el papa Leon X. Como sus rentas ordinarias no bastaban ó se destinaban á otros usos, fue necesario recurrir al arbitrio de las indulgencias que se predicaban en las iglesias, y públicamente se vendian como otro artículo cualquiera de comercio. Ordinariamente eran los conventos los sitios donde se despachaban las indulgencias, y cuya distribucion y administracion no era materia de poca consecuencia. En Alemania habian sido en un principio los frailes agustinos los encargados del negocio, que con el tiempo se trasladó á los padres dominicos. ¿Fué simplemente esta rivalidad ó este pique lo que produjo la mas grande excision qne se habia introducido hasta entonces en la iglesia? ¿Obró simplemente Lutero como un instrumento del amor propio ofendido de sus snperiores? Entonces se puede decir que nunca causa tan pequeña produjo un efecto mas grande y gigantesco.

Cuando un vaso está completamente lleno, con una gota mas desborda. Cuando un terreno está minado, con una sola chispa vuela. Si las revoluciones tienen por lo regular principios tan humildes, es porque las revoluciones ya estan hechas. Les faltaba solo la gota de agua, la chispa para consumarse. La gota y la chispa, fué pues aquí la venta de las indulgencias.

Hablaremos pues de Lutero, como de un hombre: de lo que hizo, de las consecuencias de lo que hizo, como de hechos que estan consignados en la historia. En el exámen teológico de sus doctrinas no entraremos como cosas que no son de nuestra competencia, y sobre todo exceden nuestras fuerzas.

Nació Martin Lutero (Luther, Luder, Lother) (1) en Eisleben, pequeño pueblo del electorado de Sajonia, en noviembre de 1483. Aunque hijo de padres artesanos, le destinaron á una carrera literaria. Mientras cursó primeras

(1) Con estos tres nombres se ha firmado en varias ocasiones.

letras en Eisenach vivió casi en un estado de mendicidad, cantando delante de las casas como hacian entonces muchos estudiantes pobres de Alemania. Una viuda le recogió por fin en su casa, y le sostuvo los cuatro años que duró su enseñanza en una escuela. En 1501 le envió su padre á la universidad de Erfurth, donde le sostuvo de su cuenta.

Estudió en dicha universidad teologia; gustaba mucho de esta ciencia, de la literatura, y sobre todo de la música, arte que cultivó toda su vida. Antes de decidirse por ninguna carrera, le ocurrió un accidente extraordinario que fijó su suerte. En 1505 hallándose en compañía de un amigo, le mató á éste un rayo, de lo que espantado Lutero hizo un voto á Santa Ana de meterse fraile, si le sacaba del peligro. Catorce dias despues tomó el hábito de San Agustin en Erfurth, sin llevar consigo mas bienes que un Plauto y un Virgilio.

Entró en el cláustro Lutero sin contar con su padre, que se ofendió mucho de este paso. Abrazó el estado religioso solo por cumplir su voto, sin ninguna vocacion; él mismo lo confiesa en sus memorias. Tenia gustos demasiado profanos para la austeridad que semejante condicion exige. Ya hemos visto con qué libros se pasó del mundo á su convento. En el mismo donde tomó el hábito, concluyó sus estudios, y recibió órdenes hasta la de sacerdote.

Poco despues emprendió un viaje á Italia. No habia ningun contacto entonces entre la Alemania, pobre, triste, donde nada florecia, y un pais de lujo, de suntuosidad, trono de literatura y de las artes. Debieron de hacerle mucha sensacion novedades tan extraordinarias. El dice en sus memorias, que no le chocaron menos las personas que las cosas. El lujo, la magnificencia de los conventos donde era alojado y la suntuosidad de sus refectorios, no fueron los menores objetos de su asombro. Sin duda le edificó poco la corte de Roma, donde reinaba el belicoso Julio II, papa de sentimientos grandes y eleva-

dos, pero muy mundano y muy violento, que se ponia al frente de sus tropas, y sitiaba plazas en persona.

A su vuelta de Italia recibió el grado de doctor en teología, y obtuvo una cátedra en la universidad de Wirtemberg que acababa de fundar el elector; poco despues fué nombrado vicario provincial de los agustinos, encargado de reemplazar el vicario general de la órden en sus visitas de Misnia y de Turingia. Entramos en estas circunstancias, para hacer ver que Lutero no era un hombre sin consideracion en su pais, cuando se declaró en guerra con la Iglesia.

Por aquel tiempo hacia mucho ruido en Alemania la venta de las indulgencias. Era natural que se activase y fomentase un negocio, del que pendia la continuacion de la fábrica maravillosa de la iglesia de S. Pedro. Estaba encargado el dominicano Tetzel de predicarlas y publicarlas; el arzobispo de Maguncia de fomentar su venta. A nombre, y bajo los auspicios de este prelado, se publicaban los manifiestos de las gracias por ellas concedidas.

Entonces estalló Lutero (1517), declarándose enemigo de las indulgencias. Fué su primer paso dirigirse á su obispo, el de Brandemburgo, para que impidiese predicar á Tetzel. Respondió el prelado que era atacar el poder de la iglesia, y que no se mezclase en este asunto delicado. Entonces Lutero se dirigió al primado, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, enviándole las proposiciones que se ofrecia á sostener contra la doctrina de las indulgencias.

El arzobispo no le dió respuesta. Lutero que contaba con su silencio, habia hecho fijar al mismo tiempo que daba este paso, en la iglesia del castillo de Wirtemberg, contra la autoridad de conferir indulgencias, contra el poder de conceder las gracias en ella prometidas, veinte y ocho proposiciones, negativas las unas, afirmativas las otras, pero todas en contra las pretensiones de la corte de Roma, y lo que estaba entonces en la iglesia recibido.

Escritas estas proposiciones en lengua vulgar, y apoyadas en un sermon que en el mismo idioma predicó Lutero, hicieron un ruido extraordinario. Fueron la trompeta de la guerra que se encendió entonces, sin que se pueda decir que se haya extinguido todavía. Consignadas á la imprenta, se despacharon al momento en miles y miles de ejemplares con asombro del mismo Lutero, que aunque lisonjeado con un éxito tan favorable para su amor propio, tal vez sintió que se hubiesen esparcido tanto, poniéndole en un compromiso mayor de lo que eran sus deseos.

Mas el guante estaba echado, arrojado por Lutero, que se mostró agresor en una guerra, cuya importancia ni él mismo preveia. Hizo Tetzel quemar públicamente las proposiciones de Lutero. Quemaron los estudiantes de Wirtemberg en la plaza, las de Tetzel. Esta circunstancia, y la de haber predicado Lutero un sermon en aleman en apoyo de las suyas, manifiesta bien que el terreno estaba preparado, y que en el Norte de Alemania no causaron las opiniones de Lutero todo el escándalo que debia esperarse.

En Roma misma no hicieron las proposiciones de Lutero toda la impresion que tan naturalmente reclamaban. Las miró desde un principio con desprecio Leon X, atribuyéndolas á rivalidades de frailes. Demasiado engolfado aquel pontífice en sus diversiones y en sus artes, no concibió ni presintió el grande alcance de aquel tiro. Por otra parte hacía Lutero profesion y protestas de su mas ciega adhesion y respeto á la persona del pontífice.

Mas este estado de indiferencia duró poco. Al fin se levantaron clamores en la córte de Roma contra la conducta de Lutero, y éste recibió órden de comparecer en el término de sesenta dias á dar cuenta de sus doctrinas y opiniones; compromiso muy fuerte, si el elector de Sajonia no le hubiese sacado del aprieto, obteniendo de Roma que se le oyese y examinase por legados del papa

dentro del territorio de Alemania, señalándose para esta conferencia Augsburgo.

Que el elector de Sajonia protegia á Lutero y se inclinaba á sus doctrinas, es evidente; que fuese el principal instigador, lo ha negado el mismo Lutero en distintas ocasiones. Le favorecia muchísimo este príncipe, que habia pagado los gastos de su doctorado, y conferídole la cátedra que desempeñaba. Es claro que sin su anuencia mas ó menos expresa, no hubiese Lutero publicado sus proposiciones ni llevado tan adelante la contienda. En vano trató la córte de Roma de despojar á Lutero de la proteccion del elector; en vano para ganarle, le envió la Rosa de Oro, presente que se considera como un insigne rasgo de favor y benevolencia por parte del pontífice. No desistió por esto de su empeño el elector de que Lutero fuese oido en Alemania. Es probable que ni él ni ningunos otros príncipes eran afectos á la córte de Roma, ni miraban sin disgusto que saliese dinero de su pais, para los gastos de la construccion de un templo. No olvidemos que eran muy dominantes las opiniones acerca de reformas, y que muchos se preciaban de vivir con mas arreglo á los preceptos del Evangelio, que los altos prelados de la iglesia.

Se presentó Lutero en Augsburgo, donde estuvo tres dias sin salvoconducto de Cárlos V; mas habia preparado de antemano los ánimos el elector, á fin de que no fuese por ningun estilo molestado. Inmediatamente que llegó el salvoconducto, se presentó ante el legado del pontífice, á fin de ser examinado. Pedia este una retractacion formal sin entrar en controversia, y como Lutero queria exámen y disputa, era imposible que se conviniesen. Importaba mucho á la corte de Roma sofocar el asunto sin escándalo y sin ruido: no era esta la cuenta de Lutero ya tan comprometido en la disputa, cualquiera que sea el motivo verdadero que se quiera dar á su conducta. Ni ruegos, ni amenazas, ni contemplaciones, pudieron recabar de él que confesase que habia errado. A su salida de

Augsburgo publicó nuevos escritos que apoyaban sus doctrinas. Parecia la ruptura completa y la guerra declarada. Fué Lutero condenado en Roma, y quemados públicamente sus escritos. Dió la santa Sede nuevos pasos muy activos con el elector, á fin de que le fuese entregada su persona; mas este príncipe, en medio de sus protestas, de su gran respeto á la autoridad pontificia, eludió la reclamacion al principio, y al fin se negó á ella. Manifestarse defensor de Lutero, equivalia casi á declararse su sectario. La corte romana lo comprendia muy bien; mas tuvo que disimular esta repulsa. Una prueba de que la conducta del elector no causó grande escándalo, es que habiendo fallecido por aquel tiempo el emperador Maximiliano, fué declarado, durante la vacante de la silla imperial, vicario del imperio.

Seguro ya Lutero de la proteccion del elector, provocado por su condenacion en Roma, continuó las hostilidades con mucho mas ardor, sin consideracion, ni miramiento. El respeto que antes manifestaba por la santa Sede, se convirtió en ataque directo á la legitimidad de su poder, y del exámen de las indulgencias, pasó á cuestiones de mas alta trascendencia. No es de nuestra inspeccion, ni entra en nuestro objeto, pasar revista á los escritos con que su fecunda pluma inundó por aquel tiempo á la Alemania. Tratados, sermones en latin, en aleman, todos hacian un ruido extraordinario; todos se leian con ansia, y circulaban á miles de ejemplares. Tampoco estaban mudos por su parte los teólogos católicos, ni tampoco se mostraban muy templados en la impugnacion de las doctrinas del enemigo de la iglesia. Se convirtió la Alemania en un teatro de controversia y de disputas, donde las partes contendientes se atacaban con la mayor acrimonia y encarnizamiento.

El elector de Sajonia protegia abiertamente á Lutero, y se mostraba inclinado á sus doctrinas. Comenzaba el de Hesse á adoptar sus mismos sentimientos. Todo el Norte de Alemania estaba ya medio conmovido con la nueva

secta, y el nombre de Lutero comenzó á presentarse como una potencia formidable.

En las disputas y contiendas religiosas se mezcla de tal modo la política mundana, que es muy dificil distinguir la parte que pertenece á la conviccion ó sea el fuero de conciencia, y la que se apoya solo en ambicion é intereses personales. Cualesquiera que fuesen las opiniones de los príncipes que desde un principio se mostraron tan favorables á las doctrinas de Lutero, y al fin las abrazaron, no hay duda de que iban en ello miras políticas é intereses de importancia. En primer lugar, los hacia independientes de la córte de Roma que, ademas de ser odiada, les sacaba dineros, considerados en cierto modo bajo el aspecto de un tributo. En segundo lugar les daba importancia á ellos mismos sobre las iglesias reformadas, de las que se erigian en protectores y hasta en jefes. Como en los puntos de la reforma entraba la abolicion de los votos monásticos, eran un nuevo cebo de ambicion los inmensos bienes de los monasterios que iban á entrar en la circulacion general, y en parte en sus propios patrimonios. Todas estas causas de un órden puramente material y relativo al interés, explican muy bien, prescindiendo de otros, que Lutero debió de ser un apóstol muy popular en aquellas circunstancias. Encontró el terreno bien preparado y le explotó con una habilidad maravillosa. Poseia cuantas cualidades necesitaba para conmover la muchedumbre. Era elocuente, atrevido, mordaz en sus sátiras, violento en las acusaciones é invectivas, ingenioso y agudo en sus argumentos con un gran fondo de erudicion en materias eclesiásticas, de que sabia hacer grande uso. Como religioso, gozaba la reputacion sino de santidad, á lo menos de un hombre ajustado en sus costumbres. Como profesor de la Universidad de Wittemberg, contaba una muchedumbre de discípulos, entusiasmados todos de su saber y genio. Escribia con la misma facilidad que hablaba, y era tan infatigable con la lengua como con la pluma. Conocia muy bien la ín-

dole de los que le leian ó escuchaban, y se plegaba á todo cuanto contribuia á hacerle inteligible. Era jocoso, festivo, hasta chocarrero; no huia de las especies ó expresiones mas ácres y punzantes, y sabia el arte de hacer reir á costa de sus antagonistas. Ya hicimos ver que en un principio se mostró circunspecto y hasta respetuoso en la córte de Roma, cuya autoridad apostólica reconocía. Al papa Leon X escribió cartas muy sumisas, en medio de amonestaciones todas reverentes: en Augsburgo se arrodilló delante del cardenal Cayetano Vic que venia á examinarle, mostrándole todo el homenaje posible de veneracion y acatamiento. Mas conforme se fué enfrascando en la disputa, á proporcion que las invectivas de sus antagonistas excitaban su bilis, y le hacian buscar nuevas armas de combate, aumentó su valentía y arrogancia, dió mas y mas pasos en la virulencia, en la importancia de sus aserciones; manifestó lo ilegal, lo nulo de la sentencia, negó la autoridad del papa, cuya bula de condenacion quemó públicamente; hizo ver en su persona la del Antecristo, y apeló á las decisiones del próximo concilio.

En la córte de Roma no brillaron con este motivo ni la habilidad ni la prudencia. Se tenian ideas muy escasas de Alemania en aquella córte voluptuosa y magnífica, centro del lujo y de las artes. Se despreciaba sin duda un pais que pasaba por agreste y bárbaro. Cuando fué oido por primera vez el nombre de Lutero, tal vez provocó á risa. No es pues estraño que Leon X hubiese dicho al saber de sus proposiciones, que eran disputas de frailes. Si hubiesen conocido el espíritu político del pais, la disposicion de sus príncipes y el carácter personal de Lutero, tal vez con maña, con artificios, con halagos, hubiesen llegado á dar al negocio un giro que le adormeciese. Mas desde un principio se hizo poco caso de la llamarada; cuando se tomó en séria consideracion, era ya un incendio; se creyó que con la amenaza se templaria el espíritu inflexible del reformador, á cuya vio-

lencia dió mas temple. Cuando quisieron y pensaron en apoderarse de su persona, se encontraron con que estaba protegida por un príncipe de poder, influencia y crédito, á quienes estas circunstancias habian elevado al rango de vicario del imperio. Negarse á entregar la persona del heresiarca, era declararse partidario ó partícipe de sus doctrinas; apelar á la decision del concilio para condenarle, como pretendia el elector, era una especie de desafío á la córte de Roma. El negocio se ponia mas sério de lo que esta misma córte imaginaba.

Una de las grandes novedades que las doctrinas de Lutero introducia y propagaba, acaso la mayor de todas, no era ni la obediencia negada al papa, ni la abolicion de los votos monásticos, ni otras alteraciones tanto en el dogma, como en la disciplina. El mayor movimiento que estas novedades imprimieron en los ánimos, fué la independencia de la fé de las autoridades; fué el sostener que la Sagrada Escritura, era la mas segura, la sola guía que debia tener el cristiano en estas materias delicadas; fué el sostener que ninguna interpretacion de dichos libros, dada por los hombres, podia ser obligatoria para las conciencias. De aquí el nombre de *libertad evangélica* que los mas cultos y el mismo Lutero dió desde un principio á la reforma. El principio de la autoridad de la iglesia, de la infalibilidad de los concilios, de la especie de fé que se daba á las explicaciones de los Santos Padres, vinieron á tierra en virtud de esta doctrina. Puesto que las escrituras eran las solas fuentes de la fé, era natural que los cristianos se dedicasen á estudiarlas, á penetrarse de su espíritu. Uno de los grandes trabajos literarios de Lutero, fué la traduccion de la Biblia en aleman; y aunque esto fué algo posterior á su presentacion en Augsburgo, muestra bien el espíritu que respiraban sus doctrinas. De la Biblia traducida al alemán, ya se conocian doce ediciones á fines del siglo anterior, mas fué la suya la que adquirió mayor popularidad, sea por su verdadero mérito, ó por otras circunstancias. De la Sagrada Escritura sacaba

él la mayor parte de sus argumentos, y como la autoridad de sus intérpretes, arma grande con que le combatian, era lo primero que él negaba, se hacia la cuestion interminable. La Alemania estaba inundada de argumentos y argumentadores en los dos sentidos. A todo el mundo llamaba, aunque no fuese mas que la curiosidad de saber cuál era el motivo de tanta controversia. Por precision pues se habia de preguntar, de inquirir, de leer, de estudiar, de confrontar citas, de nutrirse cada uno, y siempre en progresion, de lo que le era mas necesario para ofender ó defenderse. Todo esto circulaba con una rapidez prodigiosa por medio de la imprenta. Así se difundió poco á poco el espíritu de discusion y de disputa. ¿Y quién no vé que la emancipacion espiritual que se propalaba y sostenia, preparaba el camino á la política, si ya no se hallaban enlazadas?

Ya hemos dicho que el emperador Maximiliano falleció durante el gran calor de todas estas controversias. Nombrado el elector de Sajonia vicario del imperio durante el interregno, fué uno de los candidatos para tan alta dignidad; mas tuvo la prudencia de no dejarse llevar de esta ambicion, y contribuyó poderosamente á la eleccion de Cárlos de Austria, rey de España. Coronado este emperador en Aquisgran ó Aix la Chapelle, ningun negocio se presentó de mas consideracion y urgencia que el de la escision religiosa que despedazaba la Alemania. Estaba Lutero condenado en Roma, y el papa urgia porque se llevase á cabo la sentencia. Mas el emperador y demas príncipes de la confederacion, consideraron que el negocio tenia al mismo tiempo que religioso, un carácter demasiado político, para no ser tomado en cuenta por las potestades temporales. Se creyó que era un asunto bastante digno por su importancia de la convocacion de una dieta que se decidió celebrar en Worms, ante la que debia comparecer Lutero, á dar cuenta de su doctrina y su conducta. Fué en efecto la dieta convocada, y citado á ella el predicador de las nuevas opiniones.

Necesitaba Lutero, 1521, un salvo conducto para presentarse en Worms, y aun este documento debia serle sospechoso, recordando que habia sido violado el dado á Juan de Huss por Segismundo. Concedió el salvoconducto Cárlos V, y Lutero sin duda fiado en la grande y poderosa proteccion del elector de Sajonia, no dudó de dirigirse á Worms, á donde acudió el emperador con todos los electores, príncipes y dignidades seculares y eclesiásticas que componian aquellas grandes asambleas. Como el asunto era principalmente eclesiástico, se reunieron muchos teólogos, y entre ellos, los mayores contrarios de Lutero. Hizo gran sensacion en Worms la llegada de este hombre ya tan célebre. Unos por afecto á sus doctrinas, otros por contrarios sentimientos, los mas, atraidos solo del gran ruido de su nombre, acudian á verle por donde quiera que pasaba. Rodeado de una inmensa muchedumbre, llegó al palacio donde estaba reunida la dieta, y se presentó en ella sin dar indicios de intimidarse á la vista de una asamblea tan numerosa y respetable. Le interrogó Eck, uno de sus impugnadores mas encarnizados, y le mandó manifestase si se recónocia autor de los escritos cuya lista iba á leerle. Concluida la lectura, respondió Lutero que todos eran obras suyas; mas que para responder sobre ellas, necesitaba le diesen algun tiempo. La replicó Eck que puesto que las habia compuesto, precisamente las habia meditado; y que por otra parte era imposible que no hubiese pensado en lo que tenia que responder, sabiendo el motivo con que á la dieta era llamado. Se le dió sin embargo un dia de término para que meditase su respuesta. Al siguiente se presentó Lutero de nuevo en la dieta, y pronunció un discurso larguísimo en explicacion y defensa de sus opiniones. Mas la dieta de Worms no habia tenido por objeto abrir un campo de disputa y controversia, sino el pedir cuenta de sus doctrinas, ó mas bien adquirir una certeza legal de si en efecto las habia propalado de palabra ó por escrito. Ha-

biéndose declarado en efecto autor de aquellas obras, se le pidió su retractacion, y ésta la negó Lutero. Pensaba el emperador, pensaban los legados del papa y los demas principales personajes que se intimidaria con su presencia el atrevido innovador; mas sea que éste hiciese punto de conciencia el ratificarse en sus principios, sea que su carácter resuelto le hiciese prescindir de todas consideraciones personales, sea que se fiase de las simpatías secretas de que era objeto por parte de muchos de la dieta, persistió en su negativa sin mostrarse intimidado.

En cuanto á su persona, ya no quedaba á la dieta mas partido que el despedirle en virtud de un salvoconducto. No faltaron quienes aconsejaron al emperador que se le retirase, haciéndole ver los servicios que en esto haria á la iglesia; mas á Cárlos V pareció una mengua de honor la violacion de la palabra. Se le devolvió á Lutero su salvoconducto, dándole el término de veinte dias para atender á la seguridad de su persona, con la prohibicion de predicar en el camino. Inmediatamente se salió de Worms Lutero con este resguardo; mas en cuanto á predicar en el camino, faltó á esta c ndicion, diciendo que primero era la causa de Dios que la de los hombres. A observar Cárlos V este principio, segun lo que por la causa de Dios se entendia entonces, no lo hubiese pasado bien Lutero; pero el emperador se mostró en la ocasion mas generoso.

De todos modos corria la persona de Lutero un gran peligro. Condenado en Worms, como lo habia sido en Roma, sin mas resguardo que un salvoconducto por veinte dias, hubiese sido víctima de muchas asechanzas, sin encontrar asilo seguro en parte alguna, á no haber tomado el elector de Sajonia la resolucion de apoderarse violentamente de su persona, y encerrarle en la fortaleza de Wartzburgo, donde le puso al abrigo de todas las pesquisas.

Poco tendremos que decir de Lutero, debiendo de

ocuparnos casi mas de los luteranos que de su persona. Se habia ya impreso un gran movimiento con energía, hasta con violencia, y creado una nueva época en el mundo político, moral é inteligente. Aunque el mismo innovador lo hubiese pretendido, no hubiese ya podido destruirla. Mas no fueron tales sus designios. Encerrado en lo que llamaba su Patmos, emprendió con nuevo ardor sus tareas literarias. Allí comenzó ó concluyó su famosa traduccion de la Biblia y otros tratados teológicos. Vuelto al mundo cuando ya no corria peligro alguno, y al seno de su iglesia y universidad, continuó siendo objeto de entusiasmo, de veneracion y de respeto. Para dar el ejemplo con el precepto, se casó con una religiosa, de quien tuvo hijos, sin que esta union hubiese sido objeto de escándalo, ni disminuyese la consideracion personal de que gozaba.

Escitó la presencia de Lutero en Worms diversos sentimientos. Sin duda sus secretos partidarios aplaudieron su persistencia y negativa á retractarse; mas no se atrevieron á defenderle abiertamente. Se mostró el emperador muy ofendido con la conducta del innovador, y publicó una carta en aleman, haciendo profesion de su fé católica, declarando que no queria se tuviesen mas consideraciones con Lutero. El salvoconducto que le dió de despedida, fué aplaudido por algunos, reprobado por los que mas celosos se mostraban por la fé católica. En el acto de despedir á Lutero, se publicó un edicto de la dieta, condenando sus doctrinas. Se hizo en él enumeracion de todas sus heregías, y de su condenacion por el pontífice. Se daba cuenta de lo ocurrido durante las sesiones de la dieta; que se habia llamado á Lutero á Worms, que se le habia preguntado si eran suyos los libros que corrian como tales; que en vista de la afirmativa se le habia mandado que se retractase; y que habiéndose negado á ello, se le daba para salir el término de veinte dias, pasados los cuales, se declaraba rebelde, reo de lesa magestad, con órden á todos de que le persiguiesen.

Declaraba el edicto de Worms ilegal la reforma establecida por Lutero; mas estaba demasiado adelantada ya la obra, para que con un pliego de papel viniese al suelo. No disimulaban los príncipes luteranos su intencion y sentimientos. Para muy pocos era un misterio el confinamiento del reformador, y bajo qué auspicios se hallaba al abrigo de todas las pesquisas. Era ya una escision en toda forma, en que la política se hallaba tan mezclada con la religion, que no se sabia á cuál se habia de atribuir la mayor parte. Bajo este doble aspecto debia de ser odiada del emperador; mas como ya hemos dicho en otro lugar, no podia romper por entonces con unos príncipes, cuyos auxilios le eran necesarios contra el turco. Por otra parte, los muchos y complicados negocios que le rodeaban á la vez, le impedian consagrar á todos las mismas atenciones. Despues de publicado el edicto de Worms, tuvo que volver á España, donde le llamaba la situacion del pais, sacudido por la guerra de las Comunidades. En seguida quedó poderosamente su atencion con las campañas contra los franceses. En 1522 se celebró una dieta en Nuremberg, presidida por el archiduque Fernando, hermano del emperador, á donde mandó un legado el papa Adriano VI, con la comision de promover la ejecucion de los artículos del edicto de Worms, y la liga de los príncipes de Alemania contra Soliman, que avanzaba sobre Hungría. Entraba tambien en sus instrucciones el hacer ver á la dieta, que el pontífice era el primero en reconocer, que el azote de la heregía era una especie de castigo de la divina Providencia, por los pecados de los príncipes y grandes prelados de la iglesia; por los vicios y abusos que se habian introducido en su gobierno, y que solo con el objeto de trabajar por su reforma, se habia decidido á aceptar su elevada dignidad, á que sin este motivo habia renunciado, etc.

Esta ingénua confesion del papa Adriano hace mucho honor á su probidad, á su virtud y á su celo apostólico; mas fué censurado como un rasgo de impruden-

cia por los magnates de la curia, á cuyos ojos era el nuevo papa incapaz de gobernar la nave de la iglesia. Hácia sus virtudes manifestaban gran respeto; mas decian que era preferible para gobernar la iglesia una gran prudencia con mediana probidad, á la santidad con menos de prudencia (1). Es una verdad histórica que el papa Adriano con sus virtudes, con su celo por la reforma de abusos y costumbres, fué el menos popular de todos los pontífices de aquella época, y que causó tanto disgusto su exaltacion, como su muerte contento y regocijo. Nada retrata mas al vivo aquella corte y aquel tiempo.

La legacion no produjo efecto alguno. Respondieron los de la dieta en los términos mas respetuosos al pontífice, mas que nada podian hacer en las actuales circunstancias. Era la escision un hecho consumado. Lutero habia vuelto á Wittemberg, y públicamente entendia en el arreglo de su nueva iglesia.

Otra dieta se celebró al año siguiente en Nuremberg: tambien envió á ella su legado el papa, que ya no era Adriano VI, sino Clemente VII; mas tampoco produjo resultado en cuanto á la ejecucion de los artículos del referido edicto. La guerra que poco despues se declaró entre el papa y el emperador, no podia menos de ser favorable á los intereses del luteranismo en Alemania.

A la paz entre el papa y Cárlos V, se celebró por órden de éste otra dieta en 1529, y se reunió en Spira, á donde concurrieron varios príncipes que ya se habian declarado casi luteranos. Lo que prueba los progresos que habia hecho la doctrina es que pidieron la revocacion del edicto de Worms fulminado contra la persona de Lutero, é indirectamente contra las suyas propias; mas como se hallaban aun en minoría, se vieron rechazados. Contra esta negativa protestaron, y de esto les viene el nombre de *protestantes*, con que se conocen in-

(1) Pallavicini. libr. II. La autoridad de este cardenal no puede ser de ningun modo sospechosa.

distintamente en el dia los que entonces y despues se separaron del seno de la iglesia. Apelaron los protestantes al próximo concilio, cuyo nombre solo llenaba de inquietudes y zozobras á la córte de Roma.

Estrechaba el papa por un lado; los protestantes por otro: el turco amenazaba: Francisco I se mostraba muy propenso á sacar partido de estas disensiones. El emperador aguijoneado de tantas cosas á la vez, convocó una dieta en Augsburgo, hallándose en Italia á su vuelta de España. Se celebró la dieta en 1530 con gran pompa y esplendor, como una reunion de que se esperaba un resultado decisivo. Prepararon los teólogos de ambas iglesias sus armas como para un gran certámen. No asistió Lutero, aunque estuvo á una legua de Augsburgo; mas se presentó su amigo Melancthon que pasaba por su primer discípulo y el mas sábio de su escuela. Redactaron los protestantes los artículos de su nuevo Credo, conocido con el nombre de la Confesion de Augsburgo. Los católicos le rechazaron fulminando un decreto contra ella; con lo que volvieron los luteranos á protestar y á apelar al próximo concilio.

Formaron entonces los protestantes la famosa liga, que tomó el nombre de Smalkaldifca, del pueblo de Smalkalde, donde fué ajustada. Todo amenazaba una ruptura, y Francisco I se apresuraba á sacar partido de la ocurrencia uniéndose con los disidentes; mas Cárlos V supo por entonces conjurar la tempestad, expidiendo en Spira en 1532 un decreto de tolerancia, ínterin se reuniese el próximo concilio.

Se fortificaba la liga de los protestantes y adquiria cada vez mas importancia. Ya no querian concilio, y en esto eran consecuentes. ¿Qué habia de decidir á menos que se compusiese de individuos de ambas comuniones? Veia muy bien el emperador que ó tenia que reconocer la nueva religion, ó acudir á la fuerza de las armas. Contra la liga Smalkalfdica ó protestantes, formó la liga católica, que hubiese impuesto á la contraria, á no ha-

berse empeñado en la desgraciada expedicion de Argel, cuyos resultados motivaron ó aceleraron la ruptura de las hostilidades con la Francia.

No se aprovecharon los príncipes luteranos de estos apuros del emperador para llevar adelante sus designios. En lugar de aliarse con Francisco, acudieron á la dieta que Cárlos convocó en Spira en 1543, y le dieron socorros para hacer la guerra. Mas despues de la paz de Crespi, cuando se hallaba el emperador libre ya de este embarazo, fue cuando rebulleron con mas fuerza. En la dieta de Worms, celebrada en 1545, se negaron los príncipes alemanes á concurrir al concilio de Trento y dar auxilios contra el turco: en la de Ratisbona, en 1546, donde los príncipes católicos se adhirieron á las decisiones del concilio, volvieron á protestar los luteranos. Por una y otra parte faltaba la sinceridad y se acumulaban motivos de desconfianza y de sospecha. Los protestantes se sentian cada vez mas fuertes, y en el emperador crecia la intolerancia hácia la secta con el odio que era natural hácia los que desairaban su autoridad como jefe del imperio.

Por aquel tiempo falleció Lutero tranquilamente en Eisleben, pueblo de su nacimiento, en febrero de 1546. Por lo poco que se ha dicho de su carácter y su vida, se ve que fué un hombre extraordinario. Formaban la obstinacion y la violencia el distintivo principal de su carácter: sin ellas no hubiese triunfado de tantos obstáculos, como debió de encontrar el establecimiento de su secta. Era la virulencia que reina en todos sus escritos el sello de la polémica del tiempo, ni respiran mas indulgencia los escritos con que se combatian sus doctrinas. Era Lutero un hombre instruido, de una vasta erudicion en materias eclesiásticas, infatigable escritor, orador fácil y elocuente. No eran sus conocimientos puramente de un órden teológico, ni sus gustos todos de un controvertista. Era apasionado de la música, que cultivó toda su vida. Tambien manejó algo el pincel, en-

tendió en relojería y jardinería; y de su aficion á las letras humanas ha dejado suficientes testimonios. Nos quedan de él muchas obras en latin y en aleman, muchas cartas familiares, y hasta sus conversaciones de mesa, que han trasmitido con gran diligencia sus discípulos. Concluiremos con un dicho suyo, que nos muestra al menos la variedad de sus lecturas:

«Nadie comprenderá á Virgilio en sus Bucólicas, si no ha sido cinco años pastor.»

«Nadie comprenderá á Virgilio en sus Geórgicas, si no ha sido cinco años labrador.»

«Nadie puede comprender á Ciceron en sus cartas, si no ha tomado parte durante veinte años en los negocios de un gran estado.»

«Nadie crea haber gustado bastante de la Santa Escritura, si no ha gobernado durante cien años las iglesias con los profetas Elías y Eliseo, con Juan Bautista, Cristo y los Apóstoles.»

Hanc tu ne divinam Æneida tenta,
Sed vestigia pronus adora.

Somos pobres mendigos. *Hoc est verum.* 16 februarii anno 1546 (escrito en Cisleben dos dias antes de su muerte.)

Hemos visto en el capítulo IV la gran liga que se formó entonces por los protestantes, y de qué modo se separaron de ella la mayor parte de sus miembros, por la política y artificios del príncipe Mauricio de Sajonia. Cómo en vista de esta separacion ó defeccion se mantuvieron solos en la palestra el elector de Sajonia, y el Landgrave de Hesse, no se concibe fácilmente. Mas la derrota que padecieron en los campos de Muhlberg por las armas del emperador, se presenta como un efecto natural de su imprudencia. La severidad que Cárlos V desplegó despues de la victoria, muestra los verdaderos sentimientos de su alma, y que toda la moderacion y

tolerancia que antes habia manifestado, solo se debian á la necesidad, y á los apuros que por todas partes le rodeaban. Victorioso ahora, cambió completamente de tono, y anunció que era un jefe en todo y por todo del imperio. Ya hemos visto con qué severidad, mejor diré, con qué dureza fué tratado el elector, y en seguida el Landgrave, á pesar de sus humillaciones, y que quiso ser tan absoluto en religion, como en el resto. En la dieta de Augsburgo, celebrada en 1548, se presentó con todo el aparato de la magestad, rodeado de los instrumentos de sus triunfos. Allí dictó el *Interim*, es decir, el estado que el culto habia de tener, y lo que los fieles debian de creer, hasta que el concilio que estaba reunido en Trento, decidiese estos puntos importantes.

No se sabe hasta dónde hubiese llegado la política de Cárlos V en esta parte, á no encontrar un enemigo encarnizado, al paso que falaz, en el príncipe Mauricio. Cuando se creia en el apogeo del poder, se vió hostilizado por quien debia considerar como su apoyo, pues era su protegido y su hechura. Cuando seguia su obra de persecucion, se vió perseguido y humillado. Soltó al elector á la fuerza, habiendo malogrado la ocasion de mostrarse genereso; y para complemento de desaire y de violencia, tuvo que firmar el tratado de Passaw, por el que se estableció el libre culto de una religion, de la que habia sido enemigo constante y decidido, por ideas, por convicciones, y por celo de su suprema autoridad como jefe del imperio.

Como fué este el último acto del emperador relativo á controversias religiosas, sobre todo en la Alemania, aquí deberiamos terminar esta materia de luteranismo en aquellas regiones, durante su reinado, si su importancia y poderosa influencia no nos obligasen á entrar en otras consideraciones.

Que el movimiento imprimido por Lutero en los espíritus de su nacion y su siglo fué grande y poderoso, toda la historia de dicho siglo y el siguiente lo demuestra.

Otros reformadores, y aun mas atrevidos que él, se presentaron en seguida, como haremos ver muy luego; mas se quedará siempre á su cabeza, por haber sido el primero en aquel siglo, por estar su nombre mezclado con negocios políticos de grande bulto y trascendencia, y porque los sucesores suyos hicieron poco mas que moverse por sus huellas. No podia menos de originar su doctrina disturbios y escisiones en mas de un sentido, y no solo formar una iglesia separada de la de Roma, sino subdividir la cismática en otras tantas ramas como podian ser los que por conciencia, por ambicion política ú otras causas, se erigiesen en reformadores. Estableciendo Lutero por principio que era nula la autoridad de los concilios, de los santos padres, de la corte romana en materias de dogma, y que la verdadera fuente de la fé se hallaba tan solo en la escritura, daba á entender que la habian interpretado mal, ó por ignorancia ó por malicia. Esta autoridad de que despojaba á los demas ¿á quien la transferia? ¿Quién era el intérprete legal de unos libros de que otros habian abusado? ¿Lo era él mismo? Mas segun sus propias doctrinas podia tambien equivocarse. ¿Qué derecho tenia nadie, siguiendo este principio, de imponer su opinion ó su creencia á los demas? ¿No era esto lo mismo que decir, que podria haber tantas creencias ó dogmas, cuantos fuesen los hombres, que despues de acudir á la fuente, es decir, á consultar la escritura, pudiesen interpretarla de distinto modo? Así la diversidad, la discordancia, las variaciones de todas las iglesias separadas de la romana, eran una consecuencia natural, inevitable del principio del sacudimiento del yugo de la autoridad, sentado por Lutero. Que presintió las consecuencias de esto mismo, y que muchos, siguiendo su ejemplo, iban á sacudir el de la suya propia, aparece claro de algunos pasajes de sus memorias mismas. Consta tambien de ellas, que tenia dudas de algunas cosas que habia dicho, que le pesaba de haber ido en otras demasiado lejos, y que lo atribuia á la virulencia con

que habia sido tratado por sus enemigos. Sea por esto, ó porque no se tuviese por suficiente autoridad, es un hecho que dejó muchas cosas por decidir de un modo claro, y que sobre otras no quiso pronunciarse. Habiendo abolido los votos monásticos, jamás quiso valerse de su influjo para expeler de los conventos las personas que no querian abandonarlos. Mostrándose enemigo de las misas rezadas, pensó que debian conservarse las cantadas, con tal que se mezclasen en ellas algunos salmos en aleman, que diesen un aire nacional á dicha ceremonia. Sobre el purgatorio no fué explícito; y en cuanto á la presencia real en la Eucaristía, no solo no la negó, sino que se mostró enemigo de los que la rechazaban. Uno de los grandes tormentos de su vida, fué la muchedumbre de consultas en materias de creencia con que le abrumaban, y á quienes no podia dar una respuesta categórica. Vivió bastante para ver otros innovadores ponérsele delante, y zaherirle por la timidez de sus doctrinas; para deplorar abusos que hacian de ellas la ignoranciay la ferocidad, y para conocer por experiencia, que si los luteranos representaban un gran papel en el mundo, no se hallaba Lutero en el apogeo de su autoridad y de su gloria. No fueron sus últimos años muy felices, y su muerte vino sin duda á libertarle de mucha ansiedad y mucha angustia.

Antes de pasar al mismo luteranismo ú otras sectas religiosas que cerca de Alemania y en otras partes se planteaban, nos extenderemos algo mas sobre los efectos que bajo el aspecto político la reforma en aquel pais produjo. Prescindiendo del influjo que pudo tener la propia conviccion ó la conciencia, hemos indicado que á los príncipes que abrazaron la doctrina de Lutero les asistian los motivos políticos de separarse de Roma, de ahorrarse las contribuciones indirectas con que á los gastos de aquella córte concurrian; de aprovecharse de los despojos de la iglesia, de darse á ellos mismos mas importancia con respecto al jefe del imperio. Los

mismos sentimientos que animaban á los grandes hácia otro mayor, debian de influir en los pequeños en sus relaciones con los grandes. A la emancipacion evangélica no podian menos de seguirse disturbios políticos, y una pugna para obtener en lo mundano los mismos efectos que en lo religioso. A las opiniones de Wicleff se siguió en Inglaterra la faccion de los Lolardos. Tuvo por consecuencia el suplicio de Juan de Huss y de Jerónimo de Praga la guerra de los hussitas en Bohemia. A los principios de las innovaciones de Lutero, y aun antes, se insurreccionaron una muchedumbre inmensa de paisanos en Suavia, en Franconia, en Alsacia, en los círculos del Rhin, en otras partes de Alemania, pidiendo con las armas ser libertados del yugo de los señores, alegando los derechos que como á cristianos les estaban asignados en el Evangelio. En doce artículos extendieron las condiciones de su pacificacion y desagravio; debiendo decir por amor á la imparcialidad que muchos parecian justos, y que sus mismas quejas muestran bien el grado de abyeccion y servidumbre en que vivian. Citaremos algunos: que se les permitiese elegir su pastor y deponerle, siendo de cuenta de ellos el pagarle: que no fuesen propiedad de nadie: que se aboliese el derecho exclusivo de caza y otras cosas comunes: que se aliviasen los servicios públicos, que se disminuyesen las contribuciones.

Se creyó Lutero como interpelado en esta grave controversia, y tuvo á punto de deber y honra el pronunciarse. En lugar de mostrarse favorable á los paisanos, les afeó su insurreccion y su alzamiento, diciéndoles que no era de cristianos vindicar sus agravios con las armas en la mano: que acudiesen á las de la moderacion y de la súplica. Con la misma energía que á los paisanos, se dirigió á los señores, echándoles en cara su espíritu opresivo, exhortándoles á la misericordia y á la indulgencia; concluyendo por proponer á los partidos una avenencia por medio de mútuos delegados. Con este

término medio de conducta que adoptó Lutero por no comprometerse mas abiertamente, no dejó contenta á ninguna de las partes. Se remitió el negocio al fallo de las armas, y se decidió en favor de los señores, quedando los paisanos vencidos, derrotados y dispersos. Su jefe principal llamado Muncer, hombre osado y feroz, que arrastraba la muchedumbre con su elocuencia violenta y sanguinaria, pereció en el cadalso con los principales de sus cómplices.

No mostró Lutero pesadumbre por este desenlace de la insurreccion de los paisanos. Le consideró al contrario como un justo castigo de un crímen de desobediencia. Y tal vez se alegró en secreto de ver reprimidos unos excesos y desórdenes que los católicos achacaban naturalmente á sus doctrinas.

Fué esta guerra de los paisanos en extremo cruel y sanguinaria. Se abandonaron los insurgentes á toda suerte de furor y desenfreno como toda muchedumbre guiada por sus instintos groseros, que ha sacudido el yugo de toda subordinacion y disciplina. Si su conducta y la suerte de sus armas excitó tan pocas simpatías en Lutero, el incendio que promovieron el año de 1534 en Munster los anabaptistas, fue objeto de su cólera y de una indignacion violenta.

Eran los anabaptistas una secta, donde se predicaba, entre otras cosas, que los hombres no debian bautizarse hasta ser adultos; por cuya razon, siendo el bautismo de la infancia nulo, no se podia salvar quien no lo renovase. En apoyo de esta novedad, citaban el bautismo de Cristo en el Jordan, antes de tomar el camino del desierto. Se introdujeron estas innovaciones en Munster, donde, desde el año de 1530, habia penetrado la doctrina de Lutero. No se descuidaron, como sucedia á todos, de propalar y difundir la suya, que no dejaba de encontrar prosélitos. Iba su predicacion acompañada de vociferaciones, de violencias; y entre los ardientes entusiastas se distinguia un sastre llamado Juan de Leyden, por su elocuen-

cia, y la audacia con que habia contribuido á introducir aquella novedad en Munster. Mostraban hácia la iglesia de Lutero la misma aversion que á la de Roma, lo que era un nuevo motivo de pugna entre ambos bandos. Hay cuatro profetas, decian los anabaptistas; dos verdaderos y dos falsos. Los primeros son David y Juan de Leyden: Lutero y el papa los segundos. Al fin los católicos y los luteranos expelieron de la ciudad á los anabaptistas; mas volvieron en mucho mayor número y con mas audacia, corriendo las calles, exhortando á los hombres á la penitencia, al mismo tiempo que se apoderaban de los puntos fuertes, de la casa de ayuntamiento y de la artillería. Los católicos y protestantes se armaron por su parte para atacar á los anabaptistas, y despues de varios combates sin resultado alguno, se convinieron en que cada uno ejerciese libremente su creencia. Los anabaptistas, sin miramiento á este tratado, llamaron en secreto á los de su persuasion, que se hallaban en los pueblos inmediatos. Cuando los luteranos y católicos vieron que la ciudad se llenaba de gente forastera, se salieron inmediatamente los ricos del pueblo, como pudieron, dejando solo dentro á los mas pobres. Entonces los anabaptistas se apoderaron del mando, depusieron el ayuntamiento, formaron otro nuevo. De allí á unos dias, despojaron los conventos y las iglesias, corrieron las calles, llamando á gritos á los hombres á la penitencia, á que recibiesen el bautismo, amenazando con la muerte á los impíos que no se marchasen al instante. A todos los que no eran de su secta hicieron salir de Munster, sin distincion de edad ni sexo.

Dueños de Munster los anabaptistas, mandó un profeta supremo, Juan Mattiesseu, que todos pusiesen sus bienes en comun, y que nadie ocultase nada, pena de la vida; apoderándose asimismo de los de los fugitivos. Se mandó asimismo que no se conservasen mas libros que los de la Biblia y Antiguo Testamento. Todos los demas fueron quemados en la plaza de la catedral, estimándose su precio en mas de veinte mil florines.

Habiendo muerto á las puertas de la ciudad este profeta por las tropas del obispo que la sitiaban, le sucedió en el cargo Juan de Leyden, quien tomó á su viuda por esposa. Dieron á pocos dias los sitiadores un asalto, que fué rechazado con gran pérdida, y adquirió con esto Juan Leyden nuevo crédito, que le hizo mas osado. Nombró doce fieles para que fuesen los ancianos de Israel: declaró que Dios le habia revelado nuevas doctrinas sobre el matrimonio. Los predicadores con quienes la discutió, abrazaron su opinion, y por tres dias consecutivos predicaron la pluralidad de las mujeres; doctrina que fué inmediatamente puesta en práctica, con todas las violencias del mas bárbaro libertinaje.

En la fiesta de S. Juan de 1534, un nuevo profeta de oficio platero, llamado Warendorff, reunió al pueblo y le anunció que habia tenido una revelacion en virtud de la que debia reinar Juan de Leyden sobre toda la tierra, y ocupar el trono de David, hasta el tiempo que el Dios padre viniese á pedirle la entrega del gobierno. Los doce profetas fueron depuestos, y nombrado rey Juan de Leyden.

Se rodeó el nuevo monarca de una córte completa, magnífica y pomposa; creó todos los cargos y empleos que se ven en los palacios reales; elevó á una de sus mujeres al rango de reina; se hizo con un tren de cuarenta ó cincuenta caballos, todos ricamente enjaezados. Adornado con los trajes mas magníficos hechos con vestiduras de la iglesia, se presentaba en la calle con todo el aparato de un gran rey, acompañado de pajes, uno de los que llevaba su Biblia y su corona, y otro su espada desnuda. Al mismo tiempo se abandonaba á todos los excesos de la crueldad, de la licencia y desenfreno. Habiendo dicho una de sus reinas á las compañeras que no creia conforme á la voluntad de Dios que dejase perecer al pobre pueblo de hambre y miseria, la hizo conducir á la plaza del mercado en compañía de sus demas mujeres, y habiéndola mandado que se ar-

rodillase en medio de sus compañeras, prosternadas como ella, la cortó con su misma espada la cabeza. Las demas reinas cantaron gloria á Dios en las alturas, y el pueblo se puso á bailar en torno del cadáver.

Tanto delirio y desenfreno no podian ser de larga dura. Se estrechaba el sitio, y los de adentro estaban reducidos á la última miseria. Llegó á ser tan grande el hambre que se llegó á distribuir la carne de los muertos, exceptuándose solo los que habian tenido enfermedades contagiosas. El dia de S. Juan de 1535 se dió otro asalto y se tomó la plaza despues de una obstinada resistencia. Todos los anabaptistas fueron pasados á cuchillo. El rey y su teniente fueron cogidos prisioneros, y despues de mas de seis meses de prision, salieron al suplicio, donde fueron atenaceados y muertos de una puñalada en el pecho, despues de una hora de tormento.

Esta catástrofe atroz de los anabaptistas de Munster, fué la última de esta clase que tuvo lugar en Alemania en toda la primera mitad del siglo á que nos referimos. Ya veremos repetidos, no precisamente los mismos horrores, mas otros que se les parecen, en Suiza, en Francia, en los Paises-Bajos, en Escocia, dando por resultado la observacion exacta de que las guerras religiosas han sido siempre las mas crueles y atroces de las guerras.

Hemos indicado que no se concretó el luteranismo simplemente á la Alemania. En los mismos tiempos de que hablamos, no dejó de penetrar por Francia y por Italia; llegó hasta España, á donde le llevaron los soldados luteranos de Cárlos V, pues en las filas imperiales tenian cabida todas sectas y naciones. Una gran parte de los excesos, sobre todo las profanaciones que se cometian en Roma durante su ocupacion por las tropas de aquel príncipe, se atribuye á los soldados luteranos.

Para concluir todo lo relativo á las contiendas religiosas de Alemania en la época de Carlos V, diremos dos palabras acerca del Concilio de Trento, hecho histórico demasiado interesante, para que se pase en silencio

tratándose de tales controversias. Como hecho le bosquejaremos, pues, con sencillez y concision, sin ningun exámen, sobre todo en la parte teológica (1).

La idea de un concilio ó de cualquiera otra asamblea de esta clase, debió de ocurrir y ocurrió efectivamente, en todas las novedades extraordinarias, en todos los graves conflictos, en las escisiones de efectos muy trascendentales, en cuantos peligros amenazaron la nave de la iglesia. Todos los grandes concilios generales, representan efectivamente algunas de estas situaciones. No es extraño, pues, que cuando la heregía de Lutero tomó tanto incremento en Alemania, se fijase la opinion en un Concilio, como la medida mas eficaz para curar estos males de la iglesia. Los mismos protestantes parecian desear esta celebracion, cuando apelaron al próximo Concilio; al protestar contra las decisiones de Spira y de Augsburgo; y hasta Lutero tocó esta especie en respuesta á su condenacion en Roma. Deseaba mucho este concilio Cárlos V, tanto con objeto de acabar asi con la heregía, como con el fin de que se hiciesen aquellas reformas sobre disciplina y gobierno temporal de la iglesia que reclamaban la opinion, y parecian los medios mas conducentes para que no se renovasen en adelante tan funestas escisiones.

Mas la córte de Roma no vió con los mismos ojos este negocio de concilio. Sin duda recordaba los recien-

---

(1) Entre los varios historiadores que consagraron su pluma á la descripcion de este Concilio se distinguen dos, marcados por la diversa índole y carácter de sus narraciones. El uno es Fra Paolo Sarpi, fraile servita veneciano, nada adicto á la curia romana, y propenso á emplear siempre el lenguaje de la censura y hasta de la sátira. El segundo es el cardenal Palavicini, cuya historia parece principalmente dirigida á refutar los errores del primero que designa con el nombre de *Suave*, pues bajo el seudónimo de *Suave Polano* publicó en Londres por primera vez Fra Paolo su historia. Como en los hechos substanciales que son los que nosotros consignamos, convienen los dos con corta diferencia, de cualquiera de los dos podriamos tomarlos, mas para no errar en esta materia delicada nos valdremos esclusivamente de la del Cardenal, y á él esclusivamente nos referimos en un todo sobre lo poco, que segun el objeto de nuestra obra, tendremos que narrar de este Concilio.

tes de Constanza, de Basilea, de Pisa y de Florencia, en que los padres se consideraron y condujeron como verdaderos representantes de la Iglesia; punto muy delicado para la autoridad del pontífice de Roma. Tal vez creia que un Concilio no era ya eficaz para cortar los males que iba produciendo la heregía y en efecto, á la altura en que se hallaba este negocio, ya era mas asuncde armas, que de controversia. Era preciso ó tolerar existencia del Luterano, ó estirparle por medios de material coaccion ó de violencia. Asi lo veia todo el mundo: así lo conocian los mismos protestantes, que al principio pidieron Concilio, que despues pusieron por condicion que se celebrase en Alemania, y. al último no quisieron ya Concilio. Entre el luteranismo y la iglesia católica se habia abierto ya una brecha inmensa. Eran ya dos cosas inamalgables, infundibles. Un Concilio compuesto de doctores de ambos bandos con objeto de discutir, era imposible, sumamente peligroso. Compuesto solo de prelados y católicos, tenia que comenzar lanzando condenaciones, censuras y anatemas. La cuestion era, pues, si estas bastarian sin emplear la violencia de las armas.

La cuestion de la reforma en la disciplina y negocios meramente temporales de la iglesia, era sumamente delicada y espinosa. Esta idea no la desconocia la curia romana, mas sonaba mal, y sobre todo repugnaba el conceder que á los abusos de que tanto se quejaban, se debiesen en parte las heregías que afligian á la iglesia. Ya hemos visto lo objeto de censura que fué el papa Adriano VI, porque habia hecho ver á la Dieta de Nuremberg que él era el primero en reconocer en el azote de la heregía un castigo de la divina Providencia.

En fin, despues de varios pasos y negociaciones, sobre el punto donde debia celebrarse, despues de haber decidido el papa que fuese presidido por legados suyos, fué el Concilio convocado para la ciudad de Trento en el Tirol, por un decreto del papa Paulo III, expedido

en 1.º de mayo de 1542, por el que se mandaba celebrar la primera sesion el 24 de junio de aquel mismo año.

Los legados del papa acudieron con puntualidad para el dia convenido; se juntaron tambien algunos otros padres y prelados, mas fueron en tan pequeño número, que no se pudo reunir el Concilio, y los padres tuvieron que volverse. Por aquel tiempo se celebró la dieta de Spira en 1543, con motivo de los socorros que dieron al emperador contra la Francia. Expidió Cárlos el decreto de que no se molestaria á los protestantes, hasta que decidiese los puntos de controversia el próximo Concilio.

Disgustó mucho esta concesion á la Sede apostólica, y alentó en proporcion al partido luterano. Ya no hablaban estos de Concilio, como que á las decisiones de un Concilio no pensaban someterse. La desunion de los ánimos, la desconfianza mútua del emperador y el papa, la guerra encendida entre el primero y el rey de Francia, hicieron que se parase el negocio del Concilio, quedando como muerto, hasta que fué convocado por segunda vez para el 15 de marzo de 1545. Todavía en vista de los pocos que acudieron, se difirió la reunion para el 3 de mayo de aquel año. Mas á pesar de la prisa que ponia el pontífice, fueron tantos los obstáculos, las dificultades que se ofrecieron, la desconfianza en unos, la mala fé en otros, que el Concilio no pudo inaugurarse hasta el 13 de diciembre.

Comenzó la ceremonia con una solemne procesion, en que iban por su órden frailes, canónigos, obispos y legados. Se instaló solemnemente el Concilio, pronunciando el obispo de Bitondo el discurso de apertura: determinó abrir sus sesiones para el 6 de enero del año siguiente de 1546.

Fué el Concilio de Trento muy poco concurrido desde los principios. Asistieron á la ceremonia de la inauguracion, cuatro legados, cuatro arzobispos, veinte obispos, cinco generales de órdenes religiosas. De Francia no se presentó ninguno: de Alemania

muy pocos. Los oradores del emperador tampoco habian llegado todavía. Dió esta falta de asistencia lugar á inculpaciones, á reprimendas sérias, y hasta indicaciones de acusar de contumacia á los àusentes. Hubo muchas escusas por parte de estos últimos, alegando causas de tardanza, y pidiendo nuevos plazos.

Se emplearon las primeras reuniones en la designacion de los empleados para la direccion de los negocios del Concilio, en decidir de qué modo se habian de contar los votos, y hasta el mismo título que al Concilio habia de darse. Algunos no querian que se llamase universal, por no poder considerarse como representacion de toda la iglesia, en vista del escaso número que habia concurrido; mas prevaleció la opinion contraria, aunque la denominacion que se dió desde los principios á dicha asamblea, no fué siempre la misma; indicándose con esto que no se hallaba el punto bastante decidido.

En la segunda sesion se dejó ver la diferencia de ideas y miras que animaban á los padres del Concilio. Querian algunos que comenzasen sus trabajos, haciéndose reformas en la disciplina de la iglesia, en las costumbres de sus prelados, en la administracion de sus negocios temporales. Tales eran las ideas del emperador y de la mayor parte de los prelados de Alemania. Alegaban para ello que así se quitarian muchas armas á los hereges que en muchas de estas corruptelas y abusos apoyaban sus doctrinas: mas la mayoría y el mismo pontífice á quien Cárlos V escribió sobre el particular, rechazaron este órden de trabajos, como derogatorio á la dignidad misma de la iglesia. Sostuvieron que era impropio para los que se reunian con objeto de pronunciar, de decidir y condenar, dar principio á sus tareas acusándose á sí mismos, y ofreciendo este triunfo á sus contrarios: que de las reformas en la disciplina nadie habia que no reconociese la necesidad; mas que este negocio debia posponerse al de la manifestacion y pronunciamiento solemne sobre el dogma.

Prevaleció esta última opinion, y se decretó que empezase el Concilio sus tareas por el Credo. Se pasó á la inspeccion de los libros canónicos reconocidos como tales hasta entonces. Fué alguno de opinion que se los dividiese en dos clases; unos de fé ciega é implícita, otros de mera edificacion y de consejo; mas fué rechazada casi por unanimidad esta doctrina. Se propuso por otros si estos libros canónicos se debian examinar de nuevo; á lo que se respondió que ya lo estaban por la iglesia, y que un nuevo exámen seria dar un triunfo á los hereges que deseaban abrir campos de disputa y de contienda. Replicaron los primeros que el modo de convencerlos era examinar y discutir; mas en la votacion tuvo mayoría la opinion contraria. El Concilio se pronunció pues solemnemente sobre la admision de todos los libros canónicos sin distincion, y contra los que los desechasen ó negasen, decidió lanzar un anatema, por veinte votos contra doce.

Se procedió despues á las tradiciones apostólicas, y despues de varias discusiones, se decidió que se les debia la misma fé que á la Escritura, lanzando el mismo anatema contra los que las desechasen. Se resolvió asimismo declarar la Vulgata, único texto canónico entre todas las demas traducciones en latin de la Escritura, escogitando el modo de espurgarle de todos los yerros, que por descuido ó ignorancia de los copistas ó impresores se habian en ella introducido.

Mientras tanto continuaban las quejas contra los ausentes, cuyas excusas fueron todas desechadas. Se llegó hasta formular un decreto contra ellos; mas no fué leido en sesion pública.

Una de las disposiciónes tomadas en aquellos dias por el Concilio fué la deposicion del arzobispo de Colonia, acusado de connivencia con los heresiarcas. Con este motivo volvieron muchos á insistir en que se pasase pronto á tratar de las reformas. El emperador lo solicitaba en sus cartas al pontífice, exponiendo la necesidad

de que se tratase de esto antes de pasar al dogma. Mas Paulo III desechó de nuevo sus indicaciones, lo que fué motivo de que los oradores del emperador se abstuviesen por un tiempo del Concilio. Los legados que le presidian en nombre del papa, y la mayoría de los padres, combatian con calor esta idea de entrar inmediatamente en las reformas. A nadie sè priva, decian, de reformar sus costumbres: todo el mundo es libre de llevar cilicios y ponerse ceniza en la cabeza. La fé es lo primero por ahora, despues se pasará á las obras.

Comenzaron, pues, los padres por el pecado original que declararon como uno de los artículos del dogma. Sobre la inmaculada Concepcion de la Vírgen no se atrevieron á decidir nada, por no herir la susceptibilidad de las órdenes religiosas, entre otras la de los dominicos que la desechaban.

Produjo la discusion grave y detenida sobre esta materia, cinco cánones relativos al pecado original cometido por Adan; á la trasmision de este pecado ó mancha á toda su posteridad; á la abolicion de esta mancha ó pecado por el sacramento del Bautismo, instituido por Jesucristo; á la absoluta necesidad de administrar este sacramento á cada individuo ó persona; á la abolicion por él no solo del pecado original, sino de cualquiera otro que hubiese cometido. En cuanto á la exencion de la Virgen de la ley comun, se mandó observar las constituciones de Sixto IV sobre la materia; explicándose este punto en términos que al manifestar lo piadoso de esta creencia de su inmaculada Concepcion, no se acusase de impía ni de irreligiosa la contraria.

Casi al mismo tiempo que se extendian y examinaban estos cánones, se tocaban algunos puntos relativos á la disciplina y gobierno de la iglesia. Se quejaban los obispos de las usurpaciones de su autoridad que en ciertos puntos cometian los superiores de las órdenes y comunidades monásticas, y se trató de cortar de raiz estos disgustos, restituyendo al poder episcopal sus atribucio-

nes. Se habló de la residencia de los obispos, considerándola como esencialmente obligatoria; se mandó que erigiesen cátedras tanto en las universidades como en las capitales de diócesis y comunidades religiosas, para la exposicion y explicacion de la Escritura, mandando que no se confiase este cargo sino á personas muy idóneas; que se hiciesen misiones, observándose la misma escrupulosidad con los revestidos del carácter de predicadores; que se abriesen escuelas gratuitas para enseñar á los pobres la gramática latina.

Habia celebrado el Concilio de Trento cuatro sesiones públicas en los cinco meses y mas que de instalacion llevaba. En 17 de junio de 1546, tuvo lugar la quinta, para aprobar los cánones relativos al pecado original y á la disciplina de la iglesia. Asistieron á ella cuatro cardenales, nueve arzobispos, cuarenta y ocho obispos, dos abades de monges, tres generales de mendicantes, y varios otros teólogos, oradores.

Como se vé, se hallaba todavía el Concilio muy poco concurrido, lo que hacia repetir las quejas y amenazas de costumbre contra los ausentes. De Francia ninguno se habia presentado, hasta que por aquellos dias acudieron tres individuos, que despues de varios debates sobre los asientos, le tomaron al fin entre los padres.

Por aquel tiempo estalló la guerra entre el emperador y los príncipes protestantes del imperio, de que hicimos mencion en su lugar, y á la que contribuyó el papa con un auxilio de doce mil hombres de infantería y dos mil caballos que pasaron por Trento en su marcha al teatro de las hostilidades. Con este motivo no creyéndose bastante seguros y tranquilos en esta ciudad los padres del Concilio, trataron de que se trasladase á Italia, mas este punto dió lugar á sérios y vivos altercados.

La curia romana que habia siempre propendido á celebrar el Concilio en este último pais, aprovechó gustosa cualquiera ocasion ó motivo de la remocion de Trento, ciudad triste, de pocas comodidades y conveniencias,

donde la mayor parte de los padres residian con suma repugnancia. A esta mala localidad se atribuia la poca concurrencia á tan solemne asamblea de la iglesia. Mas el emperador se habia empeñado siempre en situar al Concilio lo mas próximo posible al teatro de las escisiones religiosas, para que se sintiese mas su influencia. De igual opinion habian sido los prelados alemanes, y hasta los protestantes mismos, cuando querian y pedian Concilio. En esto tambien se llevaria las miras Cárlos V, de ejercer mas influencia personal en cuanto el concilio decretase. De todos modos, cuando se suscitó el punto de la remocion, se mostró tan adverso á la medida, como lo habia estado á su celebracion en algun pueblo de la Italia.

La generalidad de los padres deseaba la traslacion por los motivos ya expresados. La deseaba mucho el papa, y aun mucho mas los legados, temiendo los conflictos y embarazos que podrian suscitarse, en caso de morirse el pontífice, ya de edad muy avanzada, durante la celebracion del Concilio en un punto tan distante. Mas el emperador cada vez se mostraba mas adverso á la remocion de la asamblea; y el papa, por no disgustarle, temiendo que llegase quizá á convocar un concilio nacional, no daba indicios de insistir mucho en la medida.

Reinaba, pues, en Trento una guerra sorda, entre los que deseaban y combatian la salida. Entre los primeros, los legados trabajaban por llevarla á cabo, haciendo ver á los de la parcialidad del emperador, que era ya imposible al papa continuar con los auxilios de la guerra, mientras continuase el Concilio de Trento, por los muchos gastos que se le seguian, y haciendo por otra parte ver al pontífice la necesidad de suspender el Concilio, en caso de que su traslacion fuese imposible.

El emperador se mantenia obstinado, y Paulo III irresoluto; las intrigas, negociaciones y disgustos iban en progreso, sin que el asunto llegase á su terminacion, cuando se declaró en Trento una enfermedad, que tenia, ó á la que se quiso dar, el carácter de contagiosa; con cu-

yo motivo, los amigos de la mudanza alzaron mas la voz, y el papa se decidió al fin á dar el decreto para la remocion de él á Bolonia, á donde inmediatamente se trasladaron los prelados. Sucedió esto por mayo de 1547.

Se irritó el emperador con la medida, y pidió al pontífice la vuelta del Concilio á Trento. Lo mismo suplicaron los prelados alemanes. Mas la corte romana no tuvo por conveniente acceder á la pretension, y expidió nuevas cartas de convocatoria, para que los padres del Concilio se encaminasen á Bolonia. Mas no pocos, sobre todo los españoles, de la parcialidad de Cárlos V, se negaron á separarse de Trento.

En Bolonia se celebró una sesion, y se decidió que se suspendiesen hasta setiembre de aquel año. Mientras tanto ocurrió la victoria de Muhlberg contra el elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, lo que en lugar de hacerle ceder sobre la traslacion del Concilio á Bolonia, le movió á insistir de nuevo en que volviese á Trento. Mas esta medida era ya imposible, como tambien el que el Concilio continuase ya sus sesiones en Bolonia, con tantos altercados entre los que la deseaban allí, y los que persistian en permanecer en Trento. Así quedó esta asamblea como virtualmente suspendida.

Mientras se suscitaban estos puntos de traslacion y demas negocios puramente temporales, seguian adelante los padres con sus tareas de definir puntos de fé, y tomar medidas acerca de la disciplina de la iglesia. En cuanto á la primera parte, despues de los cánones ya referidos sobre el pecado original y sacramento del Bautismo, se pasó á los otros; pues sobre su número y efectos de su aplicacion rodaba una gran parte de las doctrinas de los heresiarcas. Se extendieron sobre esto nuevos cánones, y se lanzó anatema contra el que dijese é intentase que los sacramentos eran mas ó menos que siete; que no habian sido todos instituidos por Cristo; que lo estaban ya en lo antiguo; que tan solo los signos eran de la nueva; que no eran necesarios; que bastaba la preparacion

del alma y deseo de recibirlos, sin que lo fuesen en efecto. En cuanto á disciplina, se continuó el negocio de restituir toda su plenitud á la autoridad de los obispos; se decidió la obligacion de la residencia de estos en sus diócesis; que ninguno, y ni aun los cardenales, poseyesen mas que una, siendo extensivo hasta ellos la obligacion de residencia.

Mientras las contestaciones y negociaciones á que daba lugar la instalacion en Bolonia del Concilio, expidió el emperador su famoso decreto del *Interim* en Alemania, por el que se estableció lo que se habia de practicar y observar por los luteranos, ínterin decidia el congreso sobre aquellas controversias y disputas religiosas. Fué considerada esta medida por los protestantes como un rasgo de tiranía del emperador; en la curia romana causó aun mas desagrado, como atentatorio á la autoridad del pontífice y del Concilio mismo, mezclándose en materias fuera de la competencia de las potestades temporales. El papa trató de modificar este acto, y hacer en él las correcciones necesarias; mas le representaron sus consejeros que en esto mismo se comprometia su dignidad, y se prefirió el silencio á dar á entender de un modo tácito, que el emperador podia tener derecho de expedir decretos semejantes.

Poco despues falleció Paulo III, y fué sucedido por Julio III, que cuando cardenal, habia sido uno de los legados del Concilio. Como el emperador instaba siempre á que volviese esta asamblea á sus trabajos, y no se la convocase mas que para Bolonia, expidió el pontífice una bula, para que el Concilio volviese á reunirse en Trento.

Tuvo lugar la primera sesion en 1.º de mayo de 1550; despues de cerca de dos años que se habian suspendido sus tareas. El emperador, creyéndose ya en estado de dar la ley á los protestantes de Alemania, volvió á insistir en que se tratase de reformas en la disciplina, para quitar de un todo los pretestos y motivos que los heresiarcas alegaban. El papa manifestó que entraba per-

fectamente en sus consideraciones. El Concilio comenzó sus tareas, tratando de dogmas de creencia; extendiéndose mucho sobre el de la Eucaristía tan combatido por la secta de los sacramentarios.

A este concilio que se consideraba como una mera continuacion del anterior, acudieron tambien prelados franceses; mas se vió como una ofensa en el Concilio, el que las cartas credenciales que se leyeron en su seno, designasen esta asamblea con el nombre simple de *conventus* (reunion) sin emplear el de sínodo ó Concilio. Al fin se apaciguaron algo con las explicaciones que los oradores dieron de palabra explicando la de conventus, que en nada derogaba á la importancia y dignidad de a asamblea. Mas la Francia se habia manifestado en todas ocasiones poco adicta al Concilio, sin duda porque el emperador le promovia. Así no fueron admitidas nunca en aquel pais sus decisiones de ninguna época.

Las tareas en esta segunda del concilio de Trento procedieron con mas lentitud que en la primera. A las decisiones sobre el sacramento de la Eucaristía, siguieron las relativas á la penitencia. Se tomó entonces la medida de dejar pendientes ciertos puntos, invitando á los protestantes á que viniesen á esgrimir sus armas en la controversia, lo que no se habia hecho en la primera época. Mas los protestantes no asistieron: les estaba preparando triunfos mas sólidos y seguros, Mauricio de Sajonia, convertido repentinamente de consejero, de amigo, de protegido del emperador, en su enemigo. Huyó Cárlos V delante de su nuevo rival, y como hemos visto, se vió muy en riesgo de caer prisionero en manos del que hacia poco se llamaba su favorecido.

Tuvieron grande influencia estos acontecimientos en las tareas del Concilio. Llegaron los padres á verse realmente en peligro por la aproximacion á Trento del teatro de las hostilidades. Destruyó completamente el tratado de Passan las esperanzas que podia tener la corte romana de ver reducidos á los luteranos de Alemania al

seno de la iglesia. Declarada otra vez la guerra entre el emperador y el rey de Francia, necesariamente se habia de resentir de ello la buena armonía del Concilio, donde se hallaban padres de las dos parcialidades. Quedó así suspendida virtualmente esta asamblea, y no volvió á reunirse otra vez hasta diez años despues, cuando llevaba ya Felipe II siete de reinado.

Asi el Concilio de Trento no produjo efecto alguno en cuanto á la restitucion al seno de la iglesia de los protestantes de Alemania y otras partes. Estaba ya la escision muy decidida y pronunciada, y á demasiada distancia los principios de los disidentes de los adoptados como bases fundamentales por la iglesia. Era imposible que apagase el fuego ya tan encendido una asamblea, que no se reunia para examinar y discutir, sino para pronunciar y fulminar anatemas contra los que no adoptaban sus creencias. Entre tratados de tolerancia mútua y guerra abierta no habia medio. En cuanto á reformas en la disciplina de la misma iglesia católica no dejó de ocuparse de este asunto el Concilio como ya hemos visto; pero como objeto secundario. De la necesidad de estas reformas, como un punto de teoría, todo el mundo estaba convencido y penetrado; mas cuando se llegaba á la práctica se encontraban obstáculos insuperables. Unos no la querian verdaderamente por ser parte interesada. En otros heria y ofendia mucho su amor propio la consideracion de que se hiciesen estas reformas, cediendo á las exigencias y clamores de los mismos heresiarcas. Se mezclaban en estos negocios demasiadas pasiones y parcialidades. Los intereses mundanos y los religiosos se hallaban tan extrañamente ligados entre sí, que es muy dificil decidir la parte que verdaderamente pertenecia á cada uno. Los papas eran soberanos temporales al mismo tiempo que pontífices: en los demas príncipes subia y bajaba el fervor é intolerancia religiosa segun el barómetro de su política. No miraban precisamente el papa y Cárlos V bajo un mismo aspecto las disidencias

religiosas de Alemania, ni podian por lo mismo convenir en los medios de extirparlas. De esta divergencia en las miras de los soberanos participaban por precision los mismos padres del Concilio. Así los hemos visto en completa discordia, marchándose los mas á continuar el Concilio en Bolonia, mientras se obstinaba en no salir de Trento una grande minoría.

CAPITULO IX.

Siguen las controversias y guerras religiosas en la época de Cárlos V.—Enrique VIII de Inglaterra.—Ana Bolena.—Cisma.—Movimientos en Escocia.—Asesinato del cardenal Beaton.

La gran revolucion, y este título merece la producida en Alemania por Lutero, tuvo un principio, como hemos visto, muy pequeño, y con visos de ridículo; á saber: la venta de las indulgencias. Uno mas extraordinario, y que hubiera sido imposible imaginar, dió principio en Inglaterra á movimientos de la misma clase, que produjeron casi iguales resultados. Era la Inglaterra eminentemente católica, y uno de los paises en que la Sede apostólica tenia mas influencia. A excepcion de la faccion de los Lolardos, que fué disipada á principos del siglo XV, no habia tenido disturbios ni guerras civiles de un órden religioso. Enrique VIII, no solo era un príncipe ortodoxo en toda la extension de la palabra, sino hasta teólogo. Cuando estalló la heregía de Lutero, compuso, ó hizo componer un libro en latin, en que combatia sus doctrinas (1). El verdadero motivo de tal pu-

(1) La obra tiene este título: "Assertio septem Sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ rege et domino Hyberniæ Henrico ejus nominis octavo."

blicacion no hace actualmente nada al caso, mas se tuvo entonces por un gran refuerzo para las filas del catolicismo, cuando valió á su autor el título de defensor de la fé, con que fué recompensado por el papa. Este título de defensor de la fé, lo llevó el monarca aun despues de separado de la iglesia, y le trasmitió á sus sucesores, á excepcion de uno solo, todos protestantes. No trató Lutero con mas miramiento al rey de Inglaterra que al papa, y demas altas notabilidades de la iglesia. Atacó su libro con toda la virulencia, la mordacidad y el torrente de sarcasmos que entraban en sus argumentos, y el monarca replicó por sí mismo, ó por alguno á quien encargó de este trabajo. Tenia, pues, Enrique VIII cuantos motivos y compromisos le podian ligar con una causa; creencias, educacion, servicios hechos en su favor como campeon, amor propio llagado que curar como escritor; y si el papa podia contar con la adhesion de algun príncipe católico, debia de ser sin duda con el rey de Inglaterra. Mas el hombre es inconstante y veleidoso. Enrique VIII lo era en alto grado. Pocos príncipes fueron tan despóticos; mas tenaces en llevar adelante una resolucion; mas crueles cuando encontraban obstáculos sus caprichos, ó creia ajado su amor propio. Estaba este príncipe casado con Catalina de Aragon, hija de los reyes católicos, esposa de su hermano el príncipe Arturo, que falleció antes de la muerte de su padre. No se habia consumado este matrimonio, segun declaracion de la misma princesa; mas prescindiendo de esta circunstancia, otorgó el pontífice dispensa, para que Enrique se casase con la viuda de su hermano. Vivia el rey muy tranquilo en su conciencia, y este matrimonio habiá dado por fruto, ademas de algunos varones que murieron en la infancia, á la princesa María, que despues fué reina. Entre las doncellas de honor que servian á su madre, se hallaba una llamada Ana Bouleyn, ó Boulen, ó Bolena, de singular belleza, de quien tuvo él la desgracia de prendarse. Vehemente en sus deseos, convencido de que para su satis-

faccion no habia mas camino que el del matrimonio (1), comenzó á formar escrúpulos sobre la validez y legitimidad del suyo, pareciéndole una especie de incesto estar casado con la viuda de su hermano. Algunos teólogos y cortesanos con quienes consultó, fueron de sus mismas opiniones, y el resultado fué acudir á Roma, solicitando una bula de divorcio. Se cree que el cardenal Wolsey, por vengarse del emperador Cárlos V que le habia faltado á la palabra de sostenerle en sus pretensiones al pontificado, era uno de los agentes de estos escrúpulos de Enrique; mas eran sus designios enlazarse con una princesa de Francia, ignorando los verdaderos motivos y sentimientos del monarca. El pontífice, que lo era á la sazon Clemente VII, se vió en un grande apuro y en un terrible compromiso. Prescindiendo del caso en sí, conocia por una parte el carácter obstinado y violento del rey de Inglaterra; por la otra temia irritar al emperador, sobrino de la reina. Lo mas prudente que le sugirió su política fué ganar tiempo, creyendo que el amor del rey se entibiaria, y aflojaria por lo mismo en su propósito; pero Enrique, cada vez mas obstinado, tanto por la vehemencia de sus deseos, cuanto por los artificios de Ana, llevó adelante, y del modo mas sério, su propósito. Pidió él al pontífice un juicio público que pusiese en claro su demanda; y para legitimar mas su pretension, mandó que se consultase el caso con los teólogos mas eminentes, hasta con la mayor parte de las universidades principales de Europa (2). La mayor parte de las respuestas fueron favorables al monarca. El papa por la suya, no pudiendo desentenderse de la peticion, comisionó la deci-

---

(1) Algunos autores enemigos de la reforma de Inglaterra, hablan de Ana Bolena como una mujer sumamente licenciosa en sus costumbres; mas se pueden muy bien atribuir estas exageraciones á desahogos de partidos. De todos modos, lo que en dicha dama faltaba de honestidad, lo hubo de astucia con el rey, cuando puso á tan alto precio sus favores.

(2) El caso parecia dificil: los unos citaban en su favor un texto del Levítico: los otros le combatian con otro del Deuteronomio.

de la religion romana. Sin embargo, se iba preparando el terreno para otros frutos, cuyo gusto no podia menos de irse introduciendo á pesar de las severas medidas del monarca. Roto el yugo de la autoridad de Roma, precisamente se habian de deducir ulteriores consecuencias. Asi en el reinado de su sucesor Eduardo VI á la ruptura de este vínculo, se siguieron poco á poco las innovaciones que tenian lugar en Alemania, en Suiza y otras partes. Mas como este reinado fué corto, y en el siguiente, que fué el de María, volvió Inglaterra á reconocer la autoridad de Roma, no se arregló definitivamente la iglesia reformada de Inglaterra, hasta el reinado de Isabel, sucesora de María, como lo haremos ver á su debido tiempo.

En Escocia se habia introducido el luteranismo el año de 1528; mas fué desde un principio perseguido. Expió en un cadalso sus nuevas doctrinas Patricio Hamilton, que fué el primero que trató de propagarlas, y seis años despues tuvieron otros siete mas la misma suerte. Enrique de Inglaterra, aunque enemigo del luteranismo, trató de introducir en Escocia sus nuevas opiniones, é instó al rey Jacobo V á que le imitase declarándose jefe de la iglesia, apoderándose de sus bienes; mas se resistió Jacobo, y continuó haciendo ejecutar los decretos rigorosos que se habian expedido contra los innovadores. Irritado Enrique, declaró la guerra á Escocia, y entró en la frontera con un ejército, que destruyó al de Jacobo, cuya muerte siguió muy pronto á este desastre en 1542.

Dejó este rey por única heredera á una niña que acababa de nacer, y fué con el tiempo la célebre y desgraciada María Stuarda. La reina viuda María de Lorena era hermana de los Guisas. Se formaron con este motivo dos partidos ó facciones en Escocia; uno francés y otro inglés, apoyado el primero por los Guisas y la córte de Francia: el segundo por Enrique VIII. Propendian los protestantes por el último, pues á pesar de los supli-

cios y persecuciones, cada vez iban tomando nuevo cuerpo sus doctrinas. A la cabeza del partido francés ó católico se hallaba el cardenal Beaton (arzobispo de San Andrés), que influia mucho en la persecucion de los innovadores. La regente María de Guisa se conducia por los consejos de sus hermanos, hombres duros, acérrimos enemigos de los protestantes.

La princesa María era un objeto de codicia para las dos córtes. La queria Enrique II, rey de Francia, para el Delfin, y el de Inglaterra para su hijo Eduardo. Repulsado éste en sus pretensiones, envió otro ejército á la frontera que causó bastante estrago en un principio, mas que fué en seguida derrotado. Murió entre tanto el rey de Inglaterra, mas continuaron las hostilidades, y los ingleses ganaron la batalla de Pinki, que produjo pocos resultados. Al menos no impidió que la córte de Escocia llevase á efecto su idea de enlazar á María con el hijo primogénito de Francia.

Al abrigo de estas discusiones crecia el protestantismo en el pais; el cardenal Beaton acababa de ser asesinado en su mismo palacio por hombres que quisieron vengar el suplicio de un predicador llamado Wishert, sentenciado por un tribunal eclesiástico organizado y presidido por el arzobispo. El partido francés, que para apoyar mejor sus pretensiones habia hecho venir de Francia un cuerpo de ocho mil hombres, se hacia cada dia mas odioso, y los protestantes se consideraban como del partido nacional. Entre ellos se levantó un hombre llamado Juan Kuox, de genio y de saber, cuya austeridad de costumbres, fogosidad de carácter, impavidez en tronar contra la corrupcion de la iglesia católica, y todos los medios de una elocuencia popular, arrastraba tras sí la muchedumbre, y se constituyó en jefe y apóstol de la nueva secta. La pugna entre ambas iglesias se iba haciendo cada vez mas séria; mas los conflictos á que dió lugar pertenecen al tiempo del reinado de Felipe.

CAPITULO X.

Sigue la materia del anterior.—Zwinglo.—Suiza.—Ginebra.—Calvino.—Francia.—Dinamarca y Suecia.—Institucion de la compañía de Jesus.

Tuvo muchos discípulos Lutero: algunos sacudieron el yugo de su autoridad y quisieron ir mas lejos que el maestro. De esto se quejaba amargamente, pero sin motivo, puesto que seguian sus doctrinas y su ejemplo. Como sentaba por principio que la verdadera fuente del dogma se hallaba tan solo en la Escritura, cada uno tenia segun sus principios el derecho de beber, y ninguno el exclusivo de dar su interpretacion como infalible. Ya hemos visto como los anabaptistas contaban entre los profetas falsos á Lutero, del mismo modo que Lutero al papa. Otros innovadores no le trataron con la misma hostilidad; mas le pasaron adelante. No habia él negado la presencia real en la Eucaristía; mas algunos sacudieron y rechazaron completamente aqueste dogma dándose el nombre de sacramentarios (1528). Fué la Suiza el campo de las nuevas predicaciones, y Zwinglo, que era el mas considerado de los innovadores, el principal apóstol de aquellos cantones que con pocos sacudimientos abrazaron sus doctrinas: Berna, Shaffousa y Basilea, entraron en el número. Mas la conquista principal fué la Ginebra.

Se consideraba antes esta ciudad como imperial, y estaba gobernada por sí misma, bajo la autoridad de su obispo, sufragáneo del arzobispo de Viena en Francia. A los principios del siglo XVI, cedió el obispo el derecho que tenia sobre la ciudad á los duques de Saboya que siempre la habian reclamado como parte de sus posesiones. Cuando trataron de apoyar estos derechos con las armas, se declararon en Ginebra dos facciones, una popular, otra á favor del de Saboya. Acudió la primera por proteccion y auxilio á Berna, que le otorgó al instante.

Con este refuerzo quedó victorioso el partido popular; se abolió el culto católico, se hizo salir al obispo, que se retiró á Anneci en Saboya; (1) y Ginebra quedó erigida en república democrática, incorporada á la confederacion helvética.

Allí establecieron los sacramentarios el centro de su dominacion y su doctrina, considerándola como capital de su dominio espiritual que por tantas partes se extendia. En Alemania fueron príncipes los que se declararon protectores y partidarios de Lutero, pudiendo creerse tal vez, que el nuevo apóstol no era mas que su instrumento. En Ginebra se estableció una sinagoga de doctores de la nueva ley, que con su ejemplo, la publicacion de sus doctrinas y los misioneros que enviaban en distintas direcciones, aumentaban considerablemente su rebaño. Habia nacido el luteranismo como sobre el trono, con el carácter de monárquico. La nueva doctrina que se difundia sin proteccion de nadie, se presentaba con tendencias y colorido de republicana. Bien pronto vino á aumentar el lustre al consistorio de Ginebra un personaje de extraccion oscura que al fin dió nombre á la secta, Juan Calvino.

Nació Calvino en Noyon, pueblo de la Picardía en Francia en 1509, de una familia decente, de bastantes medios para proporcionarle una educacion literaria, destinándole al estudio del derecho. Comenzó su carrera en Orleans; la continuó en Bourges, donde oyó lecciones del famoso jurisconsulto Alciat, y aprendió el griego, el hebreo, el siriaco. Pasó despues á París, habiéndose adquirido segun dicen sus biógrafos la opinion de estudioso, de ingenio sutil y muy diestro en las disputas. Allí publicó unos comentarios sobre el tratado de la clemencia por Séneca, y comenzó á llamarse *Calvinus*, Calvino, siendo *Cauvin* ó *Chauvin*, su verdadero nombre de familia.

Iniciado desde su primera juventud en las nuevas

(1) Los obispos de Anneci se intitulan todavia obispos de Ginebra.

doctrinas religiosas, trató de salir de París donde eran perseguidas y estaba comprometida su persona. Pasó á Angulema donde subsistia de enseñar, y fué conocido con el nombre del pequeño Griego: despues se trasladó á Poitiers; mas no teniéndose por seguro en ningun pueblo de Francia, se dirigió á Basilea, donde hizo imprimir una especie de apologética dedicada á Francisco I en favor de los nuevos sectarios perseguidos. Despues pasó á Italia donde permaneció muy poco tiempo. A su regreso pasó por Ginebra en 1536 con intencion de tomar el camino y establecerse en Strasburgo; mas tales fueron las instancias que le hicieron los nuevos doctores Guillermo Faret y Pablo Veret para que se quedase á su lado, que al fin hubo de acceder á ello, aceptando no el cargo de predicar, sino el de leer teología.

En 1538 fueron dichos doctores y Calvino expulsados de Ginebra á instigacion de los de Berna por no querer conformarse á decisiones de su sínodo relativas á los sacramentos de la comunion y el bautismo, únicos que los sacramentarios admitian. Calvino se dirigió á Strasburgo donde fundó una iglesia de su secta para los refugiados franceses y una cátedra de teologia. Pasó dos años despues á Worms y á Ratisbona donde tuvo entrevistas con personajes de importancia de la nueva secta, y lució muchísimo en las controversias que allí se suscitaban. Mas habiéndose mientras tanto sosegado los disturbios de Ginebra y recobrado su ascendiente el partido de Calvino, regresó á dicha ciudad en 1541, y permaneció en ella hasta su fallecimiento, ocurrido en 1604, siendo el patriarca, el apóstol, el doctor, el oráculo de la nueva secta, conocida bajo la denominacion de Calvinista.

Así pasó la vida de Calvino por casi tantas vicisitudes y peligros como la de Lutero; pero fué mucho mas independiente. Tuvo el último siempre el carácter de súbdito del elector, viviendo de un salario. Calvino, aunque tambien recibia un estipendio, fué considerado siempre como el hombre principal en su república: se le

llamaba el papa de Ginebra. Se distinguieron los dos por un carácter atrevido, por la acrimonia y violencia de su ingenio, por su elocuencia popular, por su grande erudicion en letras humanas y sagradas. Fueron ambos infatigables escritores, y publicaron obras en lengua latina y en la propia. Ambos tradujeron, comentaron y explicaron varios pasajes de la Escritura, sobre todo los salmos; mas Calvino no hizo de ella una version completa. En cuanto al carácter de su estilo, los inteligentes hallan mucha mas mordacidad, mucha mas agudeza, aunque vulgar y chocarrera en el aleman; mas seriedad, mas correccion, mas gusto clásico en el ginebrino. Para concluir esta especie de paralelo, los dos fueron casados; mas Calvino, antes de tomar parte en la reforma, no tenia ningun carácter eclesiástico: los dos murieron pobres, aunque muchos se enriquecieron con las numerosas impresiones de sus obras: los dos conservaron su consideracion personal mientras vivieron, y fueron acompañados al sepulcro por los que de llevar su nombre se gloriaban.

La misma circunspeccion, ó si se quiere falta de medios que nos ha retraido de entrar en la parte teológica de las doctrinas del reformador aleman, nos dicta igual conducta con respecto al ginebrino. Atentos solo á lo que tiene y tuvo una influencia directa en la conducta de sus sectarios ó discípulos, nos contentaremos con observar que la escuela de Ginebra tiene mas severidad, mas simplicidad de formas, un carácter mas decisivo que la de Lutero. Dejó este muchas cosas por explicar, sea por no comprometerse, sea por temer las consecuencias de una decision: los de Calvino que vinieron despues, que encontraron abierta ya la senda, penetraron por ella con mucha mas audacia. Conservó Lutero muchas de las pompas del culto romano: el de los calvinistas se redujo solo á una congregacion de cristianos, que oran, cantan salmos y oyen á un pastor que les explica la moral del Evangelio. Lutero respetó la gerarquía eclesiástica: el

calvinismo no reconoció mas que una y sola clase de sacerdotes; los pastores que distribuyen á los fieles el pan de la palabra.

El calvinismo penetró prontamente en algunas provincias de Francia, sobre todo las del Mediodia. Los primeros prosélitos fueron de las clases bajas. Contribuyó á hacer el culto en cierto modo popular el genio de un poeta contemporáneo (Clemente Marot), quien convertido á la reforma, puso en versos franceses los salmos de David, cantados con mucha devocion y entusiasmo entonces en reuniones de los calvinistas. De las clases mas bajas, pasó poco á poco el nuevo culto á otras elevadas; mas aquellos señores y nobles franceses no eran los príncipes del imperio, soberanos en su pais, que podian proteger abiertamente nuevos cultos. La coyuntura no les era favorable todavía; eran los menos; y el rey Francisco I que buscaba alianza con los príncipes protestantes de Alemania, que las ajustaba con los turcos, que admitia en Marsella á Barbaroja, y aun mandó construir en aquel puerto una mezquita para el uso de los mahometanos; era por otra parte demasiado buen católico, para no perseguir á sangre y fuego á los herejes de su reino. Algunos historiadores son de opinion que el rey propendia á las nuevas doctrinas y opiniones, imitando en esto la conducta de su hermana la reina de Navarra, que casi las profesaba abiertamente. Mas sea que el hecho fuese falso, ó que se hubiese arrepentido, es muy cierto que se mostró su enemigo acérrimo, y que asistió personalmente con las damas y varios personajes de su corte á varios suplicios, de que luteranos y calvinistas fueron víctimas (1).

(1) Se empleaba en ellos un método ó sistema particular que no hemos visto mencionado en parte alguna. Se levantaba al paciente en alto por medio de una máquina, y se le bajaba lentamente encima de la hoguera. Despues de algo tostado, se le volvia á levantar, se le volvia á bajar, y asi repetidas veces, hasta que se le dejaba caer de golpe sobre la hoguera, donde se terminaban sus tormentos. Se daba á este suplicio el nombre de *Estrapada*. Los franceses que nos echan en cara, y declaman tanto contra nuestra inquisicion y fanatismo de aquel tiempo, parece que no se acuerdan de su propia historia.

Ya antes de la introduccion del calvinismo se habian hecho varios suplicios en París sobre los luteranos y anabaptistas. La aparicion de la nueva secta redobló la vigilancia y dió nuevo pábulo al espíritu de persecucion tan propio de aquel tiempo. En otras varias partes de Francia hubo sérios castigos y llamaradas de motin que luego se apagaron. En el Meriundol estalló una insurreccion parecida á la de los paisanos de Alemania, y que á fuego y cuchillo fué reprimida y sofocada; mas las grandes calamidades, la grande guerra civil que iba á estallar en Francia con motivo del calvinismo ó tal vez con pretesto del calvinismo, no pertenecen á la época de Cárlos V.

Hemos dicho que Ginebra era el gran centro de la doctrina, la gran sinagoga de los doctores de la ley; la Atenas, donde se formaban é instruian los que la llevaban á otras partes: se cuenta Juan Kuox, que acabamos de ver erigido en apóstol de la Escocia. Hé aquí la razon por qué habiendo comenzado á predicarse las nuevas doctrinas bajo los auspicios de luteranos se adoptaron con el tiempo en su mayor rigidez las de Calvino.

En la relacion de los cambios religiosos durante la época de Cárlos V, hemos dejado para las últimas la Dinamarca y la Suecia, no porque les corresponda este órden en el cronológico, sino por la índole particular que manifestó en ambos paises la reforma. En otras partes á las innovaciones en asuntos religiosos se habian seguido conmociones en política. En Dinamarca, sobre todo en Suecia, fueron simultáneas las dos revoluciones. Hallándose sujetos á un mismo cetro ambos paises se emanciparon casi á un tiempo de su señor comun, se declararon independientes de Roma, y sacudieron el yugo de Cristierno. Enrique de Holstein y Gustavo Vasa, en el acto de sentarse el primero en el trono de Dinamarca, y el segundo en el de Suecia, abrazaron el Luteranismo, le declararon religion del estado, y se apoderaron de los bienes de la iglesia, tanto en provecho

propio como en el de los soldados que los habian ayudado en su atrevida empresa. En Suecia se abolieron los votos monásticos, se dió licencia de casarse á los sacerdotes tanto seculares como regulares, se confiscaron dos tercios del diezmo en favor del ejército, se abolieron los tribunales eclesiásticos, se vendieron los vasos sagrados para redimir las deudas del estado, se enajenaron del mismo modo los grandes bienes eclesiásticos, se mandó traducir en letra vulgar la Biblia y la Liturgia; se redujo á los obispos á un rango secundario en favor de la nobleza. Todo esto se hizo en un instante por disposiciones del gobierno ó de dietas que él convocaba y dirigia; y esta revolucion religiosa se enlazó tanto con la política, que el mismo Gustavo llegó á declarar que á no ser por ella tendria que abandonar su nuevo trono. En vano se levantó el estandarte de la rebelion por algunos de los desposeidos: el pueblo se mantuvo quieto y dejó consumarse una revolucion que con tantos intereses materiales se cebaba.

Así por los años de 1550, cuando tocaba á su término la dominacion de Cárlos V, lo que unos llamaban reforma evangélica, y á lo que daban otros el nombre de heregía, se habia esparcido por Alemania, Francia, Suiza, Inglaterra, Escocia, Dinamarca y Suecia. No mencionamos los Paises-Bajos, porque el estado de esta region, bajo todos los aspectos, tendrá lugar cuando hablemos de las revueltas y guerras de que fué teatro durante el reinado de Felipe. Se hicieron los hombres de todas condiciones disputadores, argumentadores y controversistas. La Biblia, que antes andaba solo en manos de eclesiásticos, y de estos la mas pequeña parte, llegó á ser una lectura popular y favorita. Produjo el cambio en las creencias, otro en la política, y dió á la ambicion el deseo del poder un nuevo giro, tal vez con pretesto, pues el mandato religioso cubrió en aquel tiempo muchos crímenes. Los choques políticos á que esta fiebre dió lugar durante el reinado de Cárlos V, fueron pe-

ca cosa si se comparan con los que produjeron en los sucesivos. La guerra que hizo ó sostuvo este emperador en Alemania contra el elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, fue un juego de niños comparada con la que durante treinta años devastó todo aquel pais en la primera mitad del siglo XVII. Lo que hasta ahora hemos dicho de Inglaterra, de Francia y de Escocia, no es mas que el preludio de lo que la segunda mitad del siglo XVI nos reserva. Sin contar las atrocidades y horrores cometidos por las guerras de los albigenses, de los valdenses, de los lolards, de los hussitas, se puede decir que por espacio de dos siglos en la época que se llama de renacimiento y de civilizacion, estuvo Europa mas ó menos parcialmente infestada de controversias y guerras religiosas.

Una sola observacion nos resta que hacer y será breve. Ya hemos visto que el gran principio invocado y alegado por los reformadores era que nadie tenia derecho para erigirse en autoridad sobre la interpretacion de la Escritura. Parecia que la grande consecuencia de este gran principio, debia de ser la tolerancia hácia la diferencia de las interpretaciones segun el modo de ver de cada uno; mas esta tolerancia que los reformadores reclamaban contra los católicos, no la observaban unos con respecto á otros. Así está hecho el corazon del hombre. Veia Lutero con disgusto y hasta con escándalo á los sacramentarios; con horror á los anabaptistas. Para estos era Lutero un profeta falso como el papa. Los luteranos y los calvinistas tampoco se veian con ojos de amigos y de hermanos. Si se encendian hogueras en París, tampoco faltaron en Ginebra. En ellas expiaron Miguel Serveto y sus amigos el disentir de las opiniones y *haber afligido la iglesia de Calvino.* En Basilea fueron condenados al suplicio anabaptistas por los mismos sacramentarios. Así abusa el hombre en todas ocasiones de su preponderancia; y el que ayer se quejaba de opresion, hoy oprime si es mas fuerte.

Es singular que en la misma época en que con tantas y tan diversas legiones se atacaba por todas partes la autoridad del papa y de la iglesia, se le presentase un adalid nada comun en su favor, ofreciendo á sus servicios fuerzas bastante respetables. Se ve que aludimos á la Compañía de Jesus, instituida con espresa aprobacion del papa Paulo III que reinaba entonces.

Fue el fundador San Ignacio de Loyola, un hombre verdaderamente singular y estraordinario. Nacido en Guipúzcoa de familia noble, y dedicado desde su juventud á la carrera de las armas, fue herido, hallándose de guarnicion en Pamplona, en el asalto que dieron á la plaza los franceses en 1521, de cuyas resultas la tomaron. Despues de restablecido en su salud, sea que este contratiempo le hubiese disgustado de la profesion militar, sea que la soledad le hubiese inspirado diversos sentimientos, sea que hubiese hecho un voto espreso para alcanzar su salvacion, luego que esta tuvo efecto, cambió enteramente de vida y de costumbres, entregándose completamente al ascetismo. Dejó la casa de sus padres, y caminando á pie como peregrino pasó á Aragon, á Cataluña, y se detuvo algun tiempo en el monasterio de Monserrate, donde hizo penitencia, y en seguida pasó á la tierra Santa. Como conocia que la falta de instruccion en que habia vivido era un obstáculo para sus designios, se puso á estudiar de treinta y tres años en la universidad de Barcelona. Tambien cursó en las de Alcalá y de Salamanca. Despues se fué á París, donde se asoció con varios compañeros, entre otros San Francisco Javier, natural de Navarra, á quienes comunicó é hizo partícipes de su proyecto. Hizo en compañía de todos ellos en 1534 un viaje á Jerusalen, y á su vuelta en 1536 se ordenó de sacerdote en Bolonia, viviendo siempre en compañía de sus asociados que comenzaban á ensayar su regla. Entonces fue cuando presentó al pontífice el proyecto de las instituciones de la órden que, con el nombre de Compañía de Jesus, era su intencion fundar para el bien de la igle-

sia y en defensa de la autoridad de su pontífice. Semejante proposicion no podia ser desagradable en aquellas circunstancias. Le acogió el papa con bondad, examinó ó mandó que examinasen el proyecto, y como entre sus artículos habia uno espreso de obediencia al papa, se aprobó la idea con algunas pequeñas variaciones, y se expidió la bula de la fundacion é institucion de la nueva órden bajo los auspicios de Loyola. Tal fue el principio de la Compañía de Jesus, tan célebre en el mundo, objeto de tantos encomios, de tantas invectivas, de tantos odios y no pocas calumnias. Hizo su formacion desde el principio rápidos progresos. Aunque San Ignacio no era un hombre de gran fondo de saber, tuvo bastante tacto para asociarse y hacer que tomasen interés en la propagacion de la compañía hombres ilustrados. Asi se desenrolló y creció tan pronto la nueva institucion, que á fines de aquel siglo figuraba ya con esplendor entre las demas instituciones religiosas, teniendo casas y colegios en las principales ciudades de la cristiandad, tanto en el antiguo como en el nuevo continente. No hay duda de que los primeros fundadores fueron hombres de saber y mérito, de gran virtud, de singular perseverancia.

Se ha hablado y escrito mucho sobre las reglas de esta famosa institucion, sobre su política, sobre la admirable disciplina y dependencia en que los inferiores vivian de los superiores, sobre los secretos resortes que movian sus acciones, sobre sus miras ulteriores, sobre el verdadero fin á que aspiraban realmente. Todo se explica con la simple indicacion de que aspiraban á hacerse en el mundo político y religioso un gran papel, á ejercer grande influencia, á obtener preponderancia. Es la pasion de todos, de los grandes como de los pequeños, de los individuos como de las corporaciones. Formada y dirigida desde un principio la Compañía de Jesus por hombres superiores, natural es que no omitiesen en su organizacion, en sus reglas de conducta práctica nada que pudiese llevarlos á tan grande objeto. Dedicados á

la enseñanza de la juventud, debian de sembrar en sus ánimos sentimientos de respeto hácia su órden. Circunspectos y hasta delicados en la admision de sus novicios, se encontraron con sugetos mas capaces de darle el brillo de ilustrada. Renunciando, como lo hicieron, á las grandes dignidades de la iglesia, y evitando con esto rivalidades de ambicion, pudieron con menos obstáculos y excitando menos suspicacia, acercarse al oido de los príncipes y dirigirles las conciencias. Sabian demasiado lo que el deber de la obediencia ciega y el aire misterioso por parte de la autoridad subyugan la imaginacion, para no establecer entre las diversas clases la mas rigorosa disciplina. Su grande objeto fue la dominacion moral sin descuidar la adquisicion de los bienes temporales que dan tanta importancia á los que viven en el mundo. En los medios, si no son apócrifos sus avisos secretos (Monita secreta) no fueron muy escrupulosos. Ni brilla mucho la moralidad en la astucia con que trataban de penetrar en el interior de las familias, extrañando en su favor sus sentimientos naturales. Fueron dominadores por instituto, intrigantes como uno de los medios mas eficaces para hacer fortuna, orgullosos como una consecuencia del poder, perseguidores como lo son cuantos aspiran á monopolizar su preponderancia. En su historia política, en los planes y tramas que se les atribuyeron y precipitaron sobre todo en España su caida, no entraremos. Bástenos saber que hicieron en el mundo mas ruido del que cumplia á eclesiásticos unidos por votos religiosos, que aspiran á edificar con la humildad de su vida y santidad de sus costumbres. De todos modos la Compañía de Jesus como órden religiosa gozaba un brillo que no era la suerte de las otras, y aunque en rigor no era la mas sábia, se mostraba como la mas culta. No será extraño, pues, que fuese objeto de su envidia, y que su caida excitase tal vez sentimientos de gozo y de satisfaccion, sin pensar en que era precursora de la suya propia.

En la misma primera mitad del siglo XVI, tuvieron lugar otras instituciones religiosas. Tales fueron la de los capuchinos, la de los mínimos, la de los de San Pedro Alcántara, que se pueden considerar todas como reformas de la órden primitiva de los franciscanos, tambien aparecieron por primera vez los religiosos legos de San Juan de Dios, dedicados al servicio, tanto en la asistencia como en la parte facultativa de los hospitales.

Sentimos haber sido tal vez algo difusos en los diez capítulos que van de nuestro escrito, y que presentamos como introduccion ú exordio de la historia á que principalmente se dedica; mas los hemos creido necesarios para la mejor inteligencia de una época, tan enlazada á la primera, que se puede llamar su continuacion y complemento. Heredó, en efecto, Felipe II, nó solo los estados de su padre, sino su política, sus guerras, la animosidad que inspiraba á tantos príncipes de Europa, su celo y espíritu de persecucion hácia los disidentes en materias religiosas, sus embarazos en Italia y los sérios que comenzaban á suscitársele en los Paises-Bajos. Fueron sus grandes capitanes discípulos de los primeros, y las ciencias, las artes y la literatura, términos ascendentes con cortas escepciones de una progresion tan visible en la época de Cárlos V. Con esta introduccion, pues, pasaremos á la historia de su hijo, no menos fecunda que la primera en guerras y toda especie de agitaciones y revueltas, donde tantas discordias se encendieron, tantos méritos brillaron, tantos crímenes y atrocidades espantaron á la humanidad, y tantas naciones de Europa acudieron como actores á un inmenso drama en que sus intereses y suerte futura se agitaban. El que se imagine que vamos á desenterrar muchos documentos recónditos, á revelar hechos peregrinos y maravillosos de todos ignorados, tal vez verá defraudada su esperanza. Hay puntos históricos

qué por mas que llamen la curiosidad, es imposible averiguar; tan impenetrable es el velo que los cubre. Entonces se apela á las reglas de la probabilidad, á la lógica de las conjeturas, á lo que dicta el espíritu de la imparcialidad que es la guía mas segura. El historiador no inventa, refiere solo lo que está consignado en los documentos esparcidos que consulta. Si en nuestra tarea exponemos con órden, con método, con encadenamiento lógico los hechos principales dignos de saberse de la historia de Felipe II y de su tiempo, si presentamos de él un cuadro completo, aunque no de muy largas dimensiones, si inspiramos á algunos el deseo de pasar á estudios mas detenidos y sérios de la época, no tendremos nuestro tiempo por perdido. Con este pequeño preliminar daremos principio á nuestra historia.

CAPITULO XI. (1)

Nacimiento de Felipe II.-Sus ascendientes.-Su educacion. -Estado de España.-Matrimonio de D. Felipe con María de Portugal.-Nacimiento del príncipe D. Carlos.-Muerte de su madre.-Llama el emperador á su hijo.-Venida á España del príncipe Maximiliano.-Se encarga del gobierno.-Su matrimonio con la princesa María.-Parte D. Felipe.-Su desembarco en Italia.-Su llegada á Bruselas.

Nació Felipe II en 21 de mayo de 1527 en Valladolid, hallándose á la sazon su padre el emperador Cárlos V en dicha ciudad, considerada como la habitual residencia de la córte. Fué su madre la emperatriz Doña María Isabel, hija del rey D. Manuel de Portugal, de cuyo enlace con dos hijas de los reyes católicos y despues con Doña Leonor, hermana de Cárlos V, hemos ya hablado así como de todos los hijos que Felipe el Hermoso, padre

(1) Sandoval, Ferreras, Cabrera, Miñana, Vandeshanmen, Leti, casi todos los historiadores de la época.

del emperador, tuvo de Doña Juana de Castilla (1). Fué el nacimiento de D. Felipe objeto de grande alegría y regocijo, como que era el primogénito y el presunto heredero de los vastos dominios de su padre. Fué bautizado con toda pompa en San Pablo de Valladolid en 5 de junio del mismo año, asistiendo á la ceremonia el emperador con los principales personajes de la Córte. Le administró el bautismo el arzobispo de Toledo Fonseca. Fué madrina la reina de Francia, y padrinos nombrados por el emperador, el condestable de Castilla, el Duque de Bejar, y el conde de Nassau.

Cuando mas entregados se hallaban la Córte y el público á las fiestas que este acontecimiento producia, llegó á Valladolid la noticia de la entrada en Roma por asalto de las tropas del emperador, y de la prision del papa en el castillo de Sant Angelo. Inmediatamente mandó Cárlos V suspender los regocijos, y dió órden para que en todas las Iglesias se celebrasen rogativas por la libertad del Pontifice que él mismo tenia prisionero. Ya hemos tratado de explicar lo que presenta de contradictorio y hasta de doble y faláz esta conducta. Dos años despues (1529) llamaron al emperador á Italia sus negocios, y no volvió á España hasta 1535 á preparar en persona su famosa expedicion á Túnez.

Quedó el príncipe bajo la tutela y cuidado exclusivo de su madre. Cuando salió de lo que se llama la niñez, se le dió por ayo á D. Juan de Zuñiga, y por preceptor á D. Juan Martinez Siliceo, Catedrático de Salamanca, hombre reputado por muy docto, y que con el tiempo fué elevado á la silla de Toledo. Bajo los auspicios de este preceptor y en parte por lecciones directamente suyas aprendió el latin, el francés, el italiano y la aritmética. La educacion de los príncipes en los ramos que exigen aplicacion y estudio, no puede ser mas que imperfecta.

---

(1) Capitulo XI

Son tratados con demasiada sumision y sentimiento de inferioridad por sus maestros para que los discípulos los miren con deferencia y con respeto. Dicen los historiadores que D. Felipe mostró grande aficion á las matemáticas y mas ciencias exactas, aunque en humanidades hizo poquísimos progresos (1). Se instruyó además D. Felipe, y salió diestro en todos los ejercicios corporales, tan análogos á las inclinaciones de la juventud y que tan esencialmente entraban en la educacion de los caballeros principales de aquel tiempo.

Rara vez los primeros años de los hombres dan indicio cierto de lo que serán en sus maduros. Por lo regular se forman conjeturas que desmiente el tiempo, gran destructor de sueños é ilusiones. Muchos niños maravillosos no fueron mas que hombres comunes, y algunos que en la edad viril se elevaron sobre la esfera de sus semejantes, no pasaron de iguales ó se mostraron tal vez inferiores á los compañeros de su infancia. Mas cuando se trata de personas como D. Felipe, cuyo carácter se conservó igual en todas las épocas y situaciones de su vida, se puede suponer que aparecieron estos rasgos muy á los principios. Asi merecen crédito los historiadores que pintan á este príncipe en sus mas verdes años sério, circunspecto, observador, de pocas palabras, admirando á todos por la oportunidad y sagacidad de sus preguntas, por la viveza y brevedad de sus respuestas.

Fue su gran maestro el mismo que el de su padre, á saber: el tiempo y los negocios en que se inició desde sus primeros años. Como las frecuentes ausencias del emperador le obligaban á depositar en otras manos el gobierno de la España, tomó parte Don Felipe antes de llegar á la edad de la discrecion en los principales negocios del Estado, bajo los auspicios de los sugetos eminentes á quienes Cárlos V encomendaba este cuidado. Antes de

(1) Leti, historia di Filipo II.

cumplir trece años, despues del fallecimiento de la emperatriz, ocurrido en 1539, se puede decir que fue regente de España, aunque no revestido todavía de este título.

Es muy notable la carta que escribió á su padre hallándose este en Cartagena de regreso de la desgraciada expedicion de Argel; los consuelos que le da en ella haciéndole ver que este contratiempo en lugar de empañar sus glorias pasadas, no podia servir mas que para poner á prueba su magnanimidad y su constancia. Sin duda debió el emperador de quedar muy satisfecho, como aparece de los términos de la respuesta (1).

Se reunieron los príncipes en Ocaña, y juntos tomaron el camino de Valladolid. Debiendo el emperador salir otra vez de España para atender á la nueva guerra en que estaba empeñado con Francisco I (1542), nombró en los términos mas solemnes al príncipe regente de España, durante su ausencia, dándole por consejeros al cardenal Tavera, al duque de Alba y al comendador Francisco de los Cobos.

Se hallaba entonces España en un estado de tranquilidad y reposo. Desde 1521 que se habia terminado la guerra de las comunidades de Castilla, no habia vuelto á ser teatro de conmociones y disturbios. Era tenido en consideracion y respeto el nombre del emperador, y las mayores quejas de los españoles se cifraban en sus largas y frecuentes ausencias del reino, en el mucho dinero que les costaban sus guerras, de tan poco provecho para España. En 1542 acompañó el príncipe la expedicion que marchó á levantar el sitio de Perpiñan, puesto por el Delfin de Francia (2). En el siguiente de 1543, siendo el príncipe de diez y seis años, se ajustó su matrimonio con doña María, hija del rey de Portugal don Juan III, y de doña Catalina, hermana de su padre. No podrá me-

(1) Cabrera, l. 1, c. 2.
(2) Leti, l. 12.

nos de observar el lector la frecuencia con que desde principios del siglo se realizaban enlaces entre las casas de Portugal y de Castilla. El que iba á celebrar el príncipe de España dió lugar con el tiempo á sucesos de grandísima importancia.

Se celebró el matrimonio con la mayor magnificencia. Salieron á recibir á la princesa á Badajoz entre otros el duque de Medina Sidonia y el preceptor don Juan Martinez Siliceo, quienes hicieron su entrada en dicha plaza con un magnífico acompañamiento. Continuaron los regocijos hasta la llegada de la princesa el 2 de noviembre, quien vino acompañada del arzobispo de Lisboa. En seguida caminaron todos juntos en direccion á Salamanca, donde el príncipe los aguardaba. Hicieron los novios su entrada en dicha ciudad debajo de palio, y asistieron á los torneos, cañas y demas fiestas con que se celebraron aquellos desposorios. El 2 de noviembre de 1543 fueron velados por el arzobispo de Toledo, siendo padrinos el duque y la duquesa de Alba. Pocos dias despues regresaron á la córte.

En julio de 1544 dió la princesa á luz al príncipe don Cárlos, destinado á una existencia poco venturosa, y á representar um gran papel en historias, en dramas y en novelas. Murió su madre á muy pocos dias despues de sobreparto, y la llevaron á enterrar á Granada, donde lo habia sido la emperatriz cinco años antes.

En 1547 celebró don Felipe córtes en Monzon, donde los aragoneses no se mostraron de tan buen temple como hubiera deseado el príncipe. Por mucho que los reinos de Castilla y Aragon se hubiesen amoldado á las circunstancias de los tiempos, rara vez se juntaban las córtes sin que reviviese el antiguo espíritu de independencia, sin que mostrasen marcada repugnancia cuando se les pedian subsidios, lo que entonces se designaba con el nombre de servicio. Las de Aragon se presentaban siempre mas duras que las de Castilla. La reunion de am-

Despues de haber entregado las riendas del gobierno al príncipe Maximiliano, y arreglado los preparativos de partida, tomó D. Felipe en primero de octubre del mismo año el camino de Aragon con mucho acompañamiento, figurando á la cabeza de todos el famoso duque de Alba. Habiendo llegado á Zaragoza, se dirigió á Cataluña, y permaneció algunos dias en Monserrat haciendo sus devociones en aquel santuario tan famoso. Allí vino á buscarle don Francisco de Avalos, marqués de Pescara, hijo del marqués del Vasto, que venia de Italia en las galeras genovesas. En 13 de octubre llegó á Barcelona, donde salieron á recibirle don Juan Fernandez Manrique, marqués de Aguilar, capitan general de Cataluña, y don Bernardino de Mendoza, capitan general de las galeras de España.

En Barcelona permaneció tres dias. En seguida se dirigió á Gerona, donde entró bajo de palio con la mayor pompa y aparato. Desde allí marchó á Rosas donde le esperaba Andrés Doria con su escuadra de 58 galeras con otros mas buques. Le recibió el veterano marino con todas las muestras de homenaje y de respeto. Al llegar al príncipe se arrodilló, y en el acto de besarle la mano dijo aquellas palabras del Centurion del Evangelio. «*Nunc dimittis, Domine, servum tuum, quia oculi mei viderunt salutare tuum.*» (1) El príncipe le recibió con cortesía, y le levantó con la bondad y deferencia debidas á un hombre de sus merecimientos.

Para aprovechar algunos dias que restaban para el total apresto de la expedicion, visitó el príncipe las plazas de Perpiñan y Salces, porque no hay que olvidar que el Rosellon pertenecia entonces á la España. Concluido todo lo que era necesario se embarcó don Felipe acompañado del duque de Alba, el gran prior de Leon, el almirante de Castilla, el marqués de Astorga, el duque de

(1) Cabrera l. 1. C. 3.

Sesa, el marqués de Pescara, el de Falces, el de las Navas, los condes de Gelves, de Castañeda, de Fuentes y de Luna. (1) Hizo escala en Aguas-Muertas, y despues se dirigió á Savona en el Genovesado. Allí le recibieron don Francisco Bobadilla de Mendoza, cardenal obispo de Coria, don Fernando de Gonzaga príncipe de Mulfeta, el duque Adriano, gobernador del estado de Milan y capitan general en Italia, don Luis de Leiva, príncipe de Ascoli y don Fernando de Este, hermano del duque Hércules de Ferrara. En Génova fué recibido con grande ostentacion, en presencia de los cardenales Cibo y Doria, y el arzobispo de Metara, nuncio de su santidad, y se alojó en el palacio de Andres Doria. Allí le esperaban el embajador de Nápoles y Sicilia, y Francisco de Médicis, hijo del gran duque de Florencia. Desde Génova envió á don Juan Lanuza á cumplimentar en su nombre á la señoría de Venecia; y antes de salir del mismo punto recibió 200 arcabuceros de á caballo que el emperador le enviaba. El 20 de diciembre entró en Milan bajo un arco de triunfo con el cardenal de Trento á la derecha, y el duque de Saboya á la izquierda. En Mantua le recibieron el marqués y el duque de Ferrara, y en Villafranca de los Venecianos el duque de Parma Octavio Farnesio.

El príncipe se dirigió al Tirol, y atravesando la Alemania, llegó á los Paises-Bajos, donde fue recibido de los habitantes con todas las muestras del mas vivo regocijo. En Bruselas le esperaba el emperador y tambien sus tias doña María reina viuda de Hungría gobernadora de aquellos estados, y doña Isabel, tambien ya viuda del de Francia (2).

---

(1) Como los nombres propios toman poco, y los mas que ocurren en esta historia son españoles, insertaremos cuanto sea posible y conciliable con el carácter de concision que sin faltar nada á lo esencial tratatamos de dar á nuestro escrito.

(2) De este viaje del príncipe don Felipe á Bruselas hay una historia por Juan Cristobal Calvete de Estrella.

Causó la llegada de D. Felipe á Bruselas la mayor alegría á su padre, á sus dos tias y á toda aquella corte. Se celebró el suceso con regocijos y fiestas. Hubo actos de gracias solemnes en los templos, cañas, justas y todo cuanto de este género se usaba en aquel tiempo. Tuvo el príncipe la felicidad de romper una lanza con el conde de Mansfeld, hombre de gran cuenta como guerrero y como capitan, lo que le valió grandes aplausos de la córte. Todas las ciudades de los Paises-Bajos rivalizaron con la capital en mostrar lo agradable que les era la llegada del príncipe heredero; mas no dejaron de notar con poco gusto suyo la seriedad, gravedad y circunspeccion de sus modales, que formaban un contraste con la afabilidad, llaneza en el trato y mas medios que su padre usaba para captarse la benevolencia y cariño de aquellos habitantes; tan diferentes en índole de los de Castilla. No se puede negar, y en esto convienen casi todos, que don Felipe comenzó á ser impopular en los Paises-Bajos desde el momento que le vieron.

CAPITULO XII.

Viaje del emperador con don Felipe á Alemania.-Sus designios frustrados.-Le vuelve á enviar á Espana con plenos poderes de regentar.-Llega allí don Felipe y toma el mando.-Situacion de Alemania á la sazon.-Desgracias del emperador--Nueva guerra con Francia.-Proyecta enlazar al príncipe don Felipe con Maria, reina de Inglaterra.

1550.-A la llegada á Bruselas de don Felipe, se hallaban los negocios del emperador en una situacion muy ventajosa. Estaba en paz con Francia, habiéndose terminado la última guerra con el tratado de Crespí bastante favorable para Cárlos. Se veian humillados los príncipes protestantes del imperio; en prision el elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, de resultas de la victoria de Muhlberg que habia tenido lugar tres años antes, y todo le hacia lisonjearse de que llegaria á dar la ley á toda

la Alemania, sujetándola hasta cierto punto al yugo de la iglesia. Para dar nueva actividad á estos negocios determinó pasar á Augsburgo con el objeto de celebrar allí una dieta, y en efecto salió de Bruselas para dicho punto llevando consigo á don Felipe y á sus dos hermanas. Un gran designio le ocupaba entonces, y para ponerlo en ejecucion habia hecho venir al príncipe de España. Habia sido nombrado en 1530 rey de los romanos su hermano Fernando, rey á la sazon de Hungría y de Bohemia, en virtud de cuya eleccion, era el heredero de la corona del imperio. El emperador habia favorecido y propuesto esta eleccion, habia cambiado de designios, y deseaba que su hermano renunciase á dicha dignidad en favor de su hijo. No le habia sugerido la experiencia propia que el mandar á la vez estados tan vastos, tan separados unos de otros, tan heterogéneos, es mas embarazoso que útil, un poderío mas aparente y ficticio que positivo y verdadero. En su misma historia podia encontrar esta verdad tantas veces confirmada; mas el deseo de vivir con grande esplendor en su posteridad, le hizo desatender á todas estas consideraciones.

Por fortuna de él, de todos y sobretodo del mismo don Felipe, se negó Fernando á satisfacer los deseos de su hermano. Ni los halagos de las reinas, ni las grandes ofertas del emperador le persuadieron á renunciar á una dignidad que queria transmitir á su familia. Cambió entonces el emperador de plan de conducta, y conoció que frustrada la esperanza de declarar á don Felipe heredero del imperio, nada tenia ya que hacer en Alemania; que su puesto natural era en España, donde se hallaba á la sazon de regente, como ya hemos dicho, el príncipe Maximiliano, hijo de Fernando y por consiguiente el verdadero heredero del imperio.

Desde Augsburgo envió en efecto á don Felipe á España, dándole los poderes mas amplios para gobernar el pais en nombre suyo. Al mismo tiempo enviaba cartas á los gobernadores y principales ciudades del pais

haciéndoles ver que el estado de los negocios de Alemania no le permitian regresar á España tan pronto como su amor lo deseaba; que el restablecimiento de la fé católica en aquel pais era demasiado importante á los ojos de un rey católico, para que lo antepusiese á todas otras consideraciones; y que en tantos embarazos nada le parecia mas oportuno que enviarles en representacion de su persona la de su hijo don Felipe nacido y educado entre ellos, y de cuyas virtudes y discrecion ya tenian experiencia.

Con estos poderes y cartas (1551), se separó don Felipe de su padre, y emprendiendo su camino por Alemania pasó por Trento, sitio entonces del Concilio, donde hizo una magnífica entrada en medio de los legados del papa, rodeado y seguido de los principales personajes y prelados de la iglesia. Fué muy obsequiado en la ciudad y bailó en uno de los festines que le dieron (1). En seguida se dirigió á Italia y desembarcó sin novedad en Barcelona. Despues se trasladó á Valladolid donde se entregó por segunda vez de las riendas del gobierno. El príncipe Maximiliano tomó á su llegada la vuelta de Alemania, á donde su padre le llamaba; mas no pudo llevar consigo á la princesa María, por hallarse muy adelantada en su embarazo. Dió á luz esta señora poco despues en Cigales, pueblo inmediato á Valladolid, á doña Ana, que llegó á ser la cuarta y última mujer de don Felipe.

Pocas novedades ofreció España durante la nueva regencia de este príncipe. Los grandes movimientos del mundo religioso y político, tenian su teatro todos fuera. Permanecia la Península casi inmóvil en medio de tanta agitacion y tempestad, que solo le trasmitian algun ruido sordo como de lo que pasa á gran distancia. A no ser por los viajes que hacian los príncipes y grandes personajes

---

(1) Leti, l XII.

acompañados de tanto séquito que á su regreso naturalmente contaban lo que habian oido y visto, se supieran pocas de estas novedades en España. Mas en medio de lo precario é imperfecto de estas comunicaciones, en medio de la vigilancia con que se espiaba la introduccion de cualquiera novedad, no quedó, no podia quedar el pais herméticamente cerrado á lo que de tantos modos y con tal teson se difundia. En 1553 se renovó la pretension de enajenar y vender para las necesidades de la guerra, fincas de iglesias y monasterios de que hemos hecho ya mencion (1) mas encontró la misma resistencia que la vez pasada. Los teólogos con quienes consultó don Felipe sobre la justificacion del hecho le condenaron todos como ilegal, como injusto, como depresivo de los derechos y prerogativas de la iglesia (2). Era imposible que la respuesta fuese otra, ni que dejase don Felipe de darla por decisiva en la materia. El asunto no produjo mas que ruido sin ningun alivio de los apuros del estado.

Otra novedad importante que ocurrió en España durante este breve período, fue el matrimonio de la infanta doña Juana, hermana de don Felipe, con el príncipe don Juan de Portugal, hijo primogénito del rey don Juan III, y hermano de doña María, primera mujer de don Felipe. Acompañó este príncipe á su hermana hasta Toro, desde donde siguió hasta la frontera con una comitiva muy lucida.

Fué muy corta la permanencia de esta princesa en Portugal. A los tres meses de matrimonio quedó viuda y embarazada de un hijo, que fué con el tiempo el famoso rey don Sebastian. Poco despues movida del amor á su pais, y en parte llamada por su hermano, volvió á España, donde le estaba destinado un cargo importantísimo.

Pero mientras el curso de los asuntos políticos se

---

(1) Capítulo V.
(2) Sandoval.

mantenia en España tan uniforme y tranquilo, aglomeraba negras nubes la fortuna sobre la cabeza del emperador, tan acostumbrado casi en todo tiempo á sus favores. Tenia lugar entonces la defeccion ó mas bien la traicion del príncipe Mauricio, la huida de Cárlos hasta Inspruk, el tratado de paz de Passau, la guerra declarada por Enrique II de Francia, la toma de este de las ciudades imperiales de Verdun, Toul y Metz, y el gran desaire personal que llevó el emperador delante de los muros de esta última plaza, que no pudo tomar con un ejército de cincuenta mil hombres, el mayor que se habia visto en aquel siglo.

El emperador se retiró á Bruselas, mientras continuaba la guerra no con mucha actividad por ninguna de ambas partes. No tomaban tampoco para él muy buen semblante los negocios de Italia, y el papa Paulo IV que acababa de ser exaltado á la silla pontificia (1554), se le mostraba muy contrario. Creyó entonces el emperador que un enlace de su hijo Felipe con María de Inglaterra, que acababa de subir al trono, restableceria un tanto sus negocios, y le ajustó con consentimiento de ambas partes. El príncipe habia pensado por su parte pasar á segundas nupcias con otra princesa de Portugal, hermana de la emperatriz su madre, y tia de su primera mujer; mas el proyecto del emperador le hizo renunciar al suyo.

CAPITULO XIII.

Muerte de Eduardo VI de Inglaterra.--Estado del pais.-Partidos.-María é Isabel.--Juana Gray.--Coronada esta.-María toma el ascendiente.-Sube al trono.-Suplicio de su competidora.-Capitulaciones del matrimonio de Felipe y de María.-Las firma el príncipe, y encarga la regencia del reino á la infanta doña Juana.-Se embarca en la Coruña y llega á Inglaterra.-Desposorios.-Abolicion del cisma.-Persecuciones y castigos.

No está menos enlazada la historia de Felipe II con la general de Europa que la de su padre. Ya le hemos visto

presentarse en Alemania como un candidato á la sucesion de la corona del imperio. Para comprender la nueva posicion en que le iba á colocar su matrimonio con María de Inglaterra, necesario es que tomemos en consideracion el estado político en que aquel reino se encontraba.

En 1553 murió en los primeros años de su juventud el rey Eduardo VI, príncipe que por su amabilidad, por lo claro de su juicio y lo bondadoso de su corazon hacia concebir de su reinado las mas lisonjeras esperanzas. Habian sido los seis años que estuvo sentado sobre el trono un tiempo de bastantes revueltas y facciones, como sucede en toda minoría, y era inevitable en las circunstancias en que el reino se encontraba. En tiempo de Enrique VIII habia dado pocos pasos lo que entonces se llamaba la reforma religiosa, pues bajo su dominacion despótica nadie se atrevia á ser de otra religion que la del monarca, cuyas pretensiones eran ser jefe de su iglesia; mas sin alteracion del dogma, tal cual la romana le explicaba y admitia. A su muerte se declararon abiertamente las opiniones de los que no se contentaban en estos asuntos con cambiar de papa, y tuvieron entrada con profesion pública una porcion de las nuevas doctrinas que habian aparecido en Alemania, Suiza y otras partes de la Europa. El protector del reino, ó porque estas fuesen sus ideas, ó por asegurarse mas en su poder con partidos enemigos, habia mostrado favorecer abiertamente las nuevas opiniones, con lo que se hallaba el pais en pugna abierta entre católicos y protestantes. A los disturbios que no podia menos de producir este conflicto, se unia el de los partidos que originaba la sucesion á la corona, en caso de que muriese el rey sin hijos, como medió en efecto. Además de este príncipe, tuvo el rey Enrique VIII á María, de Catalina de Aragon, y á Isabel de Ana Bolena. Declarado nulo ó ilegítimo su matrimonio con la primera princesa, resultaba bastarda la primera hija; en caso de haber sido aquel válido, lo era la segunda. Las dos habian sido en efecto declaradas alternativamente legítimas y

bastardas, segun el flujo y reflujo de las pasiones y caprichos de su padre. La princesa María educada en la religion católica, sin haber querido admitir ninguna de las innovaciones que se habian introducido, tenia á su favor todo el partido de dicha comunion, mientras sucedia lo contrario con respecto á Isabel que pasaba por abrigar muy diversos sentimientos.

Además de estos dos partidos, se formaba un tercero, aunque menos numeroso que los otros dos, y que se apoyaba en la bastardía de las dos princesas. El rey Enrique habia tenido una hermana, la prncesa María, que despues de haber estado casada con Luis XII rey de Francia, habia pasado á segundas nupcias con el duque de Suffolk, y dejado descendencia. (1) A falta de hijos legítimos, esta señora fue la heredera de su hermano. Estaban entonces representados sus derechos y trasmitidos por su madre á una jóven de 16 años, llamada Juana Gray, de una familia ilustre que acababa de enlazarse con otra igualmente distinguida. No habia concebido esta señora la idea de presentarse con pretensiones á la sucesion de la corona, mas su padre el duque de Suffolk y el de Northumberland su suegro, padre de lord Guilford, con quien acababa de casarse, ambos hombres ambiciosos, no quisieron desperdiciar la coyuntura que se les ofrecia de subir á la cumbre del poder, y con ruegos, con amonestaciones y hasta con amenazas obligaron á Juana á ser instrumento de sus planes. A la muerte de Eduardo logró esta faccion hacer proclamar por reina á Juana Gray en Londres, mientras los partidarios de María se hacian con gente fuera para trastornar la obra de la faccion de su competidora. Estaba aquella princesa en un estado de confinamiento aun mucho antes de la muerte de su padre, y de este retiro fué sacada por su parcialidad que la condujo á la capital con fuerzas muy considerables. El partido de Juana era poco

(1) No fué esta la única hermana del rey Enrique VIII, como veremos luego.

numeroso; propendia la generalidad por temor ó por ideas de sucesion legítima á sostener los derechos de la hija primogénita de Enrique, con lo que entró Maria en Londres con muy poca resistencia y fué proclamada reina, mientras Juana Gray, su marido y mas jefes de su parcialidad fueron presos y encerrados en la torre.

Bien pronto espiaron el padre y suegro de Juana su ambicion en un cadalso. La desgraciada que se habia prestado á ser su instrumento, no sufrió la misma suerte por entonces; se ignoraba cual seria su ulterior destino; mas con motivo de una sedicion, ó tal vez sirviendo esta de pretesto, fue condenada con su jóven esposo á perecer por manos del verdugo. Se sometió Juana á su suerte con la mayor resignacion; desplegó en el suplicio mucha mas magnanimidad y fortaleza de la que debia esperarse de sus años y su sexo, y en sus últimos momentos fué objeto de las mas tiernas simpatías. Los historiadores convienen todos en presentar á esta jóven adornada de las mas amables y brillantes prendas. Habia recibido una esmerada educacion, perfeccionada por su aplicacion al estudio y la lectura. Se decía que sabía latin y griego; que se entretenía con Plutarco mientras sus amigas y compañeras se entregaban á otras diversiones, y aun se citan algunos pasajes que escribió en esta lengua pocos momentos antes de entregar su cabeza á la hacha del verdugo. Tal vez se hermoseó demasiado la pintura para hacer mas odiosa á la rival que tan bárbaramente la inmolaba; mas de todos modos fué el suplicio de Juana Gray, una de las causas que hicieron tan poco popular el reinado de María.

No debe de sorprender el fin trágico de Juana Gray á los que sepan hasta qué punto eran frecuentes estos actos en aquel pais y en aquel siglo. En un suplicio habia perecido la famosa Ana Bolena que había encendido en tan frenética pasion á Enrique VIII, primero su esposo, y en seguida su verdugo. Igual fué la suerte de Catalina Howard, quinta muger de aquel monarca, acusada de adulterio. Tambien

habia perecido en un cadalso el duque de Sommersét, tio del rey Eduardo, y durante su menoría protector del reino. El que lea la historia de los distinguidos personajes que en aquel siglo, en el anterior y aun en el siguiente hicieron igual fin, no estrañará el dicho célebre de que la historia de Inglaterra deberia estar escrita de mano del verdugo.

Subió, pues, María al trono de un pais agitado de facciones, de disturbios, tanto políticos como religiosos. Libre de la parcialidad de Juana Gray, trató de neutralizar la de su hermana Isabel, encerrándola en una fortaleza y amenazándola con castigos mas severos. Católica de corazon, enemiga de toda innovacion religiosa, aborreciendo á cuantos habian contribuido á las desgracias de su madre, fué uno de los principales pensamientos de su administracion la extirpacion de la heregía, la restauracion en su antigua pureza de la religion católica, y de la vuelta del pais al gremio de la iglesia. Con este objeto negociaba en Roma la solemne abolicion del cisma, y la absolucion del pais por el pontífice.

En esta situacion se hallaban los negocios del pais cuando Cárlos solicitó la mano de la reina para don Felipe. Solo el deseo que tenia el emperador de hacerse con una alianza que le podia ser de utilidad en la situacion de sus negocios, explica un paso tan estraño, tan á todas luces imprudente. En primer lugar la reina de Inglaterra tenia doce años mas de edad que su esposo, sin que hermosura, ni amabilidad, ni prenda alguna seductora, pudiese reparar dicho inconveniente que ya era en sí muy grande. En segundo lugar privaba á España de un regente que la administraba bien para empeñarle en un pais extraño, trabajado por facciones y rivalidades. Exponer á quedar sujetas á un mismo cetro dos regiones tan diferentes, tan heterogéneas como España é Inglaterra, era labrar acaso la desdicha de ambas. Mas la manía de ensanchar los límites de la dominacion sin pensar en su verdadera solidez, es una de las enfermedades

incurables en los hombres. Estaba destinada la Escocia á componer parte dé la monarquía francesa; la Inglaterra de España, en caso de morir sin hijos el príncipe don Cárlos y tenerlos don Felipe de María, como era posible. Si no se realizó ninguna de ambas cosas, fué porque la suerte pudo mas que la ambicion, y sirvió mas á los intereses de los príncipes, sobre todo de Felipe. Demasiados estados iba á heredar para que la Inglaterra, sobre todo en aquellas circunstancias, aumentase su verdadero poderío.

Era el cardenal Reginaldo Polo, inglés de nacimiento, y aun algo emparentado con la casa real, el encargado en Roma de negociar la reconciliacion de la Inglaterra con la iglesia. Tambien tomaba parte ativa en el enlace de la reina María con Felipe (1). Con su intervencion se arreglaron las capitulaciones del contrato, que se ajustaron definitivamente en Lóndres el 2 de abril de 1554. Por ellas conferia el emperador á Felipe el ducado de Milan y el título y soberanía de Nápoles. Los dos reyes debian de ser iguales en autoridad: y en nombre de ambos se debian de espedir todos los despachos, cédulas y provisiones, mas con la firma de la reina solamente. A falta del príncipe don Cárlos, los hijos de este matrimonio debian heredar los estados del padre y del abuelo. En caso de morir la reina debia salir Felipe de Inglaterra. La reina no habia de salir de sus estados ni ayudar en nada en sus guerras al emperador; mas lo podia hacer don Felipe con sus propios medios.

Se enviaron estas estipulaciones á España para que las firmase don Felipe, y él lo hizo sin manifestar gran

(1) Algunos, entre otros Leti, l. XII contradicen esta circunstancia, y añaden que el emperador estaba disgustado con él el cardenal porque se oponía á sus proyectos. Mas son estos hechos secundarios, cuya dilucidacion importa poco á los verdaderos intereses de la historia, observacion que nos ocurriria muy á menudo. Cualquiera que haya sido el negociador de dicho enlace, arguye muy poca prudencia en los que le concibieron y solicitaron.

repugnancia. Se dice que amaba entónces á una dama castellana, (1) y á ser esto así, debió de mirar con doble desagrado un enlace con una princesa poco agradable que le llevaba tantos años. (2) Mas el amor no era la pasion dominante de este príncipe. Se trataba, pues, de que se pusiese en camino para celebrar el matrimonio; mas desempeñaba la regencia de España, y era preciso buscar persona que le reemplazase. Con este objeto envió á llamar de Portugal á su hermana la infanta doña Juana, viuda del príncipe don Juan, que hacia poco que habia dado á luz al que fué despues rey don Sebastian como hemos dicho. Se puso la princesa inmediatamente en camino acompañada hasta la frontera de órden del rey de Portugal, de los infantes sus cuñados. En la frontera la aguardaban por disposicion de don Felipe los obispos de Osma y de Badajoz, y don García de Toledo. El mismo príncipe llegó en busca suya hasta Alcántara, y la acompañó hasta Valladolid, donde tomó todas las disposiciones necesarias para entregarla la regencia. Al mismo tiempo envió á Inglaterra á don Pedro de Avila, marqués de las Navas, encaminándole á Laredo, donde don Bernardino de Mendoza tenia navíos aprestados. Una de sus grandes atenciones antes de salir del reino, fué poner casa al príncipe don Cárlos. Dióle por preceptor de gramática á Luis de Vives; ayo á don Antonio de Rojas; gentiles-hombres á los condes de Lerma y Gelves, y don Luis Portocarrero.

En seguida se dirigió á Galicia, pues debia de embarcarse en la Coruña. Se detuvo algunos dias en Santiago donde adoró el cuerpo del Apóstol, confesó, y comulgó y practicó todas las devociones que tenia de costumbre. En la Coruña acabó de despachar todo lo que habia pendien-

---

(1) Cabrera, l. 1, 8, 4 y Leti l. XII lite último, la designá con su nombre.

(2) El buen Sandoval al mencionar la fealdad y edad ya tan madura de María, dice que el príncipe *hizo lo que un Isaac*, dejándose sacrificar por hacer la voluntad de su padre y por el bien de la Iglesia. Lib. XXVI, § 8.

te, y envió á su hermana sus últimas instrucciones por escrito; hé aqui los artículos mas esenciales.

«Que hiciese á todos justicia estricta y severa: que consultase los viernes con el consejo real: qué pensase antes en los negocios, y luego los viese con el presidente y secretario: que en el consejo de estado fuese presidente el del consejo real, y vocales el arzobispo de Sevilla, don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar, marqués de Corres, don Antonio de Rojas, don García de Toledo y don Juan Vazquez: que tratándose de negocios de la corona de Castilla, se hallasen presentes el licenciado Otarola y el doctor don Martin Velasco; y en negocios de Aragon, el vice-canciller y un regente: que en las cosas de guerra entendiesen los dos marqueses don Antonio de Rojas, don Gaspar de Toledo y el secretario Juan Vazquez, y siendo menester letrado, el doctor Velasco: que señalase el marqués de Mondejar las cartas y papeles que la princesa habia de firmar, y que se juntasen dos veces por semana: que se cuidase de las fronteras, de los encargados de ellas, y de la caballería: que las galeras, estuviesen bien armadas: que la primera oyese misa en público, que señalase horas de audiencia: que recibiese memoriales: que diese á todos buenas palabras: que el consejo y mas tribunales se reuniesen en palacio: que en el despacho de la cámara entendiesen Otarola, Velasco y Juan Vazquez: que no se proveyese ningun oficio sin contar con el presidente: que se entendiese con el consejo sobre la mudanza de la córte: que los obispos residiesen en sus diócesis: que el presidente de Granada residiese 90 dias inclusa la cuaresma en Avila: que no se legitimare ningun hijo de clérigo: que no se habilitase para oficios á la gente de corona: que no se fundasen mayorazgos mas que por caballeros de calidad: que gobernasen las iglesias de Granada, gente limpia por generacion y religion.»

Mientras el príncipe se preparaba para darse á la vela, desembarcaron sus enviados en Inglaterra. Inmediata-

mente dieron noticia de su arribo al conde de Egmont, embajador en Lóndres del emperador, quien pasó á felicitar á la reina con este motivo. Ya no era dudoso en Inglaterra que estaba para llegar el príncipe de España. Tomó María las disposiciones, y dió las órdenes necesarias para que su futuro esposo fuese recibido con toda la magnificencia que por su rango merecia.

Por fin zarpó el príncipe de la Coruña el 11 de julio de 1554 con una escuadra de sesenta y ocho buques y cuatro mil españoles del tercio de don Luis Carvajal. Le acompañaban el almirante de Castilla, su hijo el conde de Melgar y el de Saldaña, los duques de Alba y Medinaceli, el prior don Antonio de Toledo, el príncipe de Eboli, los marqueses de Aguilar, Pescara, Verghen y Valle, los condes de Buendia y Fuensalida, Gutierrez, Lopez de Padilla, don Diego de Acebedo, don Hernando de Toledo, hijo del duque de Alba, don Antonio de Zúñiga, don Luis de Córdoba, don Pedro Enriquez, don Bernardino y don Iñigo de Mendoza, don Alvaro Bazan, con dos hijos, don Pedro de Velasco, don García de Toledo, señor de las Villorias, don Rodrigo de Benavides, hermano del conde de Santisteban y otros. Como se vé, llevaba el príncipe un acompañamiento numeroso y lucido, propio del personaje y del objeto que le promovia.

Al cabo de siete dias de navegacion llegaron al puerto de Southampton, adonde vinieron á cumplimentarle en nombre de la reina el obispo de Winchester, el marqués de Arundel y otros varios personajes. El príncipe siguió adelante hasta Winchester, donde María le aguardaba. Se celebró la entrevista con todo el aparato y regocijo propios de la circunstancia. El regente español Figueroa les presentó la renuncia de Nápoles y del ducado de Milan en favor de don Felipe.

En 25 del mismo mes de julio se confirmaron las capitulaciones por los prelados y el conde de Egmont en nombre del emperador; por don Pedro Lazo en el del

rey de los romanos; por don Juan Miguel en el de Venecia, y por el obispo de Cortona en el del duque de Florencia. El mismo dia los desposó el obispo de Winchester, y un heraldo proclamó á Felipe y á María por la gracia de Dios rey y reina de Inglaterra y Francia (1), Nápoles, Jerusalen, Hibernia, príncipes de España, duques de Milan. La ceremonia se solemnizó y festejó como todas las de esta clase con músicas, danzas, banquetes, brindis y demas diversiones que les son análogas. En el festin régio fue servida la reina por grandes de España. En él se hallaba la reina María satisfecha; mas no el pais con semejante matrimonio. Sentia el partido protestante mugir ya la tempestad que contra él se preparaba, ni tampoco el católico veia con buenos ojos la preponderancia que iba á ejercer sobre el pais un extranjero. Si con esta alianza consideraba en cierto modo consolidado el triunfo de sus creencias religiosas, este rey extraño, de cuya ambicion habia ya tantas pruebas, heria no poco su orgullo nacional y afectaba su espíritu de independencia. Se mostraba D. Felipe atento y hasta afable; mas eran demasiado sérias y circunspectas sus maneras para hacerse popular en aquella corte extraña. Estaba acostumbrado á otra atmósfera, á otro modo de ejercer la autoridad, y sobre todo á ser él solo en el poder y mando. Ni las costumbres inglesas, ni la índole de su gobierno, podian ser del gusto é inclinaciones de Felipe. Por otra parte en la reina su nueva esposa, á pesar de la suma deferencia y ternura con que le trataba, no hallaba ni podia realmente hallar nada que le cautivase.

Mientras tanto continuaban en Roma las negociaciones para reconciliar á Inglaterra con la iglesia. Acababa de ser exaltado á la sede pontificia Paulo IV, á quien los

(1) Los reyes de Inglaterra llevaron el título de reyes de Francia desde Enrique V, coronado como tal en Paris á principios del siglo XV, hasta el del actual que renunciaron á él cuando la incorporacion de la Gran Bretaña con Irlanda.

dos príncipes reconocieron y enviaron su homenaje por medio de don Diego Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchon, del Consejo del rey, su mayordomo y tesorero por la corona de Aragon.

El cardenal Polo se dirigió pues á este pontífice con la peticion y pretension del rey y reina de Inglaterra sobre una reunion tan apetecida por entrambas partes. Era un negocio demasiado favorable á los intereses de la santa sede para que esta no se mostrase propicia, aunque de perdon é indulgencia se trataba. Absolvió pues el papa á los ingleses. Fué portador de esta bula el mismo cardenal Polo, revestido ademas con los poderes de legado. Mientras aguardaba éste en Calais permiso para entrar en Inglaterra, convocó la reina el parlamento y les enteró del negocio, haciéndoles ver lo necesario que era acabar cuanto mas antes con un cisma tan contrario al cristianismo. Asistió á la entrada del legado el parlamento, tan sumiso en aquel reinado como en los anteriores. Fué Polo recibido con toda pompa en Lóndres; mas no quiso admitir los honores de legado hasta despues de conferenciar con el rey y con la reina. Admitido con muestras de gran deferencia y regocijo á su presencia, les enseñó las cartas y bulas pontificias, de las que quedaron sumamente satisfechos. En el parlamento que se reunió en seguida se determinó que se hiciese la ceremonia solemne de la reconciliacion con la iglesia el 30 de noviembre en la iglesia de san Pablo. Asi se realizó en efecto con festejos, músicas, salvas de artillería y cuanto podia contribuir al esplendor y magnificencia de aquel acto. Colocado el prelado en el templo en medio del rey y de la reina, absolvió en alta voz en nombre del padre santo á los ingleses. Terminó el dia con cañas y torneos, y por la noche se festejó tambien la absolucion con muchas iluminaciones. Escribió inmediatamente don Felipe el suceso á todas las córtes de la cristiandad. El papa recibió sobre todo la noticia con grandes demostraciones de alegría.

Habian ido demasiado adelante en los dos últimos

reinados las innovaciones religiosas en Inglaterra para que este cambio y esta reconciliacion, no principiasen una época de reaccion, de persecucion y de castigo. Era la intolerancia entonces con muy pocas excepciones la manía general; todo el mundo creía que se servía á Dios castigando á los que se mostraban enemigos de su culto. Severa la reina, por carácter y tan celosa además por la pureza de la fé, se mostraba poco inclinada á la indulgencia. No era el rey Felipe blando en esta parte, como lo hizo despues ver en tantas ocasiones. Los prelados católicos, recobrado ya el ascendiente y preponderancia de que se habian visto despojados, trataban de que se diese por el tronco al árbol de la heregía y que de una vez se arrancase del campo la cizaña. Se mostraba muy activo en esta obra de reaccion el español fray Bartolomé Carranza, que habia llevado consigo don Felipe, sin preveer entonces que algun dia iba á ser el mismo víctima de las persecuciones de que se mostraba tan celoso. Se hicieron reformas en las universidades. Se mandaron cerrar todos los sínodos. Se hicieron hogueras públicas de Biblias traducidas en lengua del pais; y tambien se encendieron para el último suplicio de los principales apóstoles de la reforma que no querian desdecirse. Subieron á estas piras hasta personas revestidas con el carácter de prelados; tan severo y cruel se mostraba el tribunal eclesiástico que en estas causas entendia. Fueron entre otros quemados en la plaza de Westsmith-Field en Lóndres, sitio ordinario de las ejecuciones, Ridley obispo de Lóndres y Lamiter obispo de Worcester. Alcanzó su rigor al famoso Crammer, arzobispo de Cantorbery, favorito del rey Enrique VIII. Se se dice de este prelado que firmó un acto de retractacion, haciéndosele creer que con este paso evitaría su castigo; mas que habiendo sido condenado sin embargo al suplicio de la hoguera, se quemó antes la mano derecha como para castigarla de un acto de debilidad, y no entró en el fuego antes de caer despegada de su brazo. La absolucion de los ingleses, no les costaba poca sangre; mas no se en-

tendian entonces las cosas de otro modo: tanto por los católicos, como tambien por los mismos protestantes.

CAPITULO XIV.

Ajusta el emperador una tregua con Francia.—Llama á don Felipe á Bruselas.—Renuncia en su favor la posesion de los Paises-Bajos y las coronas de España.—Se embarca para este último pais, y se retira al monasterio de Yuste.—Sus ocupaciones.

Deseaba el emperador terminar la guera con Francia, en que estaba empeñado hacía cerca de cinco años. Desde la retirada de la plaza de Metz, no se habian alcanzado ventajas considerables por ninguna de ambas partes. Habian los imperiales tomado las plazas de Teronamne y de Herdin; y apoderádose los franceses de las de Renty y Mariemburgo: hecho aquellos una invasion en la Picardía, y acercádose los segundos á Fhiomville por los Paises-Bajos; mas no se habia dado ningun golpe decisivo. Con la misma alternativa de próspera y adversa fortuna se batian en las fronteras y varias partes de Italia los ejércitos beligerantes. Reinaba en los dos príncipes beligerantes mas cansancio de la guerra, que deseo verdadero de la paz, por los gastos inmensos que la hostilidad les acarreaba. En mayo de 1555 se ajustaron unas treguas en Arras entre ambas coronas que debian de durar cinco años. Concurrieron al acto en nombre del emperadór el cárdenal Polo, el duque de Medinasidonia, el obispo de Arras, el conde de Lalans y el presidente del consejo de Flandes Viglo Inchieno. Asisticron por el rey de Francia el cardenal de Lorena, y el condestable de Montmorency. Por la Inglaterra se presentaron el obispo de Winchester y el conde de Arundel. Se suscitaron en las conferencias grandísimas dificultades. Pedian los franceses el ducado de Milan y que el duque de Saboya se casase con la viuda del duque de Lorena, y que se diese á Navarra á Antonio de Borbón Vendome, casado con Juana de Albret, hija de

Enrique de Albret y Margarita de Valois, hermana de Francisco, difunto rey de Francia. Mas á nada de esto se accedió, y las treguas se firmaron sencillamente sin ningunas condiciones. Se vió así libre el emperador de un peso que le fatigaba; mas le quedaba otro que le era imposible echar de sí por ser producto de sus enfermedades y de la vejez que á pasos agigantados le cargaba. Habia llegado á una época de la vida en que todas las ilusiones se disipan, en que se van todas las flores, quedando solo en lugar suyo las espinas. Habia gozado demasiado pronto de las pompas y prestigio del poder, para no experimentar que la grandeza es humo, que los goces de la ambicion son sueños de que se dispierta rara vez sin amargura. Ninguna gran razon tenia de quejarse de la suerte, mas en el último tercio de su vida, no le habian faltado sinsabores y dolorosos desengaños. Cuando llega el hombre á semejante situacion, no puede menos de deleitarse con las ideas del retiro y del descanso; y si á todo esto se añaden los sentimientos religiosos que hacen tender los ojos hacia lo futuro, no extrañaremos que Cárlos V á los cincuenta y seis emperador de su edad, pensase seriamente en echar de sí un peso que realmente le abrumaba. Hubo quien escribió que entre las causas que le movieron á tomar esta resolucion, ocupa un principal lugar la conducta poco obsequiosa hácia el porte de su hijo don Felipe, y que prefirió una voluntaria cesion de sus estados, á las serias mortificaciones que de su carácter ambicioso y vivos deseos de reinar tenia (1); mas no dieron las acciones anteriores de este príncipe motivo para una inpugnacion tan grave y seria. Segun dijo él mismo, hallándose ya en su retiro de Yuste, se habia ocupado de esta idea en vida de la emperatriz; mas que no habia podido realizarlo por lo complicado que se hallaban sus negocios y falta de un heredero que estuviese en ap-

(1) Véase á Robertson L. C. XI en su cita de Lebesque, autor ó editor de las Memórias de Granvela.

titud de reemplazarle. El heredero ya se hallaba en sus maduros años, y el tiempo parecia llegado de adoptar finalmente la resolucion que iba á excitar la admiracion de toda Europa. Con este designio envió á llamar al príncipe á Bruselas, y allí mismo renovó sus negociaciones con su hermano, á fin de que renunciase en favor de su hijo la corona del imperio; mas el rey de los romanos persistió en su negativa, y el emperador tuvo que renunciar á esta última ilusion de brillo y de grandeza.

Se hallaba Felipe muy poco á gusto suyo en Inglaterra, descontento del pais, cansado de la reina, que nunca habia sido para él objeto de cariño. Aprovechó, pues, con gusto esta ocasion que se le ofrecia de dejar aquel pais, y se apresuró á obedecer los preceptos de su padre. Fué esta partida objeto para la reina de excesiva pesadumbre, trató de impedirla por cuantas razones supo y pudo, alegando su embarazo, que despues resultó ser hidropesía. Mas no tuvo en ninguna cuenta el rey sus ruegos y clamores, y en 8 de octubre de 1555 salió de Inglaterra, encaminándose á los Paises-Bajos, donde le aguardaba un cambio inesperado de fortuna.

Habia convocado el emperador los estados de los Paises-Bajos en Bruselas (1). El 28 del mismo mes de octubre se presentó en su seno, y con toda la solemnidad digna de los tiempos de los Césares renunció en favor de don Felipe la soberanía de los Paises-Bajos que habia heredado de su padre. Con aire de magestad, con noble y augusto continente se presentó y condujo el emperador en tan solemne circunstancia. Se hallaban de un lado á la derecha del trono el príncipe de España, el príncipe Maximiliano y Filiberto, duque de Saboya. A la izquierda las reinas viudas de Hungría y de Francia, María, reina de Bohemia, y Cristierna, hija del rey de Dina-

(1) Es la fecha que asigna Sandoval á este acto que ocupa en la historia un lugar tan distinguido. Mas en el dia y aun en el mes discrepan la mayor parte de los historiadores de la época.

marca, duquesa de Lorena. Comenzó la ceremonia nombrando al príncipe de España caballero del toison de oro, y en seguida el secretario Filiberto Brusseli leyó en alta voz el acta de renuncia del señorío de los Paises-Bajos, hecho por el emperador Cárlos V en favor de la persona de su hijo don Felipe. Concluido el acto y apoyando una mano en el hombro del príncipe de Orange, y con un papel en la otra, sin duda para alivio de memoria se levantó el emperador y arengó en francés por la última vez á los estados, haciendo enumeracion de las espediciones que habia emprendido, de los servicios tanto civiles como militares que habia hecho. Les habló de sus enfermedades, de su incapacidad de conservar el cetro con ventajas para el pueblo, y de que en la persona de su hijo les dejaba un príncipe experimentado en todos los negocios del gobierno. No fué menos patético su discurso al nuevo rey que se le puso delante de rodillas, exhortándole á ser justo, á mirar con respeto sagrado las leyes y con amor á sus nuevos súbditos. En todos hizo impresion lo solemne, sublime y tierno de la escena: algunos derramaron lágrimas. El emperador no se apartó un punto de su nobleza y dignidad; ningun soberano al despedirse de su pueblo excitó más sentimientos de reverencia y pesadumbre. Prometió Felipe á su padre haberse fielmente en su nueva dignidad y arreglarse en todo á sus preceptos. Al dirigirse á la asamblea manifestó que le era imposible expresarse en lengua francesa, por no *haberla deprendido* (1); mas que el obispo de Arras seriá intérprete de sus sentimientos. La arenga del prelado á nombre del nuevo señor de los Paises-Bajos se redujo á las promesas de costumbre y que nunca en tales ocasiones se escasean.

En seguida se levantó la reina viuda de Hungría, y se dirigió á los estados dándoles gracias por los favores

(1) Expresion de Sandoval, l. XXXII, §. 38.

que la habian dispensado, é hizo renuncia del gobierno de los Paises-Bajos que hacia veinte años desempeñaba en nombre de su hermano.

En 16 de enero de 1556 hizo Cárlos renuncia de las coronas de Castilla en favor de su hijo ante Francisco de Eraso, comendador de Montalazy, notario mayor, y de las de Aragon, ante Diego de Vargas, escribano de cámara. Ademas le dió la investidura del estado de Sená, y el título de Vicario general del sacro imperio. Mas antes de abrir la época de este reinado, tan fecundo en grandes acontecimientos, se dedicarán algunas páginas á seguir los huellas del último monarca despues de su renuncia.

De todas sus coronas se habia despojado Cárlos V á excepcion de la imperial que conservaba todavía, siempre con la esperanza de trasmitirla á don Felipe. Inmediatamente que se redujo á condicion privada, pasó á vivir en un palacio particular en compañía de las reinas sus hermanas, pues la de Hungría habia entregado el gobierno de los Paises-Bajos al duque Filiberto de Saboya, por disposicion de don Felipe. El retiro donde era la intencion del emperador fijar su residencia era el monasterio de Gerónimos de San Juste ó Yuste, situado en Extremadura cerca de la vera de Plasencia. Mas por lo crudo de la estacion ó falta de preparativos, no pudo ponerse en viaje hasta setiembre del mismo año de 1556 que se embarcó en Zelandia en compañía de las mismas reinas y su privada comitiva, despidiéndose del nuevo rey que le habia acompañado hasta aquel punto. Padeció la pequeña flota una tempestad, y llegó en bastante mal estado á fines del mes al puerto de Laredo, donde tuvo lugar el desembarco. Se dice que el emperador besó la tierra al verse en ella, diciéndole que le recibiese como su postrer asilo. Llegó tan fatigado y quebrantado, que solo en litera pudo hacer el viaje hasta Burgos, donde descansó dos dias. A pesar de que debia conocer los hombres, no dejó de extrañar el escaso número de señores y

caballeros principales que le vinieron á cumplimentar, tanto en aquel punto como en el camino. En seguida se trasladó á Valladolid, donde no quiso se le hiciese ningun recibimiento, cediendo este honor á sus hermanas, que hicieron su entrada un dia antes. Allí tuvo una entrevista con su hija y regente doña Juana, habiendo visto tambien á su nieto el príncipe don Cárlos, de cuyos modales y conversacion, dicen, quedó sumamente disgustado. Querian sus hermanas acompañarle hasta San Yuste; mas no lo permitió el emperador, y se despidió de ellas en Valladolid prosiguiendo solo su jornada. Algunos historiadores dicen que tuvo que suspender su viaje por falta de dinero (1); pero esto es muy duro de creer, habiéndose asignado él mismo la corta cantidad de 12,000 ducados anuales por via de pension ó de retiro. Y aunque hubiese sucedido asi por escaseces del erario ó circunstancias imprevistas, achacarlo á indiferencia ó tal vez á ingratitud de Felipe, nos parece con demasía aventurado.

A mediados de noviembre del mismo año llegó á San Yuste, donde le habian preparado una especie de habitacion particular, pegada al convento, con el que tenia comunicacion aunque del todo independiente. En aquella modesta vivienda, compuesta de cinco ó seis piezas, sencilla y hasta pobremente alhajadas, se encerró el que habia dado leyes á mas de la mitad de Europa, sin que en sus conversaciones, en sus ademanes, ni en ninguno de sus actos, diese á entender que estaba arrepentido de aquel cambio.

La vida que el emperadór llevó en San Yuste fué sencilla, dedicada en lo esencial á ejercicios de devocion y de piedad, ocupando las horas de recreo en el cultivo del jardin, ó en la construccion de alguna obra mecánica,

---

(1) Entre otros Cabrera, l. 2, c. IV, quien expresa el pueblo de la detencion (Oropesa), el tiempo de la duracion (30 dias), y la cantidad que aguardaba para pagar á sus criados (30,000 escudos).

sobre todo de relojes, á que era muy aficionado. El grande artífice de aquellos tiempos que excitaba tanta admiracion con lo ingenioso y atrevido de sus invenciones, Juanelo Turranio le hizo varias visitas en su retiro y le daba lecciònes de su arte. Tambien se divertia con la música, en la que dicen era muy inteligente, siendo su voz tan buena y delicada, que algunos religiosos iban en silencio á escucharle á su puerta cuando cantaba, sobre todo en las horas de la noche. Mas todos esos pasatiempos no le distraian del negocio que le era mas interesante. Sin ligarse con ningun voto, observaba en cuanto se lo permitían sus enfermedades la regla del Orden de San Gerónimo á que pertenecia aquella casa. Asistia al coro con frecuencia: todas las mañanas oia misa, y rezaba muchas devociones. A medio dia oia un sermon y á falta suya una homilía de San Agustin, y por la tarde asistia á vísperas. Pasaba asimismo algunas horas en conversacion con el prior y algunos otros graves religiosos del convento con quienes entraba en varios pormenores de su vida, contándolos con afabilidad y sencillez de trato sin ninguna etiqueta y ceremonia. Sandoval, el mas copioso y tal vez el mejor de sus historiadores, refiere los cargos que le hicieron una vez los visitadores de la órden por las liberalidades que distribuia á varios individuos de la casa que el emperador escuchó con la mayor docilidad prometiendo enmendarse. Es de un vivo interés una de sus conversaciones con San Francisco de Borja, sobre los motivos que obligaron á este á dejar el mundo y á preferir la nueva órden de los jesuitas á las demás ya antiguas y probadas. Mas dejarémos por ahora á Cárlos V en la modestia y humildad de su retiro para volver al gran teatro del mundo, sobre el que comenzaba á representar un gran papel su hijo.

CAPITULO XV.

Estado de la Europa á la subida de Felipe II al trono.—Se declara Paulo IV contra Felipe II.—Pasa el duque de Alba á gobernar à Nápoles.—Ruptura de hostilidades.—Invaden las tropas españolas los estados pontificios.

Se hallaba Felipe II en los 29 años empezados de su edad, cuando por la renuncia de su padre, se vió el primer soberano de la Europa. No heredaba la corona imperial; mas esta brillante dignidad, no era en mil ocasiones verdadero poder, y por la proximidad de los turcos acarreaba mas peligros y embarazos que provecho. Sin contar con Inglaterra de que no era mas que un monarca nominal, se veía dueño de España, de los Paises-Bajos, del franco condado, del ducado de Milan, de Sicilia, de Nápoles, de Cerdeña, y del inmenso y opulento imperio que las armas y la audacia de unos pocos aventureros habian dado á Castilla en el nuevo continente. Con razon se decia que el sol no se ponia nunca en los estados de este príncipe.

Era Felipe nuevo rey, mas no nuevo gobernante; pues casi desde su infancia se habia familiarizado con los negocios y debia de conocer los hombres y las cosas. No era menos necesaria una personal capacidad de gobierno para el hijo, que lo habia sido para el padre, hallándose la Europa tan agitada sin dar muestras de mas tranquilidad que bajo el reinado del último monarca. Mandaba en Francia Enrique II, heredero de la enemiga de su padre hácia la casa de Austria. Una tregua acababa de suspender las hostilidades con el emperador, mas solo el cansancio y no un deseo de paz habian dictado esta medida. El calvinismo que en el reinado del anterior monarca no pasaba en aquel pais de una secta obscura, se habia difundido por varias provincias, y era la religion de muchos señores de gran preponderancia, en

tre los que se contaban hasta príncipes de la sangre. Estaba Inglaterra regida por María, esposa de Felipe, sin que las persecuciones y rigor ejercidos contra los enemigos de la fé católica restituyesen al pais la tranquilidad, y mucho menos la unidad de creencias que se apetecía. Era la reina odiada por mas de la mitad de la nacion que la designaba con el título de sanguinaria y la irritacion que en ella producia el desvío de Felipe, aumentaba la severidad de todas sus disposiciones. En Escocia continuaba la Regencia de María de Lorena, ejercida en nombre de la Reina María Stuarda que continuaba en París en vísperas de ser enlazada con el primogénito de Enrique. Al frente del imperio de Alemania iba á ponerse definitivamente el rey de los romanos Fernando, habiendo por fin enviado desde España el emperador su acto de renuncia. Habian concebido los príncipes luteranos sospechas de que se trataba de falsear el tratado de Passau, al abrigo del cual vivian tranquilos; mas tuvo la habilidad el rey de los romanos de disipar sus inquietudes, habiéndose confirmado en una dieta celebrada en Augsburgo en 1555 las disposiciones del tratado, con lo que permanecia el pais sin aparentes turbulencias. Continuaba en el trono de Suecia Gustavo, fundador de la nueva dinastía. Habia subido al de Dinamarca Cristiano III, sucesor del duque de Mostein que habia espelido al rey Cristierno. Reinaba en Polonia Segismundo Augusto, y en Portugal don Juan III, sucesor de don Manuel, que introdujo la inquisicion en aquel reino. En 1554 habia bajado al sepulcro el papa Julio III, sucesor de Paulo III; y á la muerte de Marcelo II que reinó solos veinte y dos dias, fué exaltado al trono pontificio Paulo IV, de quien haremos mas mencion en adelante. En cuanto á Italia, merece mencion particular por la variedad de estados de que se compone y las relaciones é influencia que ejerció en ellos Cárlos V. Ya hemos visto como en el reinado de este emperador fueron para siempre espelidos del Milanesado y de Nápoles los franceses que alegaban derechos á los dos paises. A la muerte en 1536 sin hijos varones,

de Francisco Sforza, duque de Milan, se hizo Cárlos V dueño y soberano del estado, que como feudo imperial deberia de quedar anejo á la corona del imperio, mas que á pesar de esto hizo parte de la magnífica herencia de Felipe. Era, pues, dueño de Milan, de Nápoles y de Sicilia, y esta circunstancia por precision le habia de dar gran influencia entre los otros soberanos de la Italia. Venecia que se habia mostrado, cuando contraria, cuando favorable, á los intereses del emperador, se hallaba en un estado de neutralidad á la subida al trono de su hijo. Continuaba Génova bajo el poder y grande influencia de los Dorias, amigos y servidores siempre de la casa de Austria. En 1547 habia abortado en aquel pais la conspiracion de Fieschi, promovida secretamente por Francia y por Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo de Paulo III; mas no fué esta llamarada mas que de un momento, habiendo perecido el jefe de la conspiracion por un accidente inesperado. Octavio, hijo y sucesor del duque de Parma, continuó sus tratos con Francia y fué inducido á recibir en su pais tropas de Enrique II; mas fué descubierto el plan por el emperador y el papa, quienes le declararon la guerra y le hubiesen despojado de sus estados á no haber el príncipe alcanzado su perdon, casándose con Margarita, hija natural de Cárlos V.

En cuanto á Florencia, ya hemos visto que por los años de 1530, habia pasado del estado republicano á la dominacion de los Médicis, que al principio tomaron el título de duques de Florencia, y en seguida el de grandes duques de Toscana. Una de las operaciones de los franceses durante la última guerra que hemos mencionado, fué la invasion y ocupacion de Sena, y con este motivo se apoderaron de algunos otros puntos de la Toscana y el Genovesado; mas de dicha plaza fueron espelidos, despues de un sitio muy tenaz, por las armas de Cárlos V y el duque de Florencia. A la subida, pues, de Felipe al trono, tenia por amigas en Italia á Génova y Florencia: por poco amigos y contrarios á Parma, Módena y Ferrara.

Tal era la situacion de Europa al inaugurar Felipe su reinado. No puede menos de abrazar su historia la de casi todos los estados de que esta parte del mundo se compone. No es muy fácil, pues, trazarla con claridad, con método, sin que resulten confusiones. No es posible observar siempre con exactitud el órden cronológico, una de las grandes condiciones de la historia, cuando sucesos contemporáneos que pasan en diversas partes no tienen ninguna conexion ni enlace. Tampoco se puede ni se debe dar al relato de todos igual grado de extension, porque no son igualmente interesantes. Todo esto lo tendremos presente en nuestra narrativa. No escribiremos anales de lo que ocurria al mismo tiempo en todas partes, sino que pasaremos de un pais ó de un asunto á otro, de modo que la atencion no se fije al mismo tiempo en cosas muy heterogéneas. Asi dejaremos por ahora á España, volviendo á ella cuando lo verifique don Felipe, á quien graves negocios detenian en los Paises-Bajos.

Uno de los actos del reinado de Felipe fué la confirmacion de la regencia de España en favor de la infanta doña Juana. Dió á Filiberto de Saboya el gobierno de los Paises-Bajos, y le confirió el título de consejero de Estado, del mismo modo que al duque de Alba, á don Francisco Gonzaga, al obispo de Arrás, al príncipe Andres Doria, á don Juan Manrique de Lara, á don Antonio Toledo, prior de Leon, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al conde de Chinchon, á don Bernardino de Mendoza, á don Gutierre Lopez de Padilla, al duque de Feria, y poco despues al regente Figueroa. Nombró embajador en Alemania á don Claudio Vigil de Quiñones, conde de Luna, y confirmando en el de Venecia á Francisco de Vargas Mejía. De los cambios que hizo en el personal por lo tocante á España, hablaremos á su debido tiempo.

La tregua ajustada un año hacia entre el emperador y el rey de Francia, se renovó y confirmó entre éste y Felipe en Cambray en febrero de 1556, asistiendo en

nombre del último Lalaing, gobernador de Haynalt, Simon Reynardo y Cárlos Tinsanc, juristas del consejo, y Juan Bautista Escherzo Cremonés, regente de Milán. Por la parte de Francia asistieron el almirante Coligny, gobernador de Picardía, Sebastian d'Aubepine, del consejo y secretario de Estado, y los abades de Bossen-Fontaine y San Martin; mas esta tregua iba á ser muy corta.

1556. Es un rasgo singular en el reinado de Felipe II, de un monarca tan católico, tan adicto á la sede pontificia, tan hijo obediente de la iglesia, que su primera guerra hubiese sido con el papa y provocada por este padre de los fieles; mas así es la verdad pura. Fué exaltado, como hemos dicho, á la tiara Paulo IV (Pedro Carraffa) por la faccion francesa á despecho de la austriaca, con cuyo motivo concibió un odio al emperador y á Felipe que influyó en toda su política. La historia pinta á este pontífice como hombre de pasiones muy fogosas y violentas en medio de lo sumamente avanzado de sus años, y sobre todo altamente imbuido de las ideas de la omnipotencia de la Santa Sede. No se atribuia tanto á sus propios sentimientos esta enemistad hácia los príncipes austriacos como á las intrigas y á la ambicion de su sobrino el cardenal Carraffa, que se creia ofendido del emperador por lo poco gratos que le habian sido sus servicios. El primer paso del pontífice fué solicitar una alianza con Francia, que entró gustosa en estos tratos y atizó el odio del papa, en medio de estar él mismo ocupado en el ajuste de una tregua con sus enemigos.

Muy singular parece que el rey de Francia se ocupase á la vez de dos asuntos tan contradictorios; mas tal es la verdad confesada por los historiadores franceses, y tal la buena fé que reina en las negociaciones diplomáticas. Halagaba mucho á Enrique la idea sugerida por Paulo IV de recibir la investidura de Milan y de Nápoles para sus dos hijos. Combatió vivamente el mariscal de Monmorency este proyecto de liga: la apoyó fuertemente el

partido de los Guisas. Estos Guisas, de quienes se hace mencion tantas veces en la historia, eran príncipes de la casa de Lorena. Fué el uno Francisco, duque de Guisa, famoso capitan que se habia distinguido en la defensa de Metz; el otro fué eclesiástico y cardenal, conocido con el nombre de cardenal de Lorena. María de Lorena, reina viuda de Escocia y madre de María Estuarda, era hermana de estos príncipes; mas á pesar de que era entonces el preponderante, se firmó la tregua antes que el tratado de alianza con el papa, lo que le puso muy furioso y le hizo enviar á su sobrino el cardenal á exponer sus quejas y hacer presentes sus apuros si la tregua se llevaba á efecto. No fué difícil al cardenal Carraffa remover los escrúpulos del rey acerca de la observancia de la tregua, pues ademas de que la liga con el papa estaba en sus ideas, supo mover el legado en su córte resortes poderosos que echaron abajo los planes de Montmorency, fomentando el de los Guisas. Favorecido ademas con un breve de absolucion por el pontífice, rompió Enrique virtualmente la tregua con el rey de España, prometiendo al papa tropas que se pusieron en efecto en movimiento. Paulo IV entró en negociaciones con el mismo objeto con los duques de Parma y de Ferrara, indisponiéndolos contra el rey de España. Privó á éste del subsidio de cruzada de que gozaban sus antecesores en España con motivo ó pretexto de la guerra contra los infieles, envió guarniciones á las plazas confinantes con el reino de Nápoles, y no omitió medio alguno de mostrar su hostilidad al rey de España. Su embajador en Roma, Garcilaso de la Vega, que manifestaba al duque de Alba el peligro que corria el reino de Nápoles, en una carta interceptada, fué por órden del pontífice preso en el castillo de Saint Angelo. Allí encerró asimismo al cardenal Santafiore y otros que se oponian á su política hostil con el rey de España. A los Colonnas, que pasaban por amigos de este príncipe, escomulgó, privando á Marco Antonio, [illegible] familia del ducado de Paliano. Y

para coronar todos estos actos de animosidad, declaró en pleno consistorio al rey Felipe decaido de su derecho al reino de Nápoles, como infractor de los juramentos que á su predecesor habia hecho el monarca feudatario.

Ya habia consultado el rey, antes de llegar las cosas á esta extremidad, con sus teólogos mas graves si le era permitido en vista de tales agravios hacer armas contra el papa. Los teólogos le respondieron que debia emplear antes todos los medios de la negociacion, de la sumision y de la súplica, y que solo en el caso de apurarse le podria ser lícito acudir á su defensa personal tomando armas contra el pontífice que injustamente le atacaba. Con esta especie de resguardo, dando el rey de España por apurados todos los medios de conciliacion, se pensó en hostilidades, y envió de virey á Nápoles al duque de Alba, que habia ya bajado á Milan de órden del emperador, nombrándole generalísimo de sus tropas en Italia.

Pasaba á la sazon don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, por el primer general que tenia España. Desde muy jóven comenzó á distinguirse en los ejércitos de Italia. Mandaba un cuerpo ó division que en 1536 puso cerco á Marsella: estuvo á la cabeza de las tropas imperiales en la batalla de Muhlberg, y cuando el sitio de Metz sirvió asimismo como general en jefe bajo las órdenes de Cárlos V. Era un hombre de guerra activo, valeroso, inteligente, y como jefe muy duro y muy severo. Aunque se hizo famoso en el reinado del padre, creció mucho, como veremos, su nombre en el del hijo.

Ya era pública la liga del papa y de la Francia. Ya se estaban esperando en Ostia tropas que este último habia prometido, y preparando en Roma cuarteles para recibirlas. Estaba como rota la tregua entre Francia y España, aunque no denunciadas las hostilidades entre las dos potencias. Reunia el duque de Alba como activo y previsor, en el reino de Nápoles y frontera de los estados de la Iglesia sus tropas, que se componian de 4,000 españoles, 8,000 italianos, 300 hombres de

armas, 500 caballos, y 12 piezas de artillería. Mandaba la infantería española su hijo don García de Toledo, y el maestre de campo Sancho Mardoñes; la infantería italiana Vespasiano Gonzaga: los hombres de armas Marco Antonio Colonna; la caballería el duque de Popolí, y de la artillería estaba encargado Bernardo de Aldana. (1)

No quiso el duque romper las hostilidades hasta tener respuesta del pontífice, á quien envió de emisario al príncipe de S. Valentino, quejándose en nombre del rey don Felipe de las medidas hostiles del pontífice; de su liga con Francia; de la prision contra el derecho de gentes de Garcilaso de la Vega; de su aproximacion de tropas á la frontera de Nápoles, y sobre todo de su declaracion en el consistorio, del decaimiento del rey de sus derechos á este estado. Al mismo tiempo exhortaba á su Santidad á remover por medios mas pacíficos los horrores de una guerra inminente, y que era inevitable, mientras no diese á su amo una satisfaccion debida. Tardó algun tiempo el pontífice en contestar, y al fin dió una respuesta evasiva con objeto de ganar el tiempo necesario para la llegada de las tropas de Francia que aguardaba (2). Mas el duque de Alba que lo comprendió muy bien, no quiso perder la ventaja de ganarle por la mano y rompió las hostilidades entrándose con sus tropas por el territorio de la iglesia. Como las fronteras de los estados pontificios no estaban bien guardadas, fué fácil al duque de Alba apoderarse de los puntos de Veruli, Banco, Terracina y los demas pueblos de sus inmediaciones. Inmediatamente pasó á Agnaric defendida por 800 hombres; mas viéndose es-

---

(1) Los principales hechos de esta corta guerra de Italia estan consignados con poca diferencia en todos los historiadores de la época; Cabrera, Herrera, Leti, Miñana, Deniel, Meseray, Anquetil, etc.

(2) [illegible] dicen que respondió con altivez; mas hallándo[illegible] en vísperas de verse reforzado, [illegible] política que indica el testo.

tos en la imposibilidad de defenderse, se retiraron hácia Tíboli, dejando franca la entrada de la plaza, que fué saqueada por las tropas de Alba.

Llenaron estas noticias á Roma de terror y Paulo IV envió con toda precipitacion por las tropas que se hallaban en la Umbría compuesta de 300 alemanes, 1000 gascones, y 7000 hombres mandados por Alejandro Colonna. No creyendo suficiente este refuerzo para la defensa de la capital, suplicaron los cardenales al pontífice, conjurase aquella tempestad entrando en ajuste con el duque de Alba. Propuso el papa al efecto al español una conferencia con el cardenal Carraffa para la renovacion de las relaciones amistosas. Accedió el duque; mas no habiendo encontrado al cardenal en Gruta-Ferrara, sitio de la cita, y aguardándole allí en vano cuatro dias, calculó que solo se trataba de ganar tiempo para la llegada de los franceses; y así renovó las hostilidades apoderándose de Vahuontone, de Palestrina, de Segui y de Tíboli, al mismo tiempo que Vespasiano Colonna Gonzaga entraba por capitulacion en Vicóvaro.

El papa que se veia cada vez mas estrechado, apuraba al rey de Francia á que le enviase los socorros ofrecidos, y buscaba enemigos contra el rey de España entre los príncipes de Italia: mas á escepcion del duque de Ferrara, ninguno abrazó los intereses del pontífice. Supo el rey de España conciliarse la benevolencia y asegurar la amistad del duque de Florencia, concediéndole la posesion de Sena, y del de Parma dispensándole favores no menos importantes.

Para distraer la atencion del duque de Alba, dispuso Paulo IV que algunas tropas que se hallaban en la Marca de Ancona, hiciesen una incursion en los Abruzzos. La espedicion se realizó en efecto mandada por Antonio, marqués de Montebello, sobrino del pontífice, y no dejó de hacer daños considerables en aquel pais; mas su gobernador con un refuerzo que le habia enviado á tiempo el duque de Alba, salió á buscar á los del papa, los des-

partido de los Guisas. Estos Guisas, de quienes se hace mencion tantas veces en la historia, eran príncipes de la casa de Lorena. Fué el uno Francisco, duque de Guisa, famoso capitan que se habia distinguido en la defensa de Metz; el otro fué eclesiástico y cardenal, conocido con el nombre de cardenal de Lorena. María de Lorena, reina viuda de Escocia y madre de María Estuarda, era hermana de estos príncipes; mas á pesar de que era entonces el preponderante, se firmó la tregua antes que el tratado de alianza con el papa, lo que le puso muy furioso y le hizo enviar á su sobrino el cardenal á exponer sus quejas y hacer presentes sus apuros si la tregua se llevaba á efecto. No fué difícil al cardenal Carraffa remover los escrúpulos del rey acerca de la observancia de la tregua, pues ademas de que la liga con el papa estaba en sus ideas, supo mover el legado en su córte resortes poderosos que echaron abajo los planes de Montmorency, fomentando el de los Guisas. Favorecido ademas con un breve de absolucion por el pontífice, rompió Enrique virtualmente la tregua con el rey de España, prometiendo al papa tropas que se pusieron en efecto en movimiento. Paulo IV entró en negociaciones con el mismo objeto con los duques de Parma y de Ferrara, indisponiéndolos contra el rey de España. Privó á éste del subsidio de cruzada de que gozaban sus antecesores en España con motivo ó pretexto de la guerra contra los infieles, envió guarniciones á las plazas confinantes con el reino de Nápoles, y no omitió medio alguno de mostrar su hostilidad al rey de España. Su embajador en Roma, Garcilaso de la Vega, que manifestaba al duque de Alba el peligro que corria el reino de Nápoles, en una carta interceptada, fué por órden del pontífice preso en el castillo de Saint Angelo. Allí encerró asimismo al cardenal Santafiore y otros que se oponian á su política hostil con el rey de España. A los Colonnas, que pasaban por amigos de este príncipe, escomulgó, privando á Marco Antonio, jefe de la familia del ducado de Paliano. Y

cia á quien se consultó, mandó que continuasen directamente su camino, y el legado del papa para dar mas fuerza á la adopcion de esta medida, sacó un Breve de su Santidad en que se escomulgaba á los que se desviasen de los términos de la alianza entre su Santidad y el rey de Francia. Atravesaron, pues, las tropas de este último por los estados de Parma, cuyo duque no pudo oponerles resistencia alguna; y pasando por Módena llegaron á Reggio, donde encontró el duque de Guisa al cardenal Carraffa y al duque de Ferrara.

Aunque este último príncipe estaba declarado contra España, no se atrevió á unir sus tropas con las de Guisa y el pontífice, temiendo al gobernador de Milan que tenia vecino, por lo que continuaron sin este auxilio las tropas francesas hasta Bolonia, donde habiéndose pasado revista, se halló que se componian de 4000 grisones, 6000 franceses, 500 hombres de armas, y 1500 caballos ligeros. El duque de Guisa pasó en seguida á Roma á confe renciar con el pontífice, de quien recibió los mayores obsequios hasta el honor de sentarse á su mesa, y su ejército permaneció algun tanto en la Romanía, mientras se hacian todos los preparativos para la ruptura de las hostilidades.

Ya habian por aquel tiempo espirado los cuarenta dias de la tregua ajustada entre las tropas pontificias y las del duque de Alba, se renovaron las hostilidades con pérdida en un principio para las armas de España. Recuperaron los del papa el puerto de Ostia que se rindió despues de un sitio, y aunque la guarnicion se retiró al Castillo tuvo al fin que entregarse por capitulacion, salvando las personas y cuanto pudieron llevar los que se retiraron á Neptuno. Tambien recuperaron los del papa á Mariano, Castel, Gandolfo y Palestrina. El conde de Pópulo, que hizo salir de estos puntos á sus guarniciones, reforzó con ellas á Tíboli y Agnani. El conde de Pauliano, uno de los generales del papa, trató de recobrar á Vicobaro por medio de un asalto, y fué rechazado con gran pérdida por los

armas, 500 caballos, y 12 piezas de artillería. Mandaba la infantería española su hijo don García de Toledo, y el maestre de campo Sancho Mardoñes; la infantería italiana Vespasiano Gonzaga: los hombres de armas Marco Antonio Colonna; la caballería el duque de Popolí, y de la artillería estaba encargado Bernardo de Aldana. (1)

No quiso el duque romper las hostilidades hasta tener respuesta del pontífice, á quien envió de emisario al príncipe de S. Valentino, quejándose en nombre del rey don Felipe de las medidas hostiles del pontífice; de su liga con Francia; de la prision contra el derecho de gentes de Garcilaso de la Vega; de su aproximacion de tropas á la frontera de Nápoles, y sobre todo de su declaracion en el consistorio, del decaimiento del rey de sus derechos á este estado. Al mismo tiempo exhortaba á su Santidad á remover por medios mas pacíficos los horrores de una guerra inminente, y que era inevitable, mientras no diese á su amo una satisfaccion debida. Tardó algun tiempo el pontífice en contestar, y al fin dió una respuesta evasiva con objeto de ganar el tiempo necesario para la llegada de las tropas de Francia que aguardaba (2). Mas el duque de Alba que lo comprendió muy bien, no quiso perder la ventaja de ganarle por la mano y rompió las hostilidades entrándose con sus tropas por el territorio de la iglesia. Como las fronteras de los estados pontificios no estaban bien guardadas, fué fácil al duque de Alba apoderarse de los puntos de Veruli, Banco, Terracina y los demas pueblos de sus inmediaciones. Inmediatamente pasó á Agnaric defendida por 800 hombres; mas viéndose es-

---

(1) Los principales hechos de esta corta guerra de Italia estan consignados con poca diferencia en todos los historiadores de la época; Cabrera, Ferreras, Leti, Miñana, Deniel, Meseray, Anquetil, etc.

(2) Algunos historiadores dicen que respondió con altivez; mas hallándose entonces tan desprevenido y en vísperas de verse reforzado, es mas natural que hubiese observado la política que indica el testo.

trimonio con Felipe, á cuya influencia, lo mismo que á la de su padre, se atribuian sus medidas y rigores con los protestantes. No hay duda de que estaban estos en el corazon de la reina, dura por naturaleza, y que en su opinion no creia poder manifestar mejor su celo por la comunion romana. Mas de los sentimientos tanto del padre como del hijo hácia los hereges, se puede inferir que añadian nuevo fuego á este celo de la reina, y que esta princesa, por complacer á su marido, se mostraria mas rigorósa que si no mediase esta consideracion en que se interesaba su cariño. Por otra parte, como la reina atribuia el desvío de Felipe á las pocas simpatías que encontraba en el pais, estaba muy lejos de propender á la indulgencia. Por una parte su celo mal entendido por el catolicismo, por la otra un esposo despegado, y el sentimiento interior de que le faltaban medios para cautivarle, todo contribuia á ennegrecer su sangre y exacerbar su bilis.

Fué recibido Felipe II de la reina de Inglaterra con su pasion acostumbrada; de la corte, con todos los obsequios debidos al rey, pues rey era, aunque nominal, de Inglaterra; del pueblo con sentimientos diversos, segun la diferencia de partidos: era el objeto de su visita tan impopular en el pais como su persona misma. Hacian ver sus enemigos que una guerra emprendida tan solo para fomentar los intereses de este príncipe extranjero, era antinacional y hasta un absurdo; mas la reina no podia negar nada á su marido. Por otra parte se trataba de hostilizar á una nacion contra la que el odio de Inglaterra ha sido siempre popular, y cuya dominacion en Escocia era cada dia objeto de nuevas inquietudes. En fin, María declaró la guerra á Enrique de Francia, y prometió socorros eficaces á Felipe.

Regresó éste á los Paises-Bajos y se preparó para entrar cuanto antes en campaña, poniendo á la cabeza de su ejército al duque de Saboya Filiberto. Los franceses tampoco anduvieron remisos en tomar disposiciones

trozó, haciéndoles volver al punto de Ascoli de donde habian salido.

Mientras tanto tomaba el duque de Alba á Frascati, á Ripa del papa, á Albano con sus pueblos circunvecinos, concluyendo su espedicion con la entrada por asalto de Ostia. Aqui se ajustó una tregua de 40 dias; y el general español dejando bien guarnecidos los puntos fuertes que acababa de tomar, aprovechó este tiempo marchando á Nápoles donde se preparó para la próxima Campaña. Esta tregua enmedio de las grandes ventajas que llevaba el duque de Alba conseguidas, parece una falta militar; mas hay que tener presente que el rey de España hacia esta guerra el papa con grande repugnancia suya, y que probablemente el general participaba de los sentimientos del monarca.

CAPITULO XVI.

Entrada de los franceses en Italia.-Se rompe la tregua entre Francia y España.-Preparativos de Felipe II.-Su viaje á Inglaterra.-Continúa la campaña del duque de Alba.-Paz con el papa.

LLEGÓ por fin el dia de la entrada de las tropas francesas en Italia, tan ansiado por el papa. Mandaba la espedicion el duque de Guisa que tanto se habia distinguido defendiendo la plaza de Metz contra el mismo Cárlos V; y bajo sus órdenes se hallaba el duque de Aumale, el de Nemours, con otros principales señores y capitanes de aquel reino que por la gloria de servir en su bandera se presentaron sin mas carácter que el de aventureros. Al acercarse al Milanesado se trató entre ellos si seria conveniente apoderarse de aquel territorio á la sazon mal guarnecido por hallarse sus tropas en el ejército del duque de Alba. Era demasiado tentadora la idea para que no la aprobase el duque de Guisa; mas se veia contrariado por esta parte por sus instrucciones de unirse con las tropas del pontífice y dirigirse á Nápoles. El Rey de Fran-

alcance del duque de Guisa cuando éste se retiró de Civitella, pasó el Tronto, se apoderó de Azcarranos de Maligno, saqueando y arrasando á Roca de Muro que quiso hacerle resistencia.

Aterrada Roma con este movimiento del duque de Alba, llamó el papa á toda prisa al general francés, y juntó ademas tres mil esgüízaros para la defensa de la plaza. El duque de Guisa se dirigió con sus tropas á Spoleto, y pasando el Tíber se situó en Monte-Rotundo. Siguió su movimiento el de Alba y se encontró en la campiña de Roma; mas el general francés no salió á su encuentro, lo que prueba que era el primero en extremo superior en fuerzas. En toda aquella campaña no hubo ninguna batalla campal ni decisiva. Se trabaron combates parciales casi á la vista de Roma; mas el de Alba avanzaba sin que su contrario se le mostrase al frente. El 27 de agosto del año de 1557 llegó casi á los mismos muros de Roma con las escalas preparadas ya para el asalto. Los de adentro se disponian para la defensa, cuando la noticia de la derrota que acababa de sufrir el ejército francés en San Quintin vino á acelerar el desenlace de aquel drama.

Recibió el duque de Guisa órden del rey de Francia de salir inmediatamente de Italia con su ejército y dirigirse á la frontera de los Paises-Bajos. ¿Cómo el rey se habia desprendido en aquellas circunstancias de tan hábil servidor? ¿Cómo le habia enviado á Italia con fuerzas tan inferiores á las del duque de Alba? Sin duda contó mas de lo que debia con las del pontífice y con alianzas quiméricas que no se realizaron. A excepcion del duque de Ferrara, ninguno se declaró contra Felipe, y esta alianza en lugar de ser útil al de Guisa, le obligó á destacar parte de sus tropas para protegerle contra el gobernador de Milan que invadió su territorio. Era destino de los franceses soñar siempre con Italia, hacer expediciones en Italia, y recibir crueles desengaños en Italia.

En cuanto al pontífice, se creyó poco menos que per-

españoles; mas habiendo vuelto á la carga dió segundo asalto, y aunque á costa de mucha sangre, logró entrar en la plaza, que entregó á saco, siendo sus defensores pasados á cuchillo.

La tregua entre franceses y españoles estaba rota de hecho con la bajada de estos últimos á Italia y su reunion con las tropas del pontífice con quien estaba en guerra el rey de España. El verdadero infractor del tratado, fué el rey Enrique sin disputa. Podia alegar éste que las tropas del duque de Alba habian invadido los estados del pontífice, su aliado; mas el pontífice habia provocado la guerra, tal vez fiado en la alianza secreta con el rey de Francia. Buscar buena fé en el cumplimiento de tratados, y asignar otras causas tanto en su ajuste como en su infraccion que la ley de la necesidad, ó de la mayor ambicion ó la mayor fuerza, es alimentarse con quimeras. Para completar la ruptura de las treguas anunciada con la entrada de los franceses en Italia, el almirante de Coligni, gobernador de Picardía, trató de sorprender la plaza fuerte de Donai, y habiéndose descubierto su designio por una casualidad cuando ya se hallaba cerca de ella, y encubierto con las tinieblas de la noche, se esparció por el Artois, desolando el pais, entregando la plaza de Lens al fuego y al cuchillo.

Se vió así Felipe empeñado en una segunda guerra, sin haber concluido la primera. No se descuidó en hacer todos los preparativos que este lance sério requeria. Envió á España á Rui Gomez Silva en busca de socorros, y dar al mismo tiempo parte á su hermana de lo que ocurria. En Inglaterra tenia á su mujer, y aunque no podia contar mucho con las simpatías del pais, debia de estar seguro de las de la reina. Para activar y hacer mas eficaces los auxilios que de ella esperaba en estas circunstancias, formó la resolucion, que llevó á efecto, de hacerle una visita.

Uno de los motivos de la poca popularidad que la reina María de Inglaterra gozaba en el pais, era su ma-

bendicion, con lo que se volvió muy satisfecho á Nápoles el general español, seguido de su ejército. Algunos dicen que el duque de Alba no adoptaba los sentimientos pacíficos y generosos de Felipe hácia el pontífice; que cuando le dió escusas á éste en nombre de su amo por la guerra que se le habia declarado y hecho, añadió, que si él se viera en lugar del rey en vez de las escusas que Felipe enviaba á Roma, las daria un legado del papa al rey de España en los Paises-Bajos; mas esta especie es improbable por la índole de aquellos tiempos, y sobre todo por el gran respeto y hasta terror que inspiraba Felipe á sus súbditos, comenzando por el mismo duque de Alba.

CAPITULO XVII.

Comienza la campaña entre españoles y franceses.-Batalla de San Quintin.-Toma de la plaza y otras varias por los españoles.-Toma de la de Calais por el duque de Guisa.-Batalla de Gravelinas.

Ascendian las tropas que puso en campaña el rey Felipe á cerca de 50000 (1), mandadas como ya se ha dicho por Filiberto duque de Saboya. A un poco mas de la tercera parte llegaban las de Francia que el condestable de Montmorency acaudillaba. La superioridad del número permitia al primero tomar la iniciativa, y así lo hizo entrándose por Picardía y amenazando ya á otro de sus puntos fuertes, hasta que al fin de varias marchas y contramarchas amenazando sucesivamente á Mariemburgo, á Rocroy y á Condé y á Guisa, vino á poner sitio á la plaza de San Quintin sobre el rio Sousma.

Trató el condestable de Montmorency, que se habia

(1) Sobre el total y la composicion de las fuerzas de los ejércitos beligerantes se observa siempre gran variedad en los historiadores. Ademas de los errores que en estos conjuntos influyen hay que contar con el espíritu de partido ó de nacion que disminuye y exagera. Sin embargo están todos de acuerdo en que el ejército de Felipe era superior al del rey de Francia.

por su parte. Ya habia renovado el rey de Francia su alianza con los turcos, y los esperaba en Marsella para que le ayudasen á conquistar el reino de Nápoles para su hijo segundo; mas los turcos no accedieron.

Se hacian la guerra los españoles y franceses en dos teatros á la vez: en Italia y en la frontera de los Paises-Bajos. Aquí estaba el duque de Saboya al frente del condestable de Montmorency: allí el duque de Guisa iba á encontrarse con el de Alba. Como ya hemos empezado la primera de estas guerras, la seguiremos antes de pasar á la segunda.

Se hallaba en Nápoles el duque de Alba, como ya hemos dicho, buscando medios de reforzar su ejército y continuar la guerra. Permanecian en la Romanía las tropas del duque de Guisa, aguardando su reunion con las del papa, que debian venir de la Marca de Ancona. Cuando el duque de Guisa creyó que debian estar en marcha se movió hácia el Abruzzo, pasó el Tronto y cayó sobre la plaza de Civitella, que no pudo tomar á pesar de dos asaltos. Sabedor el duque de Alba del movimiento del de Guisa, salió de Nápoles con 22,000 hombres para socorrer á Civitella, sin que en esta marcha ocurriese mas novedad que una fuerte y sangrienta escaramuza entre dos partidas de reconocimiento, quedando derrotado el conde Paliano, que en seguida se retiró á Ascoli, cuyo camino tomó asimismo el duque de Guisa, retirándose de sobre Civitella á la aproximacion del de Alba, que le era superior en fuerzas.

Tomaba la guerra un aspecto muy poco formidable, siendo de notar la poca fuerza de los ejércitos beligerantes. Se quejaba el duque de Guisa del pontífice por no habérsele reunido las tropas que debian venir de Ancona. Comenzaba á arrepentirse el papa de haber llevado las cosas á este extremo. Avanzaba hácia Roma el duque de Alba, superior en fuerzas á los dos: mas tal vez no estaba satisfecho ni tranquilo enteramente en su conciencia, guerreando contra el papa. De todos modos, siguió al

muy poca pérdida. En el ejército de Felipe se distinguieron ademas del general en jefe, el conde de Egmont, los dos duques de Brunswick, los condes de Masffender, de Horn, y de Vilayme, todos de caballería, pues á esta arma se debió principalmente lo mejor de la jornada. La mayor parte de las tropas de Felipe eran alemanas y francesas: no pasaban de 3000 los españoles. De los franceses quedaron de 4 á 6000 hombres en el campo de batalla. Tuvieron mas de 3000 prisioneros y entre ellos mas de 300 todos gente distinguida, entre los que se contaban el mismo condestable, su hijo, el duque de Enghien, hermano del príncipe de Condé, que murió de sus heridas, los duques de Montpensier y de Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mántua, el mariscal de San Andrés y el Rhingrave que mandaba las tropas alemanas. Perdieron ademas los franceses una gran porcion de banderas, cañones y todo su equipaje (1).

Tal fué la batalla de San Quintin, tan célebre en la historia. La consternacion que esparció en Francia, sobre todo en París fué tan grande, que á juicio de algunos historiadores se hubiese medio despoblado esta capital con solo la presentacion de mil caballos delante de sus muros. Al saber la batalla Cárlos V, preguntó sino estaba ya en París su hijo. Todos pensaban en efecto que el duque de Saboya avanzaria con su ejército, aprovechándose de su buena fortuna, y aun se cita hoy este rasgo de sobrada discrecion ó cobardía; pero los que asi juzgan, obran mas por impresiones del momento que por dictámenes de la prudencia. Bien pudieran haber avanzado los españoles, dejando á la espalda plazas

---

(1) Dicen algunos historiadores, entre otros Letti, lib. 12, que durante la batalla estuvo el rey Felipe en oracion en medio de dos frailes de San Francisco rogando á Dios por el buen resultado de sus armas. Los historiadores españoles omiten esta circunstancia, que no hubiesen dejado de indicar, aunque no fuese mas que por lo que redundaba en los sentimientos de cristiandad y de religiosidad que animaban tanto à don Felipe. Sin duda fué invencion de algun autor satírico, mas con objeto e ridiculizar al rey que de darle opinion de devoto y religioso.

dido con la ausencia del de Guisa. Sus cardenales y demas consejeros le instaron y suplicaron que conjurase la tempestad que amenazaba á Roma, que la librase de la calamidad de ser otra vez tomada por asalto y entregada á todos los horrores de un saqueo. Dió oidos el pontífice á ruegos tan en consonancia con sus mismas inquietudes, y pidió una conferencia para negociar, al duque de Alba, quien la concedió al momento. Era la paz muy fácil de ajustar: el papa tenia miedo: en el rey como en el duque de Alba habia gran repugnancia de hacer la guerra al papa. Eran positivas y terminantes las instrucciones de Felipe para entrar en negociaciones cuando Paulo IV las pidiese, y de conceder lo que fuese compatible con el decoro de las armas y seguridad de sus estados.

Tuvo pues el duque de Alba, una entrevista con el cardenal Carraffa, y por la mediacion de la república de Venecia y del duque de Florencia se ajustaron las paces con condiciones muy sencillas. Se separaba el papa de la liga de Francia; el duque de Alba restituia al papa todo el territorio que le habia ocupado, y ademas la artillería y mas pertrechos de guerra que le habia cogido. Jamás un vencedor habia sacado menos fruto de sus triunfos. Estaba arruinado el pontífice en vísperas de un gran desastre, y tuvo la felicidad de tratar de igual á igual con un enemigo sumamente generoso. (1)

Fué recibida en Roma la noticia de la paz con grandísima alegría, celebrada con todo género de regocijos públicos. Concedió el papa un jubileo plenísimo. Hizo su entrada el duque de Alba en Roma con la mayor magnificencia. Besó el pié al papa; le pidió perdon de los yerros cometidos en la guerra, y á nombre del rey su amo se manifestó con reverencia hijo humilde de la iglesia. El pontífice recibió al de Alba con mucho amor y cortesía; le hizo muchas honras, le sentó á su mesa y le echó su

(1) Vease la nota 1 al fin del tomo.

Trató el rey de Francia de reparar con la mayor actividad la gran derrota de sus armas: envió á buscar 12,000 esgüízaros y 8,000 alemanes: dió órden, como hemos visto, al duque de Guisa, para que se retirase de Italia con sus tropas, y renovó sus instancias á Soliman, para que enviase al año siguiente su armada sobre Nápoles. Tambien le propuso que le hiciese un préstamo considerable, mas á esto se opuso el gran-señor, alegando que su religion se lo vedaba.

Fué recibido el duque de Guisa á su regreso de Italia, como un ángel tutelar qne venia á sacar al pais de un gran conflicto. Aumentó prodigiosamente el desastre de San Quintin su gran reputacion, y desde entonces fué su crédito preponderante. Nombrado por el rey Enrique, lugar teniente, general de sus ejércitos, se aplicó con gran actividad á la organizacion de las tropas, tanto francesas como extrañas, conduciéndose en todo como hábil guerrero, digno de su fama. En el corazon del invierno, cuando todo se hallaba en inaccion, concibió el proyecto de poner sitio á la plaza de Calais, defendida fuertemente por el arte, y por un terreno pantanoso que la estacion hacia intransitable. Mas la misma dificultad de la empresa la hacia improbable, sobre todo en aquellas circunstancias. Fué el mayor cuidado del duque de Guisa cubrir su expedicion con el velo del secreto, con lo que primero llegó á los muros de Calais que la noticia de su movimiento. Cuando se quiso acudir sériamente á su defensa, ya se habia apoderado el duque de Guisa del castillo, y obligado al gobernador á la entrega de la plaza.

Hacia mas de 200 años que los ingleses se habian apoderado de la plaza francesa de Calais, despues de un sitio muy reñido y célebre, puesto en persona por el rey Eduardo III. Se consideraba su posesion como una cosa que no tenia precio, como una de las primeras joyas de la corona de sus reyes. Fué su pérdida como un trueno para Inglaterra, y los enemigos de la alianza con Felipe pusieron sus gritos en el cielo. Para la reina María, fué

situado en la Fere, de socorrer la plaza. Ya habia introducido en ella el almirante de Coligni un refuerzo de 600 hombres; mas no era suficiente. Determinó el condestable hacer un movimiento con todo su ejército para proteger la entrada de unos 2000 hombres á las órdenes de Audelot hermano del almirante, quien consiguió su intento introduciéndose en San Quintin por entre pantanos despues de haber causado algun desórden en las líneas del duque de Saboya. El de Montmorency se retiraba lentamente conseguid ya el objeto; mas el general español percibiendo su movimiento marchó sobre él, y le obligó á aceptar una batalla (1).

La batalla de San Quintin dimanó, pues, de una imprudencia del condestable de Montmorency, quien avanzó demasiado hácia la plaza, ó se retiró de ella demasiado lentamente. Fue para él una batalla no buscada, por consiguiente no era natural que le fuese favorable. Cargó el duque de Saboya por un lado, y el conde de Egmont por otro, ambos con caballería, sobre la caballería francesa y la pusieron en derrota. Abandonada la infantería francesa en el medio, descubierta por ambos flancos no resistió el ímpetu de las fuerzas superiores que la cargaron, y tuvo la misma suerte que la caballería.

Como se vé fué la batalla de muy pocas horas, de muy pocas maniobras, reducida á dos choques de caballería, dejando á la infantería sin ningun apoyo y descubierta. Fué completa la victoria de los españoles y la compraron con

---

(1) No hay hechos de que se haga mencion mas frecuente en las historias que campañas y batallas: tampoco los hay en que se cometan mas errores, ó por ignorancia ó por mala fé del escritor, y en que los lectores queden en mas oscuridad y dudas. Si para la inteligencia de una campaña en general basta un mapa de muy buena escala y hecho con exactitud, no se puede adquirir el de una batalla sin un plano topográfico de su teatro. Nosotros seremos poco difusos en la descripcion de las batallas que tendremos por precision que mencionar, poniendo un gran cuidado en esponer con toda claridad lo poco que indiquemos. En general, el mejor modo de comprender la importancia de una batalla, es atenerse á sus resultados, pues muy pocas dejan de ser ganancia para unos, y pérdida por consiguiente para otros.

general de la caballería flamenca, con la española y varios regimientos de infantería, así españoles como walones, á cortar la retirada á los franceses. Lo consiguió en efecto el conde de Egmont, situándose junto á Gravelinas á la embocadura del Ha, obligando á Termes á dar una batalla. Se trabó en efecto la pelea, y al primer disparo de la artillería francesa mandó Egmont acometer á los suyos, lo que ejecutaron con denuedo. Los navíos que se hallaban en el puerto, ingleses segun unos, vizcainos segun otros, hicieron disparos de artillería contra los franceses causándoles gran daño. Al fin tuvieron que ceder terreno, y poco á poco se vieron en total derrota. Contribuyeron á aumentar su desastre, los paisanos irritados con los destrozos que habian hecho los franceses y deseosos de venganza. Quedó Termes herido y prisionera, y la mayor parte de los franceses ahogados en el rio. Solo se salvaron 300 caballos, habiendo perdido infantería, artillería, banderas, estandartes, bagajes y cuanto habian robado.

Fué esta victoria de Gravelinas el último hecho de armas de importancia que tuvo lugar en esta campaña y este teatro por entonces de la guerra. Habia aumentado Felipe su ejército con refuerzos recibidos de España y otras partes. Se presentó con los primeros Rui Gomez Silva acompañado del duque de Arcos, del de Villahermosa, el de Francavila, el marqués de Aguilar, el del Valle, el de Corres, los condes de Jeria, Alba, de Olivares, Berlanga, las Navas, de Chinchon, de Buendía, de Aguilar, de Fuen-Salida y otros varios caballeros tanto españoles como napolitanos: tambien habia reforzado su ejército el rey de Francia con toda actividad; mas cuando se creia que por esta circunstancia iba á tomar la guerra un carácter aun mas serio, se pensaba y hablaba de negociaciones. Sin duda no se atrevió ninguno de los dos monarcas á correr los riesgos de un choque mas pronunciado y decisivo. El papa Paulo IV que habia tomado una parte tan activa en la contienda, fué de

fuertes, sin hallar obstáculos por el momento; mas el ejército francés, no podia menos de rehacerse y reformarse. A no tomar á París de un golpe de mano, hubiera tenido que retroceder, y todos estos pasos retrógrados, van siempre acompañados de desastres. El emperador podia recordar los que él mismo habia experimentado al retirarse de Marsella, de Metz y aun de París, pues habia llegado á dos leguas de distancia.

No se leen en la historia mas que desgracias, desastres y todo género de calamidades, que siguen tan frecuentemente á estas invasiones imprudentes. No escasean los ejemplos en las guerras que nosotros mismos hemos visto. Para valerme de las expresiones de un historiador de aquel tiempo, refiriéndose á la expedicion de Marsella, se entra, dice, en el pais invadido comiendo faisanes, y se sale apelando á las raices que á veces escasean.

De todos modos el ejército español sin seguir el alcance del francés, revolvió sobre la plaza de San Quintin, que fué tomada al fin por asalto en 26 de agosto, y saqueada, habiendo sido pasada á cuchillo una gran parte de la guarnicion y vecindario. Quedaron prisioneros el almirante Coligni, su hermano Audelot, y algunos otros jefes de importancia.

Vino el rey de España al campo de San Quintin despues de la batalla, y asistió á la toma de la plaza, haciendo intervenir su autoridad para que se considerase á los prisioneros. Con el general en jefe, duque de Saboya, se mostró muy fino y reconocido, recibiéndole en sus brazos, en el acto de arrodillarse para besar su mano. Igualmente se condujo con grande cortesía hácia los jefes y oficiales del ejército. Era inaugurar de un modo brillante su reinado en esta guerra contra los franceses, aunque no le cupiese ninguna parte de los lauros.

El general en jefe se apoderó en seguida de las plazas de Chatelet, Han y Noyon, retirándose despues á cuarteles de invierno, pues la mala estacion se iba ya acercando.

general de la caballería flamenca, con la española y varios regimientos de infantería, así españoles como walones, á cortar la retirada á los franceses. Lo consiguió en efecto el conde de Egmont, situándose junto á Gravelinas á la embocadura del Ha, obligando á Termes á dar una batalla. Se trabó en efecto la pelea, y al primer disparo de la artillería francesa mandó Egmont acometer á los suyos, lo que ejecutaron con denuedo. Los navíos que se hallaban en el puerto, ingleses segun unos, vizcainos segun otros, hicieron disparos de artillería contra los franceses causándoles gran daño. Al fin tuvieron que ceder terreno, y poco á poco se vieron en total derrota. Contribuyeron á aumentar su desastre, los paisanos irritados con los destrozos que habian hecho los franceses y deseosos de venganza. Quedó Termes herido y prisionera, y la mayor parte de los franceses ahogados en el rio. Solo se salvaron 300 caballos, habiendo perdido infantería, artillería, banderas, estandartes, bagajes y cuanto habian robado.

Fué esta victoria de Gravelinas el último hecho de armas de importancia que tuvo lugar en esta campaña y este teatro por entonces de la guerra. Habia aumentado Felipe su ejército con refuerzos recibidos de España y otras partes. Se presentó con los primeros Rui Gomez Silva acompañado del duque de Arcos, del de Villahermosa, el de Francavila, el marqués de Aguilar, el del Valle, el de Corres, los condes de Jeria, Alba, de Olivares, Berlanga, las Navas, de Chinchon, de Buendía, de Aguilar, de Fuen-Salida y otros varios caballeros tanto españoles como napolitanos: tambien habia reforzado su ejército el rey de Francia con toda actividad; mas cuando se creia que por esta circunstancia iba á tomar la guerra un carácter aun mas serio, se pensaba y hablaba de negociaciones. Sin duda no se atrevió ninguno de los dos monarcas á correr los riesgos de un choque mas pronunciado y decisivo. El papa Paulo IV que habia tomado una parte tan activa en la contienda, fué de

los principales promotores de la reconciliacion, á la que ayudaron otros personajes, no siendo el de menos peso el condestable de Montmorency que habia sido prisionero en San Quintin, y puesto en libertad bajo su palabra. Comenzaron las negociaciones para la paz en 15 de octubre del mismo año en la abadía de Ceream, concurriendo por parte de Felipe, el duque de Alba, el príncipe de Orange, Rui Gomez de Silva, el obispo de Arras, y Viglio Zuchieno; y por la del rey Enrique, al cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andrés, el obispo de Orleans y Claudio de Auberpine. Presidia estas reuniones la duquesa de Lorena, siendo uno de los preliminares la suspension de hostilidades.

1558. Concluyó de este modo la guerra por aquella parte. Las hostilidades que habia provocado en otros fueron de mucha menos importancia. Con motivo de la invasion que amenazaba por parte de los turcos, se habian preparado y puesto en estado de defensa los puertos del reino de Nápoles, Sicilia, la Toscana y Génova. A principios de julio de aquel año pasó efectivamente el estrecho de Mesina el capitan-bajá Piali con ciento y treinta galeras, cincuenta y cinco del gran señor y las demas de los corsarios berberiscos. Desembarcó Piali en Maza y Sorrento, llevándose consigo mas de mil quinientas personas de toda condicion y sexo: pasó despues á la isla de Prochita cuyos edificios incendió; mas sin atreverse á nuevos desembarcos en la costa de Nápoles, llegó á Terracina, donde hizo saber que nada tenian que temer de él las costas de los estados de la Iglesia. Tampoco se atrevió á desembarcar en las playas de Toscana, y se dirigió á Córcega, donde creyó hallar al mariscal de Brissac, general de la escuadra francesa, para caer despues juntos sobre Sabona ó Niza; mas viendo frustrada su esperanza, se dirigió á Menorca, donde á pesar de la valerosa resistencia de la guarnicion, compuesta de unos cuatrocientos hombres, entró á viva fuerza en el puerto de Mahon, que saqueó y

general de la caballería flamenca, con la española y varios regimientos de infantería, así españoles como walones, á cortar la retirada á los franceses. Lo consiguió en efecto el conde de Egmont, situándose junto á Gravelinas á la embocadura del Ha, obligando á Termes á dar una batalla. Se trabó en efecto la pelea, y al primer disparo de la artillería francesa mandó Egmont acometer á los suyos, lo que ejecutaron con denuedo. Los navíos que se hallaban en el puerto, ingleses segun unos, vizcainos segun otros, hicieron disparos de artillería contra los franceses causándoles gran daño. Al fin tuvieron que ceder terreno, y poco á poco se vieron en total derrota. Contribuyeron á aumentar su desastre, los paisanos irritados con los destrozos que habian hecho los franceses y deseosos de venganza. Quedó Termes herido y prisionera, y la mayor parte de los franceses ahogados en el rio. Solo se salvaron 300 caballos, habiendo perdido infantería, artillería, banderas, estandartes, bagajes y cuanto habian robado.

Fué esta victoria de Gravelinas el último hecho de armas de importancia que tuvo lugar en esta campaña y este teatro por entonces de la guerra. Habia aumentado Felipe su ejército con refuerzos recibidos de España y otras partes. Se presentó con los primeros Rui Gomez Silva acompañado del duque de Arcos, del de Villahermosa, el de Francavila, el marqués de Aguilar, el del Valle, el de Corres, los condes de Jeria, Alba, de Olivares, Berlanga, las Navas, de Chinchon, de Buendía, de Aguilar, de Fuen-Salida y otros varios caballeros tanto españoles como napolitanos: tambien habia reforzado su ejército el rey de Francia con toda actividad; mas cuando se creia que por esta circunstancia iba á tomar la guerra un carácter aun mas serio, se pensaba y hablaba de negociaciones. Sin duda no se atrevió ninguno de los dos monarcas á correr los riesgos de un choque mas pronunciado y decisivo. El papa Paulo IV que habia tomado una parte tan activa en la contienda, fué de

los principales promotores de la reconciliacion, á la que ayudaron otros personajes, no siendo el de menos peso el condestable de Montmorency que habia sido prisionero en San Quintin, y puesto en libertad bajo su palabra. Comenzaron las negociaciones para la paz en 15 de octubre del mismo año en la abadía de Ceream, concurriendo por parte de Felipe, el duque de Alba, el príncipe de Orange, Rui Gomez de Silva, el obispo de Arras, y Viglio Zuchieno; y por la del rey Enrique, al cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andrés, el obispo de Orleans y Claudio de Auberpine. Presidia estas reuniones la duquesa de Lorena, siendo uno de los preliminares la suspension de hostilidades.

1558. Concluyó de este modo la guerra por aquella parte. Las hostilidades que habia provocado en otros fueron de mucha menos importancia. Con motivo de la invasion que amenazaba por parte de los turcos, se habian preparado y puesto en estado de defensa los puertos del reino de Nápoles, Sicilia, la Toscana y Génova. A principios de julio de aquel año pasó efectivamente el estrecho de Mesina el capitan-bajá Piali con ciento y treinta galeras, cincuenta y cinco del gran señor y las demas de los corsarios berberiscos. Desembarcó Piali en Maza y Sorrento, llevándose consigo mas de mil quinientas personas de toda condicion y sexo: pasó despues á la isla de Prochita cuyos edificios incendió; mas sin atreverse á nuevos desembarcos en la costa de Nápoles, llegó á Terracina, donde hizo saber que nada tenian que temer de él las costas de los estados de la Iglesia. Tampoco se atrevió á desembarcar en las playas de Toscana, y se dirigió á Córcega, donde creyó hallar al mariscal de Brissac, general de la escuadra francesa, para caer despues juntos sobre Sabona ó Niza; mas viendo frustrada su esperanza, se dirigió á Menorca, donde á pesar de la valerosa resistencia de la guarnicion, compuesta de unos cuatrocientos hombres, entró á viva fuerza en el puerto de Mahon, que saqueó y

quemó, pasando á sus defensores á cuchillo. Aquí terminó la campaña marítima de los turcos, pues no habiendo encontrado en Marsella al mariscal de Brissac, sin nada de lo que esperaban, tomaron la vuelta de Costantinopla.

A poco despues de concluida la paz con el pontífice, se habia vuelto el duque de Alba á Flandes, y en efecto ya le hemos visto como uno de los comisionados del rey en las conferencias de Cercam. Envió Felipe II de gobernador de Milan al duque de Sesa, y virey de Nápoles al duque de Alcalá. Los turcos no volvieron á parecer por entonces en aquellas costas. Las hostilidades que tuvieron lugar entre españoles y franceses en las fronteras del Piamonte y Lombardía, no produjeron ni batalla ni sitio de importancia. Se redujeron á correrías, á ataques de puestos, á escaramuzas parciales, á los lances comunes que producen luchas entre fuerzas poco considerables que no estan llamadas á decidir la suerte de una guerra. Se debatia la cuestion en las fronteras de los Paises-Bajos: allí comenzó y allí debia ser su término.

CAPITULO XVIII.

Muerte del emperador Cárlos V.-Su carácter.

MIENTRAS tocaba á su término una guerra, que en cierto modo habia legado á Felipe II, su padre Cárlos V, llegó al suyo la existencia de este gran personaje, que aun en la obscuridad de su retiro, no dejaba de llamar los ojos de la Europa. Le hemos dejado en ella abstraido de cuantas atenciones, negocios y cuidados le ocupaban en el mundo; desprendido sin dar ningunas muestras de pesar, de todas sus pompas y grandeza, dividiendo el tiempo entre recreaciones inocentes y sus grandes devociones, siendo estas sin duda el negocio principal de su existencia. Con el tiempo fueron las últimas las que

casi le absorbieron. Creció su asistencia al coro, el número de sus ejercicios espirituales y tambien la austeridad que reinaba en todos los actos de su vida. Los historiadores nos hablan de sus mortificaciones, de sus ayunos, de la sangre en que estaban teñidas las disciplinas con que se azotaba, y hasta de sus quejas porque entre las penitencias á que se entregaba, no podia contar por falta de salud, la de dormir vestido. Se hacia esta falta de salud, mas notable cada dia. No era posible que dejase de aumentarse el quebranto corporal en un hombre envejecido antes de tiempo, que á tantas mortificaciones se entregaba; ni podia menos de afectarse su ánimo y su imaginacion, si se compara esta vida con sus anteriores circunstancias. Son algunos de opinion que no estaba cabal su juicio, en el último período de su vida; y entre otras se alega, como una prueba concluyente, que el emperador se hizo celebrar en vida sus exequias. El hecho es cierto, y lo extraordinario del acto, puede servir de fundamento de cualquiera hipótesis. Se verificó la ceremonia con todo el aparato y pompa fúnebre, propia de un personaje de su clase. Se tendió el emperador en un féretro con sus vestiduras reales, en medio de la iglesia, rodeado de hachas de cera, como se acostumbra en tales casos, y con la inmovilidad de un cadáver permaneció, unos dicen durante un rato, otros todo el tiempo que duraron los oficios. Era imposible que la impresion profunda de una ceremonia de esta especie, dejase de influir en una máquina tan quebrantada. Asi fué en efecto, y entre la apariencia y la realidad, medió muy poco intervalo de tiempo. A pocos dias de la ceremonia, se sintió enfermo el emperador, y resultó ser su mal una calentura maligna, que en lugar de aliviarse, le iba poco á poco acabando con las fuerzas. Se sintió Cárlos V próximo á la muerte, y se preparó á este trance como quien le habia hecho objeto de muy sérias consideraciones. Recibió los Sacramentos, y al llegar á la Extremauncion, preguntado si queria que se administrase con la ceremonia y forma-

fesion, no tenia idea de ninguno de los puntos que daban pábulo á tan encarnizada controversion; y en sus conversaciones con los monges de Yuste, declaró que jamás habia consentido que se disputase en su presencia, por temor de alguna duda que su fé debilitase. El mismo confesaba que sabia poca gramática, y que sus parientes le habian sacado demasiado pronto de sus estudios para entrarle en los negocios. Es extraño que este emperador, que segun los historiadores fué el primero de Alemania, que desde algunos siglos no sabia latin, hubiese aprendido casi todas las lenguas vivas de Europa, hasta el punto de dirigirse en su lengua nativa á los de diferentes naciones que servian en su ejército; prueba de que su gran maestro fué el mundo y no los colegios ni los libros. Tambien se mostró en dichas conversaciones pesaroso de haber respetado el salvo conducto, dado á Lutero para su presentacion en Worms, alegando que ninguna fé ni palabra se debia guardar á los herejes, y que si podia perdonar á un hombre sus faltas y delitos contra otro hombre, de ningun modo los cometidos contra el cielo. Mas tal era la lógica y el modo de ver las cosas en aquellos tiempos; tales las ideas recibidas en el público, y adoptadas por los historiadores que ponen estas palabras en boca de Cárlos V, como títulos de elogio, y celebran como virtudes su espíritu perseguidor, y el celo con que aun desde el retiro de San Yuste, excitaba á los inquisidores de España á que fuesen adelante sin intermision ni indulgencia en su trabajo.

Terminaremos este bosquejo de Cárlos V, diciendo que fué bastante moderado en sus costumbres; que no mostró en su vida privada, ni los antojos ni caprichos crueles de Enrique de Inglaterra, ni los vicios y desórdenes del de Francia. De dos hijos naturales que tuvo, vino uno al mundo antes de haber contraido matrimonio, y el segundo cuando ya era viudo. Pesadas, pues, todas las consideraciones, y comparando las personas y las circunstancias, ningun hombre imparcial dejará de confesar

pos de batalla: pocos le escedieron en prudencia, en sagacidad, en habilidad para sacar partido de las circunstancias. Enrique de Inglaterra y Francisco I, rey de Francia, que aspiraban y se dieron el título de sus rivales le quedaron muy inferiores en esto, como en otras muchas dotes de gobierno. Su ambicion fué grande, mas no ciega; y aunque no se puede decir que fué siempre muy escrupuloso en los medios, se mostró en esto mucho mas mirado que otros muchos príncipes, tenidos por astutos ó sagaces. De carácter despótico, y criado en los principios del absolutismo, supo muchas veces cubrir su dureza, bajo formas apacibles y hasta populares. Ya hemos visto que se mostró mas prudente y circunspecto en la primera mitad de su reinado que en la última. Cuando su primera presentacion en Italia, vencedor de Francisco I, adoptó el lenguaje y la conducta de un hombre moderado, á quien no desvanecia su fortuna. Cuando volvió á ella, despues de su victoria en Túnez, se le vió arrogante y hasta jactancioso, acusando al rey de Francia en pleno consistorio y desafiándole á combate singular, en caso que prefiriese este medio de terminar sus disensiones. En 1530, indujo á los electores á nombrar por rey de los romanos á su hermano, cediéndole, para que sostuviera su nueva dignidad, sus estados hereditarios de Austria. Ninguna resolucion parecia mas prudente que dividir la herencia inmensa que le habia cabido en suerte, como sin duda lo conoció por experiencia. Sin embargo le vemos andando el tiempo, trabajar, afanarse y hasta descender á súplicas, para que este mismo hermano renunciase sus derechos á la corona imperial, en favor de su hijo, que tenia ya tres años de edad cuando la cesion ya dicha. Con los comuneros vencidos fué algo indulgente; duro y hasta inflexible con los protestantes, que en virtud de su victoria de Muhlberg, creyó para siempre destruirlos. Fué su odio á estos sectarios siempre sincero, algunas veces disfrazado con capa de moderacion, en ninguna circunstancia desmentido. Segun su propia con-

esto como por su matrimonio con el príncipe de España, fué muy poco popular á un partido que segun se vió despues era en extremo numeroso. A esta desagradable situacion, el disgusto de considerarse odiada, á la afliccion que le causaba el desvío de su esposo por quien habia hecho tantos sacrificios, se añadió la pesadumbre de la pérdida de la importantísima plaza de Calais en una guerra que habia declarado á Francia solo por el interés de don Felipe. Todas estas causas contribuyeron á la alteracion y pérdida de una salud de suyo nada buena, y de resultas de una hidropesía que desde un principio se tomó por embarazo, murió María en Greenwich de 43 años de edad, muy poco despues de Cárlos V.

La sucedió en la corona sin ninguna oposicion, su hermana la princesa Isabel hija de Enrique y de Ana Bolena que tambien habia sido el juguete de varias vicisitudes de fortuna. La miraba su hermana Maria con doble aversion como hija de una mujer por quien su madre habia sido desgraciada, y como adicta á las innovaciones religiosas de las que se mostraba la reina tan contraria. Confinada en un encierro desde su subida al trono hubiera sido aun peor su condicion, sin la mediacion de don Felipe que por pura simpatía, ó quizá con otras miras, se declaró protector de la princesa desgraciada.

Por la muerte de María pasó Isabel de la prision al trono amaestrada en la adversidad, y con bastante tino para conocer la situacion de los negocios. Se dice de esta princesa que aprovechó el tiempo de su confinamiento entregándose al estudio y á la observacion de los disturbios que desde muchos años trabajaban el pais, enlazados algunos de ellos con su propia suerte. Sea por conviccion, sea porque asi lo aconsejase su política, tomó á su subida al trono un rumbo opuesto al de su hermana. Como ésta, se declaró jefe y protectora del partido católico; así se decidió abiertamente Isabel en favor del protestante que fue desde entonces el culto do-

que Cárlos V, como príncipe, como hombre de negocios y gobierno, valió mas que ninguno de sus contemporáneos.

Cárlos V dejó de su matrimonio con la princesa Isabel de Portugal, ademas de Felipe II, á la infanta doña María, casada como hemos dicho con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano el rey de los romanos, y á la infanta doña Juana, regenta á la sazon de España. De sus hijos naturales don Juan de Austria y doña Margarita, duquesa de Parma, habrá mas de una ocasion de hablar en adelante.

En cuanto á sus dos hermanas doña María, reina de Hungría y doña Isabel, reina de Francia, que le habian acompañado de los Paises-Bajos á España, le siguiéron ambas con muy poca interrupcion en su sepulcro.

CAPITULO XIX.

Muerte de María reina de Inglaterra.-La sucede su hermana Isabel.-Protestantismo.-Paz de Catam Cambresia.-Muerte de Enrique II rey de Francia.-Vuelta de Felipe á España.-Estado de los Paises-Bajos.

Otra muerte ocurrió casi por aquel mismo tiempo que tuvo mucha influencia en el pais y no pequeña fuera; á saber, la de la reina María de Inglaterra, mujer de nuestro don Felipe. Habia sido esta princesa desgraciada en su juventud como envuelta en el negocio del divorcio de su madre doña Catalina de Aragon y declarada ilegítima, incapaz de suceder á la corona. Se revocó esta disposicion de su padre cuando despues de la condenacion de Ana Bolena, se consideró como bastarda la hija de este matrimonio. Las dos princesas se vieron en alternativas y vicisitudes de legitimidad y bastardía, segun las olas de las facciones que subian y se retiraban. A la muerte de Eduardo VI, estaba María poco menos que en un estado de confinamiento. Comenzó á reinar en tiempos muy difíciles; se mostró reaccionaria y perseguidora, y tanto por

bresis el 5 de abril de 1559. Fueron sus artículos principales: la renuncia del rey de Francia á la alianza de los turcos y protestantes: su union con los príncipes católicos, favoreciendo de consuno con ellos la conclusion del Concilio de Trento: su restitucion al duque de Saboya de todo lo que le habia tomado en el Piamonte, á excepcion de cuatro plazas en que habia de establecerse guarnicion, hasta que dentro de tres años se decidiese jurídicamente á quién correspondia aquel estado: su restitucion asimismo á los genoveses de la isla de Córcega y su evacuacion de las plazas de Toscana: los reyes de Francia y de España debian de restituirse mútuamente todo lo que durante la guerra se habian ocupado en la frontera de los Paises-Bajos. (1).

En cuanto á la plaza de Calais se estipuló que quedase en poder del rey de Francia, dando á la reina Isabel ocho años de término para rescatarla por una suma de dinero, y pasado cuyo término quedaba sin ningun derecho á ella.

Las tres plazas ú obispados, como entonces se llamaban, de Metz, Toul y Verdun, quedaron desde entonces incorporados á la corona de Francia, no habiendo asistido al congreso ningun plenipotenciario por parte del imperio que las reclamase.

Ademas del matrimonio estipulado en el convenio del rey de España con Isabel, hija de Enrique, y con el dote de 400,000 florines, se ajustó el de Filiberto, duque de Saboya, con Margarita, hermana del mismo rey de Francia, con el de 300,000.

Fueron enviados por el rey don Felipe de Bruselas á Paris, con el objeto de que el de Francia firmase el tratado de paz, el duque de Alba, el príncipe de Melito, el príncipe de Orange y el conde de Egmont, llevando ademas comision de cumplimentar á la reina de Francia y á

(1) Vease la nota J al fin del tomo.

minante del pais; y tomó el mismo carácter que su padre de jefe y cabeza de su iglesia.

Produjo la muerte de María reina de Inglaterra un cambio importante en uno de los artículos de la paz que entre Francia y España se estaba negociando. Se estipulaba en el tratado el matrimonio del príncipe don Cárlos con la princesa Isabel, hija de Enrique II; mas habiendo quedado viudo el rey de España durante estas conferencias, solicitó y obtuvo que la mano de la princesa se destinase para él mismo. Las negociaciones continuaron con grande ardor; tal era el deseo de ajustar cuanto antes definitivamente este tratado. La nueva reina Isabel envió sus plenipotenciarios al congreso.

Dicen algunos historiadores, y puede creerse que, Felipe II trató de negociar la mano de esta princesa para Filiberto duque de Saboya y en seguida para él mismo. Sin duda estaba celoso de la gran preponderancia que iba la Francia á adquirir en aquel pais por el matrimonio del Delfin con Maria Estuardo reina de Escocia y que alegaba derechos á la sucesion de Inglaterra por la ilegitimidad alegada de la nueva reina. (1) Lo cierto es que para manifestar mejor este derecho, habia unido á sus armas las de Inglaterra, lo que ofendió muchísimo á su reina. Mas á pesar del cebo de una proteccion tan poderosa como la del rey de España, tenia esta princesa muy diversas miras y eludió su oferta con plausibles pretestos, alegando sobre todo vínculos de parentesco lo que fue principio del odio que la profesó toda su vida el rey de España, quien desairado en esta pretension, adoptó la sustitucion que hemos ya indicado.

Se publicó por fin la paz ajustada en Catam Cam-

(1) Para comprender esto mejor, téngase presente que una hermana de Enrique VIII rey de Inglaterra fue reina de Escocia, mujer de Jacobo IV, y abuela de Maria Estuardo. Asi alegaba esta sus derechos á la corona de Inglaterra apoyados en la bastardia de Isabel, del mismo que Juana Grai descendiente de otra hermana de Enrique VIII habia fundado sus pretensiones en la ilegitimidad de Isabel y de María.

sangre, habian abrazado el calvinismo quizá por conviccion, mas tambien por odio á los Guisas, que pasaban por dominantes en la córte. Se contaban entre los religionarios el rey titular de Navarra Antonio de Borbon, su hermano el príncipe de Condé, el almirante Coligni, su hermano Andelot y otros varios personajes. En las provincias del mediodia sobre todo contaban con muchas ciudades y fieles adherentes. La misma córte estaba dividida entre la faccion de los Montmorency y de los Guisas, distinguiéndose estos últimos por su mayor ambicion, mayor capacidad y mas audacia. Era sin disputa el duque de Guisa el que gozaba de mas gloria personal en Francia. Muy cercano estaba el dia en que los celos, las animosidades, la ambicion y la intolerancia religiosa iban á encender en el pais el fuego de la guerra civil que tardó mucho mas de un cuarto de siglo en apagarse. Ya veremos lo que con estos acontecimientos está mezclada la historia, sino precisamente de España, al menos de nuestro don Felipe.

CAPITULO XX.

Trata Felipe II de restituirse á España.-Estado de los Paises-Bajos.-Bosquejo de su historia durante su posesion por los duques de Borgoña.-Por los príncipes de la casa de Austria.-Disposiciones de Felipe.-Ereccion de nuevos obispados.-Nombramiento de gobernadora de los Paises-Bajos.-De gobernadores de las diferentes provincias.-Se embarca el rey y llega á España.

Mientras tanto (1559) se hallaba impaciente este monarca de volver á España, pais de su nacimiento, de su educacion, de su predileccion, y del que se hallaba ausente desde 1554. Solo la necesidad de atender á los negocios de la guerra le habia detenido en Flandes despues que se puso en posesion de los vastos estados de su padre, por lo que inmediatamente que vió ajustada la paz y celebrado su matrimonio por poder, no pensó mas que en ejecutar su proyecto favorito.

las princesas prometidas esposas del rey y del duque de Saboya. Por la parte del rey de Francia fueron á Bruselas con el mismo objeto el cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency y el duque de Guisa.

Fué celebrado este tratado de paz tanto en Bruselas como en París con muchos regocijos. En esta última capital se agregarón á ellos las fiestas magníficas que se dispusieron con motivo del matrimonio de la princesa Isabel de Francia con el rey de España, haciendo las veces el duque de Alba en la ceremonia que tuvo lugar el 24 de junio en la catedral de Nuestra Señora, á que asistieron el rey y la reina con toda la grandeza. Mas estas fiestas terminaron de un modo lastimoso y trágico, habiendo sido herido mortalmente el rey de Francia en el torneo justando con el conde de Montgomery, capitan de sus guardias, de cuyas resultas murió dentro de muy breves dias.

Fué la muerte de este rey una verdadera calamidad para el pais en aquellas circunstancias. Aunque no hombre de gran mérito (1), conocia los negocios, habia hecho la guerra y se hallaba en la fuerza de su edad, mientras el heredero que dejaba, jóven de diez y seis años, era tan débil de cuerpo como de ánimo, el menos á propósito para coger las riendas del estado en aquellas circunstancias. Sus otros hermanos eran niños todavía, y su madre, la famosa Catalina de Médicis, por sus intrigas y por su misma astucia y política torcida se hallaba mas en estado de aumentar y fomentar, que de aplacar los disturbios que amenazaban á la Francia. Una porcion de personajes, entre quienes se contaban príncipes de la

(1) Ocupa este príncipe en la historia un puesto muy inferior al de su padre. Con sus estados heredó su pasion por Diana de Poitiers, creada duquesa de Valentinois, que á los 60 años tenia la habilidad de fascinar á Enrique. Fué muy grande el crédito é influencia que ejerció esta dama en la córte y negocios mas graves del Estado. De ella se valió como de su agente poderoso el cardenal Carraffa, sobrino del papa Paulo IV, para inducir al rey á infringir la tregua que habia ajustado con Felipe.

jes del imperio colosal que fundó con las armas Carlo Magno. Desde los siglos que se llaman la edad media se les ve aparecer en la historia con los nombres que tienen en el dia, regidos por distintos príncipes de mas ó menos poderío, y que tomaban parte en los diversos negocios públicos de aquellos tiempos. Se ven algunos de ellos figurando en el teatro de las Cruzadas, y los mas próximos á Francia entraron á veces en relaciones de alianza y de enlaces matrimoniales con sus príncipes. Por matrimonios, por acciones, por compras, por otros contratos semejantes se incorporaron la mayor parte de estas provincias desde principios del siglo XV en los estados de los duques de Borgoña. Aumentaron Felipe el Bueno y su hijo Cárlos el Temerario estas nuevas posesiones, y con la adquisicion de provincias tan ricas se hizo dicha casa una de las primeras y mas opulentas de la Europa. A mas engrandecimiento aspiraba el duque Cárlos, á quien sus guerras y empresas dieron el título de Temerario. Sin duda no hubiese tardado mucho en cambiar por el de rey su título de duque, si la muerte en los campos de Nancy no hubiese puesto fin á sus proyectos.

Desearon varios príncipes la mano de la única hija y heredera que dejaba. La obtuvo Maximiliano de Austria, hijo del emperador de Alemania Federico III, y por este matrimonio pasaron con el tiempo los Paises-Bajos al poder de España.

Parecia natural que Luís XI, rey de Francia, solicitase para su hijo la mano de la heredera de Borgoña, mas prefirió apelar á las armas para incorporar este ducado á la corona de Francia, con el pretesto de que era un feudo que no podia recaer mas que en varones. Tambien se apoderó del Artois y de la Flandes francesa, y aunque Maximiliano las recuperó, de resultas de su victoria en Guinegate, se cedieron otra vez á Francia, como dote de la princesa Margarita, hija de Maximiliano y de María, prometida esposa del Delfin, hijo de Luis XI. Mas este príncipe, que fué el rey Cárlos VIII, repudió la

Mas si su inclinacion, el estado de los negocios de España y los ruegos de la regente su hermana le llamaban otra vez á este pais, no debia de mirar sin gran cuidado, sin sérias inquietudes el estado en que Flandes se encontraba. Exige el órden cronológico y la naturaleza de esta obra que antes de pasar adelante fijemos los ojos en un pais que representa uno de los primeros papeles en la historia de Felipe II, como que formaba una parte importante de su monarquía, y fué teatro de los mas grandes acontecimientos que ocurrieron durante su reinado. Bajo el aspecto de la localidad, bajo el de su índole, de sus instituciones, de sus convulsiones políticas, de sus guerras formales, es digno este pais de las indagaciones del historiador, de las meditaciones del filósofo. Allí se desarrolló la industria de un modo prodigioso, y florecieron las primeras plazas y emporios del comercio del mundo: allí lucharon del modo mas encarnizado los principios opuestos en religion y en política: allí lucieron su habilidad y genio los primeros y mas esclarecidos capitanes de aquel siglo, tan fecundo en campos de batalla.

La region llamada entonces Paises-Bajos y tambien Flandes, del nombre de una de sus principales provincias, comprendia con alguna diferencia los dos reinos que hoy se denominan Bélgica y Holanda. Formaban los belgas parte de la Galia, segun la descripcion que nos ha dejado de ella Julio César, y se lee repetidas veces su nombre en la descripcion de las guerras que hizo en este pais por espacio de diez años. Tambien el nombre de los Batavos, de los Frisones, dos provincias de los Paises-Bajos, son conocidos y se hallan enlazados con las conquistas de los romanos en las provincias del Rhin, y las partes de la Germania con este rio confinantes. Cuando la irrupcion de los bárbaros del norte y trastorno del imperio romano de occidente, se perdió su nombre y desapareció su historia como la de una infinidad de estados que en la confusion de tantas transmigraciones quedaron como envueltos. Sin duda hicieron parte los Paises-Ba-

facturas. En los Paises-Bajos, se elaboraban los artículos de mas lujo, en vestidos, muebles y sobre todo armas que se usaban en aquellos tiempos. Brujas, Gante, Malinas, Bruselas y sobre todo Amberes, llegaron á ser las principales plazas de comercio. En ellas tenian factorías las naciones mas comerciantes de la Europa, y sobre todo Amberes se consideraba como el punto de comunicacion, entre los productos del Mediodia y los del Norte. Era prodigioso el número de buques mercantes que entraban y salian de su puerto: frecuentaban el Báltico, las costas de Inglaterra, las del Mediodia, las escalas de Levante. A principios del siglo XVI era Amberes la primera plaza de Europa, el almacen general de casi todas las producciones, el sitio á donde concurrian los primeros negociantes de la tierra, la salida de todos los frutos del pais y de todo el Norte, y partes interiores de Alemania. El descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, que causó tanto detrimento al comercio de Venecia y escalas de Levante, dió nuevas creces al de Amberes.

La riqueza que es el fruto de la industria, no podia menos de ser el patrimonio de los Paises-Bajos: en el mismo sentido creció el número de sus habitantes, de sus poblaciones. Ningun pais de Europa encerraba en un mismo espacio igual número de pueblos considerables, de plazas fuertes, de monumentos de la industria. Todas las artes de lujo y de magnificencia que siguen la adquisicion de la riqueza, todas las que la proporcionan y fomentan, tenian su asiento en los Paises-Bajos. Lo que era la Italia en los siglos XIII, XIV y mitad del XV, con respecto á los demas pueblos de la Europa, lo fueron los estados de Flandes en la segunda mitad de este último siglo y principios del siguiente. La tapicería, la relojería, el arte de pintar en vidrio, los tejidos de las ricas telas de seda, plata y oro; la tipografía, la arquitectura, la pintura, las artes que mas llaman en Italia, habian formado tambien su escuela en los Paises-Bajos.

princesa para casarse con la heredera de Bretaña, y restituyó dichas provincias. Ya hemos visto tratando del emperador Cárlos V, que reclamaba como suyo el ducado de Borgoña, como parte de la herencia de su abuela María, y que su cesion, fué uno de los artículos del tratado de Madrid que no tuvieron cumplimiento. El ducado de Borgoña habia sido incorporado á la Francia ya de muy antiguo; mas el rey Cárlos V hizo de este pais un infantazgo, para uno de sus hijos, de quien los nuevos duques descendian.

Las provincias de los Paises-Bajos reconocian un señor comun, mas no componian un estado. Cada una de ellas tenia un gobierno particular, instituciones y privilegios diferentes, segun los príncipes que los habian dominado, y las diversas causas que en el otorgamiento habian influido. Diferentes en organizacion, lo eran asimismo en índole. Las mas se miraban con rivalidad, como sucede casi siempre á todos los pueblos fronterizos. El señorío de todas era hereditario, mas nunca prestaban juramento de obediencia al sucesor, hasta que juraba este por su parte conservar y respetar sus privilegios.

De muy antiguo se habian distinguido estas provincias por su laboriosidad y por su industria. Como las marítimas ocupan una costa frecuentemente inundada por el mar, sugirió á sus habitantes la necesidad, el recurso de poner freno á este elemento, por medio de diques y canales, disputándole asi su territorio.—Con esto se hicieron diestros marinos, atrevidos navegantes. Los varios rios que atraviesan su pais, y le enlazan con Francia y Alemania, les ofrecian la ventaja de combinar el comercio interior con el marítimo; y la fertilidad de algunas de sus provincias, al proporcionarles tráfico seguro con la exportacion de sus productos, influia notablemente en los progresos de la agricultura. Con el trabajo y la paz no interrumpida, de que disfrutaban, llegó á florecer en el pais todo género de industria. Con el comercio prosperaron las artes, y con ellas las manu-

señor y el primero de sus ciudadanos. En lugar pues de concentrar su atencion en Flandes, miró naturalmente este pais como mero instrumento de ambicion y engrandecimiento en otros puntos. Conocieron muy bien los flamencos su nueva posicion, y por lo mismo que podia mucho su señor, tuvieron despierta á todas horas su atencion y suspicacia. No atentó abiertamente el emperador á sus derechos y constitucion; mas tampoco mostró mucho que las miraba con respeto. En algunas dependencias públicas introdujo extranjeros que no podian tener mas intereses que los del soberano que los empleaba. Tampoco faltaron soldados imperiales en muchas de sus plazas fuertes. No era tampoco muy parco el emperador en pedir los subsidios de que siempre estaba tan necesitado, y que despues de negativas y siempre con grande repugnancia, eran concedidos al fin con el temor de perder sus privilegios. Mas era demasiado prudente y astuto Cárlos V para despojarlos de lo que hacia su prosperidad, privándose á sí mismos de la parte á que se llamaba de los frutos de su industria.

Se hallaban las cosas bajo este pié cuando las innovaciones en materias religiosas prepararon en Flandes las calamidades y guerras civiles de que por mas de la cuarta parte de un siglo fué teatro.

No tuvo nacimiento en los Paises-Bajos ni herejía, ni secta alguna de los que se llamaban reformados. Mas en una region tan relacionada por intereses de comercio con Alemania, Francia y Suiza, penetraron fácilmente las nuevas opiniones. Entre los innumerables extranjeros que acudian y habitaban en Amberes, todas las sectas entonces conocidas con el nombre de Luteranos, Calvinistas, Zuinglianos, Anabaptistas, etc., contaban con muchos partidarios. Los mismos soldados de Cárlos V y enseguida de Felipe eran los introductores de la peste, en cuya extirpacion mostraban tanto afan entrambos príncipes. Hicieron pues las nuevas opiniones rápidos progresos en aquel pais, propalándose en público, en con-

Eran demasiado positivas las ventajas debidas á esta industria y opulencia, para que desconociesen su valor los príncipes que aquellos estados gobernaban. Era imposible que fuesen avaros de concesiones y privilegios, hácia pueblos que tantos recursos les proporcionaban en sus guerras y otros apuros de la misma especie. En la adquisicion de los Paises-Bajos, tenian los duques de Borgoña una mina de poder y de riqueza, y su pabellon era respetado y temido en todos los pueblos de la Europa. No debian, pues, de pensar en el despojo de privilegios, y de libertades que son el alma de la industria, tratándose de los que al abrigo de ella prosperaban. Por su parte los pueblos que conocian el valor de lo que daban, eran celosos de la retribucion, y vigilaban porque estuviesen en ejercicio sus derechos. En uso estaban de resistir los caprichos de sus príncipes, y habérselas con los mas dominantes é imperiosos. No pudo amoldarlos á su albedrío el mismo Cárlos el Temerario, á quien todo se humillaba. Del lado mismo de su hija María, arrancaron en cierta ocasion á favoritos y consejeros, que pasaban por abusar de su confianza. A su esposo, el príncipe Maximiliano, se le resistieron una vez abiertamente, y le hicieron salir de sus estados, por no querer darle la regencia del pais en nombre de su hijo á la muerte de María.

Fué demasiado corta la vida de Felipe el Hermoso, para formar época en la historia de los Paises-Bajos. En su hijo Cárlos V, concurrieron opuestas circunstancias.

Bajo la dominacion de los duques de Borgoña, eran los Paises-Bajos la parte principal de sus estados. Cuando subió Cárlos al poder, precisamente debieron de decaer de su importancia política, reducidos á una provincia pequeña de una vasta monarquía. Absoluto el emperador con muy escasas cortapisas en España, Nápoles y lo demas que poseia en Italia, no era natural que mirase con prediléccion los privilegios y constituciones de los Paises-Bajos. En otras partes era rey y monarca: aquí tan solo

guna. Se pronunciaron sentencias de muerte contra los propaladores de las nuevas opiniones, sea por escrito ó de palabra, contra los que explicaban la Escritura en casas particulares, contra los que ocultaban ó daban asilo á los culpables. La abjuracion de los errores no servia para evitar la pena capital, sino para modificarla. Los arrepentidos morian en suplicio comun y ordinario. Los impenitentes eran arrojados vivos á las llamas.

Muchas fueron las víctimas que hizo esta persecucion, mas no producian todavía el efecto deseado. Con el objeto de purgar mas eficazmente de herejía el suelo de los Paises-Bajos, se trató de establecer el tribunal de la Inquisicion, y este solo nombre los llenó de espanto. En Amberes se cerraron los talleres, se suspendieron los trabajos de las manufacturas y pararon todos los negocios de comercio. Se apresuraban los negociantes á realizar, á ocultar su dinero; y los numerosos extranjeros trataban de abandonar la plaza que se hallaba en vísperas de su completa ruina; mas Cárlos V renunció á su proyecto en vista de las representaciones que le hizo su tia Margarita de Austria, hermana de Felipe el Hermoso, gobernadora entonces de los Paises-Bajos.

Eran muy grandes el horror y terror que el nombre solo de la Inquisicion de España imprimia en Francia, en Alemania, en los Paises-Bajos, en Escocia, en otras partes. En todas se quemaban herejes y mas que en España, por la simple razon de que aquí no habia tantos; bien que se suplia esta falta con la muchedumbre de judíos y mahometanos en que se cebaba entonces la inquisicion entre nosotros. Mas sea por la antigua reputacion de este tribunal, ya por lo secreto de su modo de enjuiciar ó por su carácter de permanente y fijo cuando los otros eran solo creaciones del momento, se detestaba su nombre, tanto por los católicos como por los mismos protestantes. En los Paises-Bajos, tuvo una influencia á todas luces lamentable.

A pesar de la crueldad de estos castigos, á pesar de

versaciones, en impresos, en sermones y hasta en los teatros; mas no se habian erigido todavía en lo que se llama Iglesia, ni tenian las nuevas sectas culto público.

Una cosa hay que no se debe jamás perder de vista en los tiempos del establecimiento de estas nuevas sectas, á saber: que todas ellas fueron siempre acompañadas de excesos, de violencias, de toda clase de desórdenes, probablemente contra la voluntad, con marcada repugnancia por parte de sus mismos fundadores. Mas no podian impedir estos que la muchedumbre ciega diese un siniestro sentido á sus palabras y que de ellas abusasen los malvados, para satisfacer sus vicios y pasiones. No podian menos de ser tomadas por muchos la voz de libertad evangélica y de conciencia como sinónima de libertinaje y desenfreno. La especie de que el culto católico era una pura idolatría, debia de arrojar á muchos impelidos de su necesidad ó de otras causas al despojo de los templos, cometiéndose en todos estos actos los mayores excesos de violencia: porque jamás se muestra el hombre tan bárbaro y feroz como cuando trata de cubrir sus crímenes con un velo religioso. Se repitieron pues en los Paises-Bajos las escenas que habian tenido y tenian todavía lugar en Francia, Escocia, Alemania y otras partes.

Cárlos V, cuyos sentimientos en materias religiosas son tan conocidos, no debió de mirar con espíritu de tolerancia este órden de cosas que se iba introduciendo en los Paises-Bajos. Si consideraciones políticas y falta de verdadero poder le habian hecho contemporizar muchas veces con los príncipes luteranos de Alemania, no sucedia lo mismo con sus estados hereditarios de los Paises-Bajos. Con los innovadores en materias religiosas, se mostró terrible; y para la estirpacion de la heregía apeló á medios tan extraordinarios como perentorios. En las principales ciudades se erigieron tribunales dedicados exclusivamente á perseguir y castigar el crímen de heregía, sin que á su jurisdiccion se pudiese sustraer persona al-

da; en los Paises-Bajos, y en las lágrimas derramadas en aquella solemne ceremonia, hubo sin duda mas profundo sentimiento que el de una pasajera emocion, debida á lo imponente de la escena. No podian menos de hacer un paralelo los flamencos entre el monarca que se iba y el príncipe que le reemplazaba, el reverso para ellos de la medalla de su padre. Lo que éste tenia de franco, de afable, de llano en el trato, la poseía aquel de circunspecto, de serio, de ceremonioso y reservado. Ni sabia su lengua, ni mostraba deseos de aprenderla. Ya hemos visto que en la ceremonia de la abdicacion, respondió en nombre suyo á los estados el obispo de Arras Granvela, en atencion á que Felipe no sabia el francés, lengua que usó el emperador en aquel acto. Porque este monarca sabia hablar y hablaba efectivamente á todos en su lengua.

Nada habia mas opuesto á la índole y carácter de los flamencos que el de su nuevo soberano. Ni ellos podian gustar de Felipe II, ni Felipe II gustar de ellos. Un monarca de carácter mas flexible y menos esclusivo se hubiese mostrado muy satisfecho y complaciente al verse dueño y señor de diez y siete provincias; pues fué el primer príncipe que las heredó todas ricas, florecientes en agricultura, en artes, en todos los géneros de industria y de comercio. En un pais que no escede la sesta parte de España se contaban trescientas y cincuenta ciudades, seis mil trescientos pueblos considerables y una infinidad de lugares mas pequeños. Producian entonces los Paises-Bajos mas que la Inglaterra. Era pues su posesion para el nuevo rey de España de una ventaja incalculable.

Mas Felipe II á cuyo buen juicio y penetracion no podian ocultarse estos objetos tan considerables, tenia sin duda consagrada su atencion en otros que le parecian preferibles. El carácter inquieto de los flamencos, su celo por la conservacion de sus derechos, el carácter democrático que predominaba en sus sentimientos, en las

la gran propension al despotismo de que Cárlos V daba tantas pruebas, fué todavía su nombre respetado y hasta cierto punto querido en los Paises-Bajos. No podia menos de ejercer en sus ánimos el ascendiente que jamás se niega á las grandezas y á la gloria. Amortigua muchas veces su prestigio los sentimientos de libertad é independencia, y cura hasta la suspicacia apoyada en los mas firmes fundamentos. Tambien querian llamarse los Flamencos á la parte de la gran fama que alcanzaba su señor, y en su mismo poderío encontraban grandes ventajas para su comercio. En todos los puertos eran recibidos con la deferencia debida á súbditos del emperador y en los estados de este gozaban las mismas ventajas que los naturales. Se puede decir pues que los Paises-Bajos llegaron al apogéo de su prosperidad y grandeza bajo la dominacion de Cárlos V. Por otra parte, este monarca que conocia los hombres y tanto partido sabia sacar de sus observaciones, era muy popular en los Paises-Bajos donde habia nacido y se habia criado, cuya lengua hablaba, cuyas costumbres conocia, y de cuya índole participaba. Lo franco de su trato y sus modales templaba en parte lo que podia tener de severo y de duro su gobierno. En Bruselas, donde residia con frecuencia, estaba como desterrada la etiqueta y vivia casi como un simple ciudadano, como un padre en medio de sus hijos. Político y previsor al mismo tiempo, gustaba de emplear en comisiones de importancia á los señores y grandes del pais, lo que al mismo tiempo que halagaba su amor propio, los empeñaba en gastos muy considerables y los hacia depender de sus favores. El príncipe de Orange y el conde de Egmond, que eran los de mas viso en el pais, figuraban en todas las grandes embajadas, en todas las conferencias y ceremonias de aparato. Cualquiera que fuese su sistema de gobierno en el pais, no dejaba en él ninguna duda de que le miraba con gran predileccion y quizá con mas cariño que á todos sus demas estados. Asi la abdicacion de este príncipe fué verdaderamente senti-

derechos. Miraban todos esta bula que daba una nueva organizacion eclesiástica al pais como medida precursora de otras mas considerables. Mas observaremos el órden cronológico dejando para otro tiempo las consecuencias que esta y otras mas innovaciones produjeron.

Contrayéndonos ahora á la persona de Felipe, era para el un negocio de grande consideracion el nombramiento de la persona que debia quedar gobernador de los Paises-Bajos, pues el duque Filiberto de Saboya se volvia en virtud del tratado de Catan Cambresis á sus estados. Se presentaba naturalmente como el mas á propósito algun grande de los mas ricos y distinguidos del pais; pero en ninguno tenia gran confianza, y el príncipe de Orange que se reputaba como el principal era objeto de su secreta antipatía. Pensó primero en la persona del príncipe don Cárlos; mas sin duda le detuvo la consideracion de sus demasiado cortos años.—Le aconsejaron el duque de Alba y algunos otros personajes de la corte entre los que se cuenta al obispo de Arrás que echase mano de la princesa Margarita, duquesa de Parma, que como nacida en los Paises-Bajos, no podia escitar quejas de que se les daba por gobernador á un extranjero. Gustó el rey de la proposicion, y tal vez por no ocurrírsele entonces otra cosa mejor la nombró gobernadora durante su ausencia, dándola por consejero privado al mismo obispo de Arrás que fué nombrado despues arzobispo de Malinas.

Nombró ademas el rey gobernadores en todas las provincias, pero sujetos á la autoridad superior de Margarita. Puso en la de Luxemburgo á Pedro Ernesto, conde de Mansdfeldt; en la de Gueldres y Zupten, al conde de Meghemit; en las de Flandes y Artois, al conde de Egmont; en las de Holanda, Zelanda y Ubrech, al príncipe de Orange; en las de Haynault, Valencien y Cambray, al marqués de Vergnes; en la de Tourhay, al señor de Montigni; en las de Lila y Tonay, al señor de Corviere; en la de Frisia, al conde de Aremberg; en la de Namur, á Cárlos Barlimont; y en la de la otra parte

asambleas de los estados y sobre todo el incremento que iba tomando en ellos la heregía, le sugirieron sin duda como máxima fundamental de su gobierno, el sujetarlos á la unidad del despotismo político, sobre todo á la unidad del sistema religioso. Uno de sus primeros cuidados ademas del establecimiento del tribunal de la inquisicion, del que hablaremos á su debido tiempo, fué el arreglo de las Diócesis de los Paises-Bajos. Eran algunos de sus obispos sufragáneos de metropolitanos que residian en Francia y Alemania, y queriendo Felipe remediar este que le parecia un grave inconveniente, y al mismo tiempo aumentar el alto clero, solicitó bula de Paulo IV para que las provincias de los Paises-Bajos se dividiesen en tres arzobispados y trece obispados, sujetando á estos á los primeros y eximiéndolos de la dependencia de los metropolitanos que se hallaban fuera.

Accedió el papa muy gustoso á los deseos del rey, y expidió una bula creando en los Paises-Bajos las Metrópolis de Cambray, Malinas y Utrech; nombrando por sufragáneas de la primera las Sedes de Arrás, Tournay, Sanomer y Namur que se hicieron obispados: de la segunda las de Amberes, Gante, Brujas é Iprés, Boixle-Duc y Ruremonde, y de la tercera las de Orlén, Deventer, Ecidem, Middleburgo y Groninga. De todas estas Diócesis se marcaron los límites asignándose las rentas á los obispos y demas grandes funcionarios.

Para atender á este último objeto de grave consideracion; se dispuso que los nuevos obispos sucediesen á los abades del pais, y ocupasen sus rentas segun fuesen falleciendo. Produjo esto quejas no precisamente en los abades mismos, sino en los que tenian pretension de serlo. Las produjo en los monges á quienes se despojaba de sus rentas. Las produjo en los grandes que veian una disminucion de su crédito en la admision de los nuevos obispos en las asambleas de los estados.—Las produjo en el pais en general á cuyos ojos traslimitaba el rey sus atribuciones dando tantos indicios de querer atentar á sus

cias. Los estados le ofrecieron nuevecientos mil florines, mas reservándose su distribucion, rasgo de desconfianza de que quedó el rey resentido y enojado.

Arreglados definitivamente, segun él se imaginaba, los negocios en los Paises-Bajos, no le quedaba al rey otro ya que el de embarcarse. Estaba prevenida de antemano una armada de cerca de 70 velas en Zelandia, donde se hizo á la mar el rey el 20 de agosto de aquel año. Fué bastante feliz la navegacion, y Felipe desembarcó en Laredo el 29 del mismo mes. Despues de algunos dias de descanso en aquel puerto, se dirigió á Valladolid, á donde llegó el 8 de setiembre por la noche, habiendo salido á recibirle á fuera el príncipe don Cárlos y su hermana, y regente entonces doña Juana.

CAPITULO XXI.

Estado de España á la vuelta de Felipe.-Asuntos domésticos administrativos.-Inquisicion.-Autos de fé.-Córtes en Toledo.-Venida de la reina Isabel.-Jura del príncipe don Cárlos.

Encontró Felipe II á España (1559) casi en el mismo estado de tranquilidad y de reposo en que la habia dejado. Algunos disturbios habian tenido lugar en Zaragoza, con motivo de un garrote dado en la cárcel en privado, acto allí considerado como un contrafuero, mas se habian pronto apaciguado. (1) Tambien habian ocurrido algunos choques entre el brazo secular y el eclesiástico, con motivo de las hostilidades de Paulo IV contra el rey de España. Se inclinaban los eclesiásticos, como sucede en estos casos al pontífice, y en esto les dió ejemplo el cardenal Silíceo, arzobispo de Toledo, que tantos favores debia á Felipe y á su padre. Restituyó la paz

(1) Ya hemos anunciado que trataríamos de las cosas de Aragon, separadamente y á su debido tiempo.

del Mosa, al conde de Frisia. Las provincias de Brabante y Malinas quedaron bajo la inmediata autoridad de la princesa Margarita.

Era esta princesa hija natural de Cárlos V, y de una dama de los Paises-Bajos, habida antes del matrimonio del emperador, algunos años antes del nacimiento de Felipe. Habia casado en primeras nupcias con Alejandro de Médicis, duque de Florencia, asesinado por su primo Lorenzo, y en segundas nupcias con Octavio Farnesio, duque de Parma, nieto de Paulo III, y que á la sazon residia en sus estados. Tuvo de este matrimonio al famoso Alejandro Farnesio, mozo entonces de muy verdes años que se criaba en la córte de España al lado del príncipe don Cárlos. No contribuyó poco el tener en sus manos esta prenda de seguridad, para que el rey de España la confiase cargo tan considerable. Tambien le movió á ello el interés de tener de su parte al duque de Parma, su marido, que en sus antiguas reyertas con el papa se habia mostrado, sino, contrario vacilante.

Concluyó el rey sus negocios en los Paises-Bajos, celebrando un capítulo de la órden del Toison de Oro, en que se confirió el collar al nuevo rey Francisco II de Francia, al duque de Urbino, á Marco Antonio Colomna, duque de Paliano, al marqués de Benti y á otros varios personajes. En seguida se despidió de los estados reunidos, de órden suya en Gante, diciéndoles que como sus negocios reclamaban el que se trasladase á España, les dejaba por gobernadora una princesa nacida entre ellos, con todos los demas gobernadores de las demas provincias. Les encargaba que se mantuviesen fieles en la religion católica, y no permitiesen permanecer en las provincias persona alguna infestada con las doctrinas nuevas de Alemania, concluyendo con la indicacion de que no ignorando ellos los crecidos gastos que se le ocurrian, esperaba de su parte un servicio liberal, proporcionado á la exigencia de sus circunstan-

de encomiendas, juros, jurisdicciones, hidalguías, regimientos, escribanías, alcaidías, baldíos, oficios y dignidades de toda clase. Tambien pidieron un servicio á Méjico y Perú, solicitando ademas del rey de Portugal, una porcion considerable de pimienta, para que vendida en Flandes, sufragase los gastos de la vuelta del emperador y de su hijo. Todo esto no dá muy grande idea de los recursos financieros de un pais, que algunos pensarán tal vez, se hallaba en el mas alto grado de opulencia. (1)

El negocio que parecia entonces mas urgente en la nacion y excitaba mas el celo del gobierno era purgar á España de las doctrinas religiosas que á despecho de la mayor vigilancia y precaucion se habian introducido, en virtud de las comunicaciones indispensables entre las diversas partes de una misma monarquía. Iban los españoles á Francia, á Alemania, á los Paises-Bajos: venian naturales de aquellas regiones á España, y del mismo roce y trato no podian menos de resultar prosélitos de las nuevas opiniones. En las tropas del emperador y aun en las de su su hijo estaban alistados muchos luteranos; mas ya que era imposible cerrar herméticamente el suelo español á las nuevas doctrinas religiosas, se trataba de atajar por medio de la persecucion un mal tan contagioso. Redoblaba la inquisicion su vigilancia y el rigor de los castigos, aun cuando no estuviese animada de bastante celo, cosa ni verosimil ni creible, recibia frecuentes amonestaciones de Felipe desde Flandes, y aun Cárlos V desde el fondo de su retiro no dejaba de exhortar á los inquisidores á no relajarse un momento del cumplimiento de lo que él llamaba sus obligaciones. El cardenal arzobispo de Sevilla don Fernando Valdés, nombrado á la sazon inquisidor general, correspondió completamente á la confianza que en él se habia depositado, mostrándose severo, inflexible, inexorable. La actividad era suma, la

(1) Véase la nota L al fin del tomo.

vigilancia esquisita, y el mas estricto posible el exámen que se hacia de las doctrinas, de las opiniones, de lo que se hablaba y escribia en materias religiosas, sin que el carácter elevado de la persona ni su anterior reputacion le pusiesen al abrigo de tan esquisita suspicacia (1). Fué objeto de ella fray Bartolomé Carranza, el mismo teólogo que tanto habia ayudado á Felipe II en la obra de la restauracion del culto católico en Inglaterra, y que en premio de su virtud y de su ciencia acababa de ser nombrado arzobispo de Toledo á la muerte de don Juan Siliceo. Dieron motivo á estas sospechas algunas proposiciones ó doctrinas de obras suyas que corrian impresas; y los inquisidores resolvieron someterle á su tribunal tan formidable. En consideracion á su alta clase, y mucho mas al favor que gozaba con Felipe, escribieron al monarca pidiéndole permiso para proceder contra el prelado, en atencion á lo gravemente que estaba comprometida su persona. Respondió el rey que procediesen en todo y por todo segun les dictaban su deber y su conciencia, y que viviesen seguros de que ningun obstáculo pondria al ejercicio pleno y completo de su autoridad, aunque se tratase de la persona de su mismo hijo. Con esta venia se procedió á tratar de la prision del arzobispo. Se dispuso que la infanta doña Juana le llamase á Valladolid, hallándose el prelado de visita en Alcalá de Henares. En vista de la órden se dirigió en efecto hácia Valladolid; mas habiéndose susurrado algo del negocio, determinaron los inquisidores enviar el auto de prision al pueblo de Torrelaguna, por donde debia pasar el arzobispo, y allí se realizó en efecto. Desde Torrelaguna fué trasladado con todo secreto á Valladolid, donde le encerraron, aunque con toda la comodidad y respeto á su persona, mientras se le instruia su proceso.

De tiempo en tiempo se celebraban autos de fé en

(1) Véase la nota M al fin del tomo.

público con toda solemnidad, á que éste asistia con toda devocion, como á una ceremonia altamente religiosa. En setiembre de 1559, es decir, algunos dias antes de la llegada del monarca, se celebró uno muy solemne en la plaza de Valladolid, á que asistieron doña Juana y el príncipe don Cárlos. Mas de treinta personas se presentaron como reos, y entre ellos el doctor Cazalla, dos hermanos suyos, el maestro Perez, el bachiller Herreruelo y otros. Lo mas notable fué que se presentaron igualmente los huesos de Leonor de Vivero, madre del doctor Cazalla. Tambien hubo algunas religiosas, mozas y de buen parecer, segun refiere Gonzalo de Illescas que se halló presente. Quince de estos reos fueron entregados á las llamas, y el bachiller Herreruelo, que murió impenitente, entró en la hoguera vivo, pues los que daban muestras de arrepentimiento recibian la muerte por el método ordinario.

A su llegada á Valladolid tuvo el rey noticia de que se habia celebrado este auto, y como le dijesen que todavía quedaban en la cárcel muchos reos, manifestó al inquisidor general que se holgaria mucho de que se celebrase otro en su presencia, á lo que el cardenal accedió gustoso, ofreciendo la ejecucion cuanto mas antes. El dia 4 de octubre del mismo año se verificó en la plaza de Valladolid con toda solemnidad otro auto de fé á que asistieron el rey, el príncipe don Cárlos, la infanta doña Juana y toda la grandeza de la córte. Se presentaron cerca de cuarenta reos entre hombres, mujeres, monjas, beatas, casadas, de toda clase. Solo dos fueron entregados vivos á las llamas como impenitentes. Uno de ellos, hombre de distincion, llamado don Cárlos Sesé, se dirigió al rey en alta voz quejándose de cómo permitia que los quemasen, á lo que respondió Felipe que si su hijo fuese un hereje impenitente, él mismo le entregaria á las llamas, llevando en sus hombros la leña necesaria. Así uno de los primeros actos de Felipe á su vuelta á España fué asistir á un auto de fé cuya celebracion el mis-

mo promovía. Y este y otros rasgos de su especie, los consignan los historiadores españoles de aquel siglo, del siguiente, y aun del posterior como actos de piedad, de celo religioso, de las mayores virtudes de un cristiano. El dicho de entregar su hijo mismo á las llamas no podia menos de reputarse como un rasgo de heroismo, segun las opiniones y lógica de aquellos tiempos, ya hemos hecho ver que las hogueras contra los enemigos de la fé estaban en uso desde muy antiguo. Mas solo el rey de España gozaba el privilegio de verlas encendidas en ciertos períodos con tanta solemnidad, por sentencia de un tribunal fijo esclusivamente consagrado á esta clase de delitos.

Partió el rey de allí á pocos dias á Toledo con objeto de celebrar córtes y las fiestas de su desposorio, pues tenia noticia de que estaba para salir de París la princesa Isabel con quien por poder estaba ya casado. Para recibir la nueva reina en la frontera envió al arzobispo de Burgos y al duque del Infantado, con otros varios señores principales de la córte. Mientras tanto se abrieron las córtes en Toledo, y entre las cosas que establecieron, fue que no pudiesen tener esclavos los moriscos del reino de Granada.

1560 A principios de este año salió la reina Isabel de París acompañada del cardenal del Borbon y del duque de Vendoma. Fue recibida en Roncesvalles del arzobispo de Burgos y el duque del Infantado, y habiendo despedido en aquel punto á la comitiva francesa, continuó con ellos su viaje hasta Guadalajara, á donde se dirigió por aguardarla allí el rey, acompañado del príncipe don Cárlos, de la infanta doña Juana y de todos los personajes de su córte.

Llegó la reina á Guadalajara á principios de febrero, y despues de haber ratificado el rey su matrimonio recibiendo las bendiciones del arzobispo de Burgos, partió la córte á Toledo, donde se celebraron los desposorios con todo género de fiestas, habiéndose esmerado aquellos habitantes en obsequio de sus reyes.

Con motivo de la reunion de las córtes, determinó el rey aprovechar esta circunstancia, mandando que fuese reconocido y jurado por heredero el príncipe don Cárlos, lo que así se verificó el 22 de febrero en la iglesia Catedrál con toda pompa. Asistieron á la ceremonia el rey, la infanta doña Juana, don Juan de Austria, todos los señores de la córte y los procuradores de las ciudades de los reinos. Recibió el arzobispo de Burgos, vestido de pontificial el juramento. Le prestó la primera la infanta doña Juana; siguió don Juan de Austria; vinieron despues los grandes de la córte y los procuradores de los reinos. El duque de Alba se presentó el último. Una triste noticia vino á turbar aquellos regocijos, á saber, la de una derrota que acababan de sufrir las armas españolas en las Costas de Africa.

CAPITULO XXII.

Asuntos de Africa.-Sumario de las principales ocurrencias en aquel pais desde el principio del siglo XVI.-Barbaroja y Dragut.-Espedicion y derrota en la isla de los Gelves.

Hemos visto en los primeros capítulos de esta historia como los españoles despues de tantos siglos de la ocupacion de la península por los árabes que se habian establecido en el norte de Africa, pasaron á hacer conquistas importantes en varios puntos de su costa. Se emprendió y llevó á efecto en tiempo del cardenal Cisneros, la de Oran, Bujía, Mazalquivir y otros puntos importantes. Desde entonces no hemos vuelto á ocuparnos mas de estos asuntos; mas seguiremos aunque muy compendiosamente, la cadena de los acontecimientos desde aquella época hasta el punto en que nos encontramos.

En 1515 emprendimos una expedicion desgraciada sobre la isla de los Gelves.

En 1529 perdimos el peñon, tomado por Barbaroja que le rodeó con cuarenta y cinco buques. El gobernador

español Martin de Vargas que tuvo noticia de esta espedicion, pidió socorros, pero fué mal auxiliado. Con tantos negocios como pesaban sobre Cárlos V, no es extraño que no atendiese á todos con la prontitud y eficacia que se requeria.

En 1530 recorrieron corsarios dependientes del mismo Barbaroja la costa de Valencia y desembarcaron en Parsent, llevándose preso á Perandreo que la defendia con siete hombres. Con este motivo salió al mar el capitan Rodrigo Portunelo en busca de los tenientes de Barbaroja, y habiéndolos alcanzado en los mares de Levante, trabó con ellos batalla de la que salió roto y destrozado. Tenian Barbaroja y los suyos un grande enemigo en Andrés Doria, que repetidas veces salió al mar en busca suya.

En 1531 desembarcó en Sargel, puerto de la costa de Africa, donde entró á saco llevándolo todo á sangre y fuego. Mas por sobra de confianza cogieron por sorpresa en manos de los enemigos que estaban en acecho y tuvieron que retirarse los de Doria en desorden y con gran pérdida.

En 1532 armó este una expedicion de treinta y cinco velas grandes y otras de menores dimensiones, donde embarcó 10,000 hombres entre españoles, italianos y tudescos, recorrió los mares en busca de los enemigos y puso sitio á Corom en la Morea, que le opuso una gallarda resistencia y al fin fué vencido despues de grandes actos de valor entrando al asalto los cristianos. Tambien en seguida tomó á Patrás en los mismos parajes, haciéndose dueño de los Dardanelos que son dos castillos fuertes que le defendian. Se mostró en estas dos expediciones duro y terrible con los turcos; mas en el año siguiente de 1533 volvieron sobre Corom los enemigos y le recuperaron despues de una larga resistencia.

En aquel mismo año se apoderó de Bona don Alvaro Bazan, nombre que se hizo muy ilustre como veremos en el curso de esta historia. Al año siguiente de

1534, contrajo amistad con Barbaroja, el rey de Francia, y por insinuaciones de éste, recorrió el primero las costas de Italia, desembarcando, saqueando varios pueblos, llevándose cautivos á los que caian en sus manos. Por aquel tiempo se hizo dueño de Túnez, expeliendo al dey que vino á pedir proteccion á Cárlos V, como hemos hecho ver tratándose de este monarca.

Fué la expedicion sobre Túnez, del año siguiente, una de las mas populares, de las mas reclamadas por las necesidades de la cristiandad, la que debia inflamar mas el ánimo de un monarca como Cárlos V, deseoso de humillar en un todo á su enemigo el rey de Francia. En nuestro concepto, fué esta expedicion en Túnez el acto mas grande y glorioso de su vida, el que fué coronado con el triunfo mas brillante. El emperador concedió mercedes á todos los individuos de su ejército, que tomaron parte en su victoria, acreditándose de monarca dadivoso y reconocido, como capitan activo, inteligente y esforzado.

Huido Barbaroja de Túnez, no fué menos molesto y terrible para los cristianos. En todas partes donde desembarcó con su gente, cometió infinitas crueldades. En Mahon hizo un desembarco y le tomó despues de una muy grande resistencia.

El año de 1538, se ligaron el papa y los venecianos contra Soliman, de quien se consideraba Barbaroja como teniente y delegado. Acometió éste á Canchá, de donde fué vigorosamente rechazado: Tambien fué derrotado cerca de Trevesa en la Morea.

Mas de doscientas velas armó la liga cristiana contra el turco. Iban en la espedicion 11,000 españoles y 5,000 italianos, y todo bajo el mando de Andres Doria. En aquel tiempo tomaron los cristianos con grande bizarría á Castellnuovo, mas volvieron á perderle con grandes desastres el año siguiente de 1539.

En 1543, se presentó Barbaroja en Marsella, y en seguida desembarcó en Niza, donde cometió las crueldа-

des que tenia de costumbre. En seguida recorrió las costas de España, con la misma suerte que otras veces.

Se acercaba el fin de la carrera de este pirata feroz y sangriento, mas dejaba una especie de sucesor y de discípulo en la persona de Dragut, renegado como él, y que comenzó su fortuna con muy escasos medios. Sorprendido en 1548, en las costas de Córcega por los de Doria, permaneció cuatro años preso, y puesto en libertad por medio de un canje, volvió á salir al mar incitado de sus deseos, el vengarse. Salieron en pos de él las galeras de Nápoles y Sicilia, mas en ninguna parte pudieron encontrarle. Mientras tanto Dragut desembarcó en Puzol y Castellamar de las costas de Nápoles, llevándose cautivos á cuantos cayeron eu sus manos, con cuyo botin, y una galera de Malta que apresó tambien, se volvió victorioso á Argel, que era el depósito de sus robos y despojos.

Deseaba Dragut tener un establecimiento propio suyo en las costas de Africa, y para eso echó los ojos sobre el puerto de este nombre situado en el territorio de Túnez, plaza muy fuerte, perfectamente bien situada con otras dos fortalezas, llamadas Cuza y Monasterio, que aumentaban mucho sus medios de defensa. Estaba la ciudad dividida en facciones, y de esta division se aprovechó Dragut entrando en negociacion separada con cada uno de ellos, á quien prometió ayuda contra sus rivales. Despues de tener su trama bien urdida, se presentó en la plaza con doce hombres solos, y habiendo excitado un tumulto se apoderó de ella con traicion, y asimismo de los dos fuertes ya citados. Despues de haberla pertrechado y dejado en ella una fuerte guarnicion, salió otra vez al mar en busca de aventuras.

Dió gran cuidado á los cristianos el establecimiento de Dragut en su nueva posesion, y trataron de arrancársela. Salió Doria en su busca con cincuenta y tres galeras con objeto de reconocer la plaza de Africa, lo que verificaron tomando á Monasterio, que arrasaron. En

seguida se fueron á la Goleta, donde se celebró consejo sobre si emprenderian sériamente el sitio de Africa. Decididos por la afirmativa, se pidió socorro á Nápoles y Sicilia, de donde vinieron refuerzos de infantería y artillería. Comenzaron la empresa poniendo á la plaza en un estado de bloqueo impidiendo entrar víveres; mas en la plaza se habian ya recibido avisos de esta expedicion, y se habian abastecido de lo necesario, habiéndose ademas reforzado con cuatrocientos soldados y héchose con muchos víveres que por casualidad allí aportaron.

Hizo este sitio de Africa un ruido entonces, y hoy ocupa todavía una página brillante de la historia. Se reunió la armada en Trapana, y con nuevos recursos que se les envió de la Goleta, dieron sobre la plaza y desembarcaron para formar su sitio con todas las precauciones militares, atacando á una partida de los turcos que venian sin duda á reconocer, obligándola á meterse dentro de la plaza. No estaba en ella Dragut, ocupado en sus correrías ordinarias, mas sus tenientes dispusieron con valor todos los medios de defensa. Ascendia la guarnicion á 1,700 hombres entre todos. Abrieron los sitiadores las trincheras. Situaron las baterías ventajosamente, haciendo gran daño sus morteros á la plaza. Fue infructosa para los moros una salida nocturna para sorprender á los cristianos: tambien resultó vano el designio de un asalto por los españoles, que percibieron en el acto los reparos fuertes que los turcos habian construido detrás de la muralla. Para no malograr su empresa, pidieron mas refuerzos á Nápoles, Sicilia y la Goleta que se los mandaron en efecto. Mientras tanto recorria Dragut las costas de Valencia. Supo su mujer, que residia en Gelves, por unos fugitivos, la toma de Cuza y Monasterio por los cristianos, y el sitio que tenian puesto á Africa, y se lo avisó inmediatamente á su marido: buscó este por todas partes socorros y no siendo feliz en esta empresa, llegó á juntar 3,000 hombres con los que desembarcó oculto cerca de la plaza, habiendo avisado de ante mano

á los de adentro su próxima llegada. Era su objeto sorprender el campo de los sitiadores y se emboscó al efecto; mas habiendo sido descubierto se trabó pelea entre él y un cuerpo del campo de los sitiadores, quedando el otro de observacion junto á la plaza. Murieron en la accion cincuenta turcos, treinta moros, y tuvieron doscientos cincuenta heridos sin contar con los de las plazas de donde se hizo una salida rechazada por los sitiadores, que tuvieron de pérdida ochenta muertos y ciento cincuenta mal heridos.

Rechazado Dragut, salió en busca de mas recursos; mas no debia de excitar en algunos de los suyos muchas simpatías cuando el dueño de Queram le interceptó ochocientos caballos que le enviaba el Dey de Túnez.

Llegaron nuevos refuerzos al campo de los cristianos de Luca, Génova y Florencia, y un grande ingeniero, llamado Andrónico Espinosa, de Sicilia. Continuaban con actividad y energía los trabajos del sitio. Abrieron una mina para echar abajo los muros; se construyeron nuevas baterías sobre la marina que hicieron mucho estrago en la ciudad: se levantó una sobre galeras desde las cuales se batió la plaza con buen éxito. El 10 de setiembre de 1550 se dió por tierra y por mar el asalto general, atacándose á la plaza por tres partes, destinándose á cada una cinco banderas, mandadas por sus jefes respectivos. Los nombres propios no los damos porque esto es anterior al reinado de Felipe, donde observaremos otro método. Tampoco entramos en los pormenores de este asalto vigoroso donde se peleó con singular denuedo y bizarría. Se habia prometido á las tropas el saqueo, y habia ademas un jubileo del papa en favor de los cristianos que en la accion muriesen. Dieron la señal los clarines é inmediatamente se pusieron en accion por tierra y por mar los combatientes. Se defendieron con valor los turcos, y despues de ser echados de las murallas se batieron en las calles y defendieron el terreno palmo á palmo. Quedaron las fortificaciones de la

ciudad medio destruidas, y los cristianos plantaron al fin sobre los escombros sus banderas victoriosas.

Se celebró este triunfo con grande júbilo en la cristiandad. Se marchó Dragut á los Gelves, y en seguida se presentó en Constantinopla, donde no fué mal recibido por Soliman á pesar de estar irritado contra él por haberse hecho dueño de Africa sin su consentimiento. Pidió al emperador Cárlos V que se la restituyesen con pretesto de que Dragut era su teniente y protegido, mas Cárlos V respondió que no reconocia tenientes y protegidos del Sultan en los piratas.

Al año siguiente de 1551 emprendió Dragut nuevas correrías sobre las costas de Calabria. Poco despues hizo parte en calidad de Consejero y hombre práctico, en una escuadra que mandaba el turco sobre Malta. No habiéndose atrevido á desembarcar, revolvieron sobre Trípoli, que tomaron por traicion, y de cuyo punto quedó dueño al fin Dragut, á pesar de que su posesion le fué negada por Soliman desde un principio. En el capítulo XVII hemos ya hablado de varias correrías hechas por los turcos en los años sucesivos. Al advenimiento de Felipe II al trono de España, se hallaban nuestros asuntos en Africa bastante decaidos, y estábamos amenazados de mas desgracias por el aumento de poder que iban adquiriendo aquellas potencias berberiscas. «Para reconquistar el punto de Bugía, ofrecieron en 1557 tropas y dinero los reinos de Castilla, Valencia y Cataluña. Queriendo imitar el cardenal Silíceo la conducta de su antecesor el de Cisneros, se ofreció á capitanear aquella empresa con tal que para ello le diesen trescientos mil ducados; mas habiéndose consultado á Felipe, respondió que se trataria de este asunto cuando regresase á España. Posteriormente vino á ella, como tenemos dicho, Ruy Gomez Silva á buscar recursos para la guerra que se habia vuelto á encender en Flandes, y se aplicaron á estos gastos los caudales que se habian levantado para la reconquista de

Bugía. Ya un poco antes el Dey de Argel habia tratado de invadir á Orán, habiendo desembarcado tropas y estrechándola por mar con galeras turcas; mas con fuertes y vigorosas salidas de la guarnicion y la llegada de las galeras de Doria, se habia conjurado aquella tempestad, sobre todo hallándose empeñada la atencion de los turcos á otra parte.

Mientras tanto seguia Dragut haciendo desembarcos y causando todo género de estragos en las costas de Sicilia y Nápoles. Para cortar estos males de raiz, no ocurrió mas medio al gran maestre de la Orden que emprender la conquista de Trípoli. Felipe II, á quien propuso esta idea, desembarazado ya de la guerra con Francia por el tratado de Catain-Cambresis, aprobó el plan del gran maestre y dió órden al duque de Medinaceli, virey de Sicilia, para que se encargase de esta expedicion, mandando al mismo tiempo al duque de Sesa, gobernador de Milan, para que pusiese á sus órdenes dos mil hombres de infantería mandados por don Alvaro Sande. Tambien se escribió á Andrés Doria para que ayudase con sus galeras al duque de Medinaceli, y asimismo auxiliaron el papa, el duque de Florencia y otros príncipes de Italia.

A principios de octubre se juntó en Mecina la expedicion compuesta de cincuenta y cuatro galeras, veinte y ocho navíos, dos galeones y treinta galeotas ó bergantines con 14,000 hombres. A fin de aquel mes zarparon y llegaron á Siracusa con objeto de pasar adelante; mas los vientos se mostraron contrarios, y además se declaró en la armada una enfermedad que obligó al duque de Medinaceli á dirigirse á Malta, donde fué recibido por el gran maestre con todo género de agasajos y de obsequios. El número de los enfermos de la armada iba tan en aumento que no bastando los hospitales de la Isla fué preciso establecer uno nuevo para recibirlos. Al fin, aunque no en buen estado, y sin repararse totalmente de sus pérdidas, á principios del año siguiente, 1560, se embarcó de nuevo con su expedicion el duque

de Medinaceli, y no pudiendo por los vientos contrarios dirigirse á Trípoli, se encaminó á el Secano de Palo, donde mandó se le reuniesen las galeras y navíos que se habian quedado en Malta.

En la Roqueta trató de hacer aguada y para asegurarla, mandó desembarcar tres mil hombres, con cuyo abrigo se efectuó la operacion; mas no sin ser molestados por los moros, en cuya refriega fueron muertos siete y heridos treinta de los nuestros. Se supo despues que se hallaba en la isla Dragut con diez mil moros y diez mil turcos.

Despues de la partida de la expedicion que llegó felizmente á Secano del Palo, arribaron á la misma isla de la Roqueta ocho galeras que se habian quedado en Malta, cuatro del duque de Florencia, dos del señor de Monaco y las dos patronas de Sicilia y Doria. Trataron tambien de hacer aguada; mas sea por falta de precaucion ó por disensiones que se armaron entre ellos sobre quién habia de mandar la gente, cuando parte de esta se hallaba ya embarcada, cargaron los moros sobre la otra, matando y cogiendo prisioneros á mas de ochenta hombres entre los que se contaron cinco capitanes españoles; á saber: don Alfonso de Guzman, Antonio Mercado, Adrian García, Pedro de Venegas y Pedro Bermudez. Las galeras siguieron su rumbo y llegaron sin novedad á Secano del Palo, donde se hallaba el duque de Medinaceli.

No se resolvió este á dirigirse á Tripoli sea por lo contrario ó recio de los vientos, sea por que sabia que Dragut se hallaba con grandes fuerzas á sus inmediaciones. Determinó, pues, entretanto tomar posesion de la isla de los Gelves ya de triste recuerdo para nuestras armas, y para dar mas seguridad á la empresa se ajustó con algunos jeques del pais, tomando á sueldo de cuatrocientos á quinientos caballos que le debian servir contra Dragut. El 2 de marzo llegó á la isla; mas no habiendo podido desembarcar en cuatro dias por los recios

temporales, lo verificó en fin en frente de la torre de Valguarnera, disponiendo inmediatamente sus tropas en órden de batalla. Se componian estas de treinta mil españoles al mando de don Alvaro Sande; dos mil alemanes y franceses al de los caballeros de San Juan; tres mil italianos mandados por Andrés Gonzaga, y otros tres mil y quinientos españoles á las órdenes de don Luis Osorio. En el ala derecha formaban seiscientos arcabuceros mandados por el mismo Osorio, y en la izquierda ochocientos arcabuceros italianos mandados por Quirico Espínola. Llevaba además la expedicion cuatro piezas de campaña.

Dispuesto así el ejército se puso en marcha sin hallar oposicion alguna. Al dia siguiente envió al duque un mensaje con dos moros Manzaul, señor de la isla de los Gelves, diciéndole que se considerase como dueño y señor de aquella tierra, puesto que mandaba una expedicion en nombre de Felipe, rey de España; y así le pedia que volviese á embarcarse, prometiéndole para su expedicion de Trípoli cuantos socorros estuviesen en su mano. Le respondió el duque que pues tan celoso servidor de don Felipe se mostraba, lo primero que requería de él era que se dirigiese á Esdrun á tener una entrevista, siéndole necesario surtirse de agua en los pozos de sus inmediaciones. Se puso en marcha el ejército para dicho punto, y aunque encontró los pozos cegados, le fué muy fácil ponerlos en estado de ser útiles. Se divisaron los moros á lo lejos en actitud de querer hostilizar á nuestra gente; mas el duque habia marchado con toda precaucion, y á las inmediaciones de los mismos pozos se acampó militarmente, rechazando con gran pérdida á los que por todas partes le embistieron, cuando le vieron detenerse.

Acampado el duque, y aumentada la fuerza de su posicion por medio de trincheras, envió á la Roqueta las galeras con objeto de hacer agua, lo que ejecutaron sin oposicion alguna. Mientras tanto envió Manzaul otro

mensaje al duque diciéndole que le dispensaria toda su amistad, mientras tanto que no tratase de llegarse al castillo, en cuyo caso le declararia la guerra. Respondióle el duque que era justamente el castillo el punto de que le era preciso apoderarse, para lo que iba á tomar su direccion al frente del ejército. La columna se puso efectivamente en movimiento. Entonces intimidado el moro, y no atreviéndose á hacerle resistencia, propuso al duque que se rendiria y abriria las puertas del castillo, con tal que se le permitiese salir con su gente y sus efectos. Accedió el general español, y habiéndosele avisado al dia siguiente que el fuerte se hallaba ya desocupado, envió al maestre de campo Baraona con tres compañías, para tomar su posesion, mientras él llegaba con el resto de la gente. Mas habiéndose reconocido que no era de bastante fuerza ni capacidad para asegurar la completa dominacion de aquella isla, se trazó inmediatamente una nueva fortificacion á cuya obra se destinaron todas las tropas del ejército. Como el fuerte debia de ser cuadrado, el duque con sus españoles, Andrés Gonzaga con sus italianos, los caballeros de San Juan con los franceses y alemanes, y Doria con la gente de las galeras, se encargaron cada uno de un baluarte y su cortina respectiva, y con la emulacion tan propia en naciones diferentes, se vió la fortificacion al instante concluida.

Por su parte Dragut que veia en mal estado los negocios, imploró socorros de Constantinopla tratando de ganar al gran visir con fuertes dádivas, y haciendo ver el peligro que amenazaba á los súbditos de Soliman y á la religion, si el virey de Sicilia llevaba á cabo su intento de tomar á Trípoli, hallándose ya en posesion de la isla de los Gelves. Accedió á sus ruegos el Sultan é inmediatamente despachó á Piali con ochenta y cinco galeras, haciendo entrar en cada una cien genízaros. Con este armamento llegó Piali el 7 de mayo á Navarino, y habiéndose en seguida acercado á Trípoli y reforzádose

con las galeras de Dragut, resolvió dirigirse á los Gelves con objeto de atacar á los cristianos.

Llegó á esta isla la noticia de la aproximacion de la flota otomana por avisos del gran maestre de Malta, del virey de Nápoles y de Juan Andrés Doria. Inmediatamente llamó á consejo el duque de Medinaceli. Fueron unos de opinion de defenderse y de aguardar al turco, con su armada en órden de batalla, colocando los barcos chicos al abrigo de los grandes, é hicieron ver que era cien veces preferible tentar la suerte de las armas y mas glorioso morir peleando, que vivir esclavos huyendo. Mas Juan Andrés Doria fue de parecer que se retirase la gente en la armada y tomase la vuelta de Sicilia, haciendo responsables á los que no admitiesen su opinion de los daños que sobreviniesen.

Quedó el duque de Medinaceli muy indeciso con esta diversidad de pareceres. Huir parecia mengua, y para sacar la armada en aptitud de aceptar una batalla al turco, se mostraba el viento muy desfavorable. Mientras tanto acometió Piali, que le tenia muy favorable, y puso en completo desórden á nuestras galeras, que no pudiendo resistir el choque parte huyeron, parte se recogieron al puerto, y otras fueron tomadas sin ninguna resistencia, mientras la gente se arrojaba al mar ó buscaba tierra, y la mayor parte de ella se ahogaba. Tomaron los turcos veinte galeras y echaron á pique diez y siete, habiéndose salvado las pertenecientes á Génova, de los estados de la Iglesia. Consternado el duque de Medinaceli del suceso, encargó el mando del fuerte á don Alvaro Sande, y embarcándose con Doria pudo llegar en salvo á Malta, de donde se trasladó á Sicilia.

Hizo don Alvaro una gallarda resistencia en el fuerte de los Gelves, sitiado vigorosamente por los turcos, inmediatamente que derrotaron nuestra escuadra. Emprendió diferentes salidas en que llegó hasta las trincheras de los turcos, causándoles estragos; mas se veia con fuerzas muy escasas: comenzaron á faltar los víveres,

y la artillería del fuerte estaba casi toda desmontada con las baterías de los turcos. En otra salida que hizo don Alvaro fué derrotado y prisionero; la gente del fuerte capituló despues, entregándole y salvando las vidas. Destruyó Piali las fortificaciones, y dejando á Dragut en los Gelves, se embarcó para Trípoli y de allí á Constantinopla, llevándose prisioneros á don Alvaro Sande, don Sancho de Leyva, don Berenguer de Requesens, don Gaston de la Cerda y otros caballeros de importancia.

Puso esta derrota de los Gelves en mucho cuidado á don Felipe, é inmediatamente hizo que se reparasen de nuevo las galeras y se pusiesen en estado de defender y proteger las costas de Sicilia y Nápoles. Sabedor al año siguiente que en Argel se preparaba una expedicion contra Mazalquivir y Oran, despues de dar órdenes para atender á la seguridad de las dos plazas, dispuso se reuniesen en Málaga veinte y cuatro galeras con tres mil y quinientos hombres á las órdenes de don Juan Mendoza. Mas esta expedicion pereció de resultas de una tempestad que, á pesar de tomar puerto en el de la Herradura, se encrespó tanto que hizo estrellarse los bajeles unos con otros, salvándose solo dos galeras de las veinte y cuatro. Perdió la vida don Juan de Mendoza, uno de los principales jefes, con mas de cuatro mil hombres, catástrofe horrorosa en aquellas circunstancias.

Otros acontecimientos de mayor interés y sobre casi igual teatro, ocurrirán en el curso de esta historia y ocuparán en ella su lugar correspondiente. Por ahora nos trasladaremos á otras escenas donde se debatian cuestiones de mas influencia en los destinos de la especie humana.

CAPITULO XXIII.

Estado de la Francia à la muerte de Enrique II.-De su hijo Francisco II.-Facciones en la córte.-Rejencia de Catalina de Médicis.-Advenimiento de Isabel al trono de Inglaterra y resultados.-Estado de Escocia en la misma época.-María Estuarda.

Habia comenzado el calvinismo en Francia de un modo obscuro, todo al revés del Luteranismo en Alemania. Le adoptaron al principio las clases mas bajas de la sociedad que en granjas, en cuevas, en los sitios mas solitarios celebraban los ritos de su nuevo culto, y cantaban en francés los salmos que la poesía de Marot, habia sabido hacer tan populares. Poco á poco se fué difundiendo la secta por las clases altas, por los señores de pueblos, y llegó hasta los príncipes mismos de la sangre. Margarita de Valois, hermana de Francisco I, esposa de Enrique de Albret, príncipe de Bearne y rey titular de Navarra, pasaba por dar en dicha secta y estar en correspondencia con Calvino. Se hizo con el tiempo calvinista la corte de Bearne, y la misma doctrina abrazó Antonio de Borbon-Vendomne, casado con Juana hija de Margarita, y que á la muerte de Enrique se hizo titular rey de Navarra. Tambien se habian adherido á la propia secta su hermano el príncipe de Condé, el almirante Gaspar Coligni, su hermano Juan Audelot y otros personajes distinguidos. Mas no se atrevieron á declararse durante la vida de Enrique II, príncipe que expidió nuevos edictos de rigor contra los herejes, renovando ademas los que se habian fulminado en tiempo de su padre. A la muerte de este príncipe no se mitigó la severidad contra los calvinistas; los mismos edictos se conservaron en su vigor, y durante el corto reinado de Francisco II hijo y sucesor de Enrique II, no faltaron herejes quemados en París, lo mismo que durante los

reinados anteriores. Mas la juventud y carácter débil de este príncipe, fomentaron en la corte partidos y facciones que se apoyaban en el celo religioso. Los Guisas, tios del rey por serlo de María Estuarda su mujer, aspiraron y obtuvieron en efecto la direccion de los negocios. Se hallaba el condestable de Montmorenci á la cabeza del partido enemigo de los Guisas, y aunque él no era calvinista, se apoyaba en los Colignis que lo eran y en los príncipes de la sangre, recien afiliados á esta secta, resentidos de la influencia y ascendiente de los Guisas. Así en una pugna de partidos y facciones que se disputaban el poder, se envolvió otra mas encarnizada entre principios religiosos. Salió el calvinismo de la obscuridad y se hizo una bandera que alzaron públicamente los hombres primeros y mas perversos del Estado. De este modo se echaron las semillas de las guerras civiles, medio políticas, medio religiosas que desolaron la Francia por todo el resto de aquel siglo. Estaban los Guisas al frente del partido católico. En el calvinista aparecia el príncipe de Condé como el jefe mas activo; y los Colignis como personas de mas capacidad é influencia. Propendia la reina viuda Catalina de Médicis al partido de los Guisas, aunque estaba celosa de su poder y con deseos de arrancársele. En cuanto á Montmorenci se volvia al partido de la córte á cualquier síntoma de ruptura con el calvinista ó disidente.

De esta discordia ó pugna de los ánimos, no podia menos de venirse pronto á vias de hecho. Formaron los calvinistas la trama de apoderarse de la persona del rey y de los Guisas en Blois á donde se iba á trasladar la córte, y con este objeto habian armado secretamente mil hombres de á pie y quinientos de á caballo. Recelosos los Guisas de la trama, trataron de llevar la córte á Amboise; mas no por eso abandonaron los conjurados su designio. Fueron sin embargo descubiertos, atacados y derrotados en el mismo Amboise, siendo cogido su jefe Renaudie, quien pagó el atrevimiento en un suplicio.

Aumentó esta tentativa el crédito y la influencia de los Guisas, y quedó nombrado el duque teniente general del reino con las mas amplias facultades; mas aunque se vió al parecer triunfante su partido con la tentativa de los calvinistas frustrada en Amboise, no se dieron estos por vencidos. El príncipe de Condé, preso en un principio, tuvo medios de evadirse de su encierro y pasar á los estados de Navarra. Los Colignis no aparecieron implicados por intrigas de la reina Catalina que aspiraba á servirse de su partido para neutralizar el ascendiente del opuesto. Los demás jefes calvinistas del mediodia marcharon á su pais con el objeto de prepararse para una guerra abierta, pues en esto se preveia por todos que iban á parar aquellos altercados.

En esta altura de negocios apoyaron de nuevo los Guisas el proyecto de establecer en Francia una especie de inquisicion, idea que abrigaban desde largo tiempo. Pareció la medida muy severa y en su lugar se sujetaron á la jurisdiccion y tribunal de los obispos todos los delitos contra la religion, declarando crímenes de lesa magestad todos los escritos á favor del calvinismo. Mas este decreto por su mismo rigor no podia ejecutarse. No era ya esta secta una faccion que se podia echar á tierra por medio de un decreto. A muy poco tiempo de la publicacion de éste, llamado por los protestantes establecimiento de la inquisicion de España, presentó el almirante una peticion al rey para que se les permitiesen templos públicos diciendo que estaba en mas de ciento y cincuenta mil firmas apoyada. Fue desechada la peticion; mas prueba este paso lo lejos que se estaba de la extincion del calvinismo.

A últimos de 1560 murió el rey Francisco II, y la tierna edad del sucesor, pues contaba solo diez años, obligó al nombramiento de regencia. Recayó esta en la reina madre la famosa Catalina de Médicis, sobrina del papa Clemente VII, princesa ambiciosa, artificiosa y muy astuta, cuya política consistió siempre en dominar

las dos facciones neutralizando con la una la preponderancia de la otra. Al principio pareció propender al partido protestante. Como se la habia dado como una especie de asociado en la regencia al rey de Navarra, se publicaron varios decretos que les eran favorables. Se puso en libertad al príncipe de Condé, cuya vida corria gran riesgo por la causa que se le formaba, y llegaron las cosas al punto que los nuevos sectarios predicaron sermones en Fontainebleau donde se hallaba la misma reina. Mas cuando renovaron la peticion de tener templos públicos, se volvió á negar por un edicto en que se les mandaba atenerse á lo que el Concilio de Trento decidiese.

Los Guisas viendo entonces el semblante que tomaban los negocios, estrecharon mas y mas los lazos con el partido católico, cuyos intereses con nueva eficacia protegieron. El condestable de Montmorenci que se habia separado de ellos por rivalidades de poder, se unió sinceramente á su partido y por fin hizo lo mismo el rey de Navarra separándose de los calvinistas. La reina se mantenia dudosa y vacilaba, no porque mostrase propension á las doctrinas de los calvinistas, ya entonces conocidos y designados generalmente con el nombre de hugonotes, sino por creer estaba mas en sus intereses contemplarlos, tal vez por oposicion secreta á los Guisas que se les mostraban tan contrarios.

Mas lo que prueba el progreso que habian hecho las nuevas doctrinas y lo poderoso que habia llegado á hacerse su partido es, que sin aguardar las decisiones del Concilio de Trento, que no se habia todavía reunido sin atreverse á llevar á efecto los edictos contra ellos fulminados, se celebró en Passy una conferencia entre los principales doctores de la iglesia. La reina para simplificar la discusion, mandó que no se reuniesen mas que cinco doctores por cada uno de los dos partidos, lo que asi se hizo. Rodó esencialmente la conferencia sobre el sacramento de la Eucaristía, y por fin se extendió una fórmu-

la de fé que pareció satisfactoria á los diez argumentantes. La reina á quien la presentaron, la envió á la revision de los prelados católicos que arreglaban en Poissy varios puntos relativos á la disciplina de la Iglesia.

Pareciendo á estos la fórmula capciosa, extendieron otra en términos claros y esplícitos con arreglo á lo recibido por la iglesia católica, mas esta no la quisieronfirmar los calvinistas. Se terminó asi la conferencia ó coloquio de Poissy, pues con tal nombre es conocida, sin haber producido resultado alguno. Mas debia esto de preveerse en razon á la extrema divergencia de los dogmas de ambas comuniones. Sin embargo los calvinistas obtuvieron por entonces tolerancia de culto y comenzaron á predicar públicamente en todas partes y á cantar sus salmos. Mas estaban tan irritados los principales jefes del partido católico con lo que llamaban insolencia de los hugonotes, y tan ansiosos los caudillos de estos de llegar á la preponderancia del poder en manos entonces de sus enemigos, que era inevitable una guerra civil; asi estalló en efecto.

A la cabeza del partido protestante, se hallaba el príncipe de Condé despues que su hermano el rey de Navarra se habia pasado á los católicos. Cada parcialidad tenia sus hombres y sus tropas, sus paises de devocion, sus plazas fuertes y castillos.

En Inglaterra se habia experimentado un cambio de mucha consideracion á la muerte de María. Todo cuanto habia trabajado esta princesa tan católica por restituir á su pais el culto de sus padres y volverle á la obediencia de la iglesia: todos los rigores que habia ejercido y las hogueras que habia mandado encender para castigar la impenitencia de los mas culpables, todo fué obra perdida al advenimiento al trono de su sucesora. Era Isabel hija de Ana Bolena y se habia educado en las nuevas doctrinas profesadas por su padre. Confinada en una prision durante el reinado de su hermana, tenia este motivo mas para no mostrarse favorable á su memoria, y

por otra parte le dictaba su interés al mismo tiempo que su educacion el moverse por opuesta senda. Segun los principios del catolicismo, no habiendo obtenido Enrique VIII sentencia de divorcio de la reina Catalina, era bastarda Isabel habiendo nacido en vida de esta princesa y como tal incapaz de suceder á la corona.

Estaba pues su apoyo en el partido protestante y á él se adhirió del modo mas esplícito. Muy luego dejó de ser la religion católica la dominante en Inglaterra. Se declaró la reina Isabel cabeza de su iglesia, y le dió la forma que con muy pocas alteraciones se conserva hoy dia.

La iglesia anglicana no es precisamente luterana ni calvinista, ni adoptó entonces en todo su rigor el rito y el culto prescritos por ninguno de los innovadores de aquel tiempo. Adoptó del luteranismo cierta pompa en el culto y sobre todo la gerarquía eclesiástica; del calvinismo el dogma y las creencias; sus dos solos sacramentos á saber, el bautismo y cena del Señor, negándose lo que se llama la presencia real en la eucaristía que allí se celebra y venera en recuerdo de aquella ceremonia. De todos modos se introdujo y estableció este nuevo culto en Inglaterra sin grandes violencias ni sacudimientos; los católicos se hallaban en grande minoría, y la reina tan celosa de su dignidad de jefe de la iglesia, estaba dotada de tanta energía y mucha mas sagacidad para llevar adelante sus designios. Y no solo halló medios esta reina de establecer la nueva iglesia ó religion con tranquilidad y calma, sino de fomentar disensiones y debilitar y hasta quebrantar del todo la influencia del partido católico en Escocia.

La reina María Estuarda, esposa del Delfin de Francia que despues fué rey con el nombre de Francisco II, se consideraba como la heredera presunta siendo nieta de la reina Margarita de Escocia, hermana de Enrique VIII. Reputándose Isabel como bastarda era reina de hecho. A la muerte de Enrique II de Francia come-

tió por consejo ó precepto de sus tios los Guisas la imprudencia de intitularse lo mismo que el nuevo rey de Francia, reina de Inglaterra, poniendo en sus armas los blasones de este reino.

Causó dicha conducta temores y resentimientos por la parte de Isabel, y fue tal vez el principio de la animosidad que con el tiempo se hizo tan fatal para María. Desde entonces trabajó aquella princesa en destruir la influencia de su rival á cualquier precio.

Los Guisas que veian sobre el trono de Francia á su sobrina concibieron el proyecto de sentarla en el de Inglaterra con el auxilio del partido católico, que aunque no en mayoría era siempre muy considerable. Se hallaba virtualmente María Estuarda á la cabeza de este partido, y era por lo mismo de su obligacion proteger y servir con el mayor celo los intereses de la iglesia. No creyeron los Guisas que representaria dignamente su papel mientras no se estirpase la heregía que tanto se propagaba en su reino hereditario de la Escocia. Con este motivo enviaron sus instrucciones á la regente María de Lorena para que aumentase el rigor de la persecucion y los castigos, aprovechando cualquier pretesto para adelantar la obra del esterminio del partido protestante. Aunque conocia muy bien la regente que los negocios no se hallaban á esta altura, no dejó de conformarse con la voluntad de sus hermanos.

Los pretestos no faltaban. En ningun pais producia mas conflictos y disturbios la pugna entre los católicos y los que se llamaban reformados. En la destruccion de las imágenes del culto se distinguia con particularidad el celo de los calvinistas, sobre todo de la plebe. En la catedral de San Gil se cometieron excesos de esta clase, llegando hasta quemar la imágen del santo patrono de Edimburgo. Con este motivo citó la reina ante su tribunal á los principales predicadores de la nueva secta. Mas se presentaron rodeados de gente armada de su parcialidad que intimidaron á la reina y á los obispos

que iban á juzgarlos. No tuvo pues efecto la medida, y los calvinistas envalentonados con esta victoria, se entregaron á nuevas violencias de quebrar imágenes y destruir los demás objetos del servicio del culto católico, para lo que les alentaban sus predicadores y el mismo Juan Knopx que estaba á su cabeza.

Formaba ya el calvinismo un cuerpo numeroso á cuya cabeza figuraban personajes llamados lores de la Congregacion, y como tales presentaron diferentes peticiones á la reina á fin de que se exhibiese un decreto de tolerancia de su culto, evitando asi nuevos conflictos y desórdenes. Parecia ya dicha medida indispensable; pero estrechada siempre María por las advertencias de los Guisas, no les dió nunca una respuesta favorable. Despues de pasado el susto de la aparicion de la gente armada delante de su tribunal, volvió á citar de nuevo á los predicadores y con el mismo resultado, teniendo ella misma que amansar con palabras dulces á los que habia citado como reos. Cuando se creia que habia abandonado del todo este proyecto, volvió á citarlos por tercera vez, y no habiendo comparecido los declaró proscriptos y fuera de la ley; mientras continuaban los desórdenes y los excesos en las iglesias de los católicos y los conventos, despojándolos de sus propiedades.

Se presentaba la regente en todos estos lances con carácter de duplicidad, y era objeto no solo de ódio sino tambien de suspicacia. Se sabia el orígen de las medidas que tomaba y que el plan era nada menos que el exterminio completo de la nueva secta. Por eso eran las reacciones y conflictos tan violentos: de estas hostilidades tumultuosas se pasó á una guerra abierta. Reunia la reina sus tropas francesas. Los lores de la Congregacion, sus adheridos y vasallos. Preveian todos los terribles efectos de la guerra civil que iba á encenderse mas por el semblante que habian tomado los negocios, hallándose la reina apoyada en fuerzas extranjeras y movida asimismo por resortes extranjeros, se conocia muy

bien que iba envuelta en la contienda la libertad civil al mismo tiempo que la religiosa. Hé aquí por qué varios señores católicos se unieron con los protestantes en odio á la ambicion y despotismo de que se suponia animados á los Guisas de quienes no la reina se consideraba sino como instrumento.

Asi el partido calvinista se reputaba como el nacional; el católico, como extranjero. Afiliados al primero se hallaban ya la mayor parte de los señores y barones principales y entre ellos un hijo natural del rey Jacobo V, conocido entonces con el nombre de prior de San Andrés, hombre emprendedor, ambicioso, dotado de cuantas cualidades son necesarias para brillar en conflictos semejantes. Muchos tratados de pacificacion y suspension de hostilidades se hicieron durante esta lucha; mas todos sin efecto y eludidos los mas por la mala fé de una, y quizá de entrambas partes. A favor de los lores de la Congregacion militaba el mayor número de soldados; mas no podian sustentarlos en campaña mucho tiempo. Tenia María menos fuerzas; mas eran estas permanentes. Cada uno se aprovechaba de sus ventajas propias y y de las desventajas del contrario. Mientras tanto los lores de la Congregacion se habian apoderado de Edimburgo, y en el púlpito de la misma catedral predicaba Juan Knox, que en aquellas circunstancias era una potencia.

Auxilió como hemos indicado Isabel de Inglaterra al partido protestante, tanto por inclinacion y política como por su peticion y súplicas. Al principio fueron interceptados los recursos que envió á Escocia por los partidarios católicos; mas pronto fueron otros que hicieron gran servicio. Los protestantes conservaban siempre el ascendiente y llegaron á ver su causa triunfante cuando las tropas francesas, apoyo principal de la regente, se retiraron del pais por órden misma de los Guisas.

Desconfiaron estos de poder llevar adelante la obra de la extirpacion del calvinismo.

Con la subida al trono de Francia de María Estuarda, llegaron á creerse omnipotentes y hasta cierto punto con justicia; mas comenzaba á cambiar mucho el semblante de las cosas para ellos. El calvinismo en Francia iba tomando tales creces, que todos los recursos les parecian necesarios en lo grave de la lucha. Las tropas que tenian en Escocia podian ser muy útiles en aquellas circunstancias. Por esto las llamaron, tratando de pacificar el pais por medio de un tratado. Se estipuló por él que las tropas extranjeras evacuarian la Escocia, y que no se admitirian otras sin consentirlo el parlamento. Como la regente María de Guisa acababa de morir, se estableció un consejo de regencia, compuesto de doce personas, nombradas siete por la reina y cinco por el parlamento, cuya inmediata convocacion se estipulóuno de los artículos del tratado. En cuanto á religion sedeterminó que los estados del pais propusiesen al rey y á la reina lo que les pareciese conveniente. Tambien se pactó que la reina María y su esposo reconocerian el título legítimo de Isabel á la corona de Inglaterra y que no llevarian mas sus blasones en sus armas. En virtud de este tratado, que fué llamado tratado de Edimburgo, quedó la Escocia pacificada por entonces. Mas no por eso dejó de seguir adelante la obra del protestantismo. Inmediatamente que estuvo reunido el parlamento, recibió peticiones del partido calvinista para el definitivo establecimiento de su culto. Decretó el parlamento la abolicion del católico, prohibiendo la celebracion de la misa bajo las mas severas penas. Pasó este acto sin ninguna oposicion por parte de los obispos y abades mitrados que en virtud de sus baronías, eran miembros de aquella asamblea, lo que prueba la gran minoría en que se hallaban y que no se atrevieron á contrariar las opiniones dominantes, y los intereses de tantos nobles poderosos que se hallaban en el parlamento. Tal vez contaron con la repulsa que iba á recibir este decreto del rey y de la reina sin cuyo consentimiento no tenia valor de clase alguna.

Fueron en efecto muy mal recibidos de dichos príncipes los comisionados de presentarle el decreto. Fueron aun tratados con mas altivez y mas dureza por los Guisas. De ningun modo consintieron en que su sobrina suscribiese á un acto que prohibia el culto católico en Escocia. Inmediatamente trataron de inflamar el celo del partido en el pais llamándole á las armas en defensa de su culto. Tambien se pensaba en mandar nuevas tropas para dar mas apoyo á los católicos que se preparaban á la ruptura de las hostilidades. Mas la muerte de Francisco II trastornó sus planes. Ya no fueron tan poderosos los Guisas sin el apoyo de aquel monarca, y mucho menos habiendo pasado la regencia á las manos de la reina Catalina. Necesitaban demasiado los Guisas de todos sus recursos en la defensa de su causa en Francia para enviarlos á fomentar turbulencias á paises extranjeros.

Libertados los escoceses de una nueva guerra, no pensaron mas que en arreglar su establecimiento religioso. Abolido el culto católico, se adoptó por religion del pais el calvinismo puro en todas sus formas, dogmas y hasta en la organizacion y gobierno de la iglesia.

Se dió á la escocesa el nombre de presbiteriana, por no admitir mas que una clase de sacerdotes y ministros, á saber: los presbíteros. Para el gobierno de la iglesia se instituyó una asamblea general, compuesta de delegados de las demas iglesias, y ademas de algunos miembros legos que representaban la comunidad de los cristianos. Esta asamblea era independiente de toda autoridad civil, lo que equivale á decir que los escoceses en su calidad de cristianos y en sus relaciones con la divinidad se gobernaban como una república.

En cuanto á la division de los cuantiosos bienes, que poseia la iglesia católica de Escocia, hubo muchos pareceres. Se pensó primero dividirlos en tres partes, destinando una á la manutencion del clero; la segunda á obras de beneficencia, y otra á la difusion de las luces estableciendo escuelas y colegios. Mas este plan desagradó

muchísimo á los nobles que se veian excluidos del reparto. Se puede decir sin agraviarlos que tanto como su nueva persuasion, habia influido en su conducta la codicia de entrar á la parte de los despojos de la iglesia. Por el arreglo definitivo decretado por el parlamento se hallaron en efecto poseedores de bienes muy cuantiosos, quedando para la manutencion del clero la mas pequeña parte. Sin embargo aunque esto excitó murmullos de los ministros ó presbíteros, no se llevó menos adelante la obra del nuevo establecimiento religioso.

Hay ejemplos de pocos paises en que un cambio completo de religion se haya verificado en menos tiempo con mas acaloramiento y entusiasmo que en Escocia. El culto católico abolido, era á los ojos de la generalidad del pais una pura idolatría, y la misa la mas grande de las abominaciones. Todas las formas y la pompa de que son sus ceremonias susceptibles, fueron desterradas con horror en la liturgia calvinista. En sus templos se desechó todo ornato, y los ministros afectaban la mayor simplicidad en sus vestidos asi como la mayor severidad en sus principios religiosos. En todo trataron de conformarse con lo establecido en la escuela de Ginebra; y ya hemos visto que Juan Knox habia bebido en esta sus principios. Todas las iglesias católicas fueron violentamente despojadas de todos sus adornos, quebradas las imágenes, destruidos todos los objetos é instrumentos del culto, y lo que unos hacian por espíritu de pillaje y de rapacidad era en otros un nuevo fanatismo. De los muebles de las iglesias se pasó á los mismos edificios. Los mas fueron dilapidados, destruidos, derribados sin mas objeto que satisfacer un furor brutal que se llamaba celo religioso, ó la venta á vil precio de los materiales que se destinaban á otros usos. El pais cambió del todo bajo el aspecto moral, bajo el religioso y el político. Cada uno asoció mas ó menos sus intereses mundanos á la nueva forma que se daba á las instituciones religiosas. Bajo su bandera se desarrollaba la ambicion de muchos gran-

des que se sentian con medios de ensalzarse. A su nombre se fomentaban asimismo ideas democráticas que tantos resultados produjeron con el tiempo. Porque el calvinismo en su nacimiento, en su propagacion y en el ejercicio de su culto fué una institucion republicana.

Viuda María Estuarda de Francisco II rey de Francia, natural era que se restituyese á Escocia de cuyo pais era reina propietaria. El parlamento, inmediatamente que vió arreglado el nuevo establecimiento de reforma religiosa, le envió una solemne comision á cuya cabeza iba su mismo hermano natural suplicándola fuese á tomar las riendas del gobierno. Para María, criada en la córte de Francia, acostumbrada al lujo, á sus placeres, á la pompa de sus fiestas, se presentaba como un doloroso sacrificio trasladarse á un pais, que se le pintaba como tan agreste y rudo; mas le fué preciso consumarle. Por otra parte nada tenia que hacer en la córte de Francia, y la reina regente Catalina de Médicis debia de desear que cuanto mas antes partiese para sus estados. Se embarcó la reina María en Calais y llegó á Leith en Escocia sin ningun género de contratiempo. A su desembarco fué muy bien recibida y obsequiada, aunque le chocó muchísimo el poco lujo de los trajes y falta de magnificencia en todas las demostraciones del objeto. Con los mismos sentimientos de respeto y simpatía fué recibida en Edimburgo donde su hermosura y juventud no podian menos de cautivar los corazones á primera vista. Pero María tenia á los ojos de los escoceses el gran delito de ser católica, y el fanatismo de la plebe no pudo menos de dar síntomas de desaprobacion en medio de las aclamaciones de su entrada pública. Desde su llegada á la capital de sus estados tuvo que quejarse la reina de Escocia de la intolerancia de sus súbditos, la misma que los primeros protestantes del pais echaban en cara á los católicos, la misma que los Guisas hubiesen establecido bajo las formas mas duras á corresponder sus medios á sus planes. Mas tales son las vicisitudes de los

tiempos. La misa que oia la reina en su oratorio era objeto de murmuraciones y manifiestas invectivas. Contra esta misa se tronaba en los púlpitos de Escocia y sobre todo de Edimburgo. Fué precisa toda la proteccion é intervencion de su mismo hermano para que se dijese esta misa sin ninguna interrupcion violenta. Mas ya haremos ver la continuacion y fatal desenlace de un drama que bajo auspicios tan funestos empezaba.

Segundo Concilio ó continuacion del de Trento.

Causaban todas estas novedades una desazon mortal á don Felipe. Los progresos que hacia el espíritu de innovaciones religiosas era el primer cuidado que ocupaba su existencia. En cuantas órdenes expedia para los Paises-Bajos, en cuantas comunicaciones tenia con el rey de Francia, inculcaba como una máxima, como un principio indispensable el no hacer concesion ninguna á los protestantes y el extirpar la heregía por medio del rigor y del castigo. Para poner un remedio á tantos males, ninguna medida le parecia mas eficaz que la renovacion del Concilio suspendido desde 1552 en Trento. Con las mas vivas instancias acudió al papa; suplicándole expidiese la bula para su convocacion, exhortando á los demás príncipes católicos á que promoviesen por su parte igual medida. No dejaba de ser deseada la celebracion de este Concilio. Los católicos la consideraban necesaria para asegurar la pureza de la fé y cortar de raiz los escándalos que al abrigo de tantos disturbios religiosos se habian introducido en el seno de la misma iglesia. Para los mismos protestantes moderados, inquietos de la disidencia y las discordias, que se introducian entre sus diversas sectas, se presentaba esta asamblea tan solemne

como un medio de conciliacion y aproximacion de extremas opiniones. Quizá los que mas repugnaban esta medida era el pontífice mismo y los grandes personajes y prelados de su curia que debian tener tanto interés en promoverla.

Considerado el Concilio como una medida de reforma, como un modo de curar desórdenes, de restablecer la disciplina eclesiástica, de establecer y decretar nuevos reglamentos que el transcurso de los tiempos presentaba como indispensables, tenian gran razon los príncipes y los católicos de buena fé que con ardor le deseaban. Mas si se pensaba que esta asamblea restableceria la unidad de la iglesia con tantos dogmas y doctrinas heterogéneas en que estaba tan lastimosamente dividida, era alimentarse de una ilusion como habia sucedido en la época anterior de aquel Concilio. Para esto era necesario que se compusiese esta asamblea de doctores de los primeros hombres de todas las iglesias, que abriesen un certámen, una inmensa arena de combate en que cada secta apoyase sus doctrinas, y por medio de su discusion venir acaso á una fusion de cosas que aparentemente se excluian. Mas esta idea sobre ser quimérica como á primera vista se presenta no era lo que la iglesia romana temia de un Concilio. No debia éste presentarse para discutir, y sí tan solo para condenar, no para admitir en su seno á sus enemigos, con objeto de oir sus argumentos, sino sus abjuraciones. Asi, era ya obrar sobre un principio falso, edificar una obra sin cimientos. Daba por fijo y sentado el Concilio lo que los demás, es decir, los enemigos de la iglesia romana combatian: hablaban en nombre de una autoridad que ellos negaban, y se daban el poder exclusivo de ser intérpretes de la Escritura, cuando era esto justamente lo que se llamaba el campo de batalla de las sectas disidentes. Asi desde las primeras bulas de convocacion y las cartas exhortatorias á todos los príncipes, para que enviasen al Concilio sus representantes, envolvian ya la mas esplícita reprobacion de las sectas protes-

tantes. El problema era, pues, si las decisiones declaraciones y rayos espirituales fulminados por los padres del Concilio, harian mas impresion en los ánimos de los protestantes que las persecuciones civiles, que los edictos á tenor de cuya letra eran castigados, si á su voz se sofocarian las guerras civiles que iban á estallar, y sobre todo si en los estados donde el protestantismo era ya el culto dominante, se cambiaria de religion despues de las decisiones del Concilio. La solucion de este problema no podia ser dudosa. Los protestantes mas moderados y deseosos de conciliacion rechazaron estos documentos que sin oirlos comenzaban por condenarlos: los príncipes que habian adoptado esta secta, se negaron á enviar sus delegados:[1] la reina Isabel de Inglaterra recibió el Breve de convocacion con altivez, teniéndolo hasta como un insulto á su persona, y á su carácter de jefe y cabeza de su iglesia: los sectarios mas ardientes como los calvinistas de Francia y sobre todo los de Escocia, le miraron como una profanacion, es decir que se verificó en todo y con mas violencia de oposicion y de pasion lo que habia tenido lugar veinte años antes, en la primera convocacion de aquel Concilio.

Hé aquí por lo que respecta á las sectas disidentes. En cuanto al Concilio como reformador de abusos introducidos en el seno de la misma iglesia, no faltaban gravísimas dificultades. La curia romana no gustaba de concilios, como una declaracion tácita de la insuficiencia de su autoridad en ciertos lances de que no son omnímodas sus atribuciones. Los recientes de Constanza y Basilea habian tomado demasiado la mano en curar los males de la iglesia para que Roma los recordarse con mucha simpatía. Que existian abusos todo el mundo lo veia, y los bien intencionados lo lloraban. Que á estos abusos, á los vicios de la misma curia se debian en parte las escisiones, que tantos desórdenes causaban, tampoco era un problema para nadie. Mas sucede á ciertos males y abusos lo que á ciertas llagas que nadie se atreve á tocar; tal es la irritacion

en que se encuentran. Todo el mundo hablaba de reforma; mas por una parte el amor propio, por otra hábitos inveterados, por otra el gusto del poder y de la reprehension se presentaban como obstáculos insuperables. Era por ellos mismos por donde debian comenzar estas reformas los principales padres y prelados del Concilio.

Los príncipes católicos, aunque en globo, querian una misma cosa, diferian en medios, en principios, en carácter. Catalina de Médicis, regente de Francia, gustaba de dominar una faccion por medio de la otra á fin de no verse subyugada por ninguna. El rey de España que queria las cosas con teson, que marchaba siempre por la línea recta, sin pararse en obstáculos, aspiraba al esterminio de los hereges, á que se restableciese en su pureza la disciplina de la iglesia, á que se adoptasen medidas que impidiesen el nacimiento y la propagacion de ideas perniciosas. En su córte no habia facciones ni existia prelado alguno cuyos principios ó intereses se mostrasen contrarios á los suyos. No habia un cardenal de Lorena, con carácter de príncipe, dueño de inmensos beneficios, tan celoso por la conservacion de la iglesia católica, como descuidado en presentarse como sucesor de los apóstoles.

El Concilio se abrió en Trento convocado por el papa Pio IV en diciembre de 1562: fué presidido este por legados pontificios, medida que se adoptó igualmente como hemos visto en el Concilio anterior, para dejar bien puesta la autoridad del papa en la asamblea. Como no podia menos de existir la misma mezcla de lo político y mundano con lo religioso, se resintió el Concilio de las mismas desconfianzas, celos y rivalidades que en aquella se habian observado. Fue muy escaso el número de los padres que al principio concurrieron, y aun algunos de estos pidieron pronto permiso para irse, lo que les fué negado.

Pasó pronto el Concilio á negocios teológicos, y en la sesion quinta ó veinte y dos se decretaron algunos cánones sobre el Sacramento de la Eucaristía y comunion

bajo ambas especies, una de las cuestiones mas ruidosas que en la iglesia católica se suscitaron por aquellos tiempos. A esta sesion no asistieron los prelados y teólogos de Francia, cuya córte accedia de no muy buena gana, lo mismo que la otra vez, á la convocacion de aquel Concilio. El cardenal de Lorena que estaba á su cabeza y que se hallaba en el camino pidió demora que le fué concedida por tres dias. Algunos deseaban su venida contando con su apoyo: la temian otros teniéndole por contrario. Habiendo llegado al Concilio se mostró con mucha deferencia y respeto á sus decisiones, y fué uno de los que propusieron que se celebrasen solemnes rogativas por los negocios religiosos de Francia, pidiendo á Dios la libertase del azote de la heregía, que tal le lastimaba. Mas ni este cardenal ni los demás prelados y teólogos de Francia se mostraron adictos de corazon al Concilio por intereses y rivalidades políticas con otros soberanos de la Europa.

Con pretesto de lo mal sano de Trento pidieron que se trasladase el Concilio á otro punto de Alemania; mas fué desechada esta proposicion por la mayoría, como sospechosa. En la sesta sesion ó veinte y dos, se continuaron las discusiones sobre la conveniencia de distribuir el cáliz á los legos y que excitaba los celos y susceptibilidades de los eclesiásticos. En 9 de diciembre de aquel mismo año se celebró otra sesion, donde se debatieron y decidieron varios cánones sobre sacramentos, disciplina eclesiástica, residencia de los prelados, gerarquía y subordinacion de las clases inferiores á las superiores.

Mientras tanto seguian las negociaciones ó pretensiones de muchos, de que el Concilio se suspendiese ó concluyese: los legados titubeaban, los prelados alemanes y españoles oponian á esta medida una grande resistencia. Por fin se zanjó el punto, y en plena sesion se acordó celebrar la última para diciembre de 1563. En otras dos ó tres que se celebraron antes de llegar este

término, se tomaron disposiciones y se decretaron cánones sobre muchos puntos, unos de dogma, otros de disciplina y gobierno de la iglesia. Se dieron cánones sobre el purgatorio, las imágenes, las reliquias, la invocacion de los santos, el arreglo y reforma de los regulares; asunto qué dió materia para hasta veinte y dos artículos; sobre las indulgencias, los ayunos, fiestas, catecismo, rezo, misales y breviarios; sobre la sujecion de los obispos á sus metropolitanos; sobre el nombramiento de estos prelados y asimismo de los cardenales, de los curas de almas, de los concursos para obtener estos curatos, sobre los matrimonios, condenándose los clandestinos; en fin sobre todos los puntos en que los eclesiásticos y algunos reyes deseaban prontas decisiones para cortar de raiz los conflictos y desórdenes.

En efecto, en diciembre de 1563, se cerró el Concilio, y para mostrar mejor los padres su obsequio y dependencia de la corte de Roma, se decretó unánimemente que se diesen gracias al pontífice por su condescendencia en haber convocado la asamblea, dándosele el título de sumo pontífice de la Santa Iglesia Universal, lo que excitó aplausos y entusiasmo en el seno del Concilio, y en Roma se recibió con mucho agrado.

Sea que este Concilio se llame continuacion del primero, como querian algunos y entre ellos el rey de España, sea que se le designe con el nombre de Concilio nuevo, fué menos teatro de intrigas y disputas que el antecedente. A excepcion de los de Francia, que hacian bando aparte, todos los demas manifestaron estar unidos por sentimientos de concordia. El rey de España, que deseaba con mas ardor que su padre esta asamblea, y se mostró asimismo mas adicto en todas ocasiones á la Santa Sede, ponia cuantos medios estaban en su mano, en que sus obispos y teólogos se mostrasen deferentes y tomasen un vivo interés en la reforma de los males de la iglesia. A pesar de que varias veces obtuvieron los de Francia un puesto superior á los suyos propios, ahogó este resenti-

miento sin que hubiese influido en la legalidad y sinceridad de su conducta. Trabajó tambien mas este segundo Concilio que el primero, habiendo entrado en el exámen y decision de cuantos asuntos ofrecian reparo en el gobierno y disciplina de la iglesia.

Fué recibido el concilio de Trento en todos los estados del rey de España, en Italia, en la Alemania católica, en las Dietas de Polonia, en Portugal; mas no lo fué en Francia ni entonces ni despues, como habia sucedido en el Concilio antecedente.

CAPITULO XXIV.

Asuntos domésticos.-Se mandá observar lo dispuesto por el Concilio de Trento.-Concilios provinciales.-Recibimiento en Toledo del cuerpo de San Eugenio procedente de Francia.-Reconocimiento de don Juan de Austria.-Su educacion en Alcalá con el príncipe don Carlos y Alejandro Farnesio.-Venida á España de los archiduques Rodulfo y Ernesto.-Viaje de la reina á Bayona.-Reforma de algunas órdenes monásticas.-Santa Teresa de Jesus.-Carácter, prision, proceso y muerte del príncipe don Cárlos.

INMEDIATAMENTE que concluyó el Concilio de Trento sus tareas, fué el primer cuidado de Felipe II mandar por un decreto la observancia mas estricta en todos sus dominios (1) de cuanto en aquella asamblea se habia decretado. En Francia y algunas mas partes del mundo católico, no fueron todas sus decisiones admitidas; mas en España pasaron sin excepcion, por poco menos que artículos de fé, y todas las de una aplicacion práctica, se pusieron inmediatamente eu uso. Fué sin duda Felipe II el príncipe católico que con mas ardor trabajó y con mas eficacia porque tuviese efecto. Sin duda era el primero de todos ellos en ser y preciarse de ser un hijo obediente de la iglesia.

(1) Concilios provinciales.

Precisamente mientras duraban las sesiones del Concilio y á su terminacion, fué cuando estaba mas viva la pugna y convertida en guerra civil la religion en Francia. La Inglaterra estaba tranquila, mas se agitaba mucho Escocia. Los Paises-Bajos se hallaban muy próximos á una gran conflagracion; mas antes de pasar á estas escenas de desórdenes y sangre, nos ocuparemos de asuntos interiores de España y casi puramente de familia.

El rey trasladó su corte á Madrid como hemos dicho, y se ocupaba en dar á este pueblo la extension é importancia de una capital, que adquirió en efecto durante su reinado. En el de Carlos V no tenia la cuarta parte de la circunferencia y poblacion con que contaba en el siguiente.

Siguiendo el asunto de los acontecimientos domésticos de aquella época sin que lleven un rigoroso enlace cronológico, porque no es posible, pasaremos al del Concilio de Trento, cuyos decretos no solo mandó el rey por otro suyo que fuesen observados con rigor en todos sus dominios, sino que dispuso que se celebrasen concilios provinciales en todas las metrópolis, á fin de hacer recibir el general en la iglesia de un modo mas solemne. Asi se hizo en Toledo, al que asistieron los obispos de Córdoba, Sigüenza, Segovia, Palencia, Cuenca y Osma; el abad de Alcalá la Real, el de Alcalá de Henares y otros; y al mismo tiempo por parte del rey y como su comisionado don Francisco de Toledo. En él se aceptó en todas sus partes el Concilio, y se hicieron estatutos saludables á fin de darle debido cumplimiento.

Durante la celebracion de este Concilio provincial en Toledo, tuvo lugar una fiesta y ceremonia de gran pompa. Deseaba aquel cabildo eclesiástico tener el cuerpo de san Eugenio que habia sido de sus primeros arzobispos y que se hallaba á la sazon en Francia: para lo cual suplicaron al rey y á la reina, interpusiesen su valimiento con su hermano. Condescendió el rey muy gustoso, y dió órden en París á su embajador para que

en su nombre hiciese esta peticion al rey Cárlos y á su madre. Se suscitaron no pequeñas dificultades para la concesion de esta gracia sobre todo por parte del cardenal de Lorena, abad de san Dionisio, donde el cuerpo se guardaba. Mas al fin se vencieron todas, y habiéndose trasladado y depositado con gran pompa en la catedral de París, se dijo al rey de España que podia enviar por él cuando gustase.

El cabildo de Toledo comisionó á uno de sus canónigos llamado don Juan Manrique para que pasase á Francia á encargarse del depósito. Se puso este encargado inmediatamente en viaje y llegó á Burdeos, á donde el duque de Nevers habia ya traido el cuerpo del santo, metido en una rica caja y sellado por órden del rey Cárlos. Así se hizo la entrega con toda solemnidad al encargado del cabildo de Toledo por el mismo arzobispo de Burdeos, é inmediatamente don Juan Manrique regresó con él á España.

Llegó el cuerpo á Toledo cuando se hallaba reunido allí el Concilio y ademas la córte con los archiduques. Salieron á recibirle á la puerta de la Usagra con el cabildo, el clero, las comunidades, las hermandades. Las calles se hallaban magníficamente colgadas y no faltaba ninguna de las demostraciones de un gran regocijo. El cuerpo se colocó allí sobre un altar con todas las ceremonias eclesiásticas. En seguida tomaron la caja el rey, los archiduques y demas señores, y echándosela á los hombros la llevaron en procesion hasta la catedral, á cuya puerta la recibieron los obispos y la pusieron en el altar mayor, terminando la funcion con toda pompa y ceremonia.

Uno de los grandes actos de política interior y doméstica de aquella época, fué el reconocimiento público de un hijo natural de Cárlos V, criado hasta entonces bajo un velo misterioso, de la reserva mas profunda. Era don Juan de Austria, destinado á ser tan famoso en nuestra historia. Habia nacido este príncipe en Ratis-

boria por los años de 1547. El verdadero nombre de su madre es un secreto para muchos. Se creia vulgarmente que no lo era la que pasaba por tal, y habia dado su nombre por salvar la reputacion á otra dama de mas alta esfera. Mas son estos puntos históricos, cuya dilucidacion importa poco. Cualquiera que haya sido la verdadera madre de don Juan, manifestó en todos los lances de su vida que era digno de tener por padre al monarca mas poderoso é ilustre de su siglo.

A la muerte ó mas bien á la renuncia del emperador, se hallaba este príncipe poco menos que en la infancia; mas Cárlos V le habia recomendado eficazmente en su testamento al rey Felipe, quien en esta ocasion como en otras muchas, desmintió la acusacion, que le hicieron muchos, de ser ingrato y desconocido á la memoria de su padre.

Don Juan se educó primeramente en Alemania, bajo la direccion de don Luis Quijada, confidente y privado del emperador: despues se le trajo á Castilla y lo tenia oculto bajo el traje de labrador en el pueblo de Villagarcía, que era de su señorío. En este traje se presentó á Felipe II por su disposicion en una cacería cerca de Valladolid y en medio de su corte. Al arrodillarse el muchacho lleno de la turbacion y temor que es natural, se levantó el monarca con bondad y le dijo con tono dulce y afectuoso. ¿Sabeis de quién sois hijo? Habeis debido el sér al emperador Carlos V, que tambien fué mi padre. En seguida le estrechó en sus brazos.

Asi fué instalado en la córte y familia de Felipe II, don Juan de Austria. Reconocido por hijo del emperador recibió todos los honores y distinciones debidos á su orígen. Este reconocimiento, esta acogida tan cariñosa y tan solemne, no era menos honorífica para la memoria del emperador, que para el príncipe que era objeto de ella. Su mayor realce era para el rey que tan buen hijo se mostraba.

Tres príncipes jóvenes casi de una misma edad se criaban entonces en la córte de Felipe II: Don Juan de Austria, Alejandro Farnesio y su hijo el príncipe don Cárlos. En medio de los ejercicios á que se dedicaban como todos los nobles de aquel tiempo que se destinaban á la carrera de las armas, quiso el rey que tomasen alguna tintura de las letras y con este objeto los envió á la universidad de Alcalá que era muy famosa en aquel tiempo. Allí cursaron algun tiempo, mientras bajo otro concepto completaban su educacion de príncipes y de caballeros.

Habia pedido Felipe II al archiduque Maximiliano, rey de Bohemia, y á su hermana María, le enviasen á España á los príncipes Rodulfo y Ernesto sus hijos, quienes habiéndose trasladado á Milan y de allí á Génova, llegaron en las galeras de Doria á Barcelona, donde se hallaba á la sazon el mismo don Felipe despues de haber celebrado córtes en Monzon. Recibió el rey con mucho cariño y agasajo á sus sobrinos, y despues pasó con ellos al monasterio de Monserrate donde asistieron á la fiesta de la Purificacion con toda ceremonia. De Barcelona á donde regresaron en seguida, partieron juntos á Valencia donde nunca habia estado el rey, y tuvieron un magnífico recibimiento. En seguida se dirigieron á Madrid donde se hallaba á la sazon la córte.

No dejó de dar que pensar la venida de los archiduques, y sobre todo la circunstancia de ser llamados por Felipe. Todos la consideraron como una consecuencia de lo disgustado que se hallaba con su hijo. A falta de este príncipe, eran herederos de Felipe los austriacos. Tal vez quiso el rey ponerse al abrigo de toda contingencia, y examinar por sus ojos el mérito de dichos príncipes.

Otro viaje (1565) se verificó despues, que aunque igualmente de familia, tampoco dejó de encerrar intereses de importancia. La reina de Francia, Catalina de

Médicis deseaba mucho ver á su hija la de España. Para satisfacer estos deseos, concertaron tener una entrevista en la frontera de ambos reinos. Debia de ser el rey tambien del viaje; mas no pudo acompañar á la reina que se puso en marcha en abril, acompañada de don Juan Manrique de Lara, su mayordomo mayor, de los duques de Alba, Infantado y Osuna, y otros grandes señores de importancia. Despues se les reunieron el cardenal arzobispo de Burgos, y los obispos de Calahorra y de Pamplona. Casi al mismo tiempo que la reina de España partió de Madrid, salió de París el rey Cárlos de Francia con su madre, su hermano y lo mas florido de la córte. El rey y su madre llegaron al Vidasoa, donde recibieron á la reina Isabel cón todas las demostraciones de alegria. De allí se la llevaron á Bayona donde se hicieron grandes fiestas, con todo el aparato, gala y magnificencia.

El verdadero fin de la entrevista era político, y la situacion del calvinismo en Francia no era el objeto menos importante. Inmediatamente que se vieron todos en Bayona, se dió principio á las conferencias, y para que fuesen mas secretas se abrió un paso de comunicacion entre las viviendas de ambas reinas, á fin de que pudiesen verse sin manifestarse en público. Habia dado el rey sus instrucciones al duque de Alba y á don Juan Manrique de Lara, mayordomo mayor de la reina, la que estaba prevenida de no hacer nada ni dar el menor paso sin el consejo de estas dos personas. Lo que se trató entre estos personajes fué un secreto; mas todos y los mismos calvinistas presumian que ellos eran el principal objeto de las conferencias. Se trató en ellas en efecto, de los medios mas eficaces de acabar con ellos. Y á lo que definitivamente fué, algunos mas príncipes, que no habian concurrido á Bayona, se adhirieron. Tambien se trató en aquellas conferencias del matrimonio del príncipe don Cárlos con Magarita de Valois, hermana de la reina doña Isabel, y del rey de Francia, con la infanta doña Juana, ninguna de cuyas cosas tuvo efecto.

La reina doña Isabel se volvió á Madrid terminada que fué la conferencia. Para concluir lo que nos resta de referir de su persona, diremos que el año siguiente de 1566, dió á luz en Velsain, junto á Segovia, á una niña que fué llamada Isabel Clara Eugenia, y que en el de 1568, despues de haber malparido un niño de cinco meses, le sobrevino una maligna calentura de que falleció al cabo de muy pocos dias. Fué esta muerte objeto de sospechas y motivo de calumnias para los que acusaban á Felipe de ser el homicida de su hijo.

Viudo el rey Felipe II por tercera vez, y hallándose sin hijos, trató de casarse con Ana su sobrina, hija de Maximiliano, nacida en España mientras estuvo su padre de regente de este reino. Algunos historiadores dicen que con esta princesa se habia querido casar el príncipe don Cárlos, y que de la negativa de Felipe II, dimanó el resentimiento que contra su padre alimentaba. Lo cierto es que Maximiliano intercedió por el príncipe cuando supo su prision, y que de sus ruegos no hizo Felipe ningun caso. Si esto es cierto, era el destino de este rey substituirse á su hijo en sus inclinaciones.

Por aquel tiempo habia promovido el rey alguna reforma en ciertas órdenes religiosas que habian oido en relajaciones y en abusos. Hacía entonces mucho ruido Santa Teresa de Jesus por la fundacion de la órden de carmelitas descalzos, mostrándose muy celosa en llevar adelante aquesta obra. De la reforma de las rel giosas, pasó á la de los religiosos n viurtd de bula que alcanzó del papa en 18 de noviembre de 1568. La ayudaron mucho en estas tareas varios religiosos penetrados de su espíritu, entre ellos San Juan de la Cruz, Fr. José de Cristo, Fr. Antonio de Jesus, Fr. Gerónimo Gracian, y otros que son bien conocidos por sus cartas. Con motivo de estas reformas, se hicieron otras en los mercenarios, trinitarios y agustinos.

Los nombres de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, lucirán mucho en el curso de esta histo-

ria. El del príncipe don Cárlos, estaba destinado á otro género de fama. Sobre pocos personajes se han emitido juicios mas diversos, y se ha ejercido mas lo que puede designarse con el nombre de pasion de historiadores. Concuerdan los españoles en pintarle como un príncipe flojo, desaplicado, de poca capacidad, caprichoso hasta rayar en maniatico, de una educacion encerrada; mientras los extranjeros le atribuyen cualidades opuestas, nobleza y elevacion de sentimientos, y sobre todo las mas vivas simpatías hácia la suerte de los habitantes de los Paises-Bajos. A estos sentimientos é ideas tan diversas de las de su padre atribuyen el ódio de que fué objeto para este monarca, sus padecimientos, sus persecuciones y temprana muerte. Para hacerle enteramente un personaje de romance suponen que este odio de Felipe no tanto se atribuye á incompatibilidad de principios y opiniones, cuanto á celos del hijo por la inteligencia secreta en que se hallaba con la reina su madrastra. Y estos amores y la catástrofe que se supone produjeron, han dado alimento á las plumas de los historiadores como de los poetas, sobre todo de los dramatistas. (1)

Que el príncipe don Cárlos haya sido un jóven desaplicado, obstinado, caprichoso, y de muy mal carácter, nada tiene de inverosimil, ni hay motivo de rechazar el testimonio de tantos historiadores que lo afirman. Que su educacion hubiese sido descuidada, tan poco es un fenómeno. Hay que tener presente que los años mas preciosos para la enseñanza, sobre todo de la moral, los pasó fuera de la vista de su padre. Tal vez la princesa doña Juana no tenia el suficiente carácter y firmeza de ánimo

---

(*) Don Cárlos, es una de las principales tragedias del célebre Schiller. A ser cierto lo que pone el autor en boca de su héroe, no hay lágrimas bastantes con que lamentar la suerte de un príncipe tan desgraciado y benemérito. Es imposible pintar con colores mas negros á Felipe. La pieza interesa, pero no es verdadera. Habrá algunos toques fieles de la época; mas á excepcion del personaje del duque de Alba, hay exageracion y hasta desfiguramiento en todo lo demás.

para refrenarle. Es un hecho que habia disgustos y desavenencias entre la tia y el sobrino, y que el emperador cuando le vió en Valladolid en su paso para el monasterio de Yuste, quedó muy descontento de su conversacion y sus modales. Si es asi, si el rey Felipe II no veia en la persona de su hijo las prendas y capacidad que naturalmente deseaba en su heredero, si tal vez hizo esfuerzos para corregirle y mejorarle que le fueron infructuosos, no es extraño que en su carácter severo no luciesen grandes sentimientos de cariño hácia un hijo que le daba tan pocas esperanzas.

¿Cuáles eran las ideas de don Cárlos acerca de los Paises-Bajos? ¿Cuáles eran sus principios sobre el modo de gobierno que les convenia? Son muy difíciles de dilucidar aquestos puntos, ni es probable que en la cabeza tan poco madura de este príncipe, cupiesen proyectos bien serios y bien meditados, sobre todo en materias de política. Que trataba de ir á Flandes, que tenia el mayor interés en hacer este viaje, que se creia la persona mas á propósito en Flandes en el estado de agitacion en que aquellas regiones se encontraban, es histórico, confesado por los españoles. ¿Nació de él la idea? ¿Le fué sugerida por alguno? Si al ser su padre sabedor de este proyecto aprendió ó le fué apuntado por alguno que su hijo desaprobaba el sistema de gobierno que en los Paises-Bajos se seguia, y sobre todo que sus principios de religion no participaban de la inflexibilidad de los suyos: ¿se admirará nadie de que la frialdad que hemos establecido en la primera hipótesis, pasase á ser antipatía?

Pasemos al punto mas delicado y espinoso. El matrimonio del príncipe don Cárlos con Isabel de Valois, hija de Enrique II, fué un artículo del tratado de Catan-Cambresis, convenido y firmado por entrambas partes. Los dos príncipes eran con corta diferencia de una misma edad, y aunque no se habian visto, es probable que tuviesen sus retratos. Antes de terminarse completamente las negociaciones, ocurrió la muerte de Ma-

ria, reina de Inglaterra, y Felipe II al verse viudo, pretendió sustituir á su hijo en el enlace concertado. No fué un cambio que se le propuso; fué una sustitucion pedida, solicitada por el mismo, á que accedió el de Francia. La princesa Isabel era hermosa, amable y agraciada, y la prisa que se dió para solicitarla el rey de España, muestra bien que su posesion era á sus ojos de gran precio. ¿Sería pues extraño, que el príncipe á quien se supone un jóven de pasiones fuertes, en todo el fuego de la primera edad, halagado desde un principio con la idea de la princesa, mirase en su padre el usurpador de su felicidad, y que el padre á quien no serian desconocidos estos sentimientos, considerase al hijo por no menos como un rival, suponiendo que la reina misma no tomase parte alguna y fuese del todo indiferente y hasta ignorante de lo que pasaba por don Cárlos? Todo esto es natural y verosimil. Los historiadores españoles nada dicen sobre el particular; mas su silencio no es una prueba de que sea cierto, porque aunque lo fuese no se hubiesen atrevido á publicarlo. Algunos de los extranjeros lo aseguran y llegan hasta asentar que era recíproco el amor de la reina hácia el hijastro. De todos modos aparecen pruebas y suficientes razones para explicar el desvío, las prevenciones y hasta el ódio mútuo que existia entre Felipe II y el príncipe don Cárlos. Los cortesanos, los historiadores de la época naturalmente habian de dar la razon al padre contra el hijo.

A ser ciertos muchos de los rasgos que algunos de ellos nos presentan de las extravagancias de este príncipe, se le debe suponer en un estado de demencia, y esto prueba que algun despecho violento, que alguna fuerte irritacion daba motivo á estos excesos. Se dice que una de sus diversiones favoritas era andarse de noche medio desnudo por las calles, y que en una ocasion habiéndole caido desde una ventana alguna cosa nada limpia, mandó en arrebato de cólera á uno de sus criados entrar en la casa, ponerla fuego y matar á cuantos habia

dentro, órden que el criado se excusó de obedecer, alegando que estaban administrando el viático á un enfermo. En otra ocasion, pareciéndole que le estaban algo estrechos unos botines que acababan de traerle, los hizo pedazos menudos, obligando al zapatero que se los trajo á comerse algunos, y dando ademas un bofeton á don Pedro Manuel, oficial de la cámara, por haberlos encargado así de órden de su padre. Otra vez por no haber acudido pronto don Alfonso de Córdoba, hermano del marqués de las Navas al toque de su campanilla, cogió al gentil-hombre en sus brazos, jurando que le iba á arrojar por la ventana; amenaza que trataba de llevar á efecto cuando á los gritos de don Alonso acudieron algunos criados á salvarle. Un cómico, de los que llaman de la legua llamado Cisneros, salió desterrado de Madrid de órden del presidente Espinosa, y alegó este motivo al príncipe para no hacer papel en una pieza que don Cárlos deseaba se representase en su casa. La primera ocasion que el príncipe vió al juez, asiéndole con la mano izquierda y sacando un puñal con la derecha le dijo: ¡Con qué no quereis permitir que Cisneros venga á mi servicio! Por vida de mi padre que os voy á matar en este mismo instante; mas habiéndosele puesto de rodillas el juez, lleno de turbacion y de terror le pidió perdon en términos que se ablandó y al fin le soltó el príncipe. Hallándose un dia en un bosque con su ayo don García de Toledo, porque este caballero trató de hacerle reconvenciones sobre su conducta, trató de apuñalarle, lo que evitó don García huyendo á poner la cosa en noticia de su padre. Su conducta con el duque de Alba fué en el mas alto grado reprensible. Habiendo ido á despedirse del príncipe para partirse á los Paises-Bajos, le dijo el príncipe que solo á él pertenecia el encargo de ir á pacificar aquel pais, y que arrancaría la vida al que tratasede estorbárselo. Trató el duque de sosegarle, pero montando cada vez Cárlos mas en cólera, sacó la daga y arremetió con ella al duque, quien se vió precisado á usar de su fuerza y de

la de los demas que á sus voces acudieron para salir de aquel apuro.

Tales son los excesos que los historiadores de aquel tiempo refieren de don Cárlos, todos sin duda muy dignos de castigo; algunos improbables, como el último y el del juez Espinosa, pues no es creible que un monarca tan severo como Felipe, no hubiese castigado de un modo ejemplar semejantes atentados contra la misma dignidad y autoridad de su persona. Por último, llegó á sus oidos la noticia de que el príncipe trataba de escaparse á los Paises-Bajos, y que habia escrito cartas á varios príncipes de Europa pidiéndoles proteccion contra el mal trato de su padre. El director de correos le dió avisos de que se habian pedido postas para el príncipe. Trató entonces el rey de apoderarse de la persona de don Cárlos. La noche del 18 de enero de 1568, se presentó en su cuarto acompañado de varios personajes de su córte entre otras del príncipe de Evoli y el duque de Feria; se apoderó de sus papeles y de sus armas, sin dejarle ningun instrumento con que pudiese hacerse daño, y se marchó en seguida asignándole su aposento por prision, y encargando rigoroso confinamiento al cuidado de los mismos grandes. Se señalaron seis familias principales para hacer este servicio, y de ellas dos personas velaban al príncipe á todas horas del dia y de la noche.

Así quedó preso el príncipe don Cárlos. Hasta este acontecimiento están casi de acuerdo los historiadores tanto naturales como extraños. En lo que sigue se encuentran importantes variaciones. En cuanto á los primeros, ningun historiador habla de que se le hubiese formado causa, ni instruido averiguacion de clase alguna, sobre todo públicamente ó sea de oficio. Todos consideran esta medida como simplemente preventiva y correctiva. Si se tomó con este último objeto, produjo un resultado contrario al que se deseaba. En lugar de entrar en sí, y de refrenar la impetuosidad de su caracter, adquirió nueva irritacion y subieron de punto sus capri-

chos con el confinamiento. Pasaba dias enteros vagando desnudo por sus habitaciones sin querer comer, desquitándose despues en la intemperancia y voracidad que eran consiguientes. Era su delicia beber agua de nieve á todas horas, comer fruta verde, llevarse á su misma cama el hielo; síntomas todos del esceso de bílis que le consumía. Tan insensato régimen produjo sus efectos. Rechazó toda clase de alimentos saludables y aun las medicinas que le administraban para su estómago estragado, y habiéndose apoderado de él una calentura muy maligna, le anunciaron que se hallaba muy proxima su muerte. Dió entonces muestra don Cárlos de volver á mejores sentimientos: deseó ver á su padre á quien pidió perdon y cuya bendicion obtuvo, y despues de haber recibido los sacramentos murió en la noche del 24 al 25 de julio del mismo año de 1568.

Aparece en este relato del mismo caracter de exageracion que se nota en el de las estravagancias del príncipe antes de tomar su padre la providencia de encerrarle. No se concibe como encomendada su guardia á personas tan distinguidas y celosas, y con instrucciones tan particulares sobre el modo con que habian de conducirse, se permitía al príncipe una conducta que arguye un gran descuido por parte de sus guardadores. Tal es la de andar vagando desnudo por sus habitaciones, la de ocultar nieve en su cama, y otros mas rasgos propios solo de un demente. Se puede sospechar que no atreviéndose ó mas bien no queriendo descubrir la verdad, trataron de cubrirla con el velo de esta clase de locura, dando toda la culpa al mas débil, al que habia sucumbido. Sin embargo, entre ellos se hallaba Cabrera, criado de la casa que asegura haber sido testigo ocular de todos los hechos que se refieren.

Una gran parte de historiadores extraños, dicen que tan luego como fué preso el príncipe don Cárlos, pasó su padre relacion de todo á la inquisicion, donde desde aquel punto comenzó á formársele el proceso; que dicho

tribunal, enemigo de la persona del príncipe por lo sospechosos que eran sus principios y sentimientos de Católico, se mostró inexonerable hasta el punto de condenarle á muerte. Que se la presentaron al rey, quien fluctuó entre los sentimientos de padre y los que como rey católico debia al culto de Dios y de su conciencia; que se mantuvo algunos dias en esta cruel incertidumbre; que los inquisidores y personas graves de su consejo le hicieron presente su deber de mostrarse superior en semejantes casos á los sentimientos de la naturaleza; que al fin firmó el monarca la sentencia que se la comunicaron al príncipe á á quien se dejó la eleccion del género de muerte, representándole en pinturas las varias entre las que tenia libertad de decidirse; que causó esta noticia en el príncipe una profunda impresion hasta el punto de prorumpir en execraciones contra su padre, tomando todos los ademanes de furioso; que permaneció en este estado algunos dias: por lo que no quisieron llevar adelante la sentencia por no exponer su salvacion, hallándose mal preparado; que al fin lograron calmarle é inspirarle sentimientos de resignacion, y que despues de recibidos los sacramentos con muestras de arrepentimiento y de piedad, cumplieron la sentencia de muerte dándosela por medio de veneno.

Los lectores imparciales decidirán por cual de ambas versiones hay mas probabilidad y por consiguiente mas derecho á ser creida. En cuanto á nosotros no nos atrevemos á dar un fallo en el negocio. Lo que dicen los españoles es bastante verosímil: la especie de sentencia de la inquisicion llevada á efecto por medio de veneno, no es repugnante al espíritu del tiempo, á la índole de la inquisicion, al carácter y sentimientos de Felipe. No olvidemos que en el auto de fé al que asistió en Valladolid este monarca, dijo á uno de los reos que le echaba en cara el permitir que se le tratára con tal barbaridad que si su hijo fuese culpable de heregía, llevaria el mismo á la hoguera la leña que debiera quemarle. ¿Tan

extraño es, pues, que el rey creyendo al príncipe adicto á estas doctrinas realizase los sentimientos que entonces abrigaba? Lo que nos debe mas guiar en este laberinto es que entre el padre y el hijo habia incompatibilidad, habia rivalidad y todo el ódio de que son capaces los hombres agitados por aquellos sentimientos. Tal fué el fin del príncipe don Cárlos, único hijo baron entonces de Felipe. Sobre este suceso no haremos comentarios. Si atendemos al carácter y circunstancias de los dos personajes principalas de este drama, á la índole de aquellos tiempos, á la reserva que era indispensable á sus historiadores, pocos puntos hay en todas sus relaciones que sean mas susceptibles de reparos. Mas dejaremos las cosas en su oscuridad, y á falta de datos corresponderá la misma escasez de congeturas. Mas cualquiera que hayan sido los principales resortes de aquella máquina, aparece claro que no medió proceso, que el príncipe murió de enfermedad, sobre todo que no intervino en nada de esto el tribunal de la inquisicion como se ha hecho ver sobre las tablas del teatro. (1)

Fundacion del monasterio del Escorial. (1563.)

La série y enlace de ciertos acontecimientos nos han hecho dejar atrás otros de data mas antigua, y otra cosa no puede ser en una historia que los abraza de un órden tan diverso. La observancia con vigor del cronológico produciria una relacion de cosas inconexas que sin presentar ningun interés confundiria al lector y fatigaría su

(1) Véase la citada pieza de Schiller. En la última escena, entrega Felipe á su hijo en manos del inquisidor general, diciéndole: cardenal: he hecho mi deber; haced el vuestro.

atencion por lo mismo de estar tan dividida. No es la primera vez que hacemos esta observacion que no puede menos de ocurrir á cada paso. La muerte del príncipe don Cárlos que nos condujo á lo que tuvimos que decir de su persona, ocurrió en 1568. Cinco años antes tuvo principio la obra á cuya construccion consagramos este artículo; obra que constituye uno de los grandes episodios de la historia de Felipe II, y aunque de un simple monasterio, imprime carácter en la fisonomía de un reinado tan fecundo en cosas grandes.

Se atribuye la fábrica del Escorial á un voto de Felipe durante la batalla de San Quintin, para que Dios le favoreciese en aquel lance; mas el rey no estaba en el campo de batalla, y tal vez ignoraba se estaba dando. Por otra parte habiendo tenido lugar en 1557, no se concibe que un rey tan religioso hubiese diferido el cumplimiento de su voto hasta el de 1563, hallándose en España desde 1559. Tambien se dice que labró este edificio para depositar en él los restos del emperador, segun lo habia encargado por su testamento. Mas para erigir un grande y suntuoso mausoleo á Cárlos V, no faltaban en España templos magníficos donde pudiera estar muy dignamente. No hay necesidad de buscar explicaciones á lo que se explica muy naturalmente. No era Felipe II el primer rey amigo de grandes monumentos de las artes. Concibió el proyecto de erigir un edificio digno del primer monarca de la cristiandad, al menos el mas rico de su siglo. Para unir su gusto por lo grande, con otras inclinaciones en él mas fuertes todavía, este gran edificio fué un convento.

Establecida la córte en Madrid, natural era que para este convento se escogiese un sitio cerca de la capital donde el rey pudiese inspeccionar su construccion sin descuidar las atenciones del gobierno. Consagrado el monasterio á una órden de religiosos, que no edificaban sus casas en poblado, habia que buscar un sitio solitario y algo agreste, y si se quiere inculto donde establecerle.

La designacion del que efectivamente ocupa parece una consecuencia de todos estos datos. Pais yermo, proximidad á Madrid, buenas y abundantes aguas, sitio calculado para el retiro y la contemplacion, era todo lo que podia apetecerse.

Decidido sobre poco mas ó menos el sitio de la funcion, costó todavía gran trabajo el desmonte de terrenos y su anivelacion para el asiento. Lo que hoy se llama el Escorial, es decir, el Escorial de Arriba donde el monasterio está sentado, no era entonces mas que un terreno de jarales sin habitacion alguna, sin mas frecuentacion que el de la caza mayor que en estos parajes abundaba. Tuvo el rey tal empeño en llevar adelante su intencion con la mayor actividad que fué á alojarse en el Escorial que llaman de Abajo y de donde tomó su nombre el monasterio: allí permanecio varios dias sin ningun género de comodidad, y no solo él y los principales arquitectos sino tambien diferentes monges que venian á hacer parte de la comunidad, pues primero hubo monges que convento. En 23 de abril de 1563 se puso la primer piedra con toda la solemnidad posible, y veinte y un años despues se puso la última que fué en lo que se llama átrio de los reyes.

Es famoso el nombre de Juan de Todelo, aun mas el de Juan de Herrera, su discípulo; arquitectos principales de la obra. Presentaron sus planos al rey, quien los aprobó con algunas pequeñas modificaciones, pues nada se hizo en el convento que no se sujetase antes al examen y aprobacion de este monarca.

De una observacion nos haremos cargo ahora, ó por mejor decir, de un género de impugnacion que algunos han hecho á la creacion de este grandioso monumento. Con las sumas, dicen, que ha costado el Escorial, se pudieran haber construido muchísimos caminos y canales, fertilizado el pais de los alrededores, fomentado la agricultura, y acrecer en todo los desarrollos de la industria. Asi será sin duda, mas si son de gran peso aquestos car-

gos, se deberian igualmente hacer á todos los monumentos de las nobles artes, erigidos en todas épocas en tantos puntos de la tierra. Se deberia declamar contra los que mandaron construir las pirámides de Egipto y tantos magníficos objetos del arte en aquella region, cuyos restos nos sorprenden todavia. Se deberia censurar á los romanos tan pródigos en la fabricacion de templos, de columnas, de estátuas, de otros mil objetos de grandeza y elegancia: se deberia vituperar á los atenienses que en tiempo de Pericles sacrificaron tan enormes sumas para aquel estado tan pequeño, á convertir su ciudad en un museo de todo género de preciosidades de las artes: se deberian, pues, condenar todas las procesiones, todas las ocupaciones de los hombres que no tienen por objeto la adquisicion ó fomento de goces materiales. La proscripcion de los arquitectos, de los pintores, etc.: se deberia extender á los poetas, á los historiadores, á los que cultivan todo género de literatura, y aun á los sabios que hacen descubrimientos sobre materias que no son de una aplicacion inmediata y práctica de la vida. Las cosas por probar mucho, prueban demasiado; la experiencia y el conocimiento del hombre prueban suficientemente que el hombre no vive solo de goces y comodidades materiales, que hay placeres de imaginacion y de la mente; qué la contemplacion de un objeto grande de las artes, puede ser mas agradable para muchos que el placer mas delicado y regalado. Dejemos, pues, cuestiones que hoy dia son vanas y por consiguiente inútiles.

El Escorial es lo que és. Es un hecho su magnificencia, cualquiera que sea el género á que pertenezca. Pudiera haber sido otra cosa; pudiera otro personaje haber empleado las mismas sumas en una cosa de más utilidad, de mas goces materiales, de mas felicidad para las clases pobres é indigentes; mas está ya hecho, y tal cual es atraerá siempre á los curiosos, y será objeto de agradable contemplacion, de asombro y de estudio para los hombres que saben lo que son las bellas artes, y aun para

el vulgo que no está iniciado en sus secretos ó misterios.

No entraré en la cuestion de cual es la forma de edificios y órden de arquitectura mas propio y adaptable al culto religioso. Cuando los cristianos empezaron á construir templos públicos, adoptaron con poca diferencia la forma de los que entonces existian. Algunos pasaron del culto de los dioses de la gentilidad al del Dios de los cristianos, asi como es hoy en Constantinopla mezquita principal la antigua Basílica de Santa Sofía; donde tenian su silla ó por decir su trono sus patriarcas. Grandes y magníficos fueron los templos de la antigüedad. En nada les cedieron los que con el nombre de góticos se erigieron en los tiempos que llaman de la edad media.

¿Cuáles son mas propios del culto? Es cuestion de gusto y sobre todo del tiempo y de la época. En la de Felipe II habia resucitado la arquitectura antigua con el nombre de Greco-Romana. Hacia ya mas de medio siglo que habia llegado á su terminacion la grande iglesia de San Pedro. La construccion del monasterio del Escorial por el gusto gótico hubiera sido un completo anacronismo. La clase de su arquitectura no era, pues, materia de eleccion; en cuanto á su magnificencia y magestad estaba ya decidida. Dotados de tan poca inteligencia en artes, entramos con cierta repugnancia en este artículo consagrado al Escorial, sobre cuyo monumento hay ademas noticias tan extensas y tan circunstanciadas. Mas dejar de mencionarle en una historia del reinado de Felipe II, seria mostrar suma ignorancia, ó un sentimiento de desden hácia una obra tan magnífica.

No intentaremos describirla. Su primera impresion sobre todo en la parte exterior es de una cosa meramente grande. A proporcion que se observa y se examina, aparece una obra acabada y magnífica, donde la sencillez compite con la seriedad, con la pureza de las formas. En el templo brillan la suntuosidad y gala del ar-

te en su mas alta perfeccion: donde quiera que la vista se fija, encuentra la grandeza, la elegancia mas correcta y el lujo á donde pueden ir las nobles artes.

En todo el edificio, en las partes grandes como en las pequeñas, en lo principal como en lo accesorio, se ve el mismo carácter, grabado el mismo sello. Es muy difícil examinar con alguna atencion, vagar por aquella escalera, aquellos claustros, sin que la imágen del fundador llegue á tomar parte en aquellas impresiones. Hay muchas cosas inanimadas puramente físicas que llevan completamente la impresion de las morales. Tal vez serán ilusiones de la fantasía; mas nosotros tan avaros de su lenguaje y mucho mas tratándose de historia, no nos parece que nos alejamos de nuestro objeto haciendo ver que en el Escorial están identificados el carácter, el génio de Felipe, y que su sombra parece que vaga todavia por aquellas bóvedas.

El Escorial fué para Felipe II la ocupacion, el pasatiempo, la distraccion, las diversiones y placeres. Entre las atenciones del gobierno y el Escorial, se dividió completamente su existencia. Aquí fué como el arquitecto principal y el director de sus trabajos. Le veia formarse y crecer, de piedra. Cuando se lo permitian sus ocupaciones era el primer sobrestante de la obra. Que era hombre de gusto é inteligencia en las artes, lo prueban las mismas obras que se construian todas como en su presencia. El arquitecto, el pintor y el escultor, todos la sentian igualmente. Naturalmente habria padecido sus equivocaciones y sido á veces injusto con el mérito artístico; mas de estos errores nadie se liberta. Se puede sin embargo decir de él con muy marcadas excepciones que conoció el precio del servicio y fué magnífico en las recompensas.

La situacion de un rey como Felipe II que construia un edificio como el Escorial, era sin duda bajo este aspecto afortunada. Su gusto por las artes; su aficion á lo grande y lo magnífico, el amor propio de monarca, de

hombre de poder, sus sentimientos religiosos, todo estaba al mismo tiempo satisfecho: todo se enlazaba, se apoyaba y convergía. Los principales artistas hermoseaban los objetos de su devocion, quizá le daban nuevo pávulo. La casa que segun su expresion construia para Dios, sin duda le hacia á sus ojos mas grande y mas poderoso.

Era un espectáculo singular que mientras en Francia, en Alemania, en los Paises-Bajos y en Escocia, se despojaban, se dilapidaban y hasta se destruian completamente tantos templos, se coutruyese uno tan grande y tan magnifico en España. Sin duda ocurrió á Felipe II muchas veces esta idea, y tal vez la de reparador en esta época de destruccion, redoblaba su entusiasmo. La fama de la construccion del Escorial era muy grande en Europa en aquel tiempo, bajo el aspecto religioso. Bajo el meramente artístico era un certámen á donde eran llamados los primeros genios de aquel tiempo. A todos los buscó y acogió Felipe dignamente, los de casa como los de afuera. Las mas sencillas construcciones eran obras maestras, donde lucia la correccion del dibujo, la elegancia de las formas. Los meros estantes de libros, los cajones de la sacristía, la cosa mas sencilla llama la atencion. ¿Y cuántos artistas no fueron necesarios para llenar y enriquecer aquella vasta mole de sus producciones? Asi el Escorial era hace poco uno de los primeros museos de la Europa. Algo ha desmerecido en estos últimos años sobre todo en pintura, cuyos cuadros mas preciosos han sido llevados á otra parte; mas prescindiendo de esta falta, es un grande y magnífico objeto de estudio para cualquiera que esté dotado de imaginacion y buen gusto.

Cualquiera que pudiese ser la satisfaccion del rey de España en la construccion del Escorial, debia de hallarse bien neutralizada con cuidados, inquietudes y disgustos. Precisamente por aquellos mismos años estallaban las guerras civiles en Francia, se conmovia de nuevo

Escocia, se traslucía en abiertos tumultos el disgusto de los Paises-Bajos, estaba el mismo rey empeñado en guerras con los moros de la costa de Africa, se preparaba la tempestad que iba á descargar su furia sobre Malta, y se presentaban anuncios de la rebelion de los moriscos de Granada. Con todos estos negocios, con todas estas regiones estaba mas ó menos enlazado el interés del rey de España. Es preciso recorrerlas todas para no dejar sin mencion nada de lo que pertenece á su reinado.

CAPITULO XXV.

Estado de Francia.-Triunvirato.-Liga Hugonota.-Situacion de los dos partidos.-Desórdenes en París.-En las provincias.-Sublevacion de algunas.-Se toman las armas.-Estado de los ejércitos.-Estalla la guerra.-Sitio de Ruan.-Muerte del rey de Navarra.-Sitio de Orleans.-Asesinato del duque de Guisa.-Batalla de Dreux.-Treguas.-Renovacion de hostilidades.-Batalla de san Dionisio y muerte del condestable de Montmorency. (1561-1568).-Otra tregua.

No produjo, no podia producir el coloquio de Passy, fusion ni aproximacion entre las doctrinas de los católicos y los hugonotes. Era bajo este aspecto una tentativa tan inútil como la celebracion del Concilio en que se habian fundado tantas esperanzas. Tampoco habia introducido un espíritu de paz entre ambos partidos, el decreto de tolerancia que á favor de los hugonotes acababa de expedirse. A las sospechas de mala fé que cada uno abrigaba contra su contrario, se reunia la intolerancia que es tan comun en sectas tan rivales y contrarias, y á todo esto, el deseo del poder, la ambicion de la supremacía que por todos no se puede ejercer al mismo tiempo. En una época de minoría están mas abiertas las puertas á la ambicion, á los excesos, que en tiempos ordinarios. La reina Catalina de Médicis tenia mas astucia en su carácter y energía; los Guisas no poseian la

misma influencia que otras veces, y aunque la ejerciesen, las cosas habian llegado á punto en que el rigor no era eficaz, ni la indulgencia remedio suficiente. Cada vez se manifestaba con signos mas visibles el odio y la intolerancia que animaban á los católicos y á los hugonotes. En la masa del pueblo de París, predominaban los primeros. En algunas provincias, sobre todo del medio dia, contaban mas votos los segundos. Eran muy comunes los denuestos y las amenazas con que unos y otros se trataban mútuamente: tampoco eran raras las veces que venian á las manos y se exhalaba en violencias su celo religioso. Aquí eran los calvinistas interrumpidos en sus sermones, en sus cenas, en sus cánticos; allí se entraba á mano armada en las iglesias, donde se destruian todos los objetos del culto y se quebraban las imágenes. Fue profanada entre otras la de San Medardo de París, donde dentro de sus mismos muros se trabó una pelea que duró mas de media hora, con mucha efusion de sangre por entrambas partes. En una congregacion de calvinistas en Versy, en Champaña, entraron á mano armada los católicos y sin respetar edad ni sexo, perecieron mas de sesenta personas por este acto de violencia. La mayor parte de estas violencias procedian de amenazas, de denuestos, de provocaciones por alguna de ambas partes. Las corporaciones meramente civiles como tribunales y municipalidades participaban de la misma animosidad y la dejaban exhalarse en los actos mas comunes. Las provocaciones se reproducian por medio de la imprenta. Estaba inundado de folletos, la mayor parte de órden satírico, y las canciones populares en que sobresalen tanto los franceses no daban poco pávulo al ardor de la polémica.

En semejante estado de cosas, todos vieron lo inevitable de una guerra abierta. Solo á las armas tocaba decidir y fallar sobre esta gran contienda. Cada uno preparó las suyas y alistó sus fuerzas. Ya hemos dicho que los Guisas penetrados de lo grande del negocio, prepara-

ban medidas de accion y de vigor, y que el condestable de Montmorency, renunciando á todas sus relaciones con los calvinistas, se habia reunido francamente á su partido. Los Guisas, el condestable de Montmorency, y el mariscal de San Andrés, formaron lo que se conoció despues con el nombre de Triunvirato. Formaron el proyecto de acabar el calvinismo en Francia por medio de las armas, unirse despues con los príncipes católicos de Alemania, para hacer lo mismo con los protestantes del Imperio. Ya entraban en sus cálculos las sumas cuantiosas de que podrian disponer con la confiscacion de los bienes de los señores Calvinistas, y por este medio auxiliar mas eficazmente á los católicos de Alemania. El plan era grande y sério, formado bajo los auspicios y proteccion del rey, quien por el órgano de su embajador ofrecia cooperar á él por todos medios.

Por los amaños de este embajador, recibió el Triunvirato un refuerzo en la persona de Antonio de Borbon Vendome, y que se titulaba rey de Navarra por su matrimonio con Juana de Albret, representante de los derechos de sus antiguos reyes. Pertenecia este príncipe al partido calvinista; mas cambió por inconstancia de carácter, ó mas bien por promesas que se le habian hecho por el rey de España. Era el grande objeto de su ambicion poseer el cetro que habian empuñado los ascendientes de su esposa, para lo cual no omitia paso alguno que en su opinion podia serle conducente. Si no se le dió palabra de ceder la Navarra en su favor, se le hizo ver que se le indemnizaria con la isla de Cerdeña erigiéndola en reino en favor suyo. Mas lo que hubo de singular en este cambio de Antonio de Borbon, es que mientras se pasaba del bando hugonote al católico, se trasladaba su mujer de estas últimas filas á las otras.

París era el centro, el foco, el gran campo del catolicismo. La masa del pueblo aborrecia de muerte á los hugonotes, y en todas partes eran estos objeto de opresion y de violencia. Y eran tan enérgicos estos senti-

mientos, que los que se hallaban al frente de los negocios públicos, hallaron en ellos cuantos instrumentos se necesitaban para llevar adelante sus designios. Se trató de armar á los vecinos mas en estado de servir, y todos los llamados acudieron á la bandera con ardor y se equiparon á su costa. Temiéndose un efecto demasiado violento de la efervescencia popular, se mandó que todos los calvinistas reconocidos por tales saliesen en veinte y cuatro horas de París, bajo pena de muerte. A los meramente sospechados de heregía se les previno que se presentasen ante los delegados del arzobispo de París, y que allí abjurasen sus errores. El parlamento y la municipalidad estaban movidos de los mismos sentimientos. Por todas partes se extendian fórmulas de profesion de fé católica, y se removia de los cargos públicos á los sospechados de otros sentimientos. Se hallaba París tan lleno de entusiasmo, que se puede decir que era el pueblo el que imprimia el movimiento. El condestable de Montmorency mandaba las armas de la capital y de toda la provincia. Una noche que mandó tocar alarma para examinar el estado de vigilancia de la guardia cívica ó urbana, se halló que sin pérdida de instante acudieron todos á su puesto. De cincuenta mil hombres armados se podia disponer en sola una hora al mas pequeño aviso. En pequeños y grandes, en todos era igual el entusiasmo.

Era el duque de Guisa el ídolo del pueblo de París, que le consideraba como el mas cumplido caballero, el mas valiente capitan, el campeon mas celoso de su culto. Era verdaderamente el jefe, el alma, el hombre de mas capacidad, de mas carácter y energía que contaba el partido católico. Al frente del Triunvirato, es decir, de la liga católica, dirigia verdaderamente el gran movimiento social del que los destinos de la Francia dependian. Con él se entendian los principales jefes del partido: con él se consultaban los grandes; á él se dirigian los embajadores de los príncipes católicos que promovian ó simpatizaban con su causa. Cuanto mas se

acercaba el momento de una crísis, tanto mas necesaria y preciosa se consideraba su persona. Aunque no manejaba ostensiblemente las riendas del Estado, se hallaba la reina regente como abrumada del peso de su influencia y de su crédito.

Entabló entonces la reina una correspondencia secreta con el príncipe de Condé, hermano del rey de Navarra y jefe del partido opuesto, manifestando sentimientos de benevolencia y amistad á su persona, y lo agradecida que le estaba por su lealtad hácia la del rey que siempre conservaba. Respondió Condé que el mejor modo de no comprometer la autoridad del rey, era que se pasase con él á su partido como el solo que estaba animado verdaderamente de leales sentimientos; mas este era tambien un extremo que á la reina repugnaba. No queria echarse en brazos de un partido, sino dominarlos á todos, lo que era imposible en aquellas circunstancias. Para salir de este apuro, y por consejo del mismo príncipe de Condé, se salió de Paris y se retiró á Melun, llevándose consigo á su hijo, pareciéndole con este paso, manifestar que no tomaba parte en las violencias de los partidos. El ejército de los Guisas acampaba en las inmediaciones de París, mientras el príncipe de Condé reunió sus fuerzas para entrar en la capital á mano armada.

Se resintió el pueblo de París de la partida de la reina y del monarca, y le envió una diputacion diciéndola que su verdadero asilo era el seno de la capital, y ponerse á la cabeza de los católicos ardientes. La reina para manifestar que no tenia miedo á ninguno de los dos partidos se marchó á Fontainebleau con objeto de aguardar allí las proposiciones que los dos le hiciesen. Condé le ofrecía tomar á Orleans, y que allí se estableceria el centro del gobierno; mientras el rey de Navarra la instaba á que volviese á París, donde le serian restituidas las riendas del gobierno. Mientras vacilaba Catalina, se presentó este último príncipe de repente en Fontainebleau, y la obligó á seguirle á París en compañía de su hijo.

A los dos dias de viaje se apearon en el Louvre, y desde entonces se vió Catalina á merced de la faccion católica, dependiente en un todo de su impulso.

La guerra iba á encenderse, y los campos estaban completamente divididos. Se hallaban en el católico el rey de Navarra, los Guisas, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andres. En el hugonote figuraban el príncipe de Condé, el almirante Coligny, su hermano Andelet y el señor de la Rocheffoucauld. Era el duque de Guisa el director, el alma del primero: la misma importancia ejercía el almirante en el segundo.

No se durmieron los calvinistas: mientras tan hostiles se les mostraban los contrarios. Al tener noticia del triunvirato y liga católica, la denunciaron al público, y formaron una confederacion hugonota en contraposicion á la primera. Se establecieron sus bases en un manifiesto que dieron al público, pues en ninguna época los partidos que agitar pueden un pais, hicieron mas uso de la imprenta. Manifestaron los hugonotes que se ligaban y armaban para libertar al rey y á la reina que estaban en el poder y servian de instrumentos de venganza á sus implacables enemigos, que no permitirian en su campo ni crímenes, ni vicios, ni impiedades de ninguna especie; que nombraban por su general al príncipe de Condé como el primero de la sangre real despues de Antonio de Navarra que estaba á la cabeza de sus enemigos; que no dejarian las armas de la mano hasta poner en libertad al rey y á la reina, y asegurar para siempre la libertad de conciencia para los de la reforma.

Se acompañó este manifiesto de un sin número de firmas y se esparció profusamente en todas direcciones. Condé le remitió á la nobleza, á los príncipes luteranos del imperio, á la reina Isabel de Inglaterra, á todas las personas de fuera del reino que podian tener simpatías por su causa. El almirante Coligny que estaba en correspondencia con 2150 iglesias protestantes les dirigió tambien el manifiesto. Calvino, Teodoro Beza y los de-

mas apóstoles calvinistas exortaban á los ministros; los ministros al pueblo. En todos se difundia el entusiasmo y el fuego de la guerra que tomaba el color de religiosa.

A estas manifestaciones acompañaban profesiones de fé en que se ostentaban principios del mas puro cristianismo. Se veneraba el evangelio, se adoptaban todos los dogmas que se tenian como de fé en los primitivos tiempos de la iglesia. Se respetaban y acataban los pastores y ministros que distribuian á los fieles el pan de vida y el de la palabra; rechazaban como una profanacion la autoridad del papa; admitian la Cena del Señor en un sentido verdadero; se manifestaban amigos de la paz, enemigos de la efusion de sangre y toda clase de desórdenes. Tenian un grande interés los calvinistas de Francia de purgarse de la acusacion que les hacian los luteranos de Alemania de tener puntos de contacto con los anabaptistas.

Todo estaba en movimiento. La reina Isabel de Inglaterra no podia mostrarse fria espectadora de la lucha. Diferia en mucho la organizacion de la iglesia anglicana á cuyo frente se habia puesto, de la Calvinista; mas los Guisas, los principales católicos que los favorecian eran sus implacables enemigos. En el príncipe de condé no podian menos de ver un aliado natural, y bajo este concepto, ajustó con él un tratado prometiéndole dinero y gente que le mandó en efecto.

Por la misma razon se dirigió el triunvirato al rey de España, tan interesado en el triunfo de su causa, pidiéndole socorro y que enviase á su frente al duque de Alba, debiendo de entrar por la parte de Bayona. Tambien se le pedia que hiciese saber á la reina de Inglaterra que cuantos diese á los calvinistas de Francia, se conservarian como actos de hostilidad á su persona.

Se dirigia Condé con especialidad á los nobles del mediodia sobre todos á los de Bearne, donde el calvinismo habia echado mas raices desde los principios. Es

un hecho que era mayor el número de los nobles de su parcialidad que de la contraria, sea por esta misma causa, por el odio que inspirase el triunvirato, ó por los odios antiguos que se conservaban hácia la córte que los habia despojado de tantos privilegios. Tambien es un hecho que los hugonotes comenzaron á bullir antes que se moviesen los católicos. Los principales jefes tomaban el título de *jefe del ejército, alzado en el reino en favor del rey y de la religion y bajo la autoridad del príncipe de Condé, protector y defensor de la corona y casa de Francia.*

Impuso mucho al Triunvirato el aspecto hostil y medidas de defensa y ataque adoptadas por los hugonotes. Antonio de Navarra volvió á dar síntomas de su carácter vacilante. Entró en algun cuidado el mismo duque de Guisa, tan resuelto campeon de su partido, é indujo á la reina á que renovase el edicto de tolerancia del culto calvinista, con excepcion de París y sus alrededores. Mas el príncipe de Condé manifestó que no podia hacer caso ni dar crédito á ningun decreto emanado del rey, mientras no estuviese libre su persona.

El aspecto de las hostilidades que se iban á romper arredraban sin duda á las personas moderadas de los dos partidos. La reina negociaba y ponia en juego los intereses y sentimientos de familia. Antonio de Navarra era hermano del príncipe de Condé: el conde Table de Montmorency era tio del almirante. Hubo pues de parte á parte mensajes, negociaciones; se celebraron hasta entrevistas; mas todo fué inútil, y esto por dos causas: primera, que estaban todos de muy mala fé y eran objeto de sospechas mútuas: segunda que la parte exaltada, que constituia la masa de los dos partidos, no querian convenir; unos porque veian en la guerra un cebo de ambicion y de codicia; otros por mero espíritu de fanatismo é intolerancia religiosa. Una gran porcion de extranjeros, sobre todo suizos y alemanes aventureros, soldados de fortuna, habian acudido sin distincion á las filas de

uno y otro bando, y eran de los que mas repugnaban la idea de haber hecho un viaje tan inútilmente.

En París, es decir, la masa popular no queria composicion de clase, y se tomaban cuantas precauciones militares eran necesarias. Se aumentaba la guardia cívica. Se preparaban cadenas para tender por las calles en caso de aproximacion del enemigo. El parlamento apoyaba y fomentaba estos arrebatos de entusiasmo. Llegó el momento de dar por inútil la via de negociacion, y se encendió la guerra: declaró el parlamento de París rebeldes y traidores al rey, á los calvinistas que con las armas en la mano desconocian su autoridad manifestada por el órgano de su madre la reina regente. Respondieron los hugonotes á esta declaracion con otra, tratándoles de que tenian encadenada la voluntad del rey y de la reina. Porque en esta grande época de discusion y controversia todo eran manifiestos y contra sensaciones mútuas de injusticias, opresiones y crueldades que ademas de consignarse á la imprenta, tambien se esponian en pinturas y manifiestos grabados.

Cuando estalló la guerra se hallaban preponderantes los hugonotes en varias provincias sobre todo las del mediodia. Tenian á su devocion las ciudades de Blois, Augers, Saunun, Maus, Poitiers, Bourges, Meaux, Run, Lion, Macon, Chelon, Orleans, el Havre de Gracia, Valencia y Montalban.

Tomó aquella guerra el carácter de encarnizamiento y de ferocidad que se encuentran en las religiosas; y en las luchas de aquel se renovaron con frecuencia. No conocieron freno alguno los hugonotes en el pillaje de las iglesias católicas, en la destruccion de las imágenes y cuanto no podia ser objeto de codicia. Hasta los sepulcros mismos fueron profanados. No les iban en zaga los católicos en castigos, en suplicios que imponian á cuantos hugonotes en las manos les caian. Nunca es mas feroz el hombre como cuando cubre las crueldades con un velo religioso, y se dice vengador de la deidad que está ofendida.

Montluc y el baron de Ardrets; el primero del partido católico, y de los hugonotes el segundo, se distinguieron á un tiempo por sus atrocidades, hasta el punto de considerarse sus personas como representantes de las pasiones de su bando respectivo. Y de estas atrocidades se gloriaban, presentándolas como hazañas de su celo religioso. Se presentaba el primero acompañado siempre de dos verdugos que llamaba sus lacayos, daban los suyos al segundo el nombre de *Toro* porque con sus hastas embestia y despedazaba cuanto se le ponia por delante.

Ademas de los aventureros extranjeros de que hemos hablado, entraban tropas armadas en favor de uno y otro bando. Se movieron por la frontera de Italia seis mil hombres entre italianos y españoles que enviaba el duque de Milan por disposicion del rey de España. Habia declarado el nuevo papa Pio V religiosa aquella guerra, considerando á los hugonotes bajo el mismo aspecto que los antiguos albigenses.

La reina regente se manifestaba entonces muy adicta al partido católico; sea de corazon, sea impulsada por la necesidad, ó por la idea política que mas le dominaba en aquellas circunstancias. El duque de Guisa con la declaracion de la guerra se hallaba como en su elemento. Como el alma, como la cabeza y hasta el brazo derecho de su parcialidad, se le consideraba y respetaba.

Su primera operacion fué sobre Normandía, con objeto de oponerse de mas cerca al desembarco de las tropas que enviaba la reina Isabel de Inglaterra. Emprendió con las suyas el sitio de Ruan donde entró con alguna resistencia, haciéndose gran matanza en sus defensores y vecinos, y en cuantos eran acusados de hugonotes. La misma reina regente asistió al sitio y á la toma de la plaza. Murió delante de sus muros de un balazo de arcabuz, Antonio de Borbon, rey de Navarra, personaje de poco mérito y que no fué sentido de ninguno de los dos partidos. Dejó este príncipe por sucesor á su hijo Enrique, príncipe de Bearne, que tomó el título de

sias, todas las corporaciones y comunidades salieron á recibir su cadáver, y con toda la pompa imaginable en tales casos fué acompañado hasta la catedral el carro fúnebre en que estaba colocado. A un mismo tiempo se celebraron sus exequias. Era Francisco duque de Guisa un gran personaje, como capitan, como político, sobre todo como hombre de partido. Nació sin duda para la revolucion y convulsiones en que hizo un papel tan distinguido. Sin su carácter dominante, sus grandes aspiraciones y energía acaso no hubiesen llegado las cosas tan á los extremos; y si las revueltas políticas se encendieron con el tiempo con un furor nuevo, fué tal vez porque dejó un hijo ó hijos herederos de su audacia y de su genio.

Por el pronto se presentó su muerte como un medio de negociacion para el partido moderado. Era ya un obstáculo menos para llegar al objeto que tanto apetecia. No era difícil traer á un punto de conciliacion al condestable de Montmorency y al príncipe de Condé que se hallaban prisioneros. Se les puso en libertad, para atender mejor á las negociaciones. El grande objeto á que se aspiraba era la reconciliacion de la familia de los Guisas con la del almirante; mas se oponia á ello el proceso que seguia en el parlamento de París, sobre el asesinato del duque, en que resultaba objeto de acusaciones el segundo. Al fin se vencieron mil dificultades; y en mayo de 1563 se publicó una tregua en que los dos partidos deponian las armas, en que se declaraba á todos buenos franceses, igualmente leales servidores del rey, y se renovaba el edicto de tolerancia del culto calvinista.

Habia sido la reina el agente y resorte principal de todas estas transacciones. Con una mano halagaba á Condé, á Coligny, y á los de su partido, y con la otra á los huérfanos de Guisa. Para dar mas estabilidad á los negocios y quitar pretestos de ambicion á las facciones, se habia creido un gran expediente declarar al rey mayor,

sejos de le reina. En el campo calvinista á falta del príncipe de Condé que era moderado, quedó el mando en Coligny y en Audelot, del partido de Ginebra, que con nada se contentaban sino quedaban del todo dominantes.

Fué recibido el duque de Guisa en París como un vencedor en triunfo, con repique de campanas, salvas de artillería, rodeado de la muchedumbre frenética de que era el ídolo que sus proezas ensalzaba. Quedó como abrumada la reina Catalina bajo el ascendiente de su preponderancia. Llegó á pedirle el duque de Guisa una patente de mariscal de Francia con el nombre en blanco para llenarle con el de la persona que mejor le pareciese, con otros mas de dignidades inferiores. Con el duque de Guisa se entendia todo el mundo, y en especialidad los embajadores de los príncipes católicos, que se interesaban y protegian su partido.

El duque de Guisa marchó poco despues á Orleans á poner el sitio de esta plaza. Delante de sus muros le aguardaba el puñal de un asesino que le hirió por la espalda mientras se hallaba el de Guisa ocupado en espugnar sus arrabales. Pasaba Juan Poltrot por pertenecer á la servidumbre del almirante de Coligny, y aun se acusó á éste de haber inflamado el fanatismo del asesino por medio de agentes que le presentaron la accion como la mas grande y meritoria.

El golpe fué mortal; mas el duque no espiró hasta al cabo de tres dias que empleó en tomar disposiciones, hacer su testamento, y prepararse á la muerte como buen cristiano.

Fué este asesinato como un trueno para su partido; aun el contrario quedó como asombrado. Se levantó inmediatamente el sitio de Orleans, y quedaron como suspendidas y paralizadas las hostilidades.

Recibió París con un duelo universal los restos del que pocos dias antes habia sido objeto de tanto regocijo y entusiasmo. Se cubrieron de negro todas las igle-

sias, todas las corporaciones y comunidades salieron á recibir su cadáver, y con toda la pompa imaginable en tales casos fué acompañado hasta la catedral el carro fúnebre en que estaba colocado. A un mismo tiempo se celebraron sus exequias. Era Francisco duque de Guisa un gran personaje, como capitan, como político, sobre todo como hombre de partido. Nació sin duda para la revolucion y convulsiones en que hizo un papel tan distinguido. Sin su carácter dominante, sus grandes aspiraciones y energía acaso no hubiesen llegado las cosas tan á los extremos; y si las revueltas políticas se encendieron con el tiempo con un furor nuevo, fué tal vez porque dejó un hijo ó hijos herederos de su audacia y de su genio.

Por el pronto se presentó su muerte como un medio de negociacion para el partido moderado. Era ya un obstáculo menos para llegar al objeto que tanto apetecia. No era difícil traer á un punto de conciliacion al condestable de Montmorency y al príncipe de Condé que se hallaban prisioneros. Se les puso en libertad, para atender mejor á las negociaciones. El grande objeto á que se aspiraba era la reconciliacion de la familia de los Guisas con la del almirante; mas se oponia á ello el proceso que seguia en el parlamento de París, sobre el asesinato del duque, en que resultaba objeto de acusaciones el segundo. Al fin se vencieron mil dificultades; y en mayo de 1563 se publicó una tregua en que los dos partidos deponian las armas, en que se declaraba á todos buenos franceses, igualmente leales servidores del rey, y se renovaba el edicto de tolerancia del culto calvinista.

Habia sido la reina el agente y resorte principal de todas estas transacciones. Con una mano halagaba á Condé, á Coligny, y á los de su partido, y con la otra á los huérfanos de Guisa. Para dar mas estabilidad á los negocios y quitar pretestos de ambicion á las facciones, se habia creido un gran expediente declarar al rey mayor,

apenas entrado en 14 años. Mas habia echado el mal raices demasiado profundas, para que se le curase con semejantes paliativos.

Procedia mas bien la tregua de cansancio y de horror á la guerra que del verdadero sentimiento de paz y de concordia. La mas mala fé reinaba por entrambas partes. Ni los hugonotes podian ser objeto de amistad ni para la córte, ni sus jefes mirar sin desconfianza á los que se mostraban tan condescendientes tan solo por la fuerza de las circunstancias. El proceso seguido en el parlamento sobre el asesinato del duque de Guisa, llegó á sobreseerse despues de diferentes altercados; mas Coligny era hombre del partido extremo, y el duque de Guisa habia dejado hijos que se le parecian. Era por otra parte un error el pensar que la reconciliacion de las cabezas de partido produciria concordia entre las masas. No habia llegado el tiempo de bastante ilustracion para que pudiesen existir unidas dos religiones de una misma creencia, siendo de un carácter de culto tan diverso. Se mostraban los católicos de París intolerantes y enemigos encarnizados de los hugonotes como nunca. Los calvinistas les pagaban hasta con usura la animosidad, y como sabian que eran los menos, estaban trabajados de inquietudes y temores de verse un dia víctimas de alguna traicion ó golpe imprevisto por parte de sus enemigos. El príncipe de Condé y Coligny recibian á cada momento sus secretos planes de esterminio. La intolerancia religiosa, los agravios recibidos, los odios de partido, todo contribuia á hacer la paz y tregua de menos seguridad que la hostilidad abierta. El partido moderado procedia con la mayor circunspeccion para evitar una ruptura, mas esto mismo probaba lo eminente que era. A las autoridades de los pueblos donde los hugonotes dominaban se les prescribia que se observasen en toda su plenitud los tratados existentes y el decreto relativo á tolerancia: donde eran los menos, se mandaba se procediese con la mayor circunspeccion por no ofender la sus-

ceptibilidad de los católicos, por no provocar actos de violencia.

La reina Catalina tan activa y hábil en neutralizar mútuamente las facciones á fin de no ser dominada por ninguna, que se veia libre del crédito de un hombre tan poderoso como Guisa, naturalmente propendia á inutilizar en todo lo posible la influencia del príncipe de Condé, del almirante y sus amigos. Y por mucho que se quiera suponer que se movia por motivos puramente mundanos y políticos, algo hay que atribuir á sus creencias religiosas. La regente era católica, sobrina de un pontífice, y en un equilibrio de otros intereses debia de inclinarse á trabajar en la destruccion del calvinismo. El rey de España, el papa, los príncipes católicos trabajaban de consuno en esta grande obra de la estirpacion de la heregía, y para Felipe II fué el gran negocio de toda su existencia. Ya hemos hablado del viaje á Bayona de la reina y del rey de Francia con objeto de tener una entrevista allí con la córte de España. Hizo el mismo viaje la reina Isabel, y aunque Felipe no pudo acompañarla, envió al duque de Alba quien llevaba comision de hacer sus veces.

La conferencia tenia un objeto político y nadie lo ignoraba. El grande objeto era tratar de los medios de echar á bajo el calvinismo. El rey Carlos IX se le mostraba muy contrario. Catalina se habia echado en brazos del partido católico, y estaba muy agriada por algunos libelos de que habia sido objeto por parte de los calvinistas. En el viaje habia hecho muchas observaciones sobre el estado del pais, y tomado medidas indirectas para disminuir las fuerzas materiales y morales de los disidentes. Por donde pasaba la córte se suspendian las predicaciones de los calvinistas, y en ninguna parte dejaba el rey de manifestar su horror al ver las cruces derribadas, imágenes mutiladas, y demas signos de devastacion religiosa por parte de los calvinistas.

El carácter de este jóven príncipe, apenas salido de

la infancia, se desarrollaba de un modo fatal para el partido calvinista. La mas fuerte antipatía se manifestaba en todas sus palabras y hasta en los gestos mas insignificantes de la impaciencia con que sufria el decreto de la tolerancia actual de que gozaban. Al rey Felipe II mostraba la mas grande deferencia, y de todos sus actos y pasos le daba la mas exacta cuenta. Sin su madre y el partido moderado del consejo que soñaba siempre con una amalgama de las dos facciones, no hubiese guardado consideracion ninguna con los calvinistas.

Fueron estos los consejos que dió el duque de Alba en las conferencias de Bayona. No andarse en contemplaciones ni en tratados con los hugonotes: acabar con ellos á toda costa aunque valiéndose del exterminio. Los consejos que daba en Bayona eran los mismos que iba á practicar en los Paises Bajos. Era la opinion de todos los católicos celosos, la del pontífice, la del rey de España, de cuantos veian en los hereges los enemigos de Dios y de los tronos.

A la reina de Francia pareció muy violento y sobre todo sumamente peligroso este medio espedito de que hablaba el duque de Alba. Los calvinistas permanecian organizados y armados como en tiempo de la guerra. La misma suspicacia en que vivian con respecto á las intenciones de la córte redoblaba su cuidado y vigilancia. A las conferencias de Bayona habian dado toda su importancia; y los consejos del duque de Alba se los suponian. El príncipe de Condé á quien acusaba de flojo su partido y hasta de connivencia en los designios de la córte, se habia vuelto á poner al frente de los suyos, y representaba sus intereses en cuantas ocasiones se ofrecian. Coligny, á quien llamaban el papa de los calvinistas, su hermano Andelot y los demas jefes, removian y se preparaban para nuevas luchas. La imprenta, libelos y sátiras de acusaciones y recriminaciones por una y otra parte, y la reina Catalina no era la que se llevaba la menor en estas producciones de censura.

El partido moderado trabajaba con mejores intenciones que definitivos resultados. En el mismo acto de la reconciliacion que pudieron conseguir entre el cardenal de Lorena y el almirante de Coligny, no quiso dar á éste la mano el hijo primogénito del duque de Guisa. Al salir de la asamblea dijo el almirante al duque d' Aumale otro de los hijos: « Coiingy! En nada de lo que acaba de pasar he tomado parte alguna; te desafio á ti y á los tuyos por el asesinato de mi padre.»

Por ambos lados se preparaban á una ruptura de hostilidades. Los católicos se organizaban en cofradías en defensa de la religion contra los ataques de los calvinistas. En París revivia la antigua exaltacion y espíritu de intolerancia de que se habian dado ejemplos tan terribles. Cada dia se daba algun decreto que restringia mas ó menos las concesiones anteriores hechas á los hugonotes. Se hacian venir de los cantones católicos suizos 6000 hombres; y las tropas del duque de Alba, que á la sazon se dirigia á los Paises-Bajos costeando la Francia, se presentaban en la opinion como instrumentos de los designios de la córte ó mas bien del rey de España, porque pasaba por dominar los consejos del de Francia.

Los calvinistas creyeron en estas circunstancias que no habia un momento que perder, y por via de precaucion tomaron las armas los primeros. Los nobles dejaron sus castillos y se pusieron en actitud hostil antes que la córte tuviese noticia de sus disposiciones; tal era el secreto que en sus actos presidia. Su proyecto fué el que tuvieron en el principio de estas turbulencias cuando la conjuracion de Amboise; apoderarse de la persona del rey y llevársela á su campo. La córte se hallaba entonces en Monceaux sin tener la menor sospecha del designio. Mas al saberse que se acercaba el príncipe de Condé á la cabeza de cuatrocientos caballos, se determinó tomar inmediatamente el camino de París, pues en ninguna parte podia estar el rey mas al abrigo de los hugonotes. Se pusieron en efecto inmediatamente en marcha,

mas como el príncipe seguia la pista, se pusieron en Meaux bajo la proteccion de los suizos que acababan de llegar y que formando el cuadro, colocaron en medio á la córte, y al abrigo de sus lanzas la condujeron con toda seguridad á París, sin que el príncipe de Condé se atreviese á hacer ninguna tentativa.

La guerra estaba declarada, y se habia vuelto á apelar al fallo de las armas. La campaña fué muy breve y no produjo mas que una batalla; la de San Dionisio, á dos leguas de París, tambien perdida por los calvinistas. Terminó en ella su larga vida de mas de 80 años el condestable de Montmorency, hombre muy leal en el partido católico, por principios y carácter; mas no de grande influencia en los negocios de la córte. Como capitan, no dejó gran fama, mas sí como soldado valiente y experimentado. Era ya demasiado viejo para aquella época de violencias en que se necesitaba de impetuosidad y de tanta dósis de energía. En la córte no fué muy sentido; en prueba de lo cual atribuyen á la reina regente el dicho de que tenia que dar gracias al cielo por dos cosas: la primera porque Montmorency habia vengado al rey de sus enemigos: la segunda porque los enemigos la habian libertado de Montmorency. Mas pasa este dicho por apócrifo.

Las tropas calvinistas se retiraron hácia la frontera de Alemania, con objeto de recibir los refuerzos que de aquellos paises aguardaban. Llegaron en efecto, mas su primer paso fué pedir el pago de los atrasos en que estaban. La caja del ejército hugonote estaba exhausta; mas lo que solo se vé en guerras de esta clase, todos los individuos sin exceptuar clase alguna, hasta los ínfimos sirvientes, escotaron para satisfacer el pago de los alemanes.

Mas la reina habia vuelto á sus sentimientos pacíficos, y la idea de los horrores de la guerra la asustó de nuevo. Para impedir que los soldados alemanes pasasen adelante, se trasladó ella misma al campo de los calvinis-

tas y volvió á abrir el campo de las negociaciones. Se ajustó entre unos y otros nueva tregua. Se ratificó otra vez el edicto de tolerancia, y se concedió á los hugonotes lo que pretendieron; mas sin mas garantías que las palabras del tratado. Es incomprensible que los calvinistas tan suspicaces, que habian tomado las armas los primeros, se retirasen ahora cada uno á su casa de un modo tan tranquilo. Mas sin duda se creian los mas débiles. No era el amor de la paz; era el cansancio, la imposibilidad de hacer la guerra, el alma de estos tratados y avenencias.

CAPITULO XXVI.

Estado de Inglaterra.-De Escocia-Maria Estuarda.-Su matrimonio con Enrique Darnley.-David Rizzio.-Asesinato de este.-Asesinato de Enrique Darnley.-Bothwell.-Rapto de la reina por Bothwell. Se casan.- Insurreccion.-Vencida la reina.-Su vuelta á Edimburgo.-Su cautiverio y destronamiento.-Se escapa.-Vuelta á ser vencida.-Toma asilo en Inglaterra.

Se hallaba á la sazon en un estado de tranquilidad Inglaterra, gobernada por Isabel con casi tanto despotismo como por Enrique VIII, mas con mayor inteligencia. Organizadora de su nueva iglesia, de que era el jefe y la cabeza, tambien se mostraba celosa de su preponderancia y hasta perseguidora de los que se movian fuera de su gremio. Mas conocia demasiado la tendencia del partido católico de su pais, y sin relaciones con los príncipes de su creencia para no fomentar las disensiones que promovian las controversías religiosas. Así protegia con armas y dinero á los calvinistas de Francia aunque no participaba de sus opiniones, y con el tiempo extendió la misma mano auxiliadora á los Paises-Bajos. Sabia que los príncipes de la liga católica la aborrecian de muerte: era natural que por derecho de defensa propia, los tratase de hostilizar por cuantos medios se hallaban en sus manos.

La misma era su política en Escocia. Aquí ademas de sus intereses como reina mediaba un sentimiento personal que era el de su rivalidad con María Estuarda. No se borraba de su memoria que esta princesa no solamente se consideraba como su heredera, sino que habia querido suplantarla. Bajo muchos títulos era objeto de su aversion, y no dejaba de aprovecharse de cuantos medios se le podian ofrecer de hacerle daño. El odio de las dos reinas era mútuo; mas en la época á que aludimos vivian ambas en la mejor inteligencia, al menos aparente. La de Escocia habia quitado de sus armas los blasones de Inglaterra, é Isabel parecia haber dado al olvido sus agravios.

La situacion de la reina de Escocia, era singular y acaso única. Nacida y criada en la religion católica, educada por los Guisas, de cuyas máximas participaba, iniciada en todos los planes de acabar con la heregía, gobernaba un pais donde la misa que mandaba decir en su oratorio era objeto de censura y hasta de escándalo. Y no solamente se declamaba contra su religion de lo alto de los púlpitos, sino que los ministros mas celosos creian de su deber el pasar á su palacio á convertirla. Diferentes conferencias tuvo sobre el particular con el célebre Juan Knox quien no ahorraba ni lo vehemente de la exhortacion, ni lo duro de las expresiones. Mas la reina se mostraba indócil, y no cambió de religion á pesar del celo de tantos misioneros, desaire que no le perdonaron nunca, y que influyó en sus destinos mucho mas de lo que ella misma imaginaba.

Era inaugurar su reinado de una manera extraordinaria, y aunque sin duda no le faltaba capacidad en materias de gobierno, se podia presagiar las veces que en mar tan borrascoso perderia sus rumbos. Sus mismas cualidades personales presentaban un grande embarazo para gobernar un pais que se hallaba en aquellas circunstancias. Todos los historiadores de aquel tiempo están acordes en dar grandes elogios á su hermosura, á su

gracia, á las brillantes prendas que la distinguian, á su gusto por la literatura de su tiempo, por las nobles artes, sobre todo por la música, y hasta á los dotes de su entendimiento. Se concibe cuántos disgustos la dieron alguna de estas cualidades, sobre todo en la ligereza de sus años, las rivalidades á que darian lugar no siendo la menos peligrosa la que excitaba sin duda en el corazon de la reina su vecina.

Viuda María en la flor de su juventud, natural era que pensase en contraer segundas nupcias. A pesar de las intrigas de Isabel que aparentó tomar grande interés en el asunto, y que indicaba varios novios con el designio de que María se quedase sin ninguno, se fijó esta en la persona de Enrique Darnley de su misma edad y familia, pues descendia de una rama colateral de los Estuardos. Fué este enlace sumamente desgraciado, y el primer eslabon de todos los infortunios de María. Era Enrique tan hermoso y agraciado de figura, como falto de capacidad y buen carácter. La reina le colmaba de bondades, y se habia esforzado todo lo posible por adornar su título de rey que habia adquirido por su matrimonio de todo el esplendor que le hiciera respetable. Mas sea que el príncipe tuviese esto por insuficiente, sea que aspirase á manejar las riendas del estado, sea por efecto de su mal carácter, se mostró ingrato á las atenciones de la reina, y no trataba con aquellas atenciones y obsequio que su superior rango requeria. María era de carácter bastante fuerte para tolerarlo con dulzura, y como sucede en semejantes casos subió de punto la amargura del resentimiento mútuo, por faltar la prudencia de ambas partes; hubo momentos de reconciliacion y vuelta de ternura; mas el mal carácter de Darnley, altivo, presuntuoso, prevalecia siempre en tales altercados. La reina era reina, y al fin se cansó de la sociedad de un hombre que ni le mostraba cariño como á mujer, ni respeto como á reina.

Tal vez habria mas causas para esta clase de ruptura. Es imposible penetrar ni registrar bien el laberinto de

intrigas, de chismes, de embustes que por lo regular pululan en las córtes. El marido era de poco entendimiento, suspicaz, violento; la mujer era reina, llena de gracias y hermosura, no muy reservada en las palabras ni circunspecta en obras que se podian traducir siniestramente. Darnley que se veia privado de su confianza que no estaba ya en su intimidad, concibió sospechas de tener un rival, y estas recayeron en un extranjero llamado David Rizzio.

Era este David Rizzio un italiano que habia llevado en su comitiva un embajador á Escocia. Poseia entre otras habilidades la de buen músico, y en esta capacidad se habia hecho distinguir en algunos conciertos dados á presencia de María. Habiendo agradado y considerádosele útil para los conciertos privados que se daban en la habitacion de esta princesa, pasó á la marcha del embajador á su servicio. Como además de su habilidad en la música poseia algunas lenguas extranjeras, le hizo María su secretario particular para su correspondencia con Francia y otras partes. Le daba este cargo de confianza ocasiones de entrar frecuentemente en el despacho de la reina, quien le trataba con cierta familiaridad creyéndolo tal vez de poca consecuencia; mas algunos cortesanos llevaban esto muy á mal y se indignaban de ver á este extranjero de baja extraccion llevar pliegos á la firma de la reina. Otros solicitaban su favor con motivos de pretensiones que tenian en la córte, y el italiano hizo alguna fortuna con los presentes que su valimiento y servicios le prestaban.

Algunos advirtieron prudentemente á la reina de las murmuraciones á que daba lugar esta privanza, y de los peligros á que al mismo interesado le exponia; mas la reina contestó que no trataba á Rizzio con mas familiaridad que al secretario su antecesor, y que era dueña de tratar con alguna distincion al que útilmente le servia. Mas cualquiera que fuese la ligereza de la reina en conducirse y expresarse así, ninguno concebia sospe-

chas sobre la naturaleza de sus relaciones, ni la edad, figura y demas cualidades personales de Rizzio, daban lugar á suponer posibles tan bajas inclinaciones en María.

Del favor de este mismo Rizzio se habia valido Darnley en el tiempo de sus obsequios á la reina, como de una persona que tenia medios y ocasion de hacer su mérito recomendable. Se interesó en efecto el italiano por el jóven pretendiente, lo que prueba que semejantes sospechas no existian. Para los que mas censuraban, era un favor mal colocado, una privanza de que el extranjero no era digno.

De este Rizzio concibió al fin sospechas el jóven rey en su despecho, teniéndole por un rival favorecido. Otros motivos ademas encendian la llama de su resentimiento. Como Rizzio habia favorecido y recomendado las pretensiones de Darnley, se habia atrevido alguna vez á afearle, aunque en términos respetuosos, su conducta hácia la reina. Por estos motivos y por sospechas de influir én María para que no le hiciese partícipe de la autoridad real á que el príncipe miraba mortificado de llevar un vano título de rey, concibió contra el italiano un odio mortal que tuvo los mas funestos resultados.

Comunicó Darnley á sus mas íntimos amigos los motivos de sus sospechas y resentimientos. Habiendo tomado todos interés en su elevacion, y mirándolo como hechura de su parcialidad, meditaron proyectos de venganza. El resultado de la deliberacion fué el de asesinar á Rizzio. Pensaron unos que fuese en su casa, otros á la salida de palacio. Mas el príncipe declaró que no se daria por vengado suficientemente, si esto no tenia lugar á vista y presencia de la misma reina. Asi se acordó por todos. Tal era todavia la ferocidad de aquellos tiempos, y la brutal estupidez de Darnley, que no tuvo reparo en ofrecer este espectáculo á su esposa embarazada de seis meses.

El 9 de marzo de 1566 se hallaba la reina cenando en un pequeño retrete próximo á su alcoba, con Rizzio,

la duquesa de Argyle y dos ó tres personas mas, cuando sin pasar recado se presentó de repente Darnley sin saludar á nadie, clavando con ferocidad sus ojos en el italiano. Le seguia el lord Ruthven que acababa de levantarse de la cama donde estaba enfermo, y otras pocas personas mas, pero todas con armas. «Deja ese sitio de que no eres digno» dijo Ruthven encarándose al pobre Rizzio que en aquel apuro imploró el favor y proteccion de la reina asiéndola de la falda del vestido, mas Darnley le separó de su lado con violencia. Entonces se echaron sobre él los conjurados. Guillermo Douglas le dió allí mismo una estocada con su daga; mas arrastrándole en seguida á un cuarto inmediato, le dejaron cadáver con cincuenta y cinco puñaladas. En vano interpuso la reina sus llantos, sus ruegos, y sus gritos. Cuando vió que eran inútiles recobró un semblante sereno, y les dijo: ya no tengo que pensar mas que en venganza. El conde de Morton que por su destino debia velar por la seguridad, habia puesto una guardia de 160 hombres á la puerta del castillo, para poner á los asesinos al abrigo de cualquier peligro.

La reina se salió inmediatamente de Edimburgo y se dirigió á Dumbar, donde se reunió con algunos fieles servidores, con cuyo auxilio levantó un ejército de 8000 hombres mas que suficiente para sujetar á los asesinos de Rizzio y á sus cómplices. Se vió esta faccion abandonada desde los principios por el mismo Darnley que arrepentido de su accion tuvo la debilidad de volverse al lado de la reina. Los demas viéndose perdidos se dirigieron á las fronteras de Inglaterra. Mientras tanto los condes de Murray, Argyle y los demas en este último pais, confiados en la conspiracion contra Rizzio, se volvian ya á Escocia, cuando encontraron con los implicados en el asesinato, que se veian perseguidos.

La reina de Escocia, por no verse con tantos enemigos, perdonó al conde de Murray y sus compañeros con la condicion que se habian de separar de los intereses de

Morton y los suyos. Esta proposicion surtió sus efectos, y así, mientras Murray y sus amigos volvian de sus destierros, pasaban los cómplices del asesinato de Rizzio á ocupar los puestos que dejaban los primeros.

La reina y su hermano el conde de Murray tuvieron una entrevista con todas las muestras de cordialidad y de cariño, se dieron mútuamente explicaciones y hasta derramaron lágrimas. No habian nacido ambos para odiarse, para pertenecer á dos distintos bandos; mas en aquella época de intrigas y revueltas, á cada uno arrastraban pasiones é intereses del momento. Murray era ambicioso y dominante: la reina, aunque no de capacidad, carecia muchas veces de prudencia.

Hasta entonces habia incurrido muchas veces María Estuarda en la censura pública por la ligereza de su carácter, poca circunspeccion en sus palabras, y ninguna reserva y detenimiento en muchos de sus actos. Católica, y con tan estrechas relaciones con los príncipes católicos, era un objeto de prevencion y hasta de horror á los ojos de los rígidos presbiterianos. Mujer hermosa, llena de gracias y atractivos, debia de ser blanco de envidia y rivalidades. Mas habian respetado generalmente todos su reputacion, y pasado sin mancha de criminalidad sus conexiones. En adelante fueron las censuras de otra clase; y si no hubo pruebas bastante positivas y evidentes para condenar tratándose de absolver, faltó hasta el apoyo débil de las probabilidades.

Hizo la reina firmar á Darnley un documento público en el que aparecia no haber tenido parte en el asesinato de Rizzio, rasgo de debilidad que aumentó el descrédito de que era objeto. El proceso del asesinato continuaba. De siete procesados, solo perecieron dos en un suplicio. Se supone que no pasó adelante el rigor, porque muchos acusados se escusaban con la connivencia del rey, y alegaban sus mismas órdenes para la consumacion del acto.

Quedaron bajo el mismo pie las relaciones del rey

y de la reina que al principio. Se acercaron uno á otro, mas sin verdadera reconciliacion, ni muestras de pura simpatía. Siguieron las mismas quejas, las mismas acriminaciones; por parte de Darnley por ser objeto de poca consideracion; por la de la reina, por no serlo de atenciones y respeto. Las grandes quejas del esposo consistian, en que no se le daba participacion en el poder, para el que los partidarios de María alegaban no tenia capacidad de clase alguna. Es muy dificil averiguar de qué parte está la razon, y dónde el agravio, tratándose de disensiones de un género tan delicado. Es probable que la falta fuese de ambos. La presuncion, la incapacidad y carácter violento de Darnley no eran objeto de duda para nadie. Se puede sospechar en vista de lo que ocurrió despues, que la poca prudencia de la reina dió pábulo y nuevo realce á estos defectos. De todos modos es un hecho que vivian como separados, y que ni aun el nacimiento del príncipe, que se verificó dos meses despues del famoso asesinato, restableció las relaciones de amistad entre los dos esposos.

El rey, viéndose sin ninguna consideracion y tan decaido en el concepto público, trató de abandonar la Escocia y de trasladarse al continente; mas trataron de disuadirle de este proyecto sus parientes, y la misma reina no quiso permitirlo, conociendo que iba á imprimir una mancha en su reputacion, y que podia hasta hacer dudar de la legitimidad del príncipe. Se quedó Darnley en Escocia, por su desgracia, sin que el mismo hecho de renunciar á su proyecto hubiese producido cambio alguno en el estado de sus relaciones con la reina.

Apareció entonces sobre el horizonte de la córte un nuevo favorito de María, mas de clase muy diversa de la del músico italiano. El conde de Bothwell era católico y habia tomado el partido de María de Guisa en los disturbios anteriores, y presentádose siempre al lado de su hija en todas sus reyertas con los nobles. Era hombre ambicioso, altivo y arrogante, de costumbres licenciosas,

muy propio para jefe de parcialidad, objeto para algunos de favor; para muchos mas de envidia y ódio. Se hallaba entre ellos el conde de Murray, quien lo hizo desterrar acusándolo de haber querido asesinarle; mas se le alzó el destierro cuando salió del mismo modo el conde de Murray por haber incurrido en el ódio de la reina. Conservó siempre Bothwell sus sentimientos de fidelidad á María; cuando el asesinato de Rizzio, la acompañó en su fuga de Edimburgo, y la ayudó á levantar el ejército con que echó del reino al conde de Morton y á sus cómplices. Correspondia la reina á estos servicios de celo y de fidelidad, y en su tratado con el conde de Murray estipuló como una condicion que su hermano no habia de volver á perseguir judicialmente á Bothwell por intencion de asesinato, á lo que accedió aquel con aquella mala fé que caracterizaba todas estas transacciones.

El conde de Bothwell fué nombrado gobernador del castillo de Dumbar, y del Hermitaje en Liddisdale, dos puestos que por su localidad se consideraban entonces de muchísima importancia. Entonces fué cuando apareció muy alto en el favor de la reina, y los enemigos de esta comenzaron á acusarla de sus relaciones criminales con su nuevo favorito. Comenzaba en la córte y aun en todo el reino á suscitarse contra ella una terrible tempestad que provocaba su fatalidad ó la imprudencia de sus consejeros. La reina de Inglaterra, la mas poderosa é implacable de todos sus rivales, no era la que menos atizaba esta tea de suspicacia y de discordia. A tal punto llevaba su animosidad contra María, que manifestó la mayor pesadumbre cuando supo que habia dado á luz un hijo. Era extraño que Isabel, que no se casaba porque no entraba en sus designios, se hubiese mostrado tan contraria al matrimonio de la reina de Escocia, y que tuviese tanta envidia á su fecundidad cuando estaba en su mano el imitarla; mas tales son las contradicciones de la especie humana. Una de las cosas que mas odiaba la reina de Inglaterra era que le hablasen de herederos, y el

saber que los tenia. Lo era la reina de Escocia; tambien lo era, y aun en un grado mas inmediato, su marido. Reu nia el recien-nacido los derechos del padre y de la madre. En efecto, fué heredero de Isabel, habiendo subido al trono de Inglaterra con el nombre de Jacobo I, á su fallecimiento.

Pero el mayor enemigo de María era ella misma: eran su ligereza, su indiscrecion, el ningun conocimiento de su propia situacion como mujer y como reina. Sus relaciones con Bothwell no eran criminales; todas las apariencias deponian contra ella. En su cualidad de gobernador del Hermitaje, era la obligacion del favorito recorrer el valle de Liddisdale donde varios foragidos se abrigaban. Sucedió que en una de estas excursiones entró Bothwell en combate personal con uno de ellos, de cuyas resultas fué herido, habiendo tenido al mismo tiempo la suerte de matar á su adversario. Llegó la noticia á oidos de la reina que se hallaba á la sazon ó estaba para llegar á Jedburgo distante del castillo del Hermitaje como unas veinte millas (cinco leguas españolas.) Pasó la reina á caballo á visitar á Bothwell, que se hallaba en cama de resultas de su herida. Fué mirado este favor como una muestra positiva de la naturaleza de sus relaciones con el conde. Alegaban los partidarios de María que la visita no habia sido precipitada; que habian mediado mas de ocho dias entre la noticia recibida y dicho viaje; que la reina se habia vuelto en el mismo dia sin hacer mansion ninguna, con otras circunstancias atenuantes; mas aun cuando pudiesen entonces disipar algunas impresiones, cada vez las fortificaban; igualándolas con la certidumbre los mismos acontecimientos.

La reina cayó enferma entonces de la fatiga, segun algunos, de aquel viaje. Darnley, que se presentó á visitarla, fué tan friamente recibido que tuvo que volverse al dia siguiente. Con esto no hacian mas que agravarse las sospechas. De la mala inteligencia en que vivia, cada momento se veian testimonios nuevos. Los mismos con-

Ådeutes de la reina estaban tan persuadidos de ello, que le propusieron el proyecto de un divorcio, y á la cabeza de este plan se hallaba Bothwell; mas á la reina repugnaba dar un paso que seria perjudicial á la legitimidad de su hijo, por lo cual fué necesario renunciar á la medida. Entonces recurrió el favorito al plan de asesinato.

La reina, que tan implacable se habia mostrado contra el conde Morton y demás cómplices en el asesinato de David Rizzio, los perdonó á todos, á excepcion de Douglas, que le habia dado la primera puñalada, y de resultas de este acto de indulgencia volvieron á Edimburgo. Se dió este paso por sugestiones del mismo Bothwell, quien se estrechó con Morton á pesar de sus antiguos odios. Con él trató de sus planes de asesinar al esposo de la reina, como lo confesó el mismo Morton á la hora de su muerte, aunque negando que hubiese tenido parte alguna en la perpetraciou de semejante alevosía.

Mientras tanto se celebró con toda solemnidad en Edimburgo el bautizo del Príncipe de Escocia. Se presentó en la ceremonia el olvidado y ya oscurecido esposo de la reina, sin que nadie hiciese caso de él, y despues de permanecer algunos dias sin tomar parte en los festejos se marchó á Glasgow, á casa del conde de Lennos, su padre, donde cayó enfermo de viruelas. Cuando lo supo la reina pasó á hacerle una visita. Los dos esposos tuvieron una entrevista bastante afectuosa y dieron muestras de reconciliarse. Muy poco despues dejaron juntos á Glasgow y se dirigieron á Edimburgo. Mas á Darnley no se dió habitacion en el castillo por temor de que con sus viruelas infestase al Príncipe. Se alojó pues en los arrabales de Edimburgo en una casa aislada llamada Kirk of the Field, á donde la reina pasaba casi diariamente á visitarle, y á veces á pasar allí la noche entera.

En una de enero de 1567 pasó en su habitacion hasta las diez, y se retiró á Palacio con objeto de asistir á un baile de máscara que se daba para celebrar las bodas de sus damas. Pasada media noche entró Bothwell con

llaves falsas en Kirk of the Fiel y puso fuego á una mecha que conducia á una porcion de pólvora colocada debajo de la habitacion del Príncipe. Hecho esto, se salió afuera observando desde alguna distancia el progreso de la operacion, y aguardó á cada momento el resultado. Retardándose éste mas que su impaciencia permitia y temiendo que se hubiese apagado sin hacer efecto, envió á uno de sus confidentes para que de nuevo la encendiese; mas este volvió pronto diciendo que no se habia apagado y continuaba su camino hácia la pólvora. A las tres de la mañana una violenta detonacion anunció á Bothwell que su obra estaba consumada. El cadáver de Darnley apareció medio quemado á cincuenta pasos de Kirk of the Field, convertido en un monton de ruinas.

Hizo una profunda impresion este asesinato en los ánimos del público. No era popular Darnley; mas causó lastima y compasion su suerte desgraciada. Nadie dudaba de quién era el verdadero autor; muy pocos dejaban de tener por cómplice á la reina. La circunstancia de haber ido á verle á Glasgow, de haberle traido á Edimburgo, de haberle dado por habitacion una casa solitaria, la de haberle dejado solo tres horas antes de consumarse el acto, y sobre todo el favor siempre en aumento de que gozaba, eran todos cargos agravantes. A todos se presentaba con todos los colores de la falsedad una reconciliacion tan súbita despues de un desvío tan continuado y una ruptura casi pública.

La reina, acostumbrada en todas ocasiones á salir airosa, cuando se resistia abiertamente á su autoridad, no pudo resistir á este torrente de clamor que se alzaba en todas partes. En las calles, en las plazas se hablaba del asesinato; en todas las esquinas amanecian pasquines pidiendo venganza contra el asesino. El conde de Lenox padre del príncipe difunto, se presentó con toda solemnidad á la reina pidiendo justicia contra el conde de Bothwell, acusado públicamente de ser asesino de su hijo.

Mandó en efecto María que se hiciese causa á Bothwell y se instruyese su proceso. Mas con escándalo del público, se suprimieron formalidades necesarias á la averiguacion del crímen, ní se tuvieron en cuenta las reclamaciones del conde acusador, que pedia el tiempo necesario para presentar el lleno de sus pruebas. Cuando llegó el dia de la vista de la causa se presentó el acusado en el tribunal, armado, rodeado de todos sus amigos en la misma forma, mas en la actitud de un hombre que va á inspirar temor, que á recibir una sentencia. Sucedió lo que todo el mundo preveia. El conde salió absuelto.

Lo que redobló el escándalo, fué el ver que la reina en nada disminuia sus muestras de favor hácia Bothwell, á pesar de la horrible acusacion de que era objeto. A los cargos que ya ejercia le añadió el de gobernador del mismo castillo de Edimburgo. A los dos dias de haberse terminado su proceso se le vió acompañar en público á la reina, que iba al parlamento llevando su cetro delante con toda ceremonia. En el seno del parlamento confirmó María los favores que le habia hecho, y cargos con que le habia revestido, lo mismo que los demas nobles amigos y valedores de su favorito.

Elevado Bothwell á la cumbre del favor, no le faltaba para coronar la obra mas que la mano de la reina. Los medios de que se valió para conseguirlo fueron tan extraordinarios y tan originales, que parecerian una ficcion, si no fuesen un hecho en que convienen todos los historiadores de la época, tanto de un partido, como de otro, tanto amigos como enemigos de María.

El primer paso de Bothwell fué convidar á sus principales amigos á un banquete, que fué celebrado en una fonda ó taberna, como en aquel tiempo se llamaba. Allí les manifestó sus intenciones de casarse con la reina, y les suplicó como mejor medio de llevarlo á efecto que firmasen un papel que sacó del bolsillo, ya extendido, en que le declaraban libre de toda culpabilidad en el asesinato de Darnley, y suplicaban á la reina que en caso

de que pensase pasar á segundas nupcias con un súbdito, era el conde de Bothwell el mejor partido deseable para ella. Los amigos de éste se comprometian ademas á servirle en este matrimonio con todos sus medios y posibles. Los que estaban ya hablados accedieron al instante sin poner obstáculos. Los demas, arrrastrados por su ejemplo tampoco hicieron objecion alguna. Fué firmado el papel por ocho obispos, nueve condes y siete lores. Entre los nombres se contaba el conde de Morton, circunstancia muy notable por lo que pasó mas adelante.

Seguro Bothwell del apoyo de un partido fuerte, se puso á la cabeza de mil hombres de á caballo que reunió con pretesto de hacer una visita á las fronteras, y con esta fuerza se apoderó de la persona de la reina, á la sazon que esta se movia de Stirling tomando la vuelta de Edimburgo. Los que seguian á Bothwell dieron á entender á los de la reina que se hacia esta violencia con su consentimiento; los otros, que adoptaron esta suposicion, no hicieron ninguna resistencia. La reina misma aparentando ceder á la ley de la necesidad, permaneció pasiva, y se dejó conducir prisionera sin oposicion de nadie, atravesando lo mas floreciente y poblado de sus dominios hasta el castillo de Dumbar, donde mandaba el conde.

Con asombro y en silencio, se supo la noticia de un rapto tan estraordinario, aguardando todos con ansiedad el desenlace de este drama. Ninguno se alzó ni tomó armas en defensa de la reina, porque generalmente se supuso que habia habido de su parte connivencia en el atentado de su favorito. Lamentaron sus amigos y partidarios tan funesta ceguedad, mientras sus enemigos la contemplaban con satisfaccion haciendo cada vez mas progresos por la senda del descrédito. Era en efecto imposible para la reina de Escocia dar contra sí misma mas terribles armas.

A los doce dias de su confinamiento en el castillo de Dumbar, fué puesta la reina de Escocia en libertad sin compulsion de parte alguna, por el mismo Bothwell,

quien la condujo al castillo de Edimburgo. El primer uso que hizo María de su nuevo estado, fué declarar á la nacion que aunque no podia menos de excitar su descontento la violencia ejercida contra ella por el conde de Bothwell, sin embargo, en atencion á sus muchos servicios, era su intencion no solo perdonarle sino ponerle mas alto todavía. En efecto cumplió su palabra, nombrándole de allí á pocos dias duque de las Orcadas, y casándose con él públicamente en mayo de 1567.

Asi se casó Maria Estuarda con el que pasaba por asesino de su primer esposo. Solo una de aquellas pasiones desenfrenadas que subyugan completamente la razon ó un sentimiento de desprecio por su propia honra ó una inconcebible ligereza de carácter, pudiera arrastrarla á dar un paso que labró para ella tantas desventuras. Sus partidarios la disculpaban, diciendo que dado ya el escándalo de su rapto por Bothwell, ya no le quedaba otro medio de lavar la mancha que darle el título de esposo. Mas por enemigos, y aun por hombres imparciales, se consideró este matrimonio como una prueba irrefragable de su complicidad en el asesinato de su primer marido. Y lo que acababa de dar al asunto todo, el feo colorido que podia hacerle completamente odioso, era que Bothwell tenia mujer legítima cuando estaba dando pasos para casarse con la reina, y que su sentencia de divorcio se pronunció unos pocos dias antes de su nuevo enlace.

Lo que hubo de extraño en todas estas ocurrencias es que no causaron por entonces ni conmociones ni ruidos. Todos las contemplaron en silencio: los amigos de la reina, afligidos sin duda de sus desaciertos; los enemigos gozándose tal vez en verla despeñarse, para darle despues golpes mas seguros. Es posible que en esto hubiese algun plan, meditado de antemano, y que entrase en él la reina de Inglaterra. Lo cierto es que los que mas adelante se alzaron en contra no dijeron una palabra ni dieron paso alguno para impedir el matrimonio. El conde de Morton, que se mostró de los mas acérri-

mos enemigos de María, fué uno de los que firmaron en el que se prometia á Bothwell toda especie de auxilio para llevar adelante el proyecto de su enlace.

El primero que castigó á María Estuarda por su imprudencia criminal fué el mismo Bothwell por sus maneras duras y poco delicadas. Darnley era un jóven imperioso, altivo, de mala educacion; mas Bothwell se hacia poco agradable además por sus vicios, por la disolucion de sus costumbres. Desde un principio aspiró á poner enteramente bajo su tutela al jóven príncipe, y esto llegó á excitar las sospechas de María, que temió por la libertad y la vida de su hijo. Bothwell, que encontró en ella una oposicion á sus designios, la trataba con tal aspereza y con expresiones tan marcadas con el sello de la ingratitud, que algunas veces se oyó decir estaba para darse á sí misma de puñaladas, ó echarse en un pozo de despecho.

Al disgusto, á la indignacion pública que habia excitado el matrimonio de la reina se añadieron los rumores del peligro que en manos de Bothwell el príncipe corria. La indignacion llegó á lo sumo. Varios nobles corrieron á las armas, entre ellos Morton, y juntaron un cuerpo considerable de tropas, con el que tomaron el camino de Edimburgo. Llegó la noticia de la insurreccion á María, hallándose celebrando un banquete con Bothwell en el castillo de Borthwick, cerca de la capital, y poniéndose ambos inmediatamente en marcha llegaron con dificultad al castillo de Dumbar, donde la reina convocó tropas para deshacer á los rebeldes. Muchos acudieron á la bandera real, mas sin el entusiasmo y la buena voluntad que en otras ocasiones; tan impopular se habia hecho María de resultas de su nuevo matrimonio.

Los confederados marcharon hácia Dumbar, y cuando la reina salió á su encuentro en Caberry-Hill le presentó batalla. El embajador francés que se hallaba presente, consiguió que no viniesen á las manos antes de entrar en algunas conferencias. La reina, tan animosa en otros lances de la misma especie, desmayó en esta ocasion al obser-

la repugnancia con que sus tropas se preparaban al combate. Habiéndose hecho ver y prometido que los rebeldes volverian á su deber con tal que se separase de Bothwel, perdió éste el ánimo á su vez, y en aquel momento se despidió de la reina para siempre. En efecto no volvieron mas á verse. Despues de pasar á las Orcadas, y dedicarse en las costas de la Noruega á empresas de ilícito comercio, fue Bothwell cogido y encerrado en la fortaleza de Malmoe, donde murió al cabo de diez años de confinamiento.

Mas la reina de Escocia, que se habia entregado y depuesto las armas bajo condiciones, en lugar de verse obedecida y respetada del ejército, fue en él objeto de clamores, blanco de duras palabras, y hasta de gestos de amenazas. Mas cruel escena la aguardaba en Edimburgo, donde la muchedumbre la abrumó con clamores, con palabras injuriosas, con todos los gritos y amenazas que produce el desenfreno de la plebe. Fue preciso que la fuerza armada la defendiese de insultos ulteriores. Llevaban delante de ella desplegada una bandera donde estaba representado el asesinato de Darnley, y á su lado arrodillado el príncipe pidiendo al cielo por su padre. Mientras tanto los lores de la confederacion enviaron presa á la reina al castillo de Lochleven, y mientras se tomaba una resolucion definitiva, crearon una junta de gobierno.

Los partidarios de la reina alegaban que no eran estas las condiciones con las que se habia entregado María en Carberry-Hill, y que una vez separada de Bothwell, se debian volver las riendas del gobierno. Mas los contrarios replicaban que María habia faltado á su palabra de romper con Bothwell para siempre, puesto que le habia escrito despues prometiéndole tomar parte en su fortuna. Los lores comisionados se hallaban muy comprometidos y demasiado empeñados en el lance para no llevarle á cabo, y coger completo el fruto de su triunfo. Ninguna seguridad tenian por otra parte que esperar si la reina volvia al ejercicio de su libertad, y al contrario mucho que temer de su resentimiento. Consumaron, pues,

la obra, obligando á la reina á renunciar á la corona á favor de su hijo, debiendo de nombrarse un regente para administrar los negocios en su minoría.

Recayó el nombramiento de este cargo importante en la persona del conde de Murray, hermano de la reina. Desde el asesinato de Darnley se habia ausentado del pais, y viajaba por Inglaterra y Francia. Al saber la noticia, regresó con toda brevedad á Escocia, donde tomó las riendas del gobierno y se hizo dueño del castillo de Edimburgo. El parlamento ratificó muy poco despues la subida del príncipe al trono, y en la persona del conde, el cargo de regente.

Fue para María de Escocia una especie de consuelo que recayese la regencia en su hermano, que no se hallaba con los lores confederados en Carberry-Hill, y en cuya gratitud y antiguo afecto tenia puestas algunas esperanzas. Mas el conde de Murray, ambicioso y adicto á su partido, se mostró adverso á los adherentes de la reina. Permanecia ésta mientras tanto cautiva en el castillo de Lochleven, situado en medio del lago Leven, como lo indica la palabra. Esta circunstancia y la de ser dueño del castillo sir Jacobo Douglas, cuya madre era la misma que la de Murray, daba la mayor confianza acerca de la segura custodia de la reina. Mas nada resistia á su hermosura y á sus gracias. Prendado de ellas un hermano del mismo Douglas que mandaba á la sazon la fortaleza, pensaba en proporcionar los medios de su fuga, cuando descubierta la trama fue echado del castillo.

Permaneció este Douglas algunos dias disfrazado del otro lado del lago, pensando en los medios de libertar á María, que probó en efecto á escaparse por su direccion, cuando por una casualidad falló la empresa. Mas otro Douglas pariente de los otros que habitaba en el castillo, quizás movido por los mismos sentimientos, tuvo la maña de substraer las llaves del castillo, con las cuales se evadió la reina, llegando felizmente á la otra orilla donde la esperaban algunos de sus partidarios. Inmediatamente fue conducida á Hamilton, donde sus parciales

alistaron gente y se confederaron para defenderla. Firmaron el documento nueve condes, otros tantos lores y muchas personas de grande conveniencia.

Colocando estos fieles partidarios á la reina en medio de sus batallones, se movieron hácia Dumbar con objeto de depositarla en aquella fortaleza, y marchar despues en busca del regente; mas éste, que supo moverse con mas rapidez, salió de Glasgow á la cabeza de un ejército inferior con objeto de interceptar la marcha de los confederados hácia el Norte. Al aproximarse los dos ejércitos, se apresuró cada una de sus dos vanguardias á apoderarse del pueblo de Langside, como llave de una favorable posicion tratándose de una batalla. Se encontraron los dos cuerpos y se batieron con sus lanzas y picas con gran furia. Mientras se hallaban asi empeñados, se destacó por la derecha Morton y cargó sobre el flanco de los hamiltones, lo que decidió la batalla, quedando desordenadas y en seguida rotas las tropas de María. Huyó la reina por espacio de sesenta millas sin detenerse un punto hasta llegar á la abadía de Dumdreman en Galloway.

Asi llegó la reina de Escocia perseguida por sus súbditos hasta la frontera de Inglaterra. No le quedaba ya mas recurso que pasar al otro reino, ó huir como un proscripto al través del suyo propio en busca de un asilo. Se inclinaban sus consejeros á este último extremo como el mas seguro, aunque con tantas apariencias de expuesto y peligroso. Prefirió la reina el primero, sea por cansancio material y desmayo de ánimo, sea con la ilusion de hallar en la reina Isabel al menos simpatía por sus padecimientos. Fué el último acto de libertad que ejerció esta princesa desgraciada. María pasó en efecto la frontera, donde vió tomados de antemano todos los preparativos para recibirla con obsequio. Mas aunque la reina tenia tantos motivos de conocer el carácter de Isabel, estaba muy lejos de presumir á dónde la conducia un camino que tan lleno de flores se le presentaba.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DE ESTE TOMO.

